MONICA
CARIDAD BRAVO ADAMS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

-¡ANA... ANA! -llama Aimée con impaciencia-: ¡Ana... ¡

-Aquí estoy, señora Aimée, ya llego... corriendo llego...

-¿Corriendo? Hace tres horas que te envié. Si te parece, podías haber tardado más.

-¡Ay!, señora Aimée, si es que el señor Renato me mandó a una cosa y tuve que hacerla.

-¿Renato? ¿A qué te mandó Renato?

-A que acompañara a la señorita Mónica a su cuarto y a que le dijera a la señora Catalina que la señorita no se encontraba bien. El señor me mandó que hiciera eso y tuve que hacerlo.

-Naturalmente... olvidando por completo mis encargos, sabiendo que estoy aquí muriendo de impaciencia, esperando que llegues... Habla pronto. ¿Pudiste ver a Juan... hablar con él?

-No, señora, el señor Juan dejó al notario con la palabra en la boca, cogió un caballo y se fue...

-¿A dónde?-¿Qué rumbo tomó? ¿No te fijaste?

-No, señora, con la boca abierta me quedé mirando al caballo correr. Y cuando venía para acá a contárselo a usted, ¡zas!, el niño Renato que me llama y yo que tengo que acompañar a la señorita Mónica, que tampoco me dejó que entrara a su cuarto ni que le dijera nada a doña Catalina. Entró ella primero, me cerró la puerta en las narices y me dejó fuera. Para mí que no estaba enferma, sino como asustada. Seguro que la asustó el señor Juan, que estuvo peleando con ella.

-¿Peleando con ella? ¿Cuándo?

-Cuando la encontró sonsacando al negrito ese que siempre va con él, al Colibrí... ¡Muchacho más revoltoso y más travieso, y más atrevido también! Se robó una empanada dé la cocina, ¿y sabe lo que le contestó a la cocinera?

-¿Qué puede importarme? Contéstame a lo que necesito saber. Antes de irse Juan, ¿con quién habló?. ¿Qué dijo? ¿Se fue inmediatamente después de discutir con Mónica?

-No, señora, luego estuvo también con el notario pelea que te pelea. De ahí se fue como un tiro - a buscar un caballo que ya había mandado ensillar. Se montó de un brinco, y después no se veía más qué la polvareda...

-Óyeme, Ana -se impacienta Aimée-, es preciso, indispensable, que yo vea a Juan antes de que anochezca, que yo le hable. Tienes que encontrarlo, que darle ese recado de mi parte, pero sin que te sienta la tierra, sin que nadie sospeche que fui yo quien te mandé, ¿entiendes?

-Entiendo, señora. Pero, ¿cómo voy a hacer eso? Yo no sé ni a dónde fue...

-Pregúntale a, quien sea, a quien pueda darte razón. Espera, ¿el muchacho fue con él?

-No, él se fue solo y hecho una furia.

-Pues busca al muchacho y tráemelo sin que nadie te vea, sin que nadie se entere de que soy yo quien va a hablar con él. Sírveme bien. Ana, sírveme bien y tendrás la sortija más linda del mundo... y además dinero, todo el dinero que. quieras... ¡Anda... ve, corre!

Con gesto de determinación desesperada ha empujado Aimée a la oscura doncella nativa, obligándola a acelerar el siempre pausado ritmo de sus movimientos. Luego va de un lado a otro por la lujosa alcoba sin saber cómo calmarse, cómo aplacar sus nervios, sometidos desde hace varias horas a -la penosa tensión de la espera. Nunca pudo pensar que Juan del Diablo tomara tan rápidamente una determinación semejante. Seguirle, huir con él, dejarlo todo, cambiar su posición y su riqueza por la suerte de aquel aventurero, por muy atractivo que fuese para ella, por muy grande que fuese la sugestión que sobre sus sentidos ejerce, es más de lo que humanamente está dispuesta a dar. No, no irá con él de aquella manera. Pero, ¿cómo aplacarlo? ¿Cómo evitar la feroz venganza de sus celos? Pensando en él se estremece de temor y deseo a la vez. Lo anhela y lo repudia, lo ama y lo aborrece, se desespera al no poder dominarlo a su antojo y le ama más al verlo como es: duro y rebelde, feroz en-su dominio, implacable en aquella amargura que ahora destilan sus caricias y sus besos.. .

Ha caído de rodillas al pie de la ventana, apretadas una contra otra las manos engarfiadas, dilatadas las pupilas que espían inútil y ansiosamente. Una fiera determinación se levanta también en su alma y prorrumpe en voz alta:

-¡No será como a él se le antoja! ¡Será como yo quiera! 1 Tendrá que ser como yo quiera!

-¡Ana... Ana.. .! -se exaspera Aimée-. ¿Acabarás de mover esos malditos pies? ¿Acabarás

de llegar?

-Ya llego, señora Aimée. Pero es que hace un calor...

-¡El demonio cargue contigo! ¿Dónde está el niño?

-Pues no lo encontré, pero me dijeron dónde estaba el señor Juan. Fue al ingenio... Yanina le estaba diciendo a Bautista que el señor Juan.., Juan del Diablo como dice ella, había mandado ensillar el caballo blanco del amo y había tumbado en él para el ingenio, y que había que ver cómo mandaba y cómo disponía, como si el amo fuera él. Si usted quiere, yo puedo irme para allá. Ahora mismo están cargando en el patio os carretones grandes con todo lo que van a mandar para el ingenio. .Yo puedo ir en uno de ellos y le digo al señor Juan lo que usted me mande que le diga, mi ama. Que venga, ¿no?

-Sí. Que necesito hablarle, verlo... Pero espera, espera... No me fío mucho de que llegues a tiempo. -Con angustia creciente ha ido hacia la ventana. Ya el sol está muy bajo, apenas dora con sus últimos rayos la cumbre altanera del Mont-Pelée, y murmura como para sí-: El me espera esta noche a las doce...

-De aquí a las doce hay mucho tiempo...

-¿Nadie ha preguntado por mi en la casa?

-Nadie ha salido de su cuarto desde esta mañana. Ni la señora Sofía, ni la señorita Mónica, ni la señora Catalina... Y el señor Renato está con el notario en el despacho que fue del amo don Francisco, y lo único que pidieron que les entraran fue coñac y café. Yanina misma entró a llevárselo. Dijo que no podía entrar otro a molestarlos, porque estaban arreglando las cuentas...

-Menos mal. Bueno, vas a buscar, dónde esté, al señor Juan. Vas a decirle que estoy enferma, muy enferma; que por piedad aguarde a la mañana para hablarme y para verme. Dile que se lo ruego llorando... Dile...

-¿Por qué no me escribe todo eso en un papel, mi ama?

-¿En un papel? Sí, tienes razón... Pero...

-En un papel sin firmarlo. Yo ya le digo que es de usted. En su propia mano lo pongo. Sólo a él se lo entrego. Se lo juro, mi ama, sólo a él... No tenga miedo...

-Voy a confiar en ti, Ana, voy a escribir ese papel, pero me respondes con tu vida de que sólo a Juan lo has de entregar. .. ¡Júramelo, Ana, júramelo!

-¡Por Dios y la Virgen del Cielo! ¡Sólo al señor Juan le daré el papel, y si no es así, que me caiga muerta!

La oscura doncella ha jurado cruzando los dedos, y un instante Aimée parece vacilar entre la necesidad perentoria de confiarse a ella y el pensar el arma terrible que fabrica contra sí misma en aquellas letras. Con ansia febril va hasta el pequeño secreter y nerviosamente rebusca hasta hallar lo que necesita.

-Ana, vas a tener mucho' cuidado con esto. Si alguien quiere quitártelo, si te ves en cualquier aprieto...

-¡Me como la carta antes que dársela a otro! Juradíto, mi ama...

-Está bien, está bien... -acata Aimée poniéndose a escribir, mas de pronto duda y rompe el papel-. ¡NO puedo venderme de esa manera! Espera... ¿No sabes tú escribir. Ana?

-¿Yo escribir? ¡Qué va! Sé sacar cuentas y pintar muy bonito. Yanina sí sabe escribir y leer. Le pusieron maestro como a las niñas blancas. De las sirvientas, es la única que sabe escribir. Pero usted no va a fiarse de ella... Además, si el señor Juan no ve su letra no va a creer que el papel es de usted...

-El nunca vio mi letra. Pero espera... espera... Puedo escribir un papel que no me comprometa demasiado. Sí, eso es, él comprenderá. El comprenderá que no puedo mandar otra cosa contigo... El entenderá...

Ahora sí escribe, rápida y firmemente, una carta ambigua, ceremoniosa, que es, sin embargo, un ruego desgarrador. Luego la dobla, guardándola en un sobre con sus dedos que tiemblan, y murmura:

-Para Juan... Para Juan de Dios... Sí... Es mejor así...

-¿Juan de Dios? -se extraña la sirvienta.

-Alguien le llama así... El entenderá perfectamente... Pero tú dile que la carta es mía, que estoy realmente enferma, que la escribí llorando desesperada... Anda.... Ve, corre, no vayas a perder la oportunidad de esa carreta...

-¡Qué va, mi ama! El que la lleva es Esteban y ése sí que es amigo mío para todo lo que sea...

Aimée ha empujado violentamente a la sirvienta y ha vuelto a la ventana. El último rayó de sol ha desaparecido y una sola estrella, enorme, refulgente, brilla en el cielo azul muy pálido, sobre la cima del Mont-Pelée...

-Bueno, Renato, en definitiva...

La voz se ha apagado en labios del notario, dándose cuenta de que Renato D'Autremont no le escucha... Cruzados los brazos, de pie en medio de la amplia habitación que fuera el despacho de su padre, los claros ojos inquisitivos recorren los estantes que llegan al techo, como si interrogasen a los viejos volúmenes pretendiendo arrancarles el secreto que encierran...

-¿Qué tanto miras ahí, muchacho?

-Era en este panel... Si... Detrás de los libros, no sé si más arriba o más abajo, pero por aquí se abría un hueco.:. Era un escondite, una especie de caja de hierro a la moda del siglo pasado... Seguramente ahí guardaría papá valores, papeles, cosas importantes...

-Tu padre tenía cuentas corrientes en todos los bancos de Saint-Pierre. No creo que guardara nada importante en los escondrijos del despacho.

-Pues algo guardaba. Noel, y más de una vez, siendo yo niño, vi a mi. padre registrar en él. La última fue la noche que precedió a la madrugada en la que nos lo trajeron moribundo después de su accidente... Esta casa es muy vieja. La mandó hacer uno de mis abuelos... La han ensanchado y renovado en muchas partes, pero el despacho no lo ha tocado nadie desde entonces...

-El despacho tiene, electivamente, una puerta secreta en aquella esquina, y tú la conociste de niño. Al menos, eso me dijo doña Sofía esta mañana...

-¿Mamá? ¡Habló mamá esta mañana con usted?

-Acabo de cometer una indiscreción diciéndotelo; pero, en fin, ya está hecho y no es posible recoger velas. En efecto, hijo, hablamos... Entró aquí cuando menos lo esperaba, precisamente por la puertecilla esa, y me dio el gran susto...

-¿Por qué entró mi madre de esa manera? Por esquivar a Juan, ¿verdad? Por no verlo ni siquiera de lejos...

-Bueno, hijo, sí. Es inútil que te lo niegue. Tu madre lo aborrece... y algo peor: le tiene miedo. A veces parece uno tonto y supersticioso dejándose llevar de esas cosas, pero cuando el corazón de una madre da un aviso...

-No .diga tonterías. Noel. Usted también le tiene miedo a Juan del Diablo y no es por corazonadas ni por presentimientos. Hay algo más positivo, más concreto... ¿Qué es lo que teme? ¿Que reclame su herencia? No, no se alarme, Noel. Siéntese. .. vuelva a sentarse. Ya le dije, al traerlo a éste despacho, que tenía que contarme varias historias viejas, y la primera de ellas la de mi padre... La de mi padre y la de Juan...

-De Juan nadie sabe nada, hijo mío...

-Usted si sabe. Noel, y mi madre también sabe... Y algo de Juan había en aquellos papeles que yo le vi esconder a mi padre. Después de eso ocurrió la única escena realmente desagradable y vergonzosa que recuerdo de mi niñez... Prefiero no hablar de eso, pero vuelvo a preguntarle, Noel: ¿Qué temen de Juan mi madre y usted? Digame la verdad... la verdad, por cruda, por desagradable que parezca...

-Bueno, hijo, yo sólo temo a su carácter, a sus arrebatos, a su poca educación...

-Pero mi madre le temió siempre. Desde niño le inspiró odio y horror, y ahora evita el verlo porque su presencia le hace daño. Cuando se enfrentó con él, se puso tan pálida que temí verla caer sin sentido. ¿Y sabe por qué? Juan se parece extraordinariamente a mi padre... Puede ser una coincidencia... pero puede no serlo. Y son tantos los detalles alrededor de ese

asunto, que yo...

-Renato, hijo mío... yo te ruego... -le interrumpe Noel hondamente apurado.

-Yo soy quien le ruego que se calle. Noel. Soy ya un hombre hecho y derecho. Conozco la vida y no voy a asustarme a estas alturas de que mi padre me haya dado un hermano fuera de la ley. ¿Por qué esa turbación? ¿Por qué ese susto. Noel?

-No es susto, es preocupación y angustia... ¿Cómo has llegado a pensar todo eso?, ¿Y cómo tomará tu madre que lo sepas?

-¡Luego es cierto! Cálmese, cálmese. Noel, no le he tendido una trampa. Tenía la convicción moral... La tengo desde hace mucho tiempo... Creo que desde niño, aunque en forma inconsciente. Hasta hace.poco no he querido pensar en ello porque a mí también me molestaba, pero lo he hecho y no ha sido difícil. Anoche mismo estuve rondando por todos esos libreros. ¿Ve usted? En uno de estos lienzos, en uno de estos tres, estaba el escondrijo...

-¿Para qué buscar escondrijos? -observa Noel dándose por vencido.

-Es cierto. ¿Para qué? Tengo la convicción y con ella debe bastarme, pero también me interesan los detalles. ¿Cómo fueron las cosas? ¿Hasta qué punto tuvo razón mi madre para ser implacable? ¿Hasta dónde sabe Juan quién es?

-A tu madre no la culpes, hijo mío, sufrió mucho y todavía sigue sufriendo,

-Supongo que su conversación secreta con usted fue alrededor de eso...

-Pues bien, si. Ella está ahora dispuesta a ser generosa...

-Con tal que Juan se vaya, naturalmente -apostilla Renato con un dejo de amargura.

-Bueno, hijo, no hay que pedirle demasiado a una, mujer que vio su vida amargada y destrozada por causa de esos amores que le dieron a Juan la existencia. Ella quiere borrar huellas que le hieren, olvidar un pasado cuyo recuerdo le es insoportable, verte feliz sin lastres ni taras en tu vida, y nada de eso es criticable. Yo siempre sentí por Juan compasión y afecto...

-Lo sé muy bien y por eso me sorprende su actitud de estos días. Aparte de nacer... como nació, ¿qué ha hecho Juan para que usted haya cambiado así con él?

-No es lo que ha hecho...

-Ya. Es lo que puede hacer. Pero, ¿qué es ello? ¿Ha redamado? ¿Ha amenazado? ¿O acaso son temores de otro género?

Su mano se ha apoyado, apremiante, en el hombro del notario. Tras breve lucha con su indecisión. Noel parece decidirse:

-Mira, Renato, yo no sé más que lo que presiento, y lo que presiento son amarguras y disgustos que pueden evitarse sin darle a las cosas tantas vueltas. Juan quiere irse, quiere volver al mar. .. Déjale que se vaya... Más adelante, cuando las cosas cambien, buscaremos la fórmula de compensarle con una buena cantidad de dinero que en una u otra forma se haga llegar a él. Pero, de momento...

-No, Noel, no decidiré nada hasta hablar con Juan, hasta mostrarle mi corazón y obligarle a que me muestre el suyo. Es mi hermano, ¿se da usted cuenta? Esta verdad que para mi sólo existia a medias, ahora está clara y diáfana. Tengo un hermano, un hermano en el que la noble figura de mi padre parece revivir. Usted no puede imaginarse lo que significa esto para mí, y acaso tampoco pueda medir toda la felicidad que me negaron de niño al negarme esta verdad íntima y humana. -Renato ha hablado con exaltado entusiasmo, y en un arranque de emoción, ruega-: Cuéntemelo todo. Noel, dígame cuanto sepa de eso... Es la historia de mi propia sangre... ¡NO me la niegue!

El viejo notario empieza a relatar la historia, tan bien conocida de él, desde aquella noche tormentosa en la que el pequeño Juan del Diablo hizo el papel de mensajero de la muerte. Renato bebe, sediento de saber, el relato pormenorizado, y, de pronto, indaga:

-¿Y esa carta. Noel?

-Bueno... quedó en manos de tu padre, desde luego. Yo supongo que él la quemó o la rompió después...

-O la guardó. ¡ Quién sabe...!

-Tal vez; aunque no lo creo. Tu padre, al principio, se mostró muy desconfiado. Bertolozi era un hombre vengativo, cruel y traicionero... Cualquier cosa podía esperarse de él: la mayor mentira, la mayor infamia... Estoy bien seguro que después de su perdón aparente, atormentó

a Gina hasta hacerla morir de pena. Y en cuanto a Juan...

-Puedo muy bien adivinar su horrible infancia. ¡Qué fácil es perdonar su rudeza y sus defectos sabiendo todo esto!

-Con cuánta razón temía tu madre que el saber todo esto te desarmara más frente a Juan, te quitara la poca voluntad de defenderte que puedas tener...

-¿Qué piensa usted que pueda hacer Juan contra mí?

-Yo no pienso, pero tu madre teme y tiene razón en temer. No quiero ni pensar lo que dirá cuando sepa todo esto.

-Yo hablaré con ella después de haber hablado con él... y acaso les dé a ella y a usted la sorpresa de comprobar que se equivocaron. A veces, el corazón sabe más que la cabeza... Juan no puede odiarme si yo voy a él como hermano, si le demuestro todo lo sinceramente que le quiero, si noblemente me adelanto a ofrecer lo que aun no ha pedido...

-¡No caigas en una locura de generosidad, Renato! Piensa que la sola existencia de Juan es, para tu madre, una ofensa viva, candente; que aun el solo nombre de Gina Bertolozi la hiere como un cuchillo envenenado.

-No puede ser. Mi madre tiene que ser más generosa... Gina Bertolozi ya está muerta...

-Hay odios que no se aplacan ni con la muerte... Hay rencores .y celos de los que no tienes una idea. Tú no has sufrido nunca, Renato, no puedes medir la amargura, el dolor, la desesperación a que el alma desciende en algunos momentos. Tú no puedes ser juez, porque la vida fue hasta hoy, para ti, camino de rosas...

-Tal vez por eso comprendo y compadezco más a los que sufren, y a Juan el primero. Voy a mandar a buscarlo. Noel, para hablarle como a hermano. Para decirle...

-Seguramente, él lo sabe...

-Pero piensa que yo lo ignoro... Y si no lo piensa, cree algo peor: que soy insensible, egoísta. Quiero que sepa que estoy dispuesto a reparar, a devolver... que el mundo no es tan malo como él piensa...

-Ni tan bueno como tú imaginas, Renato. ¡Déjalo que se vaya. .. es el mayor deseo de tu madre!

-Hasta ahora mi madre cumplió en esta casa todos sus de' seos, hasta los más injustos. Voy a contrariarla por una sola vez y confío en que su contrariedad no dure demasiado.

Renato se ha levantado, ha ido hacia la pared y toca un timbre, ante lo cual, extrañado, Noel pregunta:

-¿Qué haces, hijo?

-Llamo a un sirviente para que vaya en busca de Juan. He aguardado quince años este momento.

-¿Y si Juan no mereciera tu generosidad, Renato? ¿Si no fuera ni siquiera capaz de comprenderlo? ¿Si contestara a tu buena voluntad con sarcasmos, con desprecio, acaso con una amarga ingratitud?

-Pensaría que la culpa no es de él, sino de los que le convirtieron en un paria, de los que le desposeyeron de todo. Mi buen Noel, déjese de dudas y vacilaciones. No hay más que un camino y es el que me señala mi conciencia... -Unos golpes discretos, dados en la puerta, le interrumpen momentáneamente y, alzando la voz, invita-: Adelante... Si, Luis, yo fui quien te llamó. Busca al señor Juan por toda la hacienda y dile que lo espero en mi despacho, pues necesito hablar con él inmediatamente. Que se apresure, que no se detenga por ninguna razón, y apresúrate tú también.

2

-¿QUE ES ESO, tío Bautista?

-¿Eso... ? Luis que pasó al galope, rumbo al ingenio. Entró en las cuadras pidiendo el mejor caballo que hubiera porque tenía que ir, por orden del amo, en busca de Juan del Diablo.

-Conque mandaron a buscar a Juan del Diablo...

-Sí, el amo tiene mucha urgencia de hablar con él... Vamos a ver qué regalo le ofrecen ahora a ese pordiosero que para nada sirve.

Junto a la ancha arcada del portal que da acceso a las habitaciones del ala izquierda, Bautista da rienda suelta a su cólera, a su despecho. Acaba de salir de las caballerizas,-donde la última orden de Sofía le confinara. Crecida la barba, revuelto el cabello, cubiertas de fango las altas botas y el látigo en la mano, es algo bien diferente del otro tiempo omnipotente capataz de Campo Real. Junto a él, atenta siempre a los menores ruidos, en aquel espionaje que es su vida entera, queda Yanina alerta a todo ruido y movimiento, y comenta pensativa:

-Lo único que quieren Noel y doña Sofía es que Juan del Diablo se vaya para siempre; pero hay alguien que no quiere dejarle marchar...

-¿A quién te refieres?

-Ya lo verás... ya lo verán todos. Te dije que tuvieras paciencia... Cálmate, tío.

-No me da la gana de calmarme. En las venas me hierve la sangre de ver lo que veo... Soy menos que un perro en esta casa, pero el primer sirviente que vuelva a contestarme mal va a saber quién soy, aun cuando me hayan quitado el mando para dárselo a un cualquiera. .

-Calla. Estáte quieto un momento. ¿Ves?

-No veo sino a la señora Aimée que se asoma a la ventana de, su cuarto.

-Todo el día ha estado en él, pero Ana ha entrado y salido más de cien veces... Es su confidente... su criada de absoluta confianza. Seguramente cuenta con ella hasta para los encargos más íntimos... ¡Oh, mira! Ana sale Otra vez.. Algo va a pasar esta noche, y apostaría a que sé lo que es.

-¿Pero qué locura... ?

-Baja la voz... Ana se acerca... no, va para el otro patio... Voy tras ella. Algo va a pasar esta noche...

Ha echado a andar en pos de Ana. Bautista, preocupado, la sigue. Muy cerca está el enorme carretón que debe salir rumbo al ingenio. A él enfila sus pasos Ana, mientras el rostro de Bautista se descompone de cólera, al protestar:

-¿Adonde va esa imbécil? Ese es el carro que va para el ingenio;

-Naturalmente. Ana va a buscar a Juan del Diablo, va a llevarle un encargo o un recado de Aimée de Molnar, estoy segura de eso. .

-No va a llevar nada, porque no va a subir a ese carro. Está prohibida que las mujeres vayan en los carros del ingenio. Soy el jefe de las caballerizas, doña Sofía me nombró ayer, y bastantes ganas tengo que ajustarle las cuentas a esa... -Se ha dirigido con pasos rápidos al encuentro de Ana, y gritando enfurecido, la conmina-: ¡ Fuera de ese carro... abajo... fuera.! ¡Bájate o te bajo arrastrando, ladrona!

-¡No soy ladrona... y no me bajo! Tengo que ir para el ingenio.

-¿Que no te bajas... ? Te bajarás de cabeza

-Esteban va a llevarme... La señora mandó que fuera...

-protesta Ana, forcejeando con Bautista, y alzando la voz, grita angustiada-: ¡Esteban.... Esteban.. .!

-He dicho que no van mujeres en los carros del ingenio -recalca Bautista imperioso, mientras sujeta a la mestiza sirvienta-. Esteban, maldito pollino... Coge las riendas y lárgate de una vez. ¡Que te largues, dije. o vas a arrepentirte! ¡Largo!

Bautista ha azotado a los caballos que parten asustados, mientras Esteban apenas acierta a sujetar las riendas. Luego zarandea como un guiñapo a la doncella de Aimée, arrojándola lejos de un violento empellón, al tiempo que afirma furioso:

-¡Que aprendan que todavía mando en las cocheras!

-¡Ana... Ana...! ¡Tío Bautista! -grita Yanina, que llega a todo correr-. Mírala... Está como

muerta... ¡Se golpeó la cabeza al caer!

-¡Ojalá reviente! Pero no tiene nada... ¡Lo está fingiendo! ¡Es una perra maldita! Me voy por no patearla, por no acabar con ella de veras...

Bautista ha vuelto a las cocheras... El carro se aleja por el camino en sombras. Nerviosamente, Yanina toca el rostro frío y ceniciento de Ana, y la sacude llamándola insistente:

-¡Ana... Ana... ¡ No tienes nada... No sigas fingiendo. .. Abre los ojos... ¡Ay, Jesús.. .! ¡Ana.. .!

Temblando por el miedo de ver aparecer a Renato o a cualquiera capaz de informarle, sin atreverse a llamar, Yanina levanta la cabeza de Ana busca algo con qué poder auxiliarla... Al fin desabrocha totalmente el corpiño, desnudándole el pecho, buscando el latido del corazón que apenas percibe débilmente... Ha tropezado con un sobre blanco... A la poca luz del farol de las cocheras lee en un instante a quién va dirigido, y con rápido movimiento lo oculta entre sus propias ropas, poniéndose de pie acto seguido. La emoción es tan fuerte que le parece ahogarse, pero- un paso y una voz conocida se acercan investigando:

-¿Qué pasó? ¿Qué fueron esas voces? -Yanina se ha encogido buscando las sombras, ha retrocedido de espaldas, huyendo de la figura que aparece en el corredor iluminado, que cruza hacia las cocheras al no hallar respuesta, y que persiste en su llamado-: ¿Quién está ahí? ¿Qué es esto? ¡Ana...!

Sorprendida, la señora D'Autremont se ha inclinado sobre el desmayado cuerpo de Ana. Rápida y silenciosa, Yanina sé aleja, mientras la voz de Sofía se eleva llamando insistentemente:

-¡Yanina... Yanina... Esteban... Esteban...!

-¡Doña Sofía! -exclama Aimée acercándose asustada. Y de pronto, con verdadero pánico al reconocer la figura inerte que se halla en el suelo, prorrumpe-: ¡Oh, Ana! ¿Qué pasó? ¿Qué pasó?

-Es lo que quisiera saber... Oí voces, un carro... Llamé y no respondieron; salí a ver lo que ocurría y... No sé qué es lo que tiene esta mujer...

-Parece desmayada, pero...

Aimée ha mirado con ansia el corpiño abierto; con febril angustia palpa su pecho, sus manos, registra sus bolsillos y vuelve la mirada espantada hacia la dama que se ha puesto de pie, al tiempo que explica:

-Hubiera jurado que había alguien junto a ella... Cuando me sintieron acercarme, huyeron... ¡Y me sorprende muchísimo que nadie aparezca!

-¡Oh! Tengo que ir al ingenio... -murmura Ana entre gemidos, ya volviendo poco a poco en si.

-¿Qué dice?-quiere saber Sofía.

-Nada... Locuras... Parece que delira... -replica Aimée sumamente nerviosa-, ¡Ana, soy yo, y aquí está doña Sofía • también! ¿Entiendes? ¡Aquí está doña Sofia!

-Doña Sofía, sí... -murmura Ana haciendo un esfuerzo-. ¡Ay, mi cabeza.. .! -se queja. Y de pronto, con espanto repentino, exclama-: ¡La carta! ¡Me la quitaron!

-¿Qué carta era ésa? -se aviva la curiosidad de Sofía.

-¡Estás delirando, Ana! -Las uñas de Aimée se han clavado en la muñeca de la mestiza.

Recobrando del todo el sentido. Ana mira el rostro furioso de Aimée, y luego aquel otro rostro pálido, grave y atento, inclinado sobre ella, y aquella voz que es ley en tierras de los D'Autremont:

-¿Qué te ha ocurrido. Ana?

-¡Ay, señora! No sé... no sé... no sé... -rompe a llorar Ana con visible angustia.

-¡No llores y responde! -recrimina Sofía-. ¿Dices que te quitaron la carta? -

-Ha debido resbalar y caerse -interviene Aimée, conciliadora, tratando de desviar la investigación de su suegra.

-Pero a tu lado había alguien. Ana. ¿Quién era? -insiste la señora D'Autremont.

-¡No sé... no sé...! -trata de eludir la sirvienta.

-No sabe nada, doña Sofía -vuelve a intervenir Aimée-. Ya sabe usted cómo es ella... Tiene poca cabeza... No se preocupe más.... La llevaré a la cocina y haré que la atiendan... No se moleste usted...

-Sí, hija, ve con ella... Yo me he llevado un susto atroz... No sé dónde se meten los criados, que nunca aparecen cuando más se les necesita. -Y alzando algo la voz, llama de nuevo-: ¡Yanina.. .!

Por el lado opuesto ha apareado Yanina, impecable, correcta, con el mismo gesto de perfecta solicitud con que se acerca siempre a su señora, y se ofrece humildemente:

-Aquí estoy, madrina, ¿me llamaba usted?

-Te llamé hace rato... Ana se ha dado un golpe, ha sufrido un desmayo... No sé, en realidad... No sabemos... Haz que la atiendan, Yanina...

-No, por Dios... Yo la atenderé -advierte Aimée rápidamente-. Que Yanina la acompañe a usted, doña Sofía... La señora está asustada, Yanina. Creo que necesita una taza de tila inmediatamente... ¡Vamos, Ana!

-¡Qué accidente más extraño! -comenta Sofía.

-Todo es ahora extraño en esta casa, señora. Pero lo único lamentable es que la hayan asustado a usted. Voy hasta la cocina para hacerle una taza de tila'..

-No, Yanina, déjalo... Dame el brazo y acompáñame a mi cuarto. Hemos de hablar nosotras también...

-¿Quién te quitó la carta? ¿Quién? -apremia Aimée en un deplorable estado de nerviosidad.

-¡Ay, señora... no sé... ¡ -lloriquea Ana.

-¡Maldita imbécil! Pero, ¿qué te pasó? ¿Qué pudo pasarte?

-Ya le he contado... El Bautista ese... Yo estaba montada en el carro, el .Esteban venía ya e íbamos a salir para el ingenio... Llegó el Bautista hecho un demonio y me bajó a tirones. Luego le gritó al Esteban que se fuera y él mismo le arreó los caballos... Yo quise salir corriendo detrás del carro y el Bautista me empujó... Si, me empujó y me dio una patada también. Después, ya no me acuerdo... Me-di contra una piedra... Ya no sé nada más, mi ama, ya no sé...

-Estabas totalmente desabrochada. Alguien te registró, te quitó la carta... ¿Quién fue? ¿Quién pudo ser? ¿Bautista acaso? ¿Quién más estaba ahí?

-Nadie... yo no vi a nadie... Yo estaba sola, el Esteban venía... El Bautista llegó corriendo... ¡Seguro fue Bautista, señora!

-Si Bautista tiene esa cana, no se la entregará a Renato, no se atreverá a ponerse frente a él, preferirá vendérmela a mi a buen precio. Tengo que buscarlo, que hablar con él... -Una campanada del reloj de pared la interrumpe, y con sobresalto exclama-: ¡Oh.. .! La hora que es... Tengo que rescatar esa carta como sea.

Aimée ha mirado de nuevo por las ventanas. No hay nadie en los portales ni en las galerías, ni en el ancho trecho que separa el edificio central de las cocheras. Ningún ruido se percibe tampoco del otro lado de la casa. Temblando de angustia vuelve hasta el armario cercano, toma un espeso chal de seda, envolviéndose en él la cabeza y los hombros, mientras Ana le mira sorprendida, los gruesos labios entreabiertos, y pregunta:

-¿Adonde va, señora Aimée?

-A buscar a Bautista. Seguramente está escondido en las cocheras. ¡Buen cuidado tuvo de no asomarse cuando lo llamó doña Sofía!

Ha ceñido más el chal alrededor de su cuerpo estatuario, se lo ha echado más a la cara cubriéndola casi por completo, donde sólo brillan sus ojos encendidos de fiebre. Con las dos manos en el pecho, donde el corazón parece golpear, espía un momento el desierto pasillo, y sale rápida y silenciosa como una pantera.

-¿Quieres abrir esa ventana? Esta noche parece que faltara el aire... Esta noche he vuelto a sentir que me ahogo, como en los primeros años en que llegué a estas tierras.

Precisa, silenciosa, con la rapidez y la perfección que son características en ella, Yanina ha abierto la ventana de la amplia alcoba de Sofía, pero en nada cambia el ambiente de la lujosa estancia, no hay una ráfaga de viento, no hay una nube en el oscuro cielo tachonado de estrellas. Es una de esas noches sin luna en que se entretejen los luceros, tan apretados como una red de plata, sobre el terciopelo del firmamento. Con suave paso, la pálida soberana de Campo Real se acerca a la ventana, y el cuerpo delgado, oscuro y vibrante de Yanina, retrocede un paso cediéndole el sitio respetuosamente.

-Durante muchos años aborrecí esta tierra hasta en lo que tiene de más hermoso: su campo, su cielo, su sol de fuego, sus noches inmóviles... ¡Cuántas noches como ésta creí asfixiarme y eché a andar desesperada por esos senderos!

Sofía ha extendido la mano hacia los oscuros campos silenciosos, mientras se siente como invadida, como golpeada por una marejada de recuerdos... ardientes recuerdos de sus primeros meses de casada, amargas memorias de los largos años en que esperara cada noche a Francisco D'Autremont, calculando con áspero despecho en qué brazos olvidaría su nombre, en qué labios estaría bebiendo la miel de un amor que a ella sólo llegaba ya como una sonrisa, como una ternura deferente, como un amable y frío respeto...

-¿No va usted a acostarse, madrina? Necesita descansar...

-Esta noche no tengo sueño. Hemos de hablar, Yanina. ¿Quieres escucharme?

-Desde luego, madrina.

Yanina ha inclinado la cabeza con aquel gesto de frío respeto que suele hacer como una autómata, pero las manos temblorosas se juntan, apretándose sobre el pecho, y tiembla más al contacto de aquella carta. Allí tiene la prueba, el arma terrible, el puñal con que puede de un golpe certero destronar a su odiada rival... Pero, ¿rival en qué? Al bajar la cabeza se ha mirado a si misma, contemplando a su pesar el traje típico con que se viste; la ancha falda de tela floreada, el delantal blanquísimo, y vuelve a mirar también, como otras veces, sus delgadas manos morenas... Son finas y bellas, cuidadas con esmero... manos color de cobre claro, forzadamente castas, que se crispan en el ansia de todas las candas, que se cierran como queriendo atrapar un anhelo imposible. manos a la vez puras y lúbricas, generosas y perversas... manos que al fin se saben dueñas del turbio destino de Aimée...

-¿Estás cansada? Siéntate, Yanina...

-No, madrina, no estoy cansada -afirma Yanina refrenando a duras penas su impaciencia-. Pero temo que usted... que usted si se fatigue más de la cuenta...

-Sí... Mi corazón marcha despacio... Ha amado y ha sufrido demasiado. Es natural... Pero dejemos eso; quiero hablar de Renato... Por él, y para él, necesito que haya paz absoluta en esta casa. Renato la necesita; es el único ambiente en el que respira su corazón tan sensible, tan tierno... y tan apasionado también. Renato es como un niño, Yanina... y contra sus años, contra su fuerza y contra su orgullo de hombre, como a niño tengo que defenderlo. No sé si me comprendes; pero necesito que me comprendas para que no te parezca una ingratitud lo que voy a decirte... Es preciso que Bautista, y que tú misma, se alejen de esta casa...

-¿Cómo? ¿Qué? -se sorprende dolorosamente Yanina-. ¿Va usted a echarnos, madrina?

-¿Para qué emplear ésa frase tan fea, y que al mismo tiempo no es cierta? No, Yanina. He pensado que tu tío debe volver a Francia y que es justo que tú le acompañes. ¿No te gusta la idea de hacer un viaje a Europa?

-Yo lo único que quiero es estar junto a usted, madrina...

-Esperaba esa respuesta... Te la agradezco, y desde luego, es la justa en el primer momento. Pero a poco que pienses en él, le tomarás gusto al viaje... Te echaré de menos, es para mí un verdadero sacrificio...

-Pero piensa usted que el señor Renato no quiere verme, ¿verdad?

-Al menos por algún tiempo, más vale evitarle la ocasión de ver a Bautista... Tú nada has hecho, ya lo sé... pero se lo' recuerdas. Piensa que se quedó aquí Bautista contra la voluntad de mi hijo. En estos días espero que también Juan del Diablo se aleje. He puesto los medios, y

se irá... Quiero darle a Renato una verdadera luna de miel, pues no la ha tenido por la intranquilidad de estos días, por los continuos problemas que se le presentan...

-Si el señor Renato volviera a poner a mi tío en su puesto, no tendría problemas. Con él no los había... El señor Renato está ciego, no sabe dónde están sus amigos y sus- enemigos... No sabe distinguir...

-Yanina, ¿por qué dices eso? -le ataja Sofía con severidad.

-Usted lo sabe igual que yo, madrina...

-Tal vez lo sepa, pero no quedan bien esas palabras en tus labios. Además, quiero que me digas qué razón has tenido para decirlas. ¿A quién te refieres? ¿Has visto, has oído algo para...?

Yanina se ha llevado las manos al pecho, ha palpado de nuevo el duro papel de aquella cana, pero su rostro permanece impasible, nada delata en él la hoguera en la que se abrasa... Suave y cortésmente, dice su mentira:

-Sólo sé lo que le he oído decir a usted, madrina. Perdóneme si...

-No es nada... Comprendo lo que sientes... Tengo por ti gratitud y cariño, hijita, y no te abandonaré nunca. ¿Comprendes? Si no te hallas bien en Europa, puedes volver, seguirme acompañando, y cuando aquí o allá te llegue el momento en que quieras casarte con un buen muchacho de tu clase, te daré una dote con la que has de sentirte dueña y señora de tu hogar....

-Gracias, madrina. No esperaba menos de usted -observa Yanina en forma fría, aunque cortés.

-Sé que te he hecho pasar un trago amargo... Vete a descansar. Pareces nerviosa e impaciente... Anda, vete a buscar a tu tío, hablale de esto y dile que, no volverá a Francia con las manos vacias, sino con dinero para vivir sin trabajar o para establecer por su cuenta un pequeño negocio...

-Gracias otra vez, madrina.

Yanina ha besado la mano de Sofía con un gesto automático y se ha alejado después. Frente a la puerta cerrada del despacho, se detiene, con las manos en el pecho para sentir el roce de aquella carta. Y sintiendo también el golpeteo de su corazón desbocado, sintiendo en sus labios, ardidos por el fuego de una pasión sin esperanza, que la hiel del rencor es más amarga que nunca, murmura con rabia:

-¡Echarme de esta casa, alejarme de él...! ¡Ya veremos! ¡Ya veremos quién es la que se aleja!

Hasta el fondo de las cocheras ha llegado Aimée, el pasó rápido y nervioso, la mirada escrutadora... Pero el antiguo mayordomo no se halla en las cocheras, ni en los establos, ni en el departamento de los gañanes, ni en los cuartones destartalados donde se guarda el pienso. Aimée esquiva el encuentro con el somnoliento mozo de guardia, cruza bajo los arcos y se detiene con sorpresa frente a una figurilla fina y oscura que, trepada en lo alto de un montón de heno, parece devorar algo a escondidas.

-Colibrí, ¿qué haces aquí?

-Yo... yo, nada... comer... Pero yo no me robé la empanada. Ana me dijo...

-Acércate y no hables fuerte. ¿Dónde está Juan del Diablo? ¿Por qué no andas con él como siempre? ¿No sabes dónde está? ¡Contesta!

-Pues no sé dónde está, mi ama, de veras que no sé. El se fue esta mañana para el ingenio... -Y en tono de misterio, agrega-: Se llevó dos caballos... Uno primero y otro después, y me dijo que no hablara con nadie, que no le dijera nada a nadie, que si me buscaban para preguntarme, me escondiera. Y toda la tarde estuve escondido, hasta que se fue ese viejo malo que le pega a la gente... Bautista, ¿no?

-¿Bautista? ¿Que Bautista se fue?

-Si, mi ama, se fue. Metió ropa en un saco, y dos panes y un queso... Luego metió el saco en la alforja de una muía negra que estaba de aquel lado, se puso la chaqueta y el sombrero, cogió la escopeta del sereno, se montó en la mula y se fue...

-¡Bautista se fue... se fue... ¡ -murmura Aimée consternada-. ¿Y tu amo. Colibrí? Dime todo lo que sepas de él. ¡Dimelo!

-Usted también lo sabe, porque es el ama nueva, ¿no? Eso me dijo el amo... Que íbamos a tener ama nueva y que era usted. Yo a, nadie, a nadie le digo nada, pero usted si lo sabe... Usted lo sabe todo...

-¿El qué? ¿El qué es todo?

-El barco está en la playa chiquita, al lado del ingenio, y esta noche a las doce estará el amo detrás de la iglesia, y usted se va con él... ¡ Usted y yo nos vamos con él ¡

Aimée ha cerrado los OJOS sintiendo que algo helado la recorre de pies a cabeza. Es terror, es espanto... Todo es cierto, respiran verdad las ingenuas palabras del muchachuelo que se ha acercado a hablarle en tono de misterio, brillantes los. negros ojos sobre el rostro oscuro, tembloroso y asustado él también. Con angustia mira Aimée a todas partes hasta comprobar que nadie ha escuchado las palabras del pequeño... Luego piensa en aquella carta, caída sabe Dios en qué mano. ¿Pero qué importa aquel papel, comparado con el apremio del momento? El Luzbel escondido muy cerca, aguardándoles, listo para partir quién sabe hacia qué rumbos, hacia qué aventuras, hacia qué puertos... El Luzbel, un barquichuelo ridículo donde la voluntad de Juan es omnipotente, donde habría de someterse, como una esclava, a su dominio, perdido todo: fortuna, dignidad, posición, derechos... hasta el nombre. Ha juntado las manos, ha alzado los ojos al cielo... Si supiera rezar, rezaría en este instante; pero como un relámpago pasa un nombre por su pensamiento:

-¡Mónica! ¡ Mónica! Ella puede salvarme... ¡Sólo ella.. .!, Como una fiera perseguida, ha salvado Aimée el ancho terreno que separa las caballerizas del lujoso edificio central, pero no tuerce hacia el lado izquierdo... Va directamente hacia las habitaciones de los huéspedes, salva la escalinata de piedra, llega junto a la puerta del cuarto de Mónica y alza sin llamar el picaporte, entrando de repente...

Lentamente, Mónica se levanta del reclinatorio en que oraba inclinada la frente, y poco a poco va dominando su emoción, su angustia, su extrañeza, mientras juntas las manos, viviendo un minuto de verdadera agonía, Aimée le aguarda,..

-¿Qué te pasa, Aimée? ¿Qué tienes? ¿Para qué vienes a buscarme así?

-No sé ni para qué vengo ni sé cómo me arriesgo acudir a ti... No merezco tu ayuda m tu apoyo. Merezco que me vuelvas la espalda, que me eches de aquí sin oírme siquiera;..

-Habla, que ya te estoy oyendo...

-No, no me atrevo ni a hablarte siquiera... Perdóname... ¡Estoy perdida si tú no me salvas, si tú no me ayudas, si tú no lo detienes!

-¿Detener a quién? -apremia Mónica francamente alarmada.

-¡A Juan del Diablo.. .! -estalla Aimée.

-¡Ah! -se tranquiliza Mónica-. Pensé...

-Renato no sabe nada. Me cree pura, limpia, inocente, y no me importa morirme cien veces con tal de que siga creyéndolo. .. Es por él, Mónica, te juro que es por él... ¡Es por Renato que no quiero cometer esa infamia! ¿Cómo puedo destrozar el corazón de un hombre tan bueno? ¿Cómo puedo amargar su vida para siempre? ¿Cómo puedo clavarle el puñal de una desilusión así? Si te pido que me ayudes, si te pido que me salves, es por él, Mónica... Tú me comprendes... ¡Hermana .. .Hermana. ..!

-He resuelto apartarme de tu camino, Aimée. He resuelto dejar que sigas tu suerte... Mi lucha fue inútil, y la abandono. ¡Haz lo que quieras, todo lo que quieras...!

Como desplomada en la alfombra, a los pies de Mónica, está Aimée, que ahora se. ha incorporado, tomando desesperadamente entre las suyas las manos heladas y blancas de su hermana. Como lejana, como ausente, ha permanecido Mónica sin dar muestras de que aquel

dolor, verdadero o fingido, le conmoviera. Ha hecho el ademán de alejarse, de apartarse, pero Aimée, desesperada, le cierra el paso:

-¡No puedes abandonarme ahora!

-Cien veces me pediste que me fuera, que te dejara en paz...

-Cien veces lo pedí, y no lo hiciste. Continuaste aquí impidiendo con tu presencia que yo resolviera mis cosas mal o bien, exasperándome, enfureciéndome... Y ahora... precisamente ahora...

-¿Pretendes echarme a mi la culpa? -le ataja indignada Mónica.

-No, hermana, no es eso... Al contrario... Mido, veo, palpo que tienes razón en todo, que tus reproches eran merecidos, que tus pronósticos eran ciertos. Como una loca seguí la ley de mis instintos. Ciega por una pasión malsana, rodé y rodé, y ahora estoy al borde del infierno... Pero no quiero caer más abajo, no quiero seguir rodando, no quiero hundirme en el cieno definitivamente, y hundir conmigo el nombre de mi esposo...

-¡Ahora piensas en tu esposo! ¡No mientas más!

-Te lo juro, hermana... Me enloquece la idea de perderlo, de ser indigna a los ojos de él... Estoy desesperada, arrepentida ... No quiero más que a Renato, no quiero vivir más que para él... ¡Pero Juan no me deja! ¿No lo comprendes?

-¿Que no te deja? ¡No sigas mintiendo! ¡Tú eres quien lo busca, quien lo enloquece, quien le has jurado que lo amas a pesar de todo, que estás dispuesta a seguirle a donde quiera que él te lleve.. .!

-¡No... No... No iré con él! Antes se lo diré todo a Renato. Si tú no me ayudas, si tú no me salvas, buscaré la muerte... Le confesaré la verdad a Renato, y que me mate. Sí, que me mate, para acabar con todo de una vez... ¡Que venga el escándalo! ¡Que venga la muerte! ¡Yo misma le saldré al encuentro!

-¡Aimée! ¿Dónde vas? -detiene Mónica con un grito a su hermana que empieza a alejarse con pasos rápidos-. ¿Estas loca?

-¡POCO me falta! Pero antes que Juan venga a buscarme a esta casa, antes de ponerlos a él y a Renato frente a frente, en una lucha en la que Renato será vencido... Porque Juan le matará; Juan es más audaz, más fuerte... Antes que Juan le mate a él, prefiero que Renato me mate a mí. Y ahora mismo...

-¡Quieta, Aimée! ¿Dónde está Juan? ¿Qué quieres que haga?

-¿Vas a ayudarme? ¡Mónica de mi alma! Ya sé que no lo haces por mí... A mí quisieras verme muerta... -No, Aimée. Eres mi hermana, mi sangre... Debiera aborrecerte, abandonarte a tu suerte, pero no puedo hacerlo. No es sólo por Renato; es por ti también. Si hay algo que yo pueda hacer..'.

-Juan te escuchará. A ti tiene que escucharte... Eres la única que puede detenerlo, aunque sea de momento... Un plazo, una prórroga, unas horas de tiempo para hacer algo, algo con qué librarme de ese maldito Juan...

-Ahora le maldices...

-¡Le maldigo y le aborrezco! ¡Quiero a Renato y viviré para él! ¡Te lo juro! Si me salvas de ésta, seré la mujer más buena, más sumisa, más honesta, más dedicada al amor de mi esposo...

-¿Pero cómo salvarte, Aimée?

-Juan quiere llevarme esta noche... A las doce me espera con dos caballos detrás de la iglesia... Si no voy, si no llego, si falto a esa cita, vendrá a buscarme, me arrastrará con él... Ha jurado que me llevará, aunque sea delante de Renato...

-¡Pero es un salvaje, un demente! -exclama Mónica con el espanto reflejado en su blanco rostro.

-Es... quien es. Ya lo sabes... Procura sólo que no dé el escándalo esta noche. Dile que estoy enferma, prométele en mi nombre que me iré con él... Pero no esta noche, no en este momento.,. -Y, visiblemente alarmada, señala-: ¡Porque ya son las doce! Seguramente que en

este instante llega... Esperará sólo unos minutos si yo no me presento, si tú no llegas a detenerlo. No le importará matar ni destrozar a Renato. ¡Lo odia, lo odió siempre! ¡Corre, Mónica, corre, ve y háblale...! Yo me quedaré aquí rezando porque Dios tenga piedad de nosotros, y porque acepte mi arrepentimiento...

Ha caído a los pies del crucifijo que preside la alcoba de Mónica, y llora... llora de espanto, de angustia, de miedo ... Mónica le mira un instante, perladas de sudor las sienes, y venciendo su horror, ofreciéndose entera al momento terrible, sale arrastrando el cuerpo helador el alma ardiente...

3

NERVIOSO, INQUIETO, CON una impaciencia que es alegría febril, va Renato de un lado a otro del despacho, seguido por los cansados pasos del viejo Noel. Un instante, los ojos del joven D'Autremont miran compasivos al viejo notario, para en seguida proponerle:

-Está usted rendido. Vayase a descansar si quiere...

-¿Piensas que podría descansar sin saber en qué acaba todo esto? Vamos a hacer un trato, hijo: tú te vas a descansar, y yo lo espero.

-¡Qué ocurrencia! Usted sí que se ve que no puede más. Vaya, Noel, vaya a reposar...

-Me voy, pero sólo a dar una vuelta. Mucho me temo que doña Sofía no se haya acostado esperando que pase yo a hablar con ella. Si me permites usar esta puerta secreta... Da directamente frente a la alcoba de tu madre, según me dijo ella. Se abre oprimiendo la moldura, creo que en este lado... Aquí ... Si ...t se hunde la moldura, pero no se abre la puerta...

-¡Oh! ¡El escondrijo que buscábamos! ¿No le dije que quedaba en este panel? Se abrió al apretar usted la moldura...

Han ido los dos hacia el estante, donde efectivamente se encuentra el hueco de una puertecilla... Pero en la oscura cavidad sólo hay un papel arrugado... un papel del qué los dedos de Renato se apoderan rápidamente y, emocionado exclama:

-¡Aquí está! ¡Esto era! Delante de mí, mi padre arrugó esta carta y la arrojó aquí dentro.

-¿Era esa la carta que...?

-Si... Creo que si... Usted, naturalmente, sabrá lo que dice...

-No, hijo, nunca llegué a leerla. Bertolozi la envió con el' propio Juan, como ya te conté, y tu padre la leyó frente al cadáver del que había sido su implacable enemigo...

Fija la vista en aquellas líneas que le queman, Renato permanece silencioso e inmóvil mucho tiempo, y al fin comienza a leer en voz alta lo que ya leyó con la mirada. Comienza a leer con la misma angustia, con el mismo invencible respeto conque leyó su padre frente al cadáver de Andrés Bertolozi.

Con mis últimas fuerzas te escribo, Francisco D'Autremont, y te pido que vengas a mi lado..: Ven sin miedo... Es tarde para que yo me cobre en sangre todo el mal que me has hecho. No he de repetirte cuánto te odio. Tú lo sabes... Si se matase con el pensamiento, te habría aniquilado, pero sólo yo mismo me he consumido inútilmente en la hoguera de este rencor que me pudre el alma. Me mata el odio más que el alcohol... Por odio he callado durante años enteros. Hoy quiero decirte algo que acaso te interese. Esta carta la pondrá en tus manos un muchacho. Tiene doce años y nadie se ocupó jamás de bautizarlo. Yo le llamo Juan, y los pescadores de la costa le dicen algo más... Juan del Diablo. Es una fiera, un salvaje, lo crié en el odio... Tiene tu corazón malvado, y yo le he dado, además, rienda suelta a todos sus instintos, he destilado sobre su corazón rencor y veneno... ¿Sabes por qué? ¡Es tu hijo!"

La vieja carta de Bertolozi ha temblado en las manos de Renato, como tembló primero en

las de Francisco D'Autremont. Sus ojos, agrandados de angustia, se alzan para recorrer la estancia, sin verla, y la figura desolada del viejo notario, inmóvil, mudo junto a él... Un instante respira con dificultad, ahogado por la emoción de aquella tragedia, no por lejana menos cruel; pero de nuevo los renglones desiguales le atraen como si ardiesen. Otra vez vuelve a ellos, y otra vez bebe en aquellas letras todo el veneno que Andrés Bertolozi pusiera en ellas:

-"Si tu hijo está frente a tí, míralo a la cara. A veces es tu vivo retrato, otras se parece a ella... a ella... la maldita ramera que me traicionó, la que me arrancaste, la que fue tuya, como es tuyo ese hijo, vergüenza de mi vida. Tómalo, llévatelo... Tiene el corazón podrido y el alma dañada de rencor. No sabe más que odiar, que aborrecer... Si lo llevas contigo, será tu enemigo, envenenará tu hogar y turbará tus sueños. Si lo abandonas, rodará a lo más bajo, será un asesino, un pirata, un bandido que acabará en la horca... Y es tu hijo... ¡Tu hijo.. .! Tiene tu misma sangre... ¡Esa es mi venganza!"

Con dolor intenso, pálido de espanto primero, rojo de indignación un instante después, Renato D'Autremont estruja aquella carta, último mensaje del rival vencido, del enemigo triunfador en la muerte. Y como Francisco, en aquella madrugada fatal, siente el anhelo de escupir sobre el rostro muerto, sobre la tumba de Bertolozi...

-¿Puede un hombre ser tan vil. Noel? ¿Puede alguien vengarse de este modo en la carne indefensa de una criatura inocente? ¿Sabía usted todo esto?

-Lo .presentía, aun sin haber conocido hasta ahora esta carta horrenda...

-¿Y Juan? El pobre Juan...

-Mi compasión por él tenía, como ves, toda la razón del mundo. Era bien justa, como justo era el empeño de tu padre en protegerlo. Pero todo se puso contra él...

-Fue mi madre la que se puso contra él... Recuerdo aquellas horas, como si las viviera de nuevo. Recuerdo aquella noche en que mi padre salió a caballo por última vez, y el recuerdo es como una quemadura... ¡Porque yo también me volví contra él!

-Renato, hijo, ¿qué dices?

-Fue por defender a mi madre, y sus últimas palabras fueron para librar del peso a mi conciencia... Sí, Noel... En Su lecho de muerte, mi padre me dijo dos cosas: que había hecho bien defendiendo a mi madre, aun contra él, y que ayudara a Juan, que le tendiese mi mano de amigo, de hermano... De hermano, sí, esa fue la palabra que usó, la recuerdo perfectamente... Y esa palabra se clavó para siempre en mi corazón de niño, y le juré cumplir su deseo. ¡Y contra el mundo entero lo cumpliré, Noel.!

Ha dejado caer la carta sobre la mesa, Se ha enjugado las sienes, húmedas de un sudor de angustia. Luego, con rápido movimiento, toma el viejo papel estrujado y lo enciende en la llama amarilla de la lámpara, comentando:

-Ahora quemo esta infamia, este papel odioso, este grito de rencor y bajeza, que es la herencia de Juan... Yo le daré otra, le daré la qué mi padre quiso que le diera: mi confianza mi afecto, mi cariño de hermano... y la mitad de estas tierras que por su sangre le pertenecen...

-Hijo, por Dios... Ten prudencia...

-Prefiero tener justicia, Noel. Que al fin haya justicia sobre la tierra de los D'Autremont... Justicia, comprensión, amor y piedad para. los que viven, y perdón para los pecados de los que han muerto...

Ha dejado caer sobre el ancho cenicero de porcelana la carta que es ya sólo un puñado de ceniza negra; luego, con rápido ademán, va hada la puerta, y el viejo notario pregunta:

-¿Dónde vas, Renato? ¿No esperas a Juan?

-No puedo ya esperarlo. Noel. ¡Ahora voy a su encuentro! En el ancho portal casi en penumbras, Renato retrocede un paso contemplando a Yanina. Ha estado a punto de tropezar con ella al salir del despacho. Por primera vez, los ojos claros y dulces del hijo de Sofía se fijan en ella con suavidad. Tiene el corazón henchido de ternura, de comprensión humana, de amor y compasión para todos los seres de la tierra. Se siente inmensamente generoso, dispuesto a la bondad y a la indulgencia, y domina hasta él movimiento instintivo de antipatía que le produce la delgada y oscura mestiza, y pregunta afectuoso:

-¿Qué pasa, Yanina, por qué me miras de esa manera?

-Parece usted contento, señor...

-Sí, Yanina, estoy contento...

-Sin embargo, es preciso que sepa la verdad, que no le engañen más, que no se burlen más de usted... Que sepa quién le miente, quién le deshonra...

-¡Yanina! ¿Qué estás diciendo? -se exalta Renato, endureciéndose el gesto de. su expresión, hace un momento todo dulzura.

-¡Lea usted esta carta, señor Renato! ¡Léala! Las palabras de la mestiza han sido una sacudida brutal, un descender violento del exaltado y luminoso clima de ternura, de amor y de nobleza en qué su alma vivía. Es un halo que se le derrumba, un mundo de ilusiones que se despeña, una espantosa sensación de caer en el vacio... De un manotazo ha arrebatado el sobre de manos de Yanina sin mirar siquiera a quién va dirigido. Luego lee de golpe, como si tragase de un solo sorbo un vaso de veneno, y conmina a la mestiza:

-¿Qué significa esto? ¿Quién te dio esta carta? ¿Para quién es?

-¡ Para Juan del Diablo!

-Para Juan de Dios... -rectifica Renato, leyendo-. ¿Quién escribió esta carta?

-¿No lo está viendo? ¿No lo sabe? ¿No conoce la letra de...?

Otra vez ha vuelto Renato a mirar aquellas líneas, aquellas letras que parecen danzar ante sus ojos, arder en chisporroteo de burla y de ignominia... aquellas palabras cuyo significado horrible no quiere comprender, y que, sin embargo, va penetrándole más y más, hasta clavarse en su fibra más sensible. Con ojos de loco mira a Yanina, que retrocede como disponiéndose a huir, cuando él le cierra el paso:

-¡Te he' preguntado quién te dio esta carta!

-No me la dieron a mi... La robé, la recogí cuando la dejó caer la estúpida con quien la enviaron. Esta es la carta que la señora Aimée mandó a Juan del Diablo con Ana su criada de confianza. ¡La mandó entregarla a Juan del Diablo!

-¡A Juan del Diablo! ¡A Juan del Diablo! ¡Lo que dices es mentira! .

-¡Es verdad! ¡Lo juro! La señora Aimée... ,

-¡No la nombres para mancharla, porque te va en ello la vida! ¡Mientes... Mientes...! '

-¡No miento! ¡La señora Aimée quiere a Juan del Diablo! ¡Se ven a solas, tienen entrevistas.. .!

-¡Calla! ¡Calla!

Rudamente, la mano de Renato ha tomado la garganta de la mestiza y aprieta enloquecido, mientras, sin defenderse, lanza Yanina su postrer chorro de veneno:

-¡Es la verdad, es la verdad! ¡Máteme a mí si quiere, por decírselo; pero mátela también a ella por serie traidora!

-¡Oh, basta! ¡Basta!

La ha soltado haciéndola caer; un instante la mira como fuera de sí, luego vuelve la espalda y corre hacia su alcoba...

Aimée se ha puesto de pie apoyándose en el reclinatorio, donde ha permanecido inmóvil, de rodillas, juntas las manos, sin llorar ni rezar, doloridos por la tensión el cuerpo y el alma ... Ahora sacude la oscura cabeza, ante la llegada de su madre, que la interroga: •

-Hija, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está tu hermana? Ha ido a un recado mío. Le pedí que me hiciera un favor, y -está. haciéndomelo... Eso es todo... Iba a esperarla aquí...

Aimée se ha dirigido hacia la ventana, ha tratado de percibir todos los ruidos, pero ninguno llega hasta ella en el hondo silencio de la noche... Todo está en sombras, todo parece totalmente tranquilo, sólo un paso que llega muy de prisa hace helarse la sangre en sus venas. Quiere retroceder, esconderse, huir, pero ya es tarde, pues Renato irrumpe en la habitación y ordena autoritario:

-¡Aimée! ¡Ven!

La ha arrastrado casi, llevándosela consigo, los dedos como garfios de acero clavados en

el brazo de ella, obligándola a alejarse de aquella alcoba donde queda sola la asustada Catalina, que no ha tenido tiempo siquiera de pronunciar palabra alguna. ..La ha empujado, colocándola por la fuerza bajo el farol de luz amarilla, y queda mirándola muy de cerca de hito en hito, con expresión? fiera y terrible, mientras ella tiembla y en vano intenta retroceder... No tiene dónde dar un paso atrás, y él está allí... En sus ojos daros hay una llamarada de cólera infinita, de rencor sin nombre, un- fuego que Aimée nunca ha visto en aquellas pupilas, pero que bien conoce en otros ojos, y suplica asustada:

-¡Renato! ¿Estás loco?

-¡Loco y ciego tuve que haber sido! ¡Hipócrita! ¡Perdida!

-¿Por qué hablas' de ese modo? ¿Por qué me miras así? -Y con ahogado espanto intenta defenderse-: Renato, ¿has perdido el juicio?

-¿Recuerdas esta carta? ¡Dime!

-Yo... Yo... Yo... -balbucea Aimée sin encontrar salida.

-Es tuya... No lo niegues, no puedes negarlo. ¡Es tuya, sí, tú la. escribiste! ¡Me engañabas!

-¡No, Renato, no... ¡

-En esta carta gimes, suplicas, le pides compasión a otro hombre, y es a mí a quien debías pedirla... Pero no lo hagas, porque será inútil... ¡Será inútil!

Aimée ha tratado de huir, pero las manos de Renato la atenazan oprimiéndola, suben a su garganta, rudas y decididas. .. Con la suprema audacia del terror, Aimée logra rehuirlas para destilar el veneno de una acusación:

-No soy yo la culpable. ¡Te lo juro! ¡Es ella... ella.. .! Pido compasión, pero no para mí. Pido piedad, pero es para ella. Me humillo y suplico, pero es para salvarla a ella. ¡A Mónica!

-¿Qué es lo que dices?

-¡Mónica es la amante de Juan del Diablo!

-¡No! ¡Imposible!

-Juré callar a costa de todo... Juré no decirlo... Por mi madre. Renato, por nuestra pobre madre, quise salvar a mi hermana. Quise salvarla a costa de mi misma. ¡Ten piedad de ella, Renato! ¡Ten piedad de ella, y ten piedad de mi!

Como si un golpe brusco le despertara, como si ascendiera del fondo de un abismo, como si en sus tinieblas se hiciera la luz de repente, como si en medio de su desesperación sin límites un rayo de esperanza llegara deslumbrándole, Renato ha retrocedido buscando la verdad en los ojos de Aimée, que ahora lloran de espanto, en sus manos extendidas que piden compasión y piedad, es aquella voz que el terror ha quebrado en sollozos, mientras torpe y desesperadamente barbota su mentira: -Es Mónica... Es Mónica... Mi pobre hermana que está loca, ya te lo dije. Le escribí a esa fiera de Juan para detenerlo. No era posible abandonarla en manos de esa bestia sin corazón. Darla a Juan es igual que entregarla indefensa en las / garras de un tigre... ¿No me entiendes, Renato? ¡Móníca es la amante de Juan! Se entregó a él en un momento de locura, sin saber lo que hacía, y él la ha convertido en su esclava, en su víctima. ¿No comprendes?

-¿Y cómo puedo comprender...?

-Ella le quiso, perdió la razón un momento, y ahora él es el amo. Manda, ordena, la arrastra como a un guiñapo.., y amenaza con el escándalo. Y ella .se muere de espanto, y sufre, y llora y... ¡Es un canalla, Renato, un canalla, un bandido! Pero no le provoques, no te pongas frente a él... Deja que sea yo quien le hable, quien le diga...

-¡NO mientas más! -estalla con furia Renato.

-¿No crees lo que te digo? ¡Te juro que es por Mónica que escribí esta carta! Ella estaba enloquecida de espanto y me pidió auxilio. La tiene acorralada, aterrada, y ahora mismo...

-Ahora mismo, ¿qué?

-¡Están discutiendo allí, tras la iglesia! Ella lucha por convencerlo de que se aleje, de que la deje volver a su convento... Es lo único que le pide, lo único que-le implora...

--¿Detrás de la iglesia dijiste?

-Renato querido, ten lástima de Mónica... y perdóname... Perdóname por no habértelo

dicho. Ella no me perdonaría jamás si supiera que tú lo sabes. Ella está arrepentida... Quiere matarse, morirse...

-¿Por Juan del Diablo? -prorrumpe Renato con desbordado sarcasmo y amargura.

-No por él, sino por su pecado, por su vergüenza... Yo quiero ayudarla a que él se aleje. Se lo he prometido... Comprar su, marcha y su silencio... Tal vez un poco de dinero bastaría...

-¿Crees tú que basta con un poco de dineros-salta Renato con ira concentrada-. ¿Crees que Juan es el más vil, el más canalla, el más prostituido de los hombres?

-Si, Renato, sí. Es todo eso... Por ello Mónica está enloquecida. Sabe que mamá se moriría si ella diera un escándalo así. Le prometí hablar con esa fiera, detenerle, pedirle... -Se interrumpe de pronto y al observar el movimiento de Renato, pregunta espantada-: ¿Dónde vas? -

-¡Voy allí, y tú vienes conmigo!

Ha arrastrado a Aimée, llevándola consigo. En vano ella lucha, en vano se resiste... El va como loco, como ciego, sin acertar siquiera a distinguir en qué caos de sentimientos, en qué torbellino de locura van envueltas su razón y su vida. Y forcejeando, Aimée suplica:

-¡NO, Renato, no! ¡Por favor, espera... óyeme!

-¡Frente adiós dirás lo que tengas que decir!

-¡No... no.;.! ¿Estás loco? ¡No me lleves así! -Y en su desesperación grita Aimée-: ¡Por favor... ¡

-¡Renato... Aimée... Hija... Hija.. .! -En vano ha clamado la voz espantada de Catalina, pues tomo una tromba cruza Renato salas y jardines, arrastrando a Aimée consigo, mientras la voz de Catalina de Molnar, persiste en un grito-: ¡Renato... Aimée... ¡

La anciana intuye la tragedia, la presiente, la adivina. Quiere correr, pero le falta el aire, se le nubla la vista, y cae fin de rodillas... Ha visto cruzar una pequeña sombra oscura. ... Es Colibrí, pero éste no se detiene a la voz desesperada que clama en un sollozo:

-¡Muchacho... muchacho! ¡Pronto... Socorro...!

-¿Qué pasa? ¿Quién llama? -Es la voz del viejo notario que espantado ante los gritos de auxilio se acerca y, asombrado, exclama-: ¡Doña Catalina...!

-¡Oh, Noel, amigo mío! ¡Pronto! ¡Hay que impedirlo! ¡Llame a doña Sofía! ¡Hay que impedirlo!

-Pero, ¿impedir qué?

-¡Va a matar a mi hija! ¡Ay....

Se ha quedado inmóvil, sin sentido. Noel, trémulo, mira a todas partes. Sombra y silencio caen sobre campos y jardines ... Un trueno cercano parece agitar el espado y una ráfaga de viento silba entre el follaje y la espesura. También él presiente, intuye, adivina, tiembla ante el terror de lo que ve venir, y alza en vano los ojos al cielo mientras la tormenta se avecina... Tan inútil como el deseo de detener la tormenta, tan, imposible-como sujetar el rayo, es impedirlo... Y ante su impotencia, exclama como en un rezo:

-¡Dios mío! ¡Dios mío...!

4

-¡MIENTE! USTED VINO a atravesarse en mi camino porque averiguó que íbamos a huir, porque vive a la espía...

-¡YO vine porque Aimée me pidió que viniera! ¡Vine en su nombre para hacerle comprender a usted su locura y su vileza! Vine para pedirle...

-¡Es inútil pedirme!

Fieramente, Juan ha enfrentado a Mónica, encendidas de cólera las soberbias pupilas. Ha ido a ella como si quisiera destrozarla, golpearla con sus puños poderosos, pero la pálida

figura helada y triste que se alza ante él, le detiene, inspirándole un respeto invencible, mientras un relámpago rojo, qué es ya de odio, brilla en sus ojos magníficos...

-Le advierto que si Aimée no aparece dentro de cinco minutos, voy a buscarla adonde esté, sin que nada ni nadie me detenga. ¡Ni siquiera su marido!

-¿Pretende llevársela por la fuerza? ¿Es que no entiende que ella no quiere ir? -protesta Mónica en un arrebato de ira-. ¡Ella le ruega...!

-¡Pues bien, sin ruegos! -se. exaspera Mónica-. No quiere ir con usted; no quiere seguirle... Vuelva en sí de esa estúpida vanidad por la que pretende ser para ella más que nada en el mundo... Aimée está arrepentida de su locura. Llorando me ha pedido que le detenga; ha rezado, acaso por primera vez en su vida, pidiéndole a Dios que la salve de usted, de su violencia, de su barbarie, de la brutal pasión que usted significa...

-¿Quién dijo eso?

-¡Ella misma! Ya lo sabe, Juan: ella no quiere seguirle. ¡Ella sólo pide que la deje tranquila!

-¿Burlándose de mi?

-No hay burla. Hay arrepentimiento, dolor de sus pecados, deseo de rehacer su vida, de ser fiel y leal al hombre honrado de quien es esposa.

-¡Mentira! ¡Mentira! ¡Que venga ella! Que cara a cara me lo diga, que me jure todo eso a mí, que me diga que no quiere volver a verme, que me pida ella, ella misma, que olvide su nombre, y entonces...

-¡Calle! -le ataja Mónica con gesto imperioso-. Alguien viene... Alguien viene, sí... ¡Vayase, escóndase.. .! -De pronto, como si el mundo se le viniese encima, lanza un grito-: ¡Renato! -Y aun más espantada-: ¡Aiméel ¡ • -¡Yo, sí...! -confirma Renato, llegando junto a ellos-. En el mejor momento, Mónica. Ya sé que pretendías que lo ignorase todo. Ya sé que reprocharás a tu hermana por habérmelo dicho, pero ella no podía callar, no era posible que siguiera callando, porque, quieras o no, yo soy el amo de esta casa y el jefe de esta familia...

-¡Renato...! -murmura Mónica completamente desconcertada.

-Me importa poco lo que pienses, ni lo que Juan pueda decir. Están en mi casa, y en mi casa se va por el camino recto, se juega limpio, se procede con dignidad y decoro... Y si lo has olvidado, Juan, aquí estoy para recordártelo y para exigirte cuentas muy estrechas de la forma en que has procedido con Mónica.

-¿Qué? -se extraña Juan, sin comprender el alcance de las palabras de Renato.

-Entiende de una vez, Juan, que en este asunto es conmigo, y no con las mujeres, con quien vas a medirte.

-¡No sabes cuánto celebro que sea contigo!-acepta Juan en tono insolente-. ¡Deseando estaba encontrarte cara a cara!

-¡Pues aquí me tienes! -se ofrece Renato violentamente-. ¡Te entenderás conmigo, y sólo conmigo!

-¡Cuando quieras! -desafía Juan dando un paso adelante y echando mano a su cintura.

-¡No! ¡No! ¡Ese cuchillo...! -advierte Mónica en un grito de espanto.

-¡Yo no tengo armas! -indica Renato con gesto noble y fiero.

-¡Mejor es así! -acepta Juan arrojando el cuchillo al suelo-. ¡Cara a cara... de hombre a hombre! Con los puños, con los dientes, con las uñas... ¡Como quieras! ¡He venido a llevármela, y me la llevaré por encima de ti!

-¡No te la llevarás sin hacerla tu esposa!

-¿Qué? -se desconcierta Juan. ¿Hacerla mi esposa?

-Mónica es para mí una hermana. ¡Si le debes la honra, tendrás que cumplir!

-¿Mónica... ? -tartamudea Juan estupefacto.

-¡Mónica...si... sí! -interviene Aimée con decisión-. no lo niegue usted, Juan del Diablo, no intente mentir. Usted ha arrastrado a mi pobre hermana a los peores extremos.., Usted la tiene asustada, acorralada y sometida por el terror... ¡Usted... usted.. .!

-¡Aimée... ¡ -reprueba Mónica con acento desgarrador.

-¡Es la verdad! ¡Es la verdad! Perdóname que se lo haya dicho a Renato, pero yo no podía callarme esto. ¡No podía! ¡Perdóname, Mónica, perdóname! Tuve que decirle... Fue necesario...! ¿Me oyes? ¿Me entiendes? Era horrible lo que Renato creía. Tuve que decirle la verdad. ¡Que eras tú... tú... tú!

Ha ido a ella, estrujando su brazo, pero Mónica la rechaza de un brusco empujón, irguiéndose fría, tensa, sacudida por un temblor nervioso. Juan ha retrocedido, ahogada de asombro la voz en su garganta pero Renato ha dado un paso sujetando a Aimée con sus manos como zarpas, clavadas las pupilas en el rostro de Mónica como si se asomara al fondo de un abismo:

-Mónica, Aimée me ha dicho que Juan es tu amante. ¿Es verdad, o es mentira?

-Es verdad, Renato... -murmura Mónica en voz ronca. Y cobrando fuerzas y valor, prosigue con su engaño-: Es el hombre a quien quiero, el hombre a quien le di mi amor y mi vida, y no te doy derecho a intervenir. ¡No te doy derecho...!

,La mirada de Renato ha ido hacia Juan como un relámpago. Ve el rostro viril endurecido, apretadas las mandíbulas, ardientes los ojos con una llama indefinible y le espeta:

-Esto se arregla de hombre a hombre, Juan: ¡tu vida contra la mía!

-¿Por qué? ¿Por quién? ¿Por esa... ? -salta Juan en un estallido de ira y de asco.

-¡Por la mujer que es una hermana para mi! -sentencia Renato en tono rotundo y amenazador-. ¡Cumplirás con ella! ¡Te portarás como un hombre, o te mataré como a un perro!

-¡No... no, Renato! -interviene Mónica con la angustia reflejada en su pálido rostro-. Este asunto es mío, sólo mío. No puedo consentir...

-¡Calla! -la interrumpe Renato imperioso. Y dirigiéndose a Juan, exclama-: ¡Sólo a mí has de darme cuentas, Juan!

-Te las daré cumplidas... ¿Me aceptas por esposo, Mónica de Molnar?

-¡No... no! -rechaza Mónica con la desesperación enroscada en su garganta.

-¿Que no, has dicho? ¡Pues yo digo que sí! Te casarás con Juan del Diablo, ¡o no saldrá él vivo de aquí!

Es un instante, uno de esos instantes largos como siglos en que las almas tiemblan. Desesperadamente, Renato ordena, pide, exige... No ha creído más que a medias las palabras de Áimée, apenas ha podido dar crédito a sus ojos-al hallar juntos a Mónica y a Juan y se agiganta en su pecho la resolución terrible, el ansia salvaje de matar, hasta ahora desconocida para él. Quiere hallar la verdad... la verdad que al mismo tiempo le espanta, y tiembla también él al ver temblar a Mónica, que vacila como si un momento considerara la profundidad de aquel abismo repentinamente abierto a sus pies...

-Ya has visto que no quiere casarse conmigo -expone Juan con el más amargo sarcasmo-. Soy muy poca cosa. para una Molnar. Como esposo, no sirvo... Sirvo como juguete, como diversión, como amante de un día, como muñeco con el cual divertirse durante los meses de espera para una boda de su rango. Para eso es para lo único que sirvo...

Ha sonreído... ha sonreído como Satanás pudiera sonreír. Y no mira a Mónica, sino a Aimée que se mantiene tensa y rígida, sintiendo apretarse un poco más las manos de Renato, devolviéndole aquella mirada con la suya fija Como si contemplase la moneda que salta en el aire para caer, jugando a cara o cruz la muerte o la vida. Y es Mónica quien rompe el silencio expectante:

-¡Acepto!

-Yo creo, Renato... -empieza a decir Aimée; pero Renato la ataja imperativo:

-¡Tú, calla! Aceptas, ¿eh? 'Naturalmente que aceptas, Mónica. Y tú, naturalmente que cumples, Juan.- -Y con indefinible amargura, comenta-: ¿Qué razón puede haber para que esa boda no se realice? ¿Cuál es el impedimento legal? ¿Por qué citarse detrás de la iglesia, Juan, cuándo puedes llevártela tras recibir ,1a bendición de Dios en el altar, con la alegría de todos y el aplauso de la sociedad? ¿Por qué no casarlos, Aimée? ¿No es eso colmar la medida de tu deseo, cumplir como Dios manda, como una buena hermana? ¿Por qué no ser nosotros

Librodot

padrinos de esa boda? ¿Por qué proceder como criminales cuando no están haciendo nada, absolutamente nada para lo que no tengan derecho legal? Aceptas... ¡naturalmente que aceptas, Mónica! Te casas... ¡naturalmente que te casas, Juan!

Hay un rumor de pasos y voces que se acercan, y unos y, otros se miran sorprendidos, hasta que Renato comenta:

-Creo que viene mi madre"... Seguramente Catalina corrió a darle aviso... Bienvenidos todos para escuchar la buena nueva. -Y alzando la voz, llama-: ¡Madre... Noel... aquí estamos...! Ya verán cómo van a alegrarse todos...

-Renato... Renato... -suplica Aimée presa de angustia-. No les hables a ellas... no les digas...

-¡Aimée... hija...! -prorrumpe Catalina llegando junto al grupo. Y sorprendiéndose, exclama-: ¡Oh, Mónica... ¡

-Mónica, si -confirma Renato-. Mónica y Juan de Dios ... ¿No es ese el nombre que Mónica gusta darle? ¡Juan de Dios...! Acércate, madre. Sí, Juan está aquí, pero no hay nada por lo que tengan que alarmarse...

Sofía D'Autremont ha llegado junto a Renato, pálida, temblorosa, como si viera llegar por fin la desgracia tantas veces presentida para su hijo; pero Renato sonríe... sonríe con una sonrisa nueva en él: desafiante, amarga, casi agresiva, cuando explica:

-Tengo que dar a todos una gran noticia: Mónica y Juan han decidido casarse, y lo harán en seguida. ¡En seguida!

-Renato, te suplico...

-Ni una palabra más por esta noche, querida -corta Renato con ira el ruego de Aimée-. Necesitas descansar y dormir. Mañana te aguarda un día terrible... Mañana mismo será la boda. Tengo también el mayor empeño en que mañana mismo estén lejos de aquí.

-Pero...

-Sin peros. Ellos no protestan, no replican, aceptan su cruz, aceptan la lógica consecuencia del pecado que han cometido... ¿O no crees que es un pecado? ¿Piensas que debo aplaudir su falta de respeto a la casa de mi madre? Dispénsame... Ya sé que se trata de tu hermana y que debes sentir' te, casi como si lo hubieras hecho tú misma. Te sientes así, ¿verdad, querida? Pues desecha esa idea y no pienses más en el asunto. Yo hago a cada quien absoluto responsable de sus actos, desligándolo de responsabilidades consanguíneas. Nadie es culpable sino de sus propios actos, ¡y pobre de aquél cuyos actos puedan volverse contra él algún día.,.!

Casi arrastrada por Renato, ahora detenida por él frente a la puerta de aquel departamento preparado para el amor y la dicha, Aimée busca en vano gestos y palabras. Desde hace algunas horas cree vivir en una pesadilla. Renato es ahora, de repente, otro hombre para ella: lejano, helado, amargó, y al mismo tiempo imperioso, desconfiado, agresivo, como si cada instante temiese ser apuñaleado por la espalda, como si alguien hubiera derramado en sus venas un sutil veneno que corre emponzoñándolo. La mira... la mira muy de cerca, con fiera mirada interrogadora, y luego sonríe... sonríe con una sonrisa fría y breve, que es peor que todos los reproches, que todos los insultos, que todos los gritos...

-Renato... -suplica Aimée con mortal angustia.

-Entra, y déjame... Tengo mucho que hacer todavía -ordena Renato con aspereza y dándole un leve empujón, tras lo cual cierra con llave la puerta.

-¡Renato... Renato.. .! ¿Qué haces? -se asusta Aimée-. ¡Renato... Renato...!

-Hijo, ¿has cerrado con llave esa puerta? -pregunta Sofía acercándose preocupada y vacilante-, ¿Con Aimée tras ella?

-Justamente, madre, con Aimée tras ella. Y ahora, si me das tu permiso...

-No, aguarda un instante. Quiero saber lo que ha pasado. Lo reclamo, lo exijo. ¿Por qué has decidido esa boda, que no te concierne, en una forma así? ¿Por que tratas a Aimée e este modo? ¿Por qué procedes como si hubieras enloquecido?

-Tal vez porque quiero llegar al fin... No me preguntes demasiado, madre.

-¿Qué te han hecho, Renato? -se angustia Sofía-. Estaba segura, estaba bien segura... El golpe que más pueda herirte tiene que llegar de él...

-¿De mi hermano Juan? -se revuelve Renato desafiante.

-[Renato! -se alarma vivamente Sofía.

-De mi hermano Juan, madre... Dilo de una vez, acaba de decirlo... Y dime más, dime todo lo que sientes, todo lo que piensas, todo lo que has callado y callas todavía, conteniendo años y años el anhelo de gritármelo. Dime que me odia, que sabes que me odia justamente por eso, porque es hermano mío y bastó una fórmula legal, bastaron unos papeles y unas firmas para que a mí todo me fuese otorgado mientras a él se le negaba todo. ¡Dilo, madre, dilo... ¡

-No fueron unos papeles, no fueron unas firmas... fue la diferencia de toda una vida: la mía, recta, honorable, limpia; la de esa mujer que dio a la casa D'Autremont un bastardo... ¡qué digo un bastardo, un hijo maldito, fruto del adulterio y la-vergüenza, la de esa mujerzuela baja y vil, como bajo y vil tiene que ser el corazón de ese hombre que hoy te ha herido...!

-No me ha herido, madre.

-¿Que no te ha herido? Entonces, ¿por qué te revuelves así? ¿Qué puede importarte que Mónica...? ¡Renato, hijo, dime la verdad, toda la verdad!

-La verdad es la que oiste, es ésa y no puede ser otra. ¿Qué has pensado, madre, qué has creído? ¿Piensas que de haber sido como sospechas, estaría ella viva detrás de esa puerta? ¡Ni él ¡ ni ella hubieran escapado con vida, madre. Pero esa boda es mi garantía... Por eso quiero casarlos yo mismo, en seguida, cuanto antes... Ver en el rostro de mi esposa la sonrisa feliz de quien lleva una hermana al altar.'.. Ya lo sabes todo, madre, y sabes también a dónde voy. Voy a prevenir a los que cuidan los linderos, a poner guardias en todos los caminos del valle, con orden de detener a los que entren o salgan. Juan del Diablo no escapará de aquí sin haberse unido •para siempre a Mónica de Molnar, sin atar sus vidas ante los jueces y el sacerdote, sin hacer buena la palabra empeñada, sin probarme a mí que es ella, y sólo ella, la que ha podido prostituirse hasta ser la ramera del puerto que aguarda a los marinos...

-¡Renato... hijo...!

Sofía D'Autremont ha dado unos pasos tras de Renato como si pretendiese aun retenerle, pero él no se detiene a su voz ni a su ademán, se aleja rápido y decidido... Sofía vacila, mira a la puerta de aquella alcoba en la que Renato encerrara a Aimée... Por un largo momento parece luchar consigo misma y, antes de alejarse, amenaza como sacudida por la violencia de un sentimiento invencible:

-¡Pobre de tí! ¡Pobre de tí si has llegado a manchar el nombre de mi hijo!

Aimée se ha dejado caer rendida en el pequeño diván de raso colocado a los pies de la cama. En vano ha sacudido la cerrada puerta, en vano ha tratado de escuchar, acercando a sus rendijas el oído... Sólo ha percibido los pasos que se alejan, las voces apagadas de aquella conversación entre la madre. y el hijo, y ahora le asalta el recuerdo de aquellas hóras que han sido como la amenaza de un puñal sobre su pecho.. Como el vórtice de un torbellino, vuelve a sentirse arrastrada por Renato hasta aquella escena de pesadilla en la que saltan como visiones de horror los rostros conocidos: Mónica, Renato, Juan... Juan, sobre todo... Aquel Juan amado y aborrecido, temido y deseado, a cuya evocación la sangre de sus venas parece hervir...

-¡NO es posible... No es posible.. .! Todos han enloquecido... ¡Todos! ¡El dijo que sí... Ella dijo que sí...!

-Señora Aimée...

-¡Ana! -se sorprende Aimée-. ¡Cómo has entrado? ¿Por dónde?

-No entré, señora, estaba aquí... esperándola como me ordenó... Cuando sentí que venía ton usted el señor Renato, me escondí. Como usted me dijo que no hablara con nadie sino lo

que me mandara decirle... ¿Ya no se acuerda, señora?

-¡No tengo nada que decirte! ¡Vete de aquí!

-¿Y por dónde, señora? El señor cerró con llave la puerta.

-¿Quieres decirme para qué me encierra como a una fiera?

-El señor anda desconfiado, señora Aimée, bien desconfiado. No hay más que ver cómo la mira. Si yo fuera usted, andaría con mucho cuidado, porque al señor Renato le han debido decir...

-Algo más que decir. Ana. La carta que mandé contigo, esa maldita carta que te arrebataron, esa carta que seguramente te robó Bautista, está en sus manos. Ha debido entregársela él, para comprar su perdón con ese servido... Y tenías que ser tú la que dejaras caer mi carta... ¡Tú, maldita estúpida! ¡Negra imbécil!

' -¿Y usted para qué lo hizo? Si soy una negra imbécil, ¿para qué se fía de mí,

-Porque a veces Soy tan estúpida como tú misma... y porque estoy desesperada, acorralada y perseguida por la mala intención de todos. Ana, Ana, ¡ tienes que volver a servirme!

-Yo..., ¡Ay, no, mi ama! Si el Bautista dio la carta para que lo perdonara, si el amo Renato sabe... ¡Ay, mi ama! Yo no quiero meterme en más líos. El Bautista tiene la mano muy larga, y si él vuelve a mandar aquí...

-¡Yo seré la que te abofetee si no me sirves! -asegura Aimée, impaciente por los reparos de la sirvienta. Y cambiando de tono, ofrece-: Te daré cuanto me pidas, pero ahora mismo sales de aquí...

-¿Por dónde...?

-Por la ventana del cuarto tocador. Caerás en el patio chiquito, donde no hay nadie nunca, y allí te esperas, miras bien y buscas a Juan, que no puede estar lejos...

-¿Y si me ve el amo Renato,

-Si te ve, no importa... El no sabe que estabas aquí... A mí es a quien no puede verme. Buscas a Juan y le dices que se acerque justamente por la ventana chiquita por donde tú vas a salir. Dile que le estoy esperando, que venga en seguida y que no me lleve a la desesperación, que no me haga enloquecer porque va a pagarla muy caro. ¡Acaso con la vida! Busca a Juan y díselo... ¡Díselo!

Con oblicua mirada despectiva, Juan ha recorrido del techo al piso los cuatro .ángulos del destartalado galpón donde Mónica y él se encuentran en este instante. Es un cuarto anexo a las caballerizas, donde se amontonan los sacos de forraje, las pacas de heno, los viejos arneses, los cajones y los barriles vacíos, sobre uno de los cuales, que funge de mesa, está la botella de aguardiente y algunos vasos de burdo vidrio, en uno de los cuales Juan vuelve a servir el ardiente licor para beberlo de un solo trago...

-No beba más, Juan. ¡Se lo suplico!

-Sigue con su manía de suplicar en vano. ¿Aun no se ha convencido de que no atiendo ruegos ni súplicas? ¿De que es inútil...?

Ha callado mirándola despacio, como si la mirase por primera vez, acaso sorprendido de su demacración, del esfuerzo con que respira, de las profundas ojeras violáceas que hacen más hondos y dramáticos sus claros ojos de mirada sombría, y acaso también sorprendido de su belleza en flor, pálida y ardiente como una lámpara votiva, de aquellas manos blancas, finas como de lirios, cruzadas sobre el pecho como para rezar o para morir...

, -Juan... Usted va a irse, ¿verdad? -pregunta Mónica con dolorosa voz suplicante-. Vino aquí esperando la ocasión de recuperar uno de los caballos que tenía, de conseguir otro, de irse... ¿verdad? .

-¿Y por qué voy a irme? -replica Juan con una serenidad casi insolente. Hay ironía en sus palabras cuando prosigue-: ¿No oyó usted a Renato? ¿No le oyó decir que no saldría vivo si

intentaba marcharme de Campo Real antes de haber lavado la afrenta que le hice, tomándola por esposa? Renato quiere que repare mi falta, que lave el honor de los Molnar manchado por mí, que le devuelva la honra que le debo... Qué gracioso, ¿verdad? El joven D'Autremont exige que me. porte como un caballero, dándole mi apellido... ¡Mi apellido.. .! ¡Qué gracioso es esto. Santa Mónica! Supongo que será usted la que tenga que dármelo a mí... Entonces me llamaré Juan Molnar... ¡Juan de Molnar! Y heredaré' con usted cuatro pergaminos amarillos y media casa en ruinas... -Ríe, y su risa encierra en sí una amarga mordacidad, al proseguir-: Renato lo manda, y hay que obedecerlo. El es como ese Dios que está allá arriba, que pone en medio de la vida a un muchacho desnudo y hambriento, sin nombre ni familia, y le dice: "No mientas... no robes... no mates". Aun cuando para no matar, tenga que morir... Pues bien, complaceremos a Renato... ¿A qué viene asustarse ahora, cuando antes dijo sí?

-Juan, ¿es que no comprende? -protesta Mónica con voz ahogada de dolor.

-¡Naturalmente que he comprendido! Lo único importante es que Renato D'Autremont no sufra, que no sepa nada, que no sospeche nada que pueda humillarlo ni herirlo. Está sobre las nubes... ¿No lo dije? -Y en un estallido de repentino furor, protesta-: ¡Pues no está sobre las nubes! Es una pella de fango podrido, es un hombre como todos los demás. .. Peor... Más desdichado," más ridiculo, porque llevó al altar a una ramera... ¡Oh! Por supuesto, eso no hay que decirlo. La historia ya no es ésa, es muy distinta ahora. Ella fue al altar casta y pura, y usted, usted, Santa Mónica, era la que corría por la playa al encuentro del Luzbel... Usted era la que me aguardaba desnuda y ardiente sobre la fría arena para echarme al cuello el nudo de sus brazos, para ahogarme con el vaho de sus besos, para embriagarme con su aliento y con sus caricias... Usted era la que pasaba la tormenta en mis brazos, la que saltaba sobre las rocas negras para despedirme, mientras yo me alejaba con el perfume de sus cabellos en mis manos y con la sed de volver prendida a la garganta como una espina... Usted era la amante de Juan del Diablo, Santa Mónica... -Vuelve a reir con cáustica fiereza, y termina con ruda violencia-: Y ahora no cabe volver atrás... El preguntó, y usted dijo que si... ¡Que sí!

Sólo ciego de desesperación podría un hombre hablar de modo tan bárbaro a la pálida mujer que tiene delante y que ahora retrocede respirando con esfuerzo, como si le faltara el aire... Toda ella es como una brizna de paja que girase atrapada por la furia del vendaval; pero alza la cabeza, clava en él la mirada, se sostiene enfrentándole, como si se apoyara en la cruz que eligió por martirio, extiende los brazos cual pudiera extenderlos sobre el madero para ser crucificada, y confiesa sumisa y contristada

-Dije .que si... es verdad. ¿Qué otro camino me quedaba? ¿Qué otra cosa podía responder a las palabras de Renato? Dije que si, pero usted...

-Yo también dije sí, claro está. Quería ver hasta dónde llegaban j todos: usted, con su locura; Renato, con su imbecilidad...'Y esa perra maldita, esa hipócrita, maestra de todas las falsedades, esa cínica que merece ser pisoteada, también quise ver hasta dónde podía llegar. Y llegó a todo... hasta a mentir de aquella manera, mirándola a la cara... Por supuesto, hizo bien. Ya estaría segura, ya sabría hasta dónde era usted capaz de soportar... -Vacila un instante y, con súbita sospecha, pregunta-: ¿O acaso fue convenido entre ambas?

-¿Qué dice, Juan? ¿Está loco? ¿Cómo podía yo...?

-¡Salió demasiado bien la escena! ¡Todo estaba como ensayado! Hasta la oportuna llegada de la ilustre señora D'Autremont... ¡Con qué horror y con qué asco me miró a la cara!

-Juan, por piedad...

-¡Piedad! ¿Conocen ustedes, los felices, los bien nacidos, los de sangre azul, el significado de esa palabra? ¡Piedad...! Pues aplíquela usted si lo sabe. Yo no tendré piedad de nadie, porque de mí nadie la tuvo jamás.

-Renato tuvo más que piedad... Tuvo amistad, afecto, simpatía, deseos de ayudarle contra todo, contra -todos... Si le oyera usted defenderle, apoyarle, justificarle, recordar los días en que le conoció en la infancia, afirmar su determinación de tratarle como a un hermano...

-¡Como a un hermano!

Juan se ha mordido los labios, mirando hacia otro lado. Por encima de su cólera y de su

rencor, no puede negar aquella verdad que las palabras de Mónica le recuerdan. Piensa en Renato niño poniendo en sus manos sus ahorros infantiles, dispuesto a seguirle. Piensa en Renato buscándole en la mugre de una taberna, en el fondo de una cárcel... en sus ojos limpios, en su mano leal, y piensa también en las últimas palabras de Bertolozi, en aquella verdad creída a medias, en la mirada inquisitiva de Francisco D'Autremont, en su mano estrujándolo, zarandeándolo como si pretendiera penetrar en su corazón y en su sangre, asomarse a su alma, saber hasta qué punto podía ser su hijo aquel muchacho despreciado, condenado a carne de horca por el insano deseo de venganza de aquel Bertolozi a quien algunas veces llamó padre... Como una espuma amarga, como una bocanada de asco le ha subido a los labios el pasado, y lo aparta como si espantase a una alimaña de un brusco manotazo:

-¡Oh, basta! ¿Qué pretende? ¿Qué espera de mi?

-Vayase, Juan. Piense que se lo pido de rodillas, desesperada... ¿Por qué llevar las cosas hasta el fin? ¿Por qué empeñarse en que corra la sangre? Yo sé que en su alma hay una fibra capaz de compasión. Tiene que haberla; la he visto, la he palpado... Usted no es una fiera; usted es un hombre, Íuan, y como a hombre, esta pobre mujer le ruega, le suplica, e implora... ¡Vayase, Juan!¡Dígame que si!

-No puedo responder todavía.

-No me responda, pero vayase... Vayase mientras dura la noche. -. Levante al amanecer las anclas, y que cuando salga el sol, esté lejos. No lo diga, no lo diga si le duele a su orgullo decirlo, pero hágalo, Juan... ¡Hágalo!

Ha caído de rodillas, ha extendido las manos; luego se inclina para cubrir con ellas el rostro, y queda sin sollozos, dejando resbalar las lágrimas entre sus dedos. Juan la mira un instante y sale de la estancia moviendo la cabeza como espantando una idea fija. Va confundido, trastornado, sintiendo que una oleada extraña de compasión le embarga, como si minuto a minuto perdiera terreno en aquella batalla en la que las lágrimas de la ex-novicia luchan contra su orgullo, contra sus celos, contra su rencor y su amor...

Ha dado unos pasos sobre la tierra húmeda... Ahora no llueve ya, y es pálido y lejano el resplandor de los relámpagos que intermitentemente encienden el cielo. Sus ojos giran como abarcando aquel paisaje, y al divisar al muchachuelo negro que por allí haraganea, lo llama:

-¡Colibrí... Colibrí...!

-Aquí estoy, mi amo. Todo se halla listo. Entre aquellos árboles, que están detrás de la iglesia, escondí los caballos en cuanto vi que empezaba el julepe... ¿Nos vamos, mi amo?

-Sí, Colibrí, nos vamos. Ahora mismo nos... -se interrumpe al oir un extraño y lejano silbido, 'y perplejo indaga-: ¿Eh? ¿Qué es eso?

-No sé, mi amo. Alguno nos está silbando...

-Señor Juan.., señor Juan... -llama Ana con vehemencia, pero sin gritar, llegando donde se encuentra éste-. Soy yo, señor Juan... pero no grite... No grite, que andan cerca los guardias...

-¿Qué guardias?

-Los guardias que mandó el señor Renato para vigilar y no dejar entrar ni salir a nadie... yo creo que es para que usted no se escape,..

-¿Qué dices? ¿Escaparme yo? ' "

-Eso. dijo el amo. Yo oí cuando se lo dijo al señor notario... Que no quería que usted se escapara, porque mañana tenía que casarse... ¡Ay, Dios! Así debían hacer todos los hermanos: no dejar que se escapen los novios. No habría tanta pobrecita mujer como dejan plantada...

-Vigilar... Vigilarme... ¿Y quién te mandó a tí que me lo dijeras? -
-

-Que se lo dijera a usted, nadie. Pero yo los vi y pensé:
Es mejor que lo sepa... y que se ande con cuidado hasta llegar a la ventana...

-¿Qué ventana?

-¿No le dije? ¡Ay, Dios, que no le dije! Tengo la cabeza que me da vueltas para todas partes, con tantos sustos y con el golpe en la piedra que me hizo dar ese maldito de Bautista,

que así le coman las hormigas los pies y las manos,..

-¿Acabarás de una vez? -se impacienta Juan. , -Ya voy, señor Juan. Aquí todo el mundo está siempre apurado... La señora Aimée me mandó que lo buscara por todas partes, y me "dijo... Deje ver si me acuerdo... ¡Áh, sí! Me dijo que estaba desesperada, llorando a mares, y enferma de tanto llorar... . -

-¿Te dijo que me dijeras eso? -

-Sí, señor. Eso y muchas cosas más, que se me han olvidado. .. Pero de veras que está muy asustada, y tiene razón, porque hay que ver cómo la mira el señor Renato. Yo lo vi cuando me escondí detrás de la puerta... La mira como si le fuera a arrancar la cabeza, y ella tiene mucho miedo y. quiere que usted vaya...

-Que yo vaya, ¿a dónde?

-A verla... por la ventana chiquita... Por ahí me hizo salir casi de cabeza para buscarlo, porque el amo Renato la tiene encerrada y dijo muchas cosas muy feas... Y para mi que si ustedes no se casan, él mata a alguien, porque está como el amo don Francisco, que en paz descanse, mandando de verdad. Y la señora Aimée le espera a usted en la ventana... y me dijo que fuera... Que fuera a hablarle usted esta noche, porque si no iba, se mataba...

-¿Matarse ella? -sonríe 1Juan despectivo-. Como si fuera posible para ella ir contra sí misma por nada ni por nadie. ¡Matarse ella.. .

Un instante, cruzados los brazos, Juan ha contemplado el rostro oscuro, de expresión estúpida. Luego, bruscamente, le vuelve la espalda y ordena a CoÍibri:

-¡Vámonos!

-Sí, mi amo, vamonos. ¿Traigo los caballos?

-¿Va a ir a caballo? -pregunta Ana con extrañeza-. ¿Hasta dónde?

-¡Hasta el infierno! Puedes decírselo asi a tu ama.

-Si es fuera de la finca, le digo que no pasa de la guardarraya. Son como den, todos con escopetas. E1 amo Renato mandó abrir el cuarto grande donde estaban las escopetas, y le dieron una a cada guardia. Yo los vi de dos en dos dando vueltas por allá, y los han visto todos en la casa...

-¿Todos? ¡Entonces era una trampa! -exclama Juan-. Cuando Mónica de Molnar me rogó que me marchara, que saliera esta noche de Campo Real, seguramente no ignoraba que había hombres preparados para detenerme... tal vez, para matarme... Claro, después de todo, ¿qué valía mi vida, qué vale mi vida desdichada, comparándola con la tranquilidad de Renato? El, sólo él importa. Y yo llegué a creer en sus lágrimas, a escuchar sus súplicas...!

-¿De quién está hablando? -pregunta Ana, que no entiende ni una sola palabra.

-¿Qué te importa? ¡Corre y díle a tu ama, a tu maldita ama, que voy allá! Anda.. .

-¡Corriendo y volando! -afirma Ana alejándose, al tiempo que murmura-: ¡Lo que se va a alegrar! Esta vez sí que me gané la sortija, el collar, y toda la plata que me ofreció el ama.

-Juan... ¿Eres tú...? ¿Eres tú por fin...? Como si no diera crédito a sus ojos, Aimée extiende las manos desde aquella ventana, estrecha y alta, mientras frente a ella, en el pequeño patio embaldosado, Juan se detiene cruzando los brazos. Una cólera fría, más terrible que todos sus arrebatos, un rencor helado y sordo parece llenar hasta la última partícula de su cuerpo y asomarse a sus ojos como nunca altaneros, como nunca fieros y penetrantes... sus ojos italianos en los que Aimée de Molnar no lee más que una palabra: venganza. Y claramente asustada, ruega:

-Juan... no me mires de esa manera... Comprendo lo que sientes, lo que te pasa. Yo también estoy desesperada... Óyeme, entiéndeme... Tuve que decir eso, tuve que mentir tratando de engañar a Renato, porque iba a matarme en aquel instante... me había echado las manos al cuello... Le habían entregado la carta, la maldita carta que Ana se dejó robar...

-¡Ah... Ana.,.!

-Fue a buscarme como un loco y me hubiera matado, Juan, me hubiera matado en aquel instante. Lo veía en sus ojos, sentí sus manos apretándome la garganta y grité lo primero que

me pasó por la imaginación... grité para salvarme, sin saber ni lo que gritaba...
-Sabiéndolo muy bien, estando muy seguro del resultado de tus palabras, habiendo preparado antes la farsa, los trucos, los recursos... Habiendo mandado a tu hermana para que ella me entretuviera •y él nos hallara juntos...¡Que facil es, que grandiosas, que maravillosas son tus casualidades...!

-¡Juan de mi alma, yo te juro...!

-¡Calla, basta, no jures más! -se exalta Juan en un arrebato de ira-. Deja la farsa y acaba de una vez con lo que tienes que decirme. Me mandaste llamar diciendo que si no acudía me iba la vida. ¿Por qué me iba la vida? '

-Te mandé llamar desesperada. Dije lo primero que me pasó por la mente para obligarte a que te acercaras... Necesitaba verte, oírte, hablarte, estar segura de que no te alejas odiándome...

-¿Alejarme? ¿Tú también quieres que me vaya?

-¿Y qué otra cosa. puedes hacer frente a las circunstancias. Irte... aprovechar las horas de noche que aun quedan, tomar un caballo, llegar hasta tu barco y... -Aimée se interrumpe ante la carcajada que con amarga ferocidad suelta Juan, y con una mezcla de asombro y miedo, inquiere-'-: Juan, ¿qué tienes? Vas a volverte loco!.

-No... no temas. Eso quisieras tú, ¿verdad? Eso quisieran tú y la otra: que me volviera loco, o que fuera tan candido como para escuchar tus consejos y ablandarme frente a sus lágrimas. Pero no lo haré... no lo haré. Fui lo bastante estúpido para quererte, lo bastante imbécil para pensar que tú también me amabas, lo bastante asno para creer hasta en la buena fe de tu hermana... Pero ya sé lo que quieren las dos, ya sé lo que entre todos me han preparado. ¿Fuiste tú la que le aconsejaste a Renato regar escopetas entre los guardias? ¿O la idea fue de Santa Mónica?

-¿Qué dices? -se desconcierta Aimée-. No entiendo nada. Te juro...

-Tal vez lo combinaron entre las dos. Saben mucho, son tal para cual... astutas como sierpes... Solamente olvidaste un detalle: que enviabas tu recado con una imbécil, con. una pobre tonta incapaz de secundar tus planes, con una estúpida que tuvo la candidez de prevenirme de cuántos eran y qué armas tenían... .

-¡Juan... Juan, te juro que yo no sé nada... nada... ¡

-Yo te juro que voy a vengarme haciendo las cosas como ustedes las hacen, clavando poco a poco el puñal... Tú y ella... y ella más que tú, porque a ti ya te odio tanto y te desprecio tanto... pero ella... ella...

-¿Qué hizo ella? |Te juro que no sé nada, que no entiendo nada!

-¡Entiendes demasiado! Te ha fallado el último truco, les ha fallado a ambas el plan para deshacerse de mí, haciéndome prender o matar... mejor matar, ¿verdad? ¡Los muertos no hablan! Pero no me moveré de esta casa. No tengo nada que hacer fuera de sus jardines... Al contrario, iré al despachó para decir a Renato cuánto le agradezco que vaya a apadrinarme y qué contento estoy con la boda que me prepara. Tú eres la madrina, ¿verdad? ¡Con cuánta alegría vas a llevarla hasta el altar... como vas a desearle felicidades a tu hermana, y qué dulce viaje de bodas le aguarda.. .!

-¡NO, no, tú no vas a casarte con Mónica!

-Yo sí voy a casarme. Lo manda Renato, que es el rey de Campo Real. Me casaré mañana, y desde ahora voy a empezar a prepararme, voy a pedirle a mi futuro cuñado el regalo que me hace falta: ¡un barril de aguardiente para el viaje!

Sin escuchar los grifos de Aimée que le llama con desesperación, sin volver siquiera la cabeza para escuchar aquella voz que implora desde la pequeña ventana, Juan se ha alejado cruzando el patio, con una sola idea, con una sola obsesión: vengarse... Vengarse usando las mismas armas que cree usadas contra él: la astucia y el engaño..... Vengarse hiriendo poco a poco, destrozar golpe a golpe otras vidas, como una a una han sido destrozadas sus ilusiones. Y por la diabólica alquimia de aquella intriga en que se agita, su odio más ardiente no es para la mujer que le ha engañado, no es ni siquiera para ese Renato en cuyas venas sabe sangre de

hermano. Es para Mónica de Molnar, para la frágil mujercilla que, un instante arrastrándose a sus pies, logró convencerle hasta las entrañas; para la que estuvo a punto de ganar la batalla apelando a su compasión y a su piedad. Ahora, repentinamente, sólo piensa en ella, ¡y con qué furor, con qué ansia sueña tenerla a su antojo y albedrio sobre la cubierta del Luzbel, como un botín más en su carrera de pirata, como una propiedad de conquista en aquella lucha desesperada que es, y siempre fue, su vida, en guerra contra todo el mundo en que naciera, contra la sociedad que le rechazara, contra el techo y el pan que se le ofreciera en su infancia, contra todos, en fin... contra todo y contra todos.. .!

Aimée ha saltado por la estrecha ventana, golpeándose al caer; pero dominando el dolor se levanta tambaleante, y arrastrando la pierna dolorida, da unos pasos sin saber qué rumbo tomar para seguirlo... Y es un grito bronco de ansiedad y desesperación el que sale de su garganta:

-¡Juan... Juan!

-.¡Aimée! ¿Por qué gritas asi? ¿Estás loca? -reprende Momea en voz baja, acercándose a su hermana.

-¡Juan! ¡ Juan! ¡Búscalo, corre tras él, Mónica! ¡Detenlo, llámalo! ¡Va como un loco!,

-Como quiera irse, pero que se vaya. ¡Que se vaya!

-¡Es que no se va, Mónica! ¡Está cómo loco! ¡Quiere vengarse!

-Su única venganza es cumplir la palabra que me ha dado a mí: irse para siempre. Y esta vez serán inútiles tus gritos y tus lágrimas. ¡Se irá para siempre! Con lágrimas y súplicas le arranqué la promesa, y va a cumplirla...

-¡No seas estúpida! Te estoy diciendo que no se va. ¿No me entiendes? ¡No se val ¡No se va! Se queda para vengarse. Dice que va a casarse contigo para castigarme, para volverme loca con lo que sabe que puede lastimarme más, sabiendo que lo que más puede herirme en el mundo es pensar que tú... ¡que tú y él...!

Fieramente, Mónica de Molnar ha enfrentado a su hermana. Sus blancas manos se crispan en los hombros de Aimée,. sujetándola, zarandeándola, obligándola a mirarla cara a cara, los ojos en los suyos relampagueantes, y ordena indignada:

' -¡Calla! ¡Calla! ¡No digas una palabra más, porque no respondo de mí! ¿Por quién me has tomado? ¿Piensas que soy de 'tu misma carroña, mujerzuela despreciable? ¿Qué es lo que has llegado a pensar? ¡Cállate ya!

-¡Tú eres la que has de callarte! ¡No sabes lo que pasa o, no lo quieres saber! ¡Ó acaso sí lo sabes y estás muy conforme con llevártelo!

-¿Llevarme a quién? ¿Qué es lo que dices?

-No haces sino ir rastreando detrás de mis pasos, empeñándote en disputarme a los que me quieren a mí, a mi, a mí sola... ¡ Primero a Renato, luego a Juan... ¡

-¡Cállate! -exclama fuera de sí Mónica, al tiempo qué asesta una, sonora bofetada en el rostro de Aimée.

-¡Mónica! ¡Aimée! ¿Qué es esto? -se sorprende Renato, que ha llegado silenciosamente hasta el grupo que forman las .exaltadas hermanas.

-¡Renato! Ya has visto... -se angustia Mónica. ;

-He visto que abofeteabas a tu hermana, y comprenderás que es necesario...

-Mónica no me perdona el que haya tenido que descubrirla -interrumpe Aimée dominando la situación-. Está furiosa porque tú lo sabes, porque la obligas a casarse,.. Y en eso no le falta razón, Renato. En eso creo que te excedes... Si ella no quiere una reparación, ¿por qué has de imponérsela?

Mónica ha apretado los labios, ha bajado los párpados, ha retrocedido hasta encontrar el apoyo de una columna para no desplomarse, y otra vez, tras el momento de imponente cólera en la que ha sentido hervir su sangre, siente que es hielo lo que le corre por las venas, que son como de plomo su cuerpo y su alma... Y escucha, como a través de muchos velos, indiferente ya a fuerza de sufrir, las palabras de su hermana:

-Está como loca y por eso le perdono hasta que me maltrate. AI fin y al cabo, este es un

asunto que no te concierne directamente, Renato. Lo mejor será que dejes en paz a Juan del Diablo, que envíes a mamá y a Mónica a Saint-Pierre, y que tengas piedad de mí, que ya no puedo más... ¡que ya no puedo más!

Se ha -arrojado llorando en brazos de Renato, pero él la detiene con un gesto frío. Ahora sólo mira a Mónica: su cuerpo desmadejado apoyado en la columna, sus labios apretados, sus cerrados párpados, su cabeza echada hada atrás en la más amarga actitud de suprema desesperación.., 'Y con gesto sereno y tono mesurado, expone:

-Si realmente Juan te debe una reparación, Mónica, no es posible que no quieras aceptarla. Si realmente tuviste la debilidad de caer en sus brazos, no es posible que una mujer como tú se niegue a casarse... Mal o bien, tuviste que quererlo para hacer lo que hiciste, y si lo que te asusta es su modesta posición, acaso deba adelantarte que después de la boda las cosas cambiarán. Perdóname si insisto, pero tengo la absoluta necesidad de saber que quieres a Juan, que quisiste a Juan, que fuiste suya, tú, tú... Y habiendo sido suya, no puedes rechazar lo que te ofrezco, que es lo único digno, lo único decente: ser su esposa...

-¡Pero si ella no quiere... ¡ -se rebela Aimée.

-Sí quiero, Renato. Me casaré, me iré con él a donde quiera llevarme. ¡Dije que sí, y es mi última palabra!

Aimée ha escuchado temblando las palabras de Mónica, y se diría que, sin apenas cambiar, algo se despeja en el endurecido rostro dé Renato. Un instante aparta éste la vista de la pálida mujer recostada en la columna, para clavarla en el rostro de su esposa. También Aimée de Molnar está intensamente pálida; como los de Mónica, también tiemblan sus labios; pero hay un relámpago siniestro en sus brillantes ojos de azabache, y la luz que un momento iluminara el rostro de Renato parece apagarse cuando de sus labios destila sutil y dolorosamente la ironía:

-¿Ves? No era necesario llegar a los extremos de antes para convencerla de lo que es justo y natural. Cualquiera puede -tener un instante de debilidad, pero las gentes bien nacidas . saben siempre que hay necesidad de reparar, y Mónica no desmiente la casta... Y ahora, para ti, Aimée, una pequeña pregunta de orden personal: ¿Por dónde saliste del cuarto?

-¿Yo? Pues... Bueno... por esa ventana... Tu ridiculez de encerrarme me obligó a cualquier cosa, y aprovecho la oportunidad para decirte que no estoy dispuesta a tolerar la forma en que me tratas...

-Me temo que tendrás que tolerar muchas cosas más, querida -anuncia Renato con suavidad, pero con un oculto acento ominoso-. Volvamos al cuarto.,.. Deja a Mónica en paz... Ella me parece que comprende las cosas mejor que tú, y acepta plenamente las consecuencias de sus actos. ¿Verdad, Mónica?

La pálida frente de Mónica se ha alzado, sus claros ojos, limpios, puros, altivos, se clavan un instante en los de Renato haciéndole estremecerse con una involuntaria sensación de respeto, cuando ésta asiente dignísima:

-En efecto, Renato. Acepto y afronto plenamente las consecuencias de mis actos.

.

5

-SIÉNTATE Y DESCANSA. Mañana te aguarda un día de grandes emociones... un mañana que ya es hoy...

Los dos, Aimée y Renato, han alzado la cabeza. Por la abierta ventana se divisa un trozo de cielo que empieza a clarear. En él arde una estrella, roja como una brasa, como un botón de fuego, como una ardiente gota de sangre...

-Todo estará listo a la hora que haga falta: los papeles, el cura, el juez. Por fortuna, el notario lo tenemos en casa. Un poco remiso andaba el bueno de Noel, pero después ha desple-

Librodot

gado una actividad extraordinaria, cuando se ha dado cuenta que de verdad le iba en esto la vida a Juan del Diablo. Siempre ha tenido una extraña debilidad por mi hermano...

-¿Eh? -se asombra Aimée-. ¿Qué dices, Renato?

-Creo que ignorabas ese detalle. Sí, Juan del Diablo es mi hermano. Claro que con el yelmo del 'escudo de los D'-Au-tremont virado hacia la izquierda; peor aún, porque ni siquiera es un simple bastardo... Es un hijo del adulterio, de la infamia, de la traición de una mujer y de la deslealtad de un amigo... Duele decirlo, pero ese amigo infiel fue mi padre, pero vaya la verdad por delante...

Aimée ha bajado más la cabeza, ha hundido un instante el rostro en las manos. El corazón le late tan fuerte, que cree no poder resistir más. Todo a su alrededor es como una pesadilla, como un torbellino de locura, mientras ásperas, irónicas y heladas, siguen sonando, como si flotasen en un negro infinito, las frases de Renato:

-Justamente anoche tuve la seguridad de que era mi hermano. Y mira tú lo que somos los imbéciles, los sentimentales, los de corazón blando... Sentí una ternura y una alegría infinita, salí a buscarle para estrecharlo entre mis brazos, para ofrecerle lo que, según mi utópico sentido de la vida, le pertenecía:
la mitad de cuanto tengo... Para rogar a mi madre, con lágrimas en los ojos,' que me permitiese darle también el nombre de mi padre, para hacerle completamente igual a mí... Qué imbécil soy, ¿verdad?

-¿Por qué hablas de ese modo? ¿Por qué destilan así odio y amargura tus palabras?

-¿Me lo preguntas de verdad? ¿No lo sabes? A veces basta un rayo de luz para ver el abismo; basta un minuto para que la vida cambie para siempre... -Renato hace una mueca, y es más intensamente amarga la bocanada de veneno que sube a sus labios-: Sí... Es mi hermano... mi hermano el perdido, el contrabandista, acaso el pirata... como Mónica es tu hermana hipócrita y rastrera, cínica y liviana... ¿Verdad?

Ha esperado la respuesta largo rato hasta que, al fin, escapa trémula y mojada de lágrimas de los labios de Aimée:

-Eres muy severo con ella, Renato. Yo... yo me atrevería a suplicarte que los miraras con más indulgencia... con más...

Ha callado, ahogándose, y Renato da un paso más hada la ventana abierta, desde donde divisa él amplio panorama del valle, los sembrados, los campos verdes, las cumbres de las altas montañas que doran ya los primeros rayos del sol... Su vista baja hasta más cerca y se estremece al ver al hombre que, cruzados los brazos, torvo y ceñudo frente a la morada de los D'-Autremont, observa también al sol que nace. Luego sonríe con sonrisa de hiél y sus manos bajando hasta Aimée, la obliga a levantarse, a mirar por aquella ventana, al tiempo que señala:

-Mira a, Juan. Está contemplando salir el sol del día de sus bodas... el día en que la vida de los hombres cambia... ¡El día de su boda!

-¡Oh. Juan!... ¿Qué haces?

-Ya lo ve, desayunarme a la moda marinera, con lo primero que hallé a mano. El servicio en esta casa está, dejando bastante que desear. ¿Dónde se fueron aquellas filas de lacayos de chaquetas blancas? ¿Son acaso los que rondan ahora los caminos con la escopeta al brazo? ' -Juan, te suplico que no bebas más...

La mano de Noel, adelgazada y temblorosa, se ha apoyado en el brazo de Juan apartando la copa que éste va a llevar a sus labios, y los tristes y cansados ojos se fijan largo rato en el rostro del muchacho, endurecido de rencor y de cólera, cerrado como una noche de tempestad. Están en un ángulo del amplísimo comedor, junto a los armarios cargados de vajillas de plata, donde Juan, revueltos los cabellos, desabrochada la camisa, toscos los ademanes de marinero, es una figura tan extraña, tan ruda y anacrónica, como cuando de niño pisó por primera vez aquella estancia con los pies descalzos, con el traje de terciopelo de Renato como inútil regalo... -

-¿Qué pasa contigo, Juan? ¿Qué es lo que realmente ha pasado? Te aseguro que todo esto

es como una pesadilla. Anoche te busqué por todas partes y, al no encontrarte, tuve la esperanza de que te hubieras ido. Luego vi los guardias.... Te avisaron, ¿verdad? ¿Te avisó ella..".?

-No sé a qué ella puede referirse en este caso. Me avisó una "ella", pero ninguna de las dos en las que seguramente usted ha pensado. Esas habrían estado muy satisfechas si me hubieran detenido con una bala en la cabeza o en el corazón, pero no salieron las cosas a su antojo... Mi hora no había llegado... Como para otros hombres dicen que hay una Providencia, hubo siempre un demonio que protegiera a Juan del Diablo. Un demonio que, para salvarlo, no le pide más que una cosa: Que marche adelante pisoteando a cuantos se pongan en su camino... Que viva sin piedad ni cuidados... Que atropel1e y ofenda, robe o mate si es preciso matar..,

-Hijo, es espantoso tu estado de ánimo, como espantosas son también la desesperación y la violencia de Renato. Tengo la impresión de que ha enloquecido de repente. ¿Cómo pudo cambiar asi en una hora? ¡Qué digo una hora! Unos minutos nada más bastaron. Y no es posible que lo que oficialmente sabe, haya sido bastante para...

-¿Qué es lo que oficialmente sabe?

-No creo que necesites preguntarlo. Tus pretendidos amores con la señorita Mónica de Molnar...

-¿Pretendidos? Delante de usted ella ha confesado, ha afirmado que fue mi amante...

-¡No pretenderás que crea ese disparate! Conmigo puedes ser absolutamente franco...

-Soy absolutamente franco con todo el mundo. Noel. Me casaré con Mónica de Molnar, me la llevaré conmigo en mi barco... Será útil una mujer a bordo para lavar la ropa, hacer la comida de los muchachos, remendar las. velas y fregar los platos...

-¡NO puedes casarte para eso con la señorita Molnar! ¡No puedes llevártela a tu barco! Ella tiene su casa en Saint-Pierre. Ahí es donde tienes que ir y allí iré yo también en seguida para...

-¿Para qué. Noel? -interrumpe Renato, aproximándose a la mesa donde se hallan los dos hombres-. Termine la frase...

-Pues... para ayudarles a instalarse. Cuando las cosas se hacen tan precipitadas como esta boda, todo sale mal y hay después mil detalles que arreglar, y yo...

-¿Y usted cree que su presencia puede ser grata a dos recien casados? No, Noel, va usted a estorbar de un modo lamentable. Juan y Mónica van a casarse por amor. ¿No es verdad?

-Naturalmente -desafia Juan destilando ironía-. Por amor ... Un amor que salva todos los escollos, que suprime todas las distancias... No se preocupe usted por Mónica, Noel. Cuando sea mi mujer, no necesitará de nada, absolutamente de nada...

-No dudo que sabrás atender y cuidar a tu esposa -concede Noel haciendo un esfuerzo.

-Tanto como Renato a la suya. ¿No la guardas tú bajo llave, Renato?

-¡No te doy el derecho de preguntarme lo qué hago! -rechaza Renato furibundo-. Ni de entrar en el comedor de mi casa... Ni de beber coñac en mis vasos... ¡Canalla!

-¡Renato! ¡Oh, Juan! -se alarma Noel ante el sesgo que repentinamente han tomado las cosas.

-No se preocupe. Noel, no se asuste -tranquiliza Juan con dolorosa impavidez-. Sus insultos no me harán saltar. Ya sé que es el amo, y al amo todo hay que tolerárselo. No en balde le respaldan cien hombres armados. Es un detalle que da fuerza y valora sus mandatos... Magnífico detalle...

-¡Basta! ¡No voy a tolerar.. .!

-¡Soy yo quien dice, basta! No pisaré tu comedor, no beberé en tus malditos vasos... Aguardaré la hora de mi matrimonio y me iré con mi mujer adonde me dé la gana llevarla. Es lo que exigiste, y es lo que hago... ¡Nada más! -escupe Juan con fiereza incontrolable. Y dando la espalda a su rival se aleja con paso precipitado.

-¡Ah, carroña! -insulta Renato enardecido-. ¿Por qué se va? ¿Por qué no responde a mis injurias?

-¿Por qué te empeñas en provocarlo? ¿No ha hecho ya cuanto quiere? ¿A qué viene ese odio repentino y absurdo? Si quieres explicarme las cosas con calma, acaso yo, con mi buena voluntad...

Renato ha apartado la, vista del notario, ha recorrido con ella la amplísima estancia para detenerse al fin en el dorado marco de un retrato, efigie de Francisco D'Autremont, contemplándolo largo rato. La frente altiva, el mentón voluntarioso, la figura arrogante, trágicamente parecido a Juan... Y toda la ira le sacude, se apaga, se ahoga en el pozo amargo que reboza su alma...

-Renato... no te había sentido entrar...

-Tus puertas estaban abiertas por casualidad, mamá, y pensé que no había nadie en tu cuarto.

-Sí... Yanina está enferma, y es natural. La pobre paga por los pecados de otro... Ya sabes que Bautista desapareció de la casa sin decir palabra. Yo le había dado un puesto de jefe de las cuadras, pero se fue sin despedirse ni siquiera de su sobrina. La pobre sufre por éso. Ya sé que tú no tienes por ella simpatías de ninguna clase, pero es una servidora agradecida y leal...

-Sobre todo, leal... -murmura Renato con cierto retintín.

-¿Qué tratas de decirme?

-Nada.. Hablemos de otra cosa... Dentro de dos horas será la ceremonia de la boda, y...

-Hijo, ¿de todos modos vas a hacer que se casen? ¿Insistes? Pensé que te bastaría con saber que estaban dispuestos a casarse... ,

-Eso es muy fácil. También ellos pudieron pensar lo mismo. Yo necesito ver el, final, verlos partir en alegre viaje de novios y regresar del brazo como un matrimonio bien avenido. Si es como ellos dicen, ya pueden sentirse satisfechos. Si no lo es... quiero ver estallar el volcán... Pero lo es. Ellos lo afirman, todo el mundo lo dice, tú misma opinas que debo aceptar la historia, tal como me la han contado. Pues aceptándola, todos tenemos que ser felices. No hay razón para caras largas y sollozos ahogados, sino para fiesta, para una alegre fiesta. Les he dado a los trabajadores el día libre, barricas de aguardiente, y la orden de bailar hasta que se caigan... Supongo que no faltarás a la iglesia, mamá. Me complacerás asistiendo a esa boda.

-Si es por complacerte, habrá que ir. Pero quisiera que me escucharas...

-No escucharé a nadie. Es inútil... -rehusa Renato suave, pero con firmeza-. Mira, aquí llega precisamente Ana, oportuna por primera-vez en su vida...

-La mandé traerme razón de cómo sigue Yanina -justifica Sofía. Y alzando algo la voz-: Acércate, Ana ¿Cómo está Yanina? '

-No sé. Pero seguro que está bien, porque no se hallaba en su cuarto ni en el patio, donde el Bautista estaba armando el gran escándalo...

-¿Ha regresado Bautista? -murmura Renato lentamente.

-Lo trajeron los guardias, y hay que oírlo. Está más bravo que un alacrán... No quería venir y lo tuvieron que amarrar.. -Ana ríe con divertida estolidez-. Está que se muerde solo, como un perro con rabia... ,

-¿Mandaste detenerlo a él también, hijo?

-Mandé detener a cuantos intentaran cruzar los linderos de Campo Real. Me alegro mucho de comprobar que mis órdenes fueron cumplidas al pie de la letra. Ahora mismo Voy a hablar con él, y no te preocupes, mamá, porque no va a irle mal. En cuanto tú. Ana, ve a decirle a la señora Aimée que se prepare. La ceremonia de la boda es a las tres. Debe estar arreglada un poco antes, ya que es ella quien tendrá que acompañar al novio al pie del altar. ¡Anda! Prepárale la ropa y ayúdala a vestirse... ¿No me oyes?

-Pero, mi amo, ¿cómo hago para entrar? La señora Aimée está encerrada...

-Aquí tienes las llaves del cuarto. ¡Anda! ¡Anda pronto! -Ha empujado a Ana, que se aleja

asustada, y volviéndose a Sofía, le aconseja-: Arréglate tú también, mamá. Yo voy a ordenar que suelten a Bautista y a devolverle su importante cargo... Estoy empezando a darte la razón en todo, madre: es el capataz ideal para este infierno florido.

-Hija mía, creo que es la hora. Ahí está ya Renato, y todos van camino de la iglesia. -Catalina se interrumpe y balbuceando, agrega-: Yo no sé qué decirte, Mi hijita... Yo...

-No hay nada que tengas que decirme, mamá. Mónica se ha puesto de pie, abandonando el reclinatorio donde largamente ha rezado, y se mueve como una sonámbula a través de la estancia. En sus ojos hay un brillo extraño, sus manos arden, y están sus labios también resecos y ardientes bajo el vaho de fuego que respira. Tímida y torpe, la madre va tras ella como si no hallase gestos ni palabras...

-Hija, deberías haberte mudado de traje... ¿Vas a ir a casarte de negro, de luto como una viuda? ¿Y sin ramo de novia?

-¿Qué falta hace? Dame mi libro de oraciones y mi rosario. ..

-¡Ay, hijita, todo esto me parece horrible! Creo que aun podrías... -intenta persuadir Catalina; pero la interrumpen unos golpes discretos dados en la puerta.

-No puedo nada... Ahí está el hombre que va a llevarme hasta el altar... Es Renato... Ábrele...

Catalina ha franqueado la puerta a Renato y con la mayor discreción ha salido dejándolos solos. El sí se ha cambiado de traje afeitado y peinado con pulcritud y esmero. El marfilino rostro, tenso y pálido, no muestra expresión de ninguna clase. En la mano sostiene un pequeño ramo de rosas blancas, y parecen "de acero sus pupilas azules, a fuerza de duras y brillantes, cuando interroga:

-¿Estás lista ya?

La ha mirado con ansia, con una especie de interrogación desesperada en los ojos humanizados por un instante, y Mónica sostiene aquella mirada sin responder de momento ni con un gesto ni con una palabra; luego baja los párpados y da un paso hacia él para contestarle con un monosílabo que 'es a la vez afirmación y pregunta:

-¿Ya?

-Aunque es facultad de la novia hacerse esperar, creo que no debemos extremar la nota en este caso... Juan está en la iglesia, desde hace rato.. Aquí tienes tu ramo de novia...

-Gradas, Renato -agradece Mónica con amarga ironía-. Son las primeras flores que me das en tu vida, y tenían que ser éstas. ¡Vamos, que espera Juan del Diablo!

Bruscamente, casi estrujándolo, ha tomado Mónica aquel pequeño ramo de rosas blancas, y un instante lo aprieta en gesto convulso contra su pecho. Tenía que ser él, tenía que ser el hombre a quien tanto amó en vano, a quien aun siente junto a sí como una quemadura, quien la llevase del brazo al altar, quien pusiera en sus manos el ramo de novia para sus bodas con Juan del Diablo... Tenía que ser aquel Renato D'Autremont a quien amara desde niña con el ingenuo amor de sus nueve años, y tenia que ser su voluntad la que pidiera a su vida el sacrificio enorme, más grande aún que el de la vida misma... Ahora va junto a él, apenas apoyada en su brazo la blanca mano leve, mientras llora su corazón con lágrimas de sangre, porque es aquél con quien soñara, aquél con quien tejiera los jazmines purísimos del amor primero, aquél que viera novio y esposo en sus ensueños de colegiala, el que la lleve ahora como un verdugo camino 'del cadalso. Nunca fue tanto trecho de su brazo, nunca recibió flores de su mano, nunca le vio, como ahora le ve, inclinarse para mirarla, mientras avanza con una sombra de inquietud en las claras pupilas...

-Mónica, ¿te sientes mal? Tu mano arde... Se diría que tienes fiebre...

-¡No tengo nada! Sigamos...

-Juan... ¿No me oyes? ¡Juan!

- Cruzando los brazos, perdida la mirada en las sobredoradas maderas del altar, Juan no

parece escuchar la voz de Aimée, no baja los ojos, no vuelve la cabeza para mirarla, ni un solo músculo se mueve en su rostro de piedra, y es su cuerpo frío y rígido, como si hasta su aliento humano se petrificase en aquel instante...

-¡Juan! ¿Hasta dónde vas a llegar? - Juan no responde. Sólo ha ladeado un poco la cabeza para mirar a la mujer que habla muy cerca, con Voz ahogada y suplicante; juntas las manos y agrandadas de angustia las pupilas. También Aimée cree soñar, cree vivir una espantosa pesadilla, reviviendo a la vez las escenas de su propia boda que de pronto se le antojan lejanas, como si el torbellino en que vive durara desde hace muchos años atrás o como si fuese su propia boda la que se realizase también en aquel instante. Mas no su boda con Renato, sino con el hombre que está a su lado, junto a ella, duro, desdeñoso y altivo... Pero la iglesia no está, como entonces, cubierta de flores. Apenas brillan cuatro cirios frente al desnudo altar, no hay alfombra, ni lámparas, ni sedas, ni brocados, ni uniformes brillantes, ni asoma en el lugar de prefe-, rencia ,Ia blanca cabeza del Gobernador General de la Isla... Lentamente han ido llegando sombras oscuras, rostros de bronce o de ébano, pechos desnudos, anchas manos de peones en las que tiemblan los sombreros de palma, pies descalzos que marcan en barro su huella, y también faldas de colorines, cabezas adornadas con el típico pañuelo de las isleñas de la Martinica, muchachuelos de ojos brillantes... toda una muchedumbre humilde, abigarrada, impulsada por gratitud o por curiosidad...

En la puerta del templo han aparecido los que faltan.... Una novia pálida, convulsa, enlutada con un chal de seda negro sustituyendo al velo y a la corona de azahares... Una novia con los labios trémulos, con los ojos encendidos de fiebre y de espanto, que marcha despacio, como pidiendo fuerzas a Dios para cada paso, y un joven padrino de faz hosca y sombría, de dientes apretados, con una máscara de hielo sobre la desesperación de su alma...

-¡No puede ser, Juan! ¡No puede ser, y no será! -murmura decidida Aimée en voz baja y angustiada. De pronto, ve junto a sí a su esposo, y se alarma-: ¡Oh... Renato... ¡

-Nuestra misión termina frente a este altar, Aimée. Ven -explica Renato.

Ha retrocedido, obligando a Aimée a hacerlo con él, a la vez sosteniéndola y sujetándola, clavada en ella su mirada relampagueante. Pero la expresión de Aimée ha cambiado: juntas las manos y bajos los párpados... Y una mueca de burla desgarradora cruza por los labios de Juan mientras se acerca a la pálida enlutada para susurrarle en tono desdeñoso:

-Bien... Ahora el cura dirá... ¿Qué pasa. Santa Mónica? Parece que fuera a desmayarse...

-¡Vuélvase hacia el sacerdote! -ordena, imperiosa y airada, Mónica.

El viejo sacerdote se ha acercado, y en el silencio de las respiraciones contenidas podría escucharse el golpear de aquellos corazones que laten como martillazos...

-Mónica de Molnar y Bizet-Villiers, ¿quieres por esposo a Juan, sin apellido, conocido por Juan del Diablo?

-Sí quiero...

-Juan, sin apellido, conocido por Juan del Diablo, ¿quieres por esposa a Mónica de Molnar y Bizet-Villiers?

-Si quiero...

Ya brilla el aro de desposada en la mano temblorosa de Mónica; yo cayeron las trece arras de oro sobre la bandeja de plata; ya la mano del sacerdote se alza para bendecir a la pareja extraña, y sus cansados ojos se detienen en la cabeza baja, como de sonámbula, de Mónica, y en el rostro doloroso y altivo, rudo y descuidado, de Juan...

-...Unidos para siempre quedáis, hijos mío, con el lazo del matrimonio, fuerte y santo...

• .

Como en un torbellino de locura, ha cruzado Mónica la iglesia, del brazo de Juan... Sin ver, sin oir, como la rama desgajada de un árbol que el vendaval arrastra, han salvado la distancia del pórtico de la iglesia hasta el centro de aquella plaza abierta en los floridos jardines de los D'Autremont... Mónica no ve la abigarrada muchedumbre de colorines que les rodea por todas panes... No mira el rostro triste y severo de Sofía D'Autremont... Se borran para ella las formas de Aimée y de Renato, no distingue siquiera la pálida faz de su madre, que trata de seguirla, bañada en llanto... Es como si la tierra se hundiera bajo sus pies, como si las nubes girasen, y bailasen los árboles subiendo y bajando en la trágica danza de un terremoto ... Como si sus ojos deslumbrados apenas vieran solamente cerca, muy cerca, demasiado cerca, el duro y amargo perfil de Juan del Diablo, que grita autoritario:

Librodot

-¡Colibrí... Pronto... los caballos!

-¡Un momento, Juan! -advierte Renato-. ¡Aguarda! Hay un coche dispuesto para ustedes; pero hemos de hablar antes... ¡Escúchame...!

-¡NO tenemos nada que hablar ni nada tengo que escucharte! ¡Es mi mujer y me la llevo!

De un salto está Juan sobre el caballo. Con rápido y violento gesto que nadie ha podido prever ni impedir, alza a Mónica sobré el arzón del caballo que monta, encabritándolo al golpe .brutal de sus talones. De inmediato se arma una barahúnda de voces, movimiento y confusión, y es la voz de Aiméé la que se eleva en un grito que es súplica y desesperación:

-¡Que no se la lleve! ¡Que no se vayan....! -¡Que no se vayan! Haz algo, Renato, no lo dejes... ¡No dejes que se la lleve así! ¡Que vayan tras ellos, que le corran detrás, que lo detengan! ¿No me oyes? ¿No comprendes? ¿Renato! ¡Renato! ¿No te das cuenta? ¡Es capaz de matarla!

Ha caído casi de rodillas, agarrada al brazo de Renato, sincera y desesperada en un momento, pero la expresión feroz del rostro de su esposo apaga el grito y la súplica en sus labios...

-¿Por qué te vuelves loca? -se revuelve Renato en un arranque de ira.

-¡Mi hermana... mi pobre hermana...!

-Se ha casado con el hombre a quien quiso, con el salvaje que pretirió sobre todos los demás, por el qu¿ manchó su nombre, por el que insultó a la sociedad en que ha nacido, por el que no le importó desafiarlo todo y arrostrarlo todo. ¡Se ha casado con su Juan, con su Juan del Diablo, y sin duda le agradan sus modales cuando pasó por encima de todo para darle su amor! ¿Es verdad eso? ¿Es verdad o no es verdad?

-Es verdad, Renato... -murmura Aimée impotente y vencida.

-Pues entonces, adelante -rubrica Renato. Y con voz estentórea, ordena-: ¡Fuera de aquí todos! ¡A las barracas, a los barriles de aguardiente, a cantar, a bailar, a celebrar las bodas de Juan del Diablo!

Como si volase sobre el sendero pedregoso, marcha el caballo que lleva a Mónica y a Juan... Sobre el duro arzón de la montura, atrapada, triturada casi por el brazo robusto que a la vez la sujeta y la sostiene, siente Ménica, más que ver, cómo las tierras de los D'Autremont van quedando atrás... Ya han salido del valle, ya el brioso animal, sintiendo el peso de la noble carga, clava los cascos en las empinadas laderas del desfiladero que es entrada y salida al valle grande de Campo Real... Abajo quedó todo: la morada suntuosa, los jardines magníficos, las huertas de frutales, los campos sembrados, las barracas donde ya suenan los roncos tambores y van de mano en mano las jícaras de ron...

Mónica ha alzado la cabeza... No sabe el tiempo que ha pasado, no sabe las leguas que ha sentido al caballo galopar, pero ahora éste marcha despacio, atravesando el campo sin caminos, donde las piedras le hacen resbalarse', donde a veces las ramas les azotan al pasar y los tumbos la obligan a agarrarse a los anchos hombros del hombre que la lleva consigo...

¿A dónde vamos? Este no es el camino de Saint Pierre... ¿A dónde me llevas?

-Este es el camino por donde yo quiero llevarla.. .

-¿Llevarme a dónde?

-¿Qué más da? ¿No oyó lo que le dijo en el altar su cura? ¡La llevo a donde quiera llevarla!

-¡Ese no fue el convenio! Basta de burlas, Juan. Si lo que quiere es asustarme...

. -Se asuste o no, para mí es igual. Se casó conmigo; ¿no? Entonces, es mi mujer y la llevo donde me dé la gana.

-¡No! ¡Eso no! ¡Le juro...!

-¡Quieta! Y no jure nada, porque jurará en falso. -La ancha mano de Juan ha aprisionado las dos de Mónica y la obliga a volverse para mirar al frente, a las nubes espesas donde ya

hundió el sol su último rayo-. Mire, ¿qué es lo que tiene delante? ,

-El mar... y un barco...

-Una goleta... El Luzbel... Mi única propiedad, aparte de usted... Mi casa... Nuestra casa. ..

-Está loco?

-Quizá... Probablemente hay que estar loco para haber aceptado toda esta farsa. Y usted también debe estar loca de remate..,

-¡Yo no voy a consentir...! ¡Lléveme a Saint-Pierre, o déjeme aquí si no quiere llevarme! Iré sola, a pie, como sea, o me dejaré caer en cualquier parte... No le importa lo que yo haga... Puede dejarme en paz.

-No, por mi desgracia. Dije que sí la quería por esposa. ¿No recuerda ya las obligaciones de los casados? ¿Tan poco valen para usted, noble y creyente, los juramentos que los dos prestamos? Vivir juntos, servirnos, ayudarnos... "Ame y proteja el marido a la mujer como a sí mismo, como a carne de su carne; tema, respete y obedezca la mujer a su marido..." ¿No se acuerda ya? Fue hace unas horas apenas. Estamos en el día de nuestras bodas, y para la noche de la boda hay en El Luzbel una ancha cámara nupcial -se burla Juan con una risa impregnada de amargura.

Ha saltado a tierra, arrastrando a Mónica con él sin soltarla, los dedos, como de hierro, aferrados a las blancas muñecas, clavándose en ellas, mientras hay en los labios una mueca feroz que en nada se parece a una sonrisa, al comentar con amargo sarcasmo:

-¿Te asusta la noche de bodas, paloma blanca?

-¡Suélteme! ¡Bruto, canalla! -forcejea Mónica intentando vanamente zafarse de las manos de Juan.

-No intentes morder, porque te quedarás sin dientes y sería una lástima. No había reparado, pero son muy lindos, tan bonitos como los de tu hermana... Aimée es maravillosa, ¿sabes? Y esas cosas suelen ser de familia. Después de todo, creo que no hice tan mal...

-¡Basta... Déjeme en paz! -Se exaspera Mónica-. Lo que quiere es burlarse, asustarme, desesperarme, enloquecerme, vengarse en mí, que es la única víctima que tiene a su alcance.

-En todo caso, víctima voluntaria. Yo no inventé que te casaras conmigo, abadesa. Lo inventó tu Renato... -Juan se interrumpe al oir un ruido de remos que va acercándose, y alzando la voz ordena-: Arrima a este lado. Segundo. -Y en voz baja le dice a Mónica-: Te llevaré en brazos para que no te mojes los piececitos...

-¡Basta de estupideces! ¡Déjeme, vayase, tome su bote y acabe de embarcarse!

-¡Qué graciosa eres. Santa Mónica! Me harías reir si no me entraran ganas de aplastarte a puñetazos. ¿Pensaste de veras que todo era tan fácil? ¿Pensaste que bastaría decirme: "Déjeme en paz, tome su barco y larguese , para que yo obedeciera como un perro? ¿Pero hasta dónde puede llegar tu egoísmo y tu soberbia? -Y con furiosa exasperación, exclama-: ¡Basta! Ya me mordió también el perro de las súplicas, y sé lo que significan, lo que valen y para lo que sirven. Ya sé lo que cuesta conmoverse por tus súplicas y tus lágrimas... Significa caer en una trampa, pagar con la vida un momento de debilidad. Una vez lo lograste, pero no vas a conmover más. ¡No tendré piedad de nadie, y de ti menos que de nadie! ¡Al bote... al barco! Te casaste conmigo, y ni tú ni tu hermana van a seguir burlándose. ¡Te llevaré aunque sea arrastrando!

De un salto, triturada por aquellas manos de falanges como de acero, arrastrada por aquel brazo que ciñe imperioso su frágil cintura, ahogada la voz en su garganta, Mónica se ha visto obligada a salvar la pequeña distancia que va desde la tierra al bote... Autoritario, Juan ordena a su segundo:

-Proa al Luzbel, y rema con todas tus fuerzas... ¡Pronto!

-¿No esperamos al muchacho? -vacila el segundo, asombrado-. ¿Va a dejarlo en tierra?

-¡Que venga a nado, para que aprenda otra vez a no retrasarse! ¡Dale a los remos! ¡Vamos.. .!

-¡No! ¡No! -suplica Mónica angustiada-. Usted, señor marinero óigame...

-Ese no oye nada, ni ve nada, ni hace más que lo que yo le mando. ¿Entendiste? -Y dirigiéndose a su segundo, apremia-: ¡Apura y llega pronto! Pide que te echen un cabo.

-Pero, patrón... -rezonga el segundo.

-¡NO te metas en lo que no te importa ni busques lo que no se te ha perdido, porque lo encontrarás! -Y volviéndose hacia Mónica, le recalca en voz baja-: ¿Ves cómo todo es inútil?

Tengo de mi parte la fuerza de la ley y la razón de la fuerza. Así es como mandan los que mandan... ¡Llegamos! -En ese momento se deja oir el estampido de un trueno lejano, que presagia la próxima tormenta, y sarcástico, Juan comenta-: Y como siempre, del cielo me saludan con salvas. -Luego le grita a su segundo-: ¡Pide la escala, imbécil! -Y dirigiéndose de nuevo a Mónica, le explica irónico-: No es de mármol, sino de sogas. Pero no importa, te subiré en los brazos. Es la moda en la Dominica y en Jamaica... La novia va en los brazos. ..

Un instante ha bastado a Juan, y ya sus pies, fuertes y anchos, se afirman en la estrecha cubierta. La noche ha caído totalmente... Junto a las gavias, los tres tripulantes del Luzbel miran con sorpresa la extraña escena. Segundo da unos pasos como si no pudiese contenerse más, e intercede:

-Patrón, un momento. Esa mujer...

-¿Me estás pidiendo cuentas? -se violenta Juan-. ¡Lárgate... Apártate...!

De un puntapié ha abierto de par en par la puerta de la única cabina de la nave, y un instante después la cierra tras ellos...

-¡No! ¡No! -clama Mónica en el paroxismo del espanto-. ¡Es usted un canalla, un perfecto canalla, y no es posible que esos hombres no acudan en mi auxilio! ¡Favor... socorro..!

-¡Cállate! -le ataja Juan, iracundo, forcejeando y tapándole la boca-. ¡No va a venir nadie, y si hay uno que se atreva a tocar a esa puerta, lo mato! No hay peligro que lleguen, porque demasiado lo saben.

La ha arrojado de un empujón violento sobre la dura litera de tablas, y ella queda inmóvil, cerrados los ojos, entreabiertos los labios, como si las fuerzas la abandonaran, hundida en el -mundo de la inconsciencia, mientras corre por sus venas la sangre encendida y el delirio de la fiebre finge nubes rojas sobre sus párpados cerrados...

-Al fin decidiste estarte quieta, al fin decidiste 'callar... -Juan hace una breve pausa y observándola un momento, se sorprende-: ¡Mónica! ¡Mónica! ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿Estás haciéndote la enferma? ¿Crees que vas a burlarte? Pues no. ¡No! ¿Oíste? ¡Serás mía, me pertenecerás, te trataré peor que a una esclava! No tendré compasión, no volveré a tener compasión de tus-lágrimas, no volverás a conmoverme, aunque te vea morir y agonizar... ¿Has oído? ¡Basta de farsas! ¡Levántate! ¡Levántate!

La ha sacudido inútilmente, dejándola caer otra vez, mirándola con impotente rabia. No, no es fingido su mal. Su cuerpo desmadejado exhala un vaho extraño, un sudor de agonía la baña, y en sus mejillas, antes tan pálidas, se encienden dos rosetas de fiebre. Con mano audaz desabrocha Juan el negro corpiño y un instante queda mirando el cuello blanco, sin que haya en ella una protesta, un gesto,.. Torpemente busca con sus dedos el pulso y palpa en él el golpear de la sangre que late encendida por aquella fiebre que la quema. Con suavidad deja caer aquella mano y da unos pasos por la destartalada cabina, cuando, de pronto, unos golpes discretos suenan en la puerta y la voz del segundo, llama:

-¡Patrón... patrón... ¡

-¿Qué rayos pasa? -se enfurece Juan, abriendo la puerta-. ¿Cómo te atreves... ?

-Perdóneme, patrón, pero el muchacho está en la playa gritando... ¿De veras va usted a dejarlo en tierra?

El segundo habla, observando con curiosidad el rostro de Juan. Luego se, empina tratando de mirar por encima de su hombro, pero la mano recia del patrón del Luzbel le aparta de un empellón brutal, mientras le recrimina:

-¿Qué miras, estúpido? Lárgate a buscar al muchacho. Tráelo y, apenas esté a bordo, levamos anclas rumbo a donde sople el viento que más sople.

-Por el Nordeste hay señales de tormenta, patrón.

-¡Pues rumbo a la tormenta, y a toda vela! ¡Vete ya! Ha cerrado la puerta, volviendo a la desnuda litera de tablas... Allí está Mónica, inmóvil, la respiración fatigosa, entreabiertos los labios... Los rubios cabellos, que en el forcejeo se destrenzaran, son ahora como un nimbo dorado alrededor de la cabeza que se agita de cuando en cuando... Las manos se mueven débilmente, sube y baja el pecho con el ritmo desacompasado del corazón que quema la fiebre... Un momento la contempla así Juan, y luego se aleja en un brusco recrudecimiento de rencor y de cólera, exclamando:

-¡Mónica de Molnar... basura y farsa!

Librodot

6

-¿ADONDE VAS? O mejor dicho, ¿adonde ibas? Porque no vas a cruzar esa puerta.

--No iba a ninguna parte. No sabia que dar unos pasos fuera un crimen. ¡Tu actitud es insoportable, Renato!

-Vuelve a sentarte donde estabas. ¿Quieres un plantador? ¿O prefieres el jugo de pina con champaña? Es delicioso, ¿sabes? Por algo bauticé con tu nombre esta bebida... ¡He dicho que te sientes! ,

Trémula de rabia, Aimée se ha dejado caer, más que sentarse, en el diván de raso. La noche cae ya, y desde que horas antes terminara la ceremonia de la boda están solos en aquellas habitaciones adornadas con tanto esmero para la luna de miel del amo de Campo Real. Junto a Renato, sobre la mesilla dorada, hay vasos y botellas: el mejor coñac de Francia, el más viejo ron de Jamaica, el más famoso vino Jerez de España, y de un cubo de hielo emerge el cuello dorado de dos botellas de champaña. Hay también una fresca jarra de jugo de pina con el que llena dos vasos que acaba de mediar de champaña.

-Haz el favor de acompañarme con la bebida de tu nombre:
Aimée. "Eme"; amada... Bello significado el de tu nombre, ¿verdad? Amada... Me gustaba tanto, tanto, que pensé que se trataba de uno de esos aciertos ciegos del destino el que así te llamaras... Amada... Toma tu Aimée. Bebamos...

-¡No quiero beber!

-¿No quieres? ¡Qué raro! Siempre me dijiste que adorabas el champaña. Todavía me acuerdo de la noche de nuestra boda... ¡Cuántas copas de champaña llevaste a mis labios, cuántas...! -Y en tono imperioso, ordena-: ¡Bebe ahora... bebe!

-¡Déjame en paz! -se rebela Aimée en forma violenta-, Estás loco... loco o borracho.

-Borracho... -repite Renato en tono caustico-. Eso ocurre cuando se bebe mucho champaña: está uno borracho, y por más que se empeña no puede recordar los detalles. Es un recurso maravilloso hacer beber a las gentes, envolver en las nubes doradas del champaña ciertas horas, para que apenas puedan recordarse..'.

-¿Qué tratas de decir? No entiendo nada, ni quiero entender. ¿Hasta dónde vas a llegar, Renato? ¡Me has enloquecido, me has atormentado, llevas horas bebiendo como un estúpido sin permitirme que me .mueva de tu lado!

-Es tu sitio, junto a mí. ¿No eres mi esposa? Pues a mi lado es donde debes estar. ¿Y qué mejor sitio para estar a mi lado que esta preciosa alcoba? La sucursal del paraíso... el nido de amor que nos prepararon... las rosadas paredes que me vieron de rodillas frente a tu belleza... y frente a tu pureza ... -Renato ríe con una risa breve y cruel.

-¡Renato... estás loco de verdad..- estás peor que loco! -se espanta Aimée .confusa y amedrentada.

-Sí, peor que loco: borracho. Borracho, como quisiste una vez que lo estuviera; borracho, pero con la mente más clara como no la tuve jamás... tan clara, que en ella las ideas queman a fuerza de brillar; borracho y feliz de poder celebrar contigo a solas, dignamente, la boda de nuestros hermanos... iBebe conmigo... bebamos juntos por la felicidad de Mónica y de Juan!

Qué cerca ha estado, para Renato D'Autremont, el cielo del infierno, la felicidad de la desgracia, la divina embriaguez de su amor con esta duda cada vez más cruel, cada momento más amarga... nudo de espinas prendido en su garganta, flecha envenenada que de un solo golpe hiriera su orgullo. Su dignidad, su amor y su confianza... Como por un instinto de defensa rechaza la verdad, pero la verdad rebota como planta dañina a la que no ha sido posible arrancar las raíces... La sospecha se asoma en cada gesto, en cada palabra, en cada detalle ... Y con la verdad, una como necesidad desesperada de lavar honra y. corazón, un anhelo insensato de destruirlo todo, y más que todo, aquella belleza cálida, tentadora y tragante, aquella mujer a quien desesperadamente ama, pero a cuyos labios no puede acercarse porque la duda y el temor son demasiado grandes, porque su amor tiene ya ribetes de odio, porque ama demasiado para perdonar... Y al ver que Aimée, impávida, conserva la copa en la mano, apremia imperioso:

-¡Dije que bebieras!

-¡Déjame en paz! ¡Vete... déjame!

-No tienes más deseo que el de alejarme...

-¡No tengo más deseo que.. .!

-¿Que cuál? 'Acaba, dilo de una vez, di que quieres morir, que estás desesperada, que la conciencia no te deja vivir con sus reproches... Acaso te estoy molestando con mi curiosidad, pero no es en mi en quien piensas al desesperarte. Piensas en Juan, ¿verdad?

-¡Naturalmente que tengo que pensar! -salta Aimée vivamente-. [ES un bruto, un salvaje, y tú le has entregado a mi hermanal

-¿Yo, o tú?

-¡Tú... TÚ...1 Yo no quería sino que ese hombre se alejara, que se fuera para siempre, que nos dejara en paz... Eso es lo que has debido mandarle... iQue se fueral Porque ese hombre...

-Ese hombre es mi hermano. ¿Lo has olvidado ya? ¡Mi hermanol

-¿Pero es cierta esa historia horrible?

-¿Te parecen horribles las historias de traiciones y de adulterios? Di lo que sientes... Grítalo de una vez... ¡Estalla en santa indignación si eres inocente!

Otra vez las manos de Renato se han cerrado sobre el cuello de Aimée. Otra vez sus ojos relampagueantes la miran muy de cerca como queriendo penetrarle el alma, y ella tiembla, helada de espanto, esquivando aquel gesto que le causa horror, al protestar:

-¡Renato! ¿Estás loco? ¿Quieres obligarme a pedir auxilio? ¿Quieres... ?

-¡Quiero que confieses, que hables, que grites para salvar a Mónica, si es una inocente a quien has sacrificado!

-¡No lo es... No lo es! Pero es mi hermana. ¡Juan no tendrá piedad!

-No necesita tener piedad si la ama...

-¡El no sabe amar!

-¿Cómo lo sabes? ¿De^ dónde le conoces? ¿Hasta dónde le conoces? ¡Contesta!

-¡Déjame! ¡Me lastimas, me haces dañol ¡Suéltame, Renato! ¡Voy a pedir socorro! ¡Voy a dar un escándalo!

-¡Ya lo has dado! ¡Grita si quieres; pide/auxilio, llama...! Nadie va a acudir. ¡Nadie! Estás sola conmigo, y tienes que decir la verdad, toda la verdad, y pagarme después el precio de tu infamia.

-¡Socorro! -grita Aimée. desesperada-. ¡Vas a matarme! ¡Socorro...!

Alguien se ha aproximado, acudiendo a la llamada de auxilio, y golpea la puerta apremiante. Fuera de sí, Renato conmina al intruso, gritando:

-¡No pasa nada! ¡Largúese el que sea!

-¡Abre, Renato! ¡Pronto! ¡Ábreme! -se oye la voz autoritaria de Sofía a través de la cerrada puerta.

Las manos de Renato han soltado a Aimée, que se desploma sobre el diván de raso. Luego, con paso incierto, va hacia la puerta, hace girar la llave y deja el paso franco a su madre, que indaga:

-¿Qué es esto, Renato?

Ha ido hacia su hijo, mirándole con ansia, con una interrogación ardiente en los ojos, que no hallan en los de su hijo sino la duda cruel, la incertidumbre torturante, la desesperación del que lucha en vano por encontrar la verdad... Y el noble rostro de la dama se vuelve severo, mientras Renato retrocede esquivando mirarlo... Captando en el aire aquella mirada, aferrándose a su única tabla de salvación, se alza Aimée, corriendo hacia la madre de su esposo:

-[Renato ha bebido toda la tarde.. .1 ¡Está como loco! Se empeña en hacerme confesar no sé qué. Me insulta, me maltrata, me dice cosas, que no entiendo. Se empeña en que yo hable, en que yo hable, y yo no tengo nada que hablar.. . ¡Nada... nada.. .1 ¡Yo no tengo nada que hablar!

Se ha acogido a los brazos de la dama, que no la rechaza;
hunde el rostro en su pecho, sollozando. Por sobre el joven cuerpo tembloroso, se cruzan las miradas del hijo y de la madre ... La de Sofía inquiere, pregunta otra vez anhelante, pero un amargo gesto de vencido es toda la respuesta de Renato, y Sofía suspira como aliviada, con

Librodot

gesto sereno:

. -Me temo que todos estemos un poco fuera de nosotros mismos. Han pasado cosas muy desagradables... He sabido también que Catalina, sin despedirse de nadie, salió para Saint-Pierre. Tomó el coche que estaba listo para llevar a los recién casados, y marchó casi detrás de ellos. Hasta cierto punto, la idea no fue mala. Supongo que eso te tranquilizará, Aimée, y a ti también, Renato. La pobre no podía estar tranquila tras de entregar su hija a Juan del Diablo...

-¡Fue ella misma quien se entregó! -rectifica Renato con vivacidad.

-Desde luego, hijo, pero es natural la inquietud de una madre... y hasta la de una hermana...

Sofía ha vuelto a mirar largamente a su hijo; sus ojos recorren también la ancha estancia ahora desordenada y revuelta, se detienen un rato en la mesa de los licores y se vuelven al rostro sombrío del joven D'Autremont, con un reproche:

-Veo que, efectivamente, has estado bebiendo mucho, Renato. Mejor será que procures despejarte y serenarte, y que tú también te calmes, Aimée. No llores más... No será para tanto... No hay rosas sin espinas, ni cielos sin tormentas... No hay que darle demasiada importancia a estas escaramuzas de recién casados. Me temo que sean cosas inevitables. Ven a mi cuarto, Aimée...

El Luzbel ha virado casi en redondo, enfilando la estrecha salida de la rada, tomando inmediatamente rapidez increíble, saltando entre los escollos, desafiando una vez más los elementos desencadenados. Como nunca seguras, las anchas manos de Juan empuñan el timón, y la luz de un relámpago le ilumina de pies a cabeza. La tormenta va amainando y una costa lejana queda ya atrás. Entre las gavias se agita una figura menuda y oscura, que avanza inclinándose con esfuerzo entre los tumbos de la nave...

-Patrón, ¿está encerrada el ama nueva... ?

-Sí, Colibrí, está encerrada -asiente Juan con manifiesto malhumor-. Las mujeres estorban en la cubierta cuando hay tempestad.... Bueno, estorban siempre, y cuando hay tormenta, más. Apréndelo para cuando tengas que navegar.

-Pero el ama, patrón... El Segundo dijo que estaba enferma ...

-¡Dile al Segundo que se guarde la lengua para cuando le haga falta! "

-¿No me deja entrar a verla, patrón? ¿A cuidarla? Si, pa-troncito, déjeme ir... Por su madre... °

Suplicante, Colibrí se ha abrazado a la pierna de Juan, y un instante la varonil cabeza se inclina para mirar-al mucha-chuelo, en cuyos grandes ojos brillan las lágrimas. Luego, otra vez contempla el horizonte espeso, oscuro, las nubes bajas, el mar alzándose en montanas, la lluvia que cae furiosamente, todo el bárbaro espectáculo de la tempestad que apenas ilumina el lívido resplandor de los ahora lejanos relámpagos... La frágil embarcación cruje, estremecida desde su quilla marinera hasta el tope del palo de mesana. Es una voluntad contra la tormenta, un cuchillo que se hunde en la carne salada del mar. Asimismo, siente latir en su pecho su propio corazón Juan del Diablo... Contra los elementos, contra lo sociedad, contra la vida... Como la espuma amarga que le azota los labios, es el rezumar de su alma; como el tenso vibrar de la nave en peligro, vibran tensos su pensamiento y su voluntad... Odia y quiere odiar más; le ahoga el rencor, y aun quiere que ese rencor se ahonde, como las aguas del océano... Quiere hacerlo infinito, quiere alzarlo tan alto como el mundo que le rechaza, pero en sus rodillas siente el aliento cálido del niño negro, la voz candida y suplicante llega hasta él, así como también la imagen de la mujer blanca, tendida como muerta sobre las tablas de su litera, tan indefensa, tan desdichada como aquel mu-chachuelo de cuya vida puede disponer con una palabra, y mitad compadecido, mitad enojado, dice:

-¡Toma la llave, entra, y déjame en paz!

Las pequeñas manos oscuras tocan con timidez primero, trémulas de angustia después, aquellas manos blancas, ardidas de fiebre, desmadejadas a lo largo del cuerpo inmóvil. Los" ojos de Colibrí recorren la grácil figura desmayada... Los grandes ojos están cerrados y se ahonda más la sombra de las ojeras violáceas bajo las espesas pestañas. De los labios entreabiertos, resecos, escapa la respiración fatigosa con ritmo desigual...

-¡Ama... Patrona... Señorita Ménica.. .1 ¿Se siente mal? ¿Muy mal? Le duele la cabeza, ¿verdad?

-¡No... No me toque... Máteme... Máteme... 1 -delira Mónica en un girar de vagos y continuos gemidos-. ¡Eso no... Eso no...l ¡Suelte... Suelte... Déjeme... 1 -El débil cuerpo se agita desesperado y las manos se extienden en el aire como rechazando un cuerpo imaginario-. ¡Primero muerta... Primero muerta! ¡Tendrá que matarme antes! ¡No... No...! ¡No! ¡Oh...l

Toda ella se retuerce como en una lucha; sus propias manos, en el forcejear desesperado, desgarran el oscuro vestido. Colibrí, temblando, va hacia la puerta donde una recia figura varonil acaba de llegar, y angustiado explica:

-Está enferma, patrón... Tiene el mal... Sí, patrón, sí... Eso mismo... La fiebre, la peste, el mal... El que le daba allá en las barracas a los que cortaban la caña. ¡El mal que ella curaba!

-¿Qué estás diciendo?

-Lo tiene, patrón, está igual que los enfermos de allá. Asi se movían, asi gritaban... Y se va a morir, como se morían los hombres allá abajo, cuando estaban así... El médico dijo que la fiebre les quemaba la sangre...

-¿Qué sabes tú, charlatán? -rechaza Juan en un arrebato de malhumor.

-¡Lo sé, patrón, lo sé! Yo iba con ella y la ayudaba. Se ponían así mismo, con esa cara, y hablaban como locos... Y ese temblor... ¡Mírela! ¡Mírela!

• Juan se ha acercado muy despacio. Fruncido ^1 ceño, contempla el bello cuerpo de mujer, convulso, trémulo; el rostro cada instante más desfigurado; los labios, de los que escapan las palabras de aquel delirio que más allá de la inconsciencia parece obsesionarla: -

-¡No... No... No seré tuya... No seré tuya sin que me hayas matado! ¡Mátame... Mátame primero... Mátame... Mátame de una vez, Juan del Diablo! ¡Malvado...! ¡Dios te castigará ... Tiene que castigarte... 1

-¡Vete, Colibrí, déjame!

-Si, patrón. Pero, ¿no va a darle nada? Medicina, remedio... Ella le daba a los hombres cucharadas de unos frascos con papeles blancos que traían de la ciudad, y unas bolitas blancas que venían en unas cajas, y les ponía en la frente... ¡Ah, sí, ya sé! Paños de vinagre... Y también venía: el médico y los miraba, patrón... A ella, ¿quién va a mirarla? . Juan ha ido hasta la puerta de la'estrecha cabina, ha-mirado, por sobre la borda, la masa oscura, hirviente, del océano encrespado bajo el golpe del viento; luego, se vuelve vivamente al percibir una sombra que se acerca sin ruido, los anchos pies descalzos sobre la cubierta mojada, é indaga:

-¿Quién va? ¿Qué pasa?

-Soy yo: Segundo. Dejé al Anguila en el timón... es la hora de su guardia, y la tormenta está amainando...

-¿Qué rumbo tomaste por fin?

-El Noroeste, patrón, y hace rato dejamos atrás la costa de la Dominica. Dentro de una hora pasaremos a veinte millas de María Galante..

-Pues dile al Anguila que, dentro de una hora, tuerza el rumbo a estribor. Fondearemos en María Galante... .

Otra vez, Juan se ha acercado al duro lecho que es la litera de la única cabina del Luzbel: rincón desnudo, habitación destartalada, estrecha y miserable, casi como el cubil de una fiera. "No tiene más muebles que aquellas dos literas desnudas, un tosco armario empotrado en las tablas, una mesa, banquetas, y sobre el reborde de lo que pudiera ser un estante, algunas cartas de navegación, plumas, tintero y el libro de bitácora. Nunca, hasta ese instante, había reparado Juan en la desnudez, en la sordidez de aquella estancia. Acaso la compara, con sonrisa amarga, con las suntuosas habitaciones del palacio de Campo Real...

-Ahora está quieta y callada, patrón -advierte Colibrí.

-Trae agua, vinagre y un trapo limpio. Anda, ¡corre!

-Voy volando -obedece el muchachuelo negro, saliendo presuroso.

Con los brazos cruzados, Juan contempla a Mónica, ahora inmóvil, callada, el perfil de medalla entre el nimbo dorado de los cabellos sueltos, desnudo el cuello blanco y suave. Largo rato la mira, y la encuentra hermosa, extraordinariamente hermosa ...

-Juan del Diablo... Juan del Diablo... -susurra Mónica en voz baja, a impulsos del delirio obsesionante.

- -¿Por qué no me llamas ahora Juan de Dios. Santa Ménica? -Juan ha tomado las manos de la ex-novicia, que arden;

Librodot

ha buscado e! pulso, que late desbocado, y la contempla con una extraña, con una indefinible expresión en los profundos ojos italianos, al murmurar como para sí mismo-: Mónica de Molnar... mi esposa...

Ha querido reir, pero no lo ha conseguido. Ha alzado la cabeza altiva, y sobre su frente tostada, curtida por el- mar, se rompe la primera luz del día que nace...

-¡Dios miol ¿Qué es esto?

Aimée se ha erguido súbitamente sobresaltada, y casi con espanto mira a todas partes. No está- en su alcoba. Ha despertado en un lecho de bronce, ancho y\ alto, sobre cuya colcha durmió totalmente vestida. Con mirada de angustia recorre la estancia, reconociendo la habitación de doña Sofía, con la lujosa chimenea de mármol en la que jamás se encendiera fuego-alguno, pero sobre cuya repisa un pequeño reloj de porcelana marca-las siete tras el musical campaneo que la ha despertado. Con la conciencia llega el recuerdo; y con el recuerdo, la angustia. Vagamente tiene noción de las últimas escenas pasadas: su violenta disputa con Renato, las manos de él apretando su garganta, la intervención de doña Sofía, sus palabras frías y amables, el amargo sabor del calmante que le hiciera beber, y luego el sueño turbio espeso, pesado, del que poco a poco va volviendo a la realidad. Y al oir un canturreo cercano, llama gratamente sorprendida:

-Ana... Ana..., ¿estás ahí?

-Sí, señora Aimée, por aquí ando.

-Baja la voz. ¿Dónde está mi suegra?

-¿La señora Sofía? ¡Ah, caramba! Vaya usted a saber dónde fue a dar. Salió bien temprano. Creo que todavía no clareaba, y en el coche grande, con el mejor tronco de caballos. Se llevó con ellas a Yanina para que la acompañara, y al notario lo mandó también a no sé qué parte.

-/Y Renato...?

-El señor Renato sigue tomando... Una botella entera de coñac mandó que le llevaran al despacho, y para él sólito, porque en el despacho no había nadie. Después cerró la puerta y tiró al suelo libros y tinteros, y creo que hasta rompió la lámpara...

-¡El Señor me amparel Tengo que hacer algo... tengo que inventar algo... Estoy sola frente a ese burro borracho. ¿Dices que se fue hasta el notario? ¿Dices que... ?

-La única que puede ampararla a usted es la señora Sofía.

-Es verdad. Doña Sofía puede ampararme. Tengo que hacer algo para ganarme su corazón, su apoyo, su confianza... Con Renato todo es inútil ya, pero ella puede salvarme. ¿Qué hago para que me ayude, para que me salve?

-Si usted da tomplaciera en lo que ella está deseando más...

-¿Qué desea mi suegra, Ana? ¿Tú lo sabes?

-Creo que sí. Lo que la señora Sofía anda deseando, des de que se fue de viaje siendo muchacho el señor Renato, es otro niño chiquito, otro muchachito en pañales, que sea como suyo;

pero como suyo no puede ser ya, tendría que ser del señor Renato.

-¿Qué dices, estúpida?

-Si usted le da un nieto, la señora Sofía la ampara... Como un rayo de luz vivísima penetrando las tinieblas de su alma, como la única puerta de escape, como el único'camino posible de salvación, la idea que traen las palabras de Ana ha cruzado por la mente desesperada de Aimée de Molnar, pero inmediatamente la rechaza con gesto de disgusto y'fastidio:

-Naturalmente que si le diera un nieto tendría que ampararme ... ¿Pero cómo puedo dar un nieto de pronto y por arte de magia?

-¿Por arte de magia? ¿Que no es usted la esposa del señor Renato, señoraAimée? ¿No tiene ya más de un mes de casada? A lo mejor no tiene ni que inventarlo. A lo mejor le sale verdad...

-¿Inventario? ¿Dijiste inventarlo?

-Bueno... digo yo... Si está en un aprieto... Dicen que el que se está ahogando se agarra hasta de un clavo ardiendo, y usted, señora Aimée, como que se está ahogando... A lo mejor, quién sabe... Es lo que yo digo... Ya con decir que va a venir es bastante...

-Tal vez fuera bastante -murmura Aimée pensativa.

-Pues claro... Cuando el señor Renato estaba en Francia, todos los días lloraba por él la señora Sofía, y algunas veces estaba tan triste que hasta a mi me hablaba, y suspiraba mirando las montañas, y me decía: "Ay, Ana... Mi muchachito, ¿cuándo volverá?"... Y cuando el señor Renato volvió ya no era su muchachito, y entonces el ama suspiró más y se puso muy contenta cuando el señor Renato le dijo que iba a casarse. ¿Y por qué cree usted que se puso contenta? ¿Porque iba a tener una nuera? ¡Qué va! Porque iba a tener pronto otro muchachito... otro muchachito que fuera como si su niño Renato naciera otra vez...

-Acaso tengas razón...

-El señor Renato está que muerde de rabia. Pero saber, saber de verdad, no sabe nada... El pobre.... saber, saber, no sabe nada...

Con súbita desconfianza, Aimée ha mirado a la doncella nativa; luego, se acerca decidida a jugarse el todo por el todo:

-¡No sabe nada, ni tiene nada que saber!

-Está bien -asiente Ana calmosa y complaciente-. No se sofoque tanto. De todos modos, yo no voy a decir nada, y en cuanto al consejo que le he dado... . .

• -¡No me has dado. ningún consejo! [No te he escuchado, ni tengo por qué escucharte! ¡Vete a tus obligaciones y déjame en paz!]Si te pones contra mí, vas a pasarlo mal! ,

-¡Ay, señora Aiméel Yo no me pongo contra nadie. Usted sabe que yo la sirvo de rodillas, y si me da esos barrillos y ese collar de que me habló antes...

-Te daré dinero para que compres «el collar y los aretes más lindos que encuentres. Anda a ver lo que está haciendo Renato, recoge todas las noticias que circulen por la casa, y vuelve en seguida a contármelo... ¡Vete ya!

Sola en la enorme estancia de lujosos muebles anticuados, se revuelve Aimée a la vez aterrada y furiosa, una idea clavada en la mente, una esperanza desesperada llenándole el alma:

-[Un hijo... sí... un hijo podría salvarme!

Henchidas las velas, ladeado el casco blanco, cortando:-las aguas azules con la proa afilada, marcha el Luzbel bordeando la cadena de islas que es como un collar de gigantescas esmeraldas. .. islas de sotavento, ásperas y feraces... Tobado, Granada, San Vicente, Santa Lucía, Martinica, Dominica... ya quedaron atrás, con sus montañas elevadas, con sus bosques espesos, con sus acantilados de roca negra, con sus estrechas pla-yuelas fieramente batidas por el mar. Ahora, el Luzbel detiene un poco la marcha, vira casi en redondo hada estribor y tiende otra vez las velas blancas, proa a las rocosas laderas de María Galante...

En su lecho de tablas, aun se agita la fina cabeza de Mó-nica, el perfil más estilizado, más puro, las sienes perTadas de sudor, los rubios cabellos como una maraña de seda, los párpados apretados mostrando sólo las espesas pestañas, y los ardientes labios resecos, de donde escapan las palabras como en una oración obsesionante:

-No... No... Primero mátame... Mátame, Juan del Diablo... Mátame... Tuya nunca ^.. Tuya nunca... Mátame ....Mátame y echa al mar mi cadáver... Mátame, Juan del Diablo...

Con gesto de impaciencia, Juan se ha puesto de pie; luego, muy despacio, vuelve a sentarse.. 7 Ante él, en un pequeño recipiente, están los paños' de agua con vinagre, que con paciencia de enfermero va aplicando sobre la frente atormentada. Un hosco gesto hace sombrío el rostro de Juan del Diablo; le endurece el ceño que junta sus cejas, la mueca amarga con que se distienden sus labios. Sólo en los ojos oscuros y profundos hay una luz extraña, como de compasión, como de angustia, acaso como de remordimiento...

-Patrón, ya estamos en el canal -avisa Segundo acercándose a Juan.

-¿Para qué entras de ese modo? ¿Por qué llegas hasta aquí? [Sal de este cuarto!

-Tuya nunca... Tuya nunca, Juan del Diablo... --persiste Ménica en su cantinela.

Juan ha avanzado con rabia hacia el marino, que "retrocede- dando un salto hasta quedar del otro lado de la puerta, mirando cara a cara a su patrón, casi como si le desafiara, y Juan inquiere:

Librodot

-¿Qué te pasa, imbécil?

-Si quiere que le hable francamente -se decide Segundo-, como siempre le he hablado, no me gusta nada de lo que está pasando... Esa señora que usted trajo...

-|Esa señora es mi esposa!

-¿Qué? ¿Cómo? -exclama Segundo en el colmo del asombro.

-Es mi esposa, me casé con ella ayer por la tarde, y los malditos papeles que lo acreditan deben estar en cualquier parte. ¡Puedes ir a buscarlos si te interesan tanto!

-)Es que no puede ser, patrónl ¡Usted, casado!

-Si... Yo, casado. ¿No puedo yo casarme como los demás? ¿Te parece muy raro? Sin embargo, te parecería natural casarte tú; te casarías en cualquier momento que te diera la gana, llevarías a tu mujer a tu casa, la dejarías junto a tu madre cuando salieras a navegar, y la llamarías por tu apellido, la marcarías con tu nombre como se marca una potranca... Sería la esposa de Segundo Duelos... La señora Duelos, ¿verdad? Y en este momento estás pensando que yo no tengo casa, ni madre, ni nombre que darle... Piensas eso, ¿verdad? [Responde!] Responde que prensas eso, para aplastarte!

-¿Está loco, patrón?

Con esfuerzo ha escapado Segundo de aquellas manos como garfios que desgarran su vieja blusa. Ha retrocedido hasta dar ' con el tope de la borda, y desde allí halla de nuevo valor para hablar al hombretón que'parece dispuesto a despedazarlo:

-No se ponga de esa manera, patrón. Yo no estoy ofendiendo a nadie, ni pensando todas ésas cosas. Sólo quería decirle que esa señora... su señora, está enferma... Que usted la metió en la goleta casi arrastrándola, y que uno es hombre, ¡qué demonios!, y cuando ve una mujer en esa forma, tratada como usted la trata...

-¿Qué? ¿Qué? -se enfurece Juan-. ¿Quieres llegar a tierra 'a nado? ¿Quieres que te eche de cabeza al canal?

-Quiero que la trate mejor, patrón. Y si es su esposa...

-La trato como me da la gana. 'Hago lo que quiero, en la tierra y en el mar, y tú haces lo que voy a mandarte: Que enfilen para llegar al fuerte, llega a Grand Bourg y busca el mejor médico que haya... ¡El mejor que encuentres! Y tráeló, ¿sabes? Tráeló, pida lo que pida para llegar hasta este barco... [Anda!

El Luzbel avanza ya muy cerca de la costa fértil y plana, de María Galante. Sobre la costa se divisan los muros blancos de los cuarteles, las piedras negras de la vieja fortaleza, las al^as chimeneas humeantes de las fábricas de azúcar y los rojos techos planos de la pequeña ciudad de Grand Bourg, capital de la pequeña isla francesa...

Un hombre alto, delgado, de piel cetrina y cabellos muy blancos, ceremoniosamente vestido de negro, está en la cabina del Luzbel, junto a la litera de desnudas tablas donde, aturdida por la fiebre, hundida aún en la inconsciencia, desmadejado el cuerpo y ausente el alma, parece que Ménica de Molnar agonizara- .. El médico se^ha inclinado para auscultarla, para examinarla con gesto grave: luego, se aparta un. paso y queda mirándola. La mirada del médico recorre después la estancia y hace una seña al hombre que le sigue hasta la puerta para quedar frente a él, cruzados los brazos, con la barba crecida, las ropas en desorden, más rudo y salvaje de lo que pareció jamás...

-No conozco un lugar menos apropiado para una enfermera -asegura el doctor-. Aquí falta hasta lo más necesario, y perdóneme que le hable con esta franqueza, pero necesito salvar mi responsabilidad...

-¿Quiere decirme que no va a atenderla?

-Quiero decirle que haré lo posible, pero que sería preferible que tratásemos de desembarcarla. En Grand Bourg tenemos un buen hospital..'.. Podrían dejarla en él si es que tienen que seguir viaje.

-No voy a dejarla en ninguna parte. Tendrá usted el bote listo para traerle y llevarle siempre que quiera, y le pagaré lo que me pida por sus servicios...

-Ya... Ya me dijo eso el mozo que fue a buscarme. Pero no se trata sólo de dinero, señor mío. El marinero que llegó a mi casa, me dijo que la enferma era la esposa del patrón...

-El patrón lo tiene usted delante, y estoy esperando que me diga qué tiene y cómo la encuentra. El muchacho que ha estado cuidándola supone que es un mal contagioso que

adquirió atendiendo enfermos de una epidemia que se desarrolló por allá abajo,, en la Martinica...

-Ya... Vienen ustedes de la Martinica... Allá son frecuentes esas epidemias... Muy bien puede tratarse de una fiebre infecciosa, efectivamente, sobre todo si ha estado en contacto con enfermos de esa clase. Pero, sea lo que sea, su mal está agravado por un terrible estado de ánimo. Si he de hablarle claro, le diré que su esposa se encuentra bajo un verdadero ataque de terror... Sin el antecedente de ese posible contagio, diría qué se trataba de una fiebre cerebral. De cualquier modo, lo que sea está agravado por el terror, por el -espanto, por el impacto indiscutible de un gravísimo golpe moral...

-Muy delicada la señora, ¿verdad? -comenta Juan con un dejo de ironía.

-Opino, por el contrario, que muy valerosa y resistente -refuta el doctor c8n gesto grave-. ¿Estaba ya enferma cuando emprendieron este viaje? Si es así, fue una verdadera locura^em-barcarla. La verdad es que yo no comprendo... '

El doctor se ha mordido los labios, bajo la mirada dura, fría, cortante, de Juan. Ha dado unos pasos dentro de la cabina, para mirar a Mónica, y regresa luego a donde él le aguarda inmóvil, con los brazos cruzados...

-Insisto en que debe usted desembarcarla.

-¿Y si no me fuera posible?

-Haríamos' aquí lo que buenamente pudiésemos... Pero h> primero que necesita una enferma es una cama, una cama con colchones y sábanas... ¿Cuánto tiempo hace que están ustedes casados?

-¿Importa mucho eso para determinar la enfermedad de mi esposa?

-Aunque parezca mentira, importa bastante.

-Días nada más. ¿Qué va a hacer para bajarle la fiebre?

-En seguida voy a recetar... ¿Su señora se llama...?

-Ménica de Molnar...

-No es la primera vez que oigo ese nombre. Si no recuerdo mal, una de las primeras familias de la Martinica. No me engañé al mirar a su esposa... Se trata de una verdadera dama y... -Ha vuelto a callar, frente a aquellos ojos oscuros que relampaguean. Ha buscado, con mano insegura, lápiz y recetario, y aconseja-: Que traigan esto cuanto antes. ¿Su nombre de usted es...?

-¿Con él de ella no basta?

-Supongo que sí. Perdóneme si le parezco indiscreto... Un médico tiene a veces la necesidad de asomarse un poco a las almas de los que pretende curar...

Desde la puerta, la mirada del médico recorre por tercera vez la desolada estancia, se detiene con franca compasión en la enferma, y se clava luego, curiosa y sagaz, en el tostado rostro de Juan, para observarlo mientras deja caer ^:ada palabra:

-La señora Molnar está muy grave... Tiene muy pocas probabilidades de sobrevivir... Para que estas pocas no se anulen, necesita cuidados y consideraciones excepcionales... Aun teniéndolos, será muy difícil salvarla...

-Haga lo posible, doctor...

-Ya estoy en ello... Pero lo posible, es poco en realidad. Por el momento me quedaré a su lado...

Ha vuelto a entrar en la cabina... Juan queda afuera, inmóvil, con- los brazos cruzados. Junto al lecho, los ojos del médico ven la pequeña figura del muchachuelo negro, que fija en tí rostro de Ménica los grandes ojos llenos de lágrimas...

Muy pálida, endurecido con un gesto severo el blanco rostro, Sofía D'Autremont ha aparecido entre las cortinas de encaje, y su sola presencia estremece a Aimée. Hay toda una acusación en aquellos labios apretados, en aquellos ojos claros y brillantes, que resbalan sobre la esposa del hijo único, como en un penetrante reproche sin palabras. Tras ella, como una sombra infausta, la cobriza figura de Yanina, en cuyas manos pone la dama el chai que cubriera sus hombros, mientras le da una orden sin mirarla:

Librodot

-Déjanos solas y cierra la puerta. Cuida de que no llegue a interrumpimos nadie.

Ha esperado ver cerrarse la puerta detrás de la doncella, para acercarse más a la linda muchacha que tiembla a pesar suyo.

-¿Sabes de dónde vengo, Aimée?

-No, doña Sofía, no tengo el don de adivinar.

-No es necesario tanto. Te bastaría con que escucharas la voz de tu conciencia, si es que hay algo en ti que conciencia pueda llamarse. ,

-¡Doña Sofía.. .1 -protesta Aimée, alarmada; pero su suegra la ataja con firmeza:

-Vengo de seguir en vano las huellas de ese bárbaro, en cuyas manos no vacilaste en poner a tu hermana inocente, pagando por ti, sacrificándose por tu infamia, aceptándolo todo para salvarte, hundiendo su vida para salvar la tuya...

-¿Por qué dice eso? ¿De dónde lo saca? Le aseguro que no entiendo...

-Entiendes demasiado. Yo soy la que casi no puedo comprender, la que cara a cara miro tu rostro de ángel y me pregunto cómo puede esconder una máscara así tanto cinismo, tanta hipocresía, tanta maldad... [Y tú eres la esposa de mi hijo, tú eres la víbora a quien permití que se atase para siempre la vida de mi Renato! [Tú... tú...! (YO he sabido demasiado tarde...

-¿El qué ha sabido? ¡No es posible que ni usted ni nadie sepa nada!

,: -¿Ni el notario Noel?]Ah, cambias de color! Pues bien, si, he hablado con Noel, le he obligado a decirme cuanto sabe, he atado los cabos necesarios...

-¿Pero están todos locos? -pretende defenderse Aimée con la angustia adueñándose de todo su ser.

-Ciegos hemos estado. Ahora, por desgrada, se ha hecho para mí la luz, aunque ya demasiado tarde. Ahora comprendo la actitud de tu hermana, la desesperación de tu madre, la insolencia de ese maldito que ha osado seguirte hasta aquí, hasta la propia casa de Renato. No puedes negarlo...]TÚ, y sólo tú, eres la amante de Juan del Diablo!

Como si la escupiese, como si la abofetease, han salido las palabras de labios de Sofía, y a su terrible impacto se doblan rodillas de Aimée, se extienden sus manos y una congoja sin • igual le sube a la garganta... De pronto, haciendo un supremo esfuerzo, se yergue vibrante, como la víbora acorralada que se levanta para atacar. Ha alzado la cabeza viendo brillar una nueva esperanza, un resquicio por donde escapar, una posibilidad a qué agarrarse...

-¿Qué puede saber Noel? ¿Qué puede hiaberle dicho?

-Tu actitud y la de ese canalla, ¿crees que no bastan? La forma en que te acercaste a él... la forma en que le hablaste. Te trató corno a una cualquiera...

-Me trató mal, pero por culpa de mi hermana. Yo luchaba por defenderla a ella, quería convencerlo de que se marchara. Renato fue el culpable...

-jCaIla! No manches el nombre de mi hijo; bastante lo has manchado ya. A los pies de Noel se desmayó tu madre, espantada, temblando, al suponer, con razón, que mi Renato iba a matarte. Y aun me habló más, aun me contó más. Sé que estuviste a verlo antes de casarte, que estuviste en su casa preguntándole por ese hombre, por ese maldito Juan del Diablo que es pesadilla de mi vida desde el día aciago en que nació. Y tenía que ser él... él, tenía que ser con él. y por él, que traicionaras a mi Renato. ¿Confiesas... confiesas... lo declaras?

-No confieso nada ni declaro nada -niega Aimée rehaciéndose de su turbación-. ¿Para qué quiere obligarme a hablar? ¿Para ir a decirle a Renato.., ?

-¿A Renato? No, demasiado sabes que no he de decírselo a Renato. No finjas que /w estás bien segura de que no voy a delatarte... ¿O es que quieres que te prometa la complicidad de mi silencio?

-Renato me matará.. . Y no seré yo sola a pagar un momento de debilidad y de locura, cuando aun no era su esposa... No seré yo sola a pagarlo... Lo pagaría también el hijo de Renato, al inocente criatura que llevo en las entrañas...

-¿Qué? ¿Cómo? -se sobresalta Sofía, sumida en una completa turbación.

-¡Que es carne de mi carne y que es también la sangre de Renato! Por él he callado, por él me he defendido, por él he aceptado el sacrificio de mi hermana, y ella quiso hacerlo, quiso sacrificarse por amor a Renato...

-Pero, ¿qué estás diciendo? -la interrumpe Sofía cada vez más sorprendida.

-[Sí, sí, esa es la verdad! Si quiere usted saberla toda, toda entera, tengo que gritarla. Mónica estaba enamorada de Renato, me disputaba al que era ya mi prometido... Impulsada

Librodot

por los celos, acorralada por las circunstancias, cometí una locura. Después me arrepentí y lloré mucho. Sólo a Renato quiero con toda mi alma... ¡Sólo a él he querido siempre, y ahora me muero porque he perdido su amor y su confianza!

Sofía D'Autremont ha retrocedido queriendo rechazar aque-• lias palabras pérfidas y venenosas, comprendiendo a medias, a la vez sorprendida y espantada; mientras viendo que gana terreno, Aimée se alza para correr a ella, jugándoselo todo en un golpe de audacia:

-Pero no puedo más... no soporto más... Voy a decírselo todo a Rjínato, voy a confesarle la horrible verdad, voy a que me mate de una vez, ¡a que termines; juntos mi vida- y la del hijo que...! ,

-¡Quieta! -la detiene Sofía en tono imperioso-. ¡No abras esa puerta... no des un solo paso! No seguirás haciendo cuanto se te antoje, no seguirás hiriendo-y destrozando a cuantos tienen la desgracia de estar a tu lado... ¡No convertirás a mi hijo en homicida, acabando de destrozarle y deshonrarle! ¿Piensas que no le has hecho ya bastante daño? ¿prees que no tengo ya motivos de sobra para maldecirte?

-¡Pagaré con mi vida y nadie tendrá que maldecirme! Por eso voy a llevársela a Renato... Que disponga de ella, que ' apriete de una vez esta garganta... ¿Por qué no dejó usted que me matara?

-Porque no eres tú quien ha de juzgar el castigo que merece tu falta, sino yo,^ que es a quien más has ofendido... yo, que te di mi hijo dichoso, feliz, lleno de ilusiones: yo, que creía, entregándotelo, velar por su felicidad, mientras tú le llenabas de fango; yo, que ahora te ordeno que calles... ¡Que calles, como callarán todos!

-¡No! -intenta protestar Aimée hipócritamente.

-¡Si! Bien sé que la mitad de tus palabras son falsas; sé que, a pesar de tu desplante, no has de buscar la muerte. Quien ha sido capaz de callar frente a lo que tú has callado, tiene que ser demasiado egoísta para dejarse matar... Bueno, iba a obligarte a salir de esta casa, a hacer que huyeras, que te "alejaras sin que mi hijo pudiera verte ni alcanzarte. Entré dispuesta a proteger tu vida, no por ti, que no la mereces, sino por él, que es lo único que me importa ya en la tierra;.. Pero ahora no voy a dejarte marchar, ahora te quedarás... Hace unas horas, si yo no hubiera entrado en la alcoba de ustedes, acaso habrías pagado ya tu deuda. Te salvé una vez y te salvaré definitivamente; pero vas a decir lo que yo te ordene, vas a hacer lo que yo te mande. ¡Te condeno a vivir, te condeno a callar, te condeno a expiar tu pecado, siendo para mi hijo no una esposa, sino una esclaval

Repentinamente, se dejan oir en la puerta unos golpes apremiantes, y es la voz de Renato la que llama:

-]Mamá, mamá, ábreme en seguida! [Ábreme!

-Algo nuevo ha pasado -señala Sofía-. Pero no tiembles, prometí defenderte y yo sé cumplir mi palabra, Aimée.

-¡Mamá! ¿Es que no me oyes? -vuelve v llamar Renato, golpeando ya violentamente la cerrada puerta. \

-Entra en ese cuarto -aconseja Sofía a Aimée-. No salgas, a menos que sea yo quien te llame. ¡Anda!

Sofía la ha visto obedecer, llevándose luego las manos al pecho, ahí donde el corazón late sobresaltado. Ella también tiembla, también está pálida, pero ha tomado una resolución heroica, ha decidido en un instante su actitud y su conducta futuras, y mientras va a franquear la puerta, algo parecido a una oración se eleva de su alma... una oración para el hombre que la llama impaciente.

-¿Qué ocurría? Temí tener que echar la puerta abajo. Con mirada de franca desconfianza, Renato D'Autremont ha recorrido la ancha estancia que es alcoba de su madre. Busca, con rabiosa impaciencia, le grácil figura de Aimée de Mol-nar, resbala la mirada sobre la puerta cerrada que da al cuarto-tocador de doña Sofía, y la vuelve a su madre, interrogadora y ardiente:

-¿Dónde está? ¿Dónde se ha escondido? ¿Por qué no me abrías?

-Porque me hallaba en el otro cuarto. No había escuchado que tocaras... Te ruego que te calmes... Estás fuera de ti... Es indigna la actitud que has tomado... Sé bien que eres un

Librodot

hombre, dueño y señor de todos tus actos, pero como madre tengo todavía algunos derechos, y no creo que pretendas negármelos...

-No se trata de eso. ¿Dónde está Aimée? Antes la libraste de mis manos, pero ahora no podrás... Ahora tendrá que responder satisfactoriamente, o su traición quedará probada. Y si tengo la verdad en la mano, si me ha 'traicionado, si me ha engañado...

-¡Basta! No tienes ninguna evidencia, puesto que aun hablas de ese modo. La verás cuando tú y yo hayamos hablado. Te exijo que te calmes, Renato. ¿Qué es lo que te pasa?

-Han hallado al segundo caballo cerca de la playa, en la costa del segundo valle. Muerto de fatiga, bañado en sudor, arañado por las zarzas, casi reventad? tras la carrera inhumana que fue obligado a dar...

-Bueno -acepta Sofía con falsa serenidad-. Si Juan del Diablo salió de aquí llevándose dos caballos, es lógico que sean los que aparezcan tarde o temprano...

-Lo encontraron muy cerca del lugar, en que alguien, a toda prisa, había improvisado un pequeño muelle de tablas, para dar acceso seguramente a un bote... Eso quiere decir que Juan lo tenía preparado todo para una fuga, para un escape. Los mejores caballos dé la casa escondidos en la maleza, el barco a dos horas de aquí, el muelle preparado para que él pudiera llevar cómodamente una dama. Salida franca para una fuga...

-O para un viaje de novios. [Quién sabel -intenta Sofía restar importancia.

-No hay tal viaje de novios, pues Juan no sabía que yo iba a obligarlo a casarse con Mónica. Juan lo tenía todo dispuesto para llevarse a la otra, a la que de veras amaba, a la que de verdad era su amante...

-[NO es suficiente lo que has visto, para estar seguro de eso, Renatol -rechaza Sofía con enérgica determinación-. ¡No puedes tener la certeza... 1

-No, no la tengo, madre -vacila Renato-, Pero esto es casi la certeza. Por eso busco a Aimée, y te ruego que me dejes con ella, que no intervengas. [Esta vez-, tendrá que decirme la verdad... toda la verdadi

-Óyeme, Renato, es de urgencia lo que he de decirte: Me consta, estoy segura de que tu mujer no te ha engañado. He
E asado horas junto a ella; la he acosado, la he enloquecido, la e obligado a hablar con absoluta sinceridad. Me lo ha contado todo...

E -¿El qué te ha contado?

; -Toda esta historia... Me la ha contado llorando, me la ha contado desesperada, y a mi no me ha mentido. No tenía por qué mentirme. Tú la has humillado, la has ofendido profundamente con tu violencia, con tus malos tratos...

-[NO he hecho sino querer saber algo a lo que tengo perfecto derechol

-Has traspasado los límites, los procedimientos que un hombre decente debe emplear. Ahora mismo, ¿cuánto llevas bebido?

-¡No estoy borracho! Si ella te ha dicho... Pero, ¿es que no comprendes? He estado loco, desesperado; he buscado algo que me ayude a contenerme, a no herir como ciego, a no matar. ¡Que cuánto he bebido... I ¿Qué importa cuánto he bebido? Ni una sola gota de ese alcohol está en mi cerebro. Nada ha logrado calmarme; todo se lo ha tragado esta angustia, esta desesperación, esta rabia, este anhelo furioso de encontrar la verdad. ¡Ella tiene que decírmelal

-¡Ella no te ha engañado. Como esposa, no te ha engañado. Si acaso, como hermana de Mónica de Molnar.

-¿Qué quiere decir eso?

-Renato, hijo, escúchame y entiéndeme. Aimée no te ha traicionado como esposa, ha vivido para ti y es a ti a quien ama. Está desesperada por tu desconfianza, por la forma brutal en que la tratas. Tan desesperada, que ha llegado a preferir la muerte.

-Si fuera inocente, no tendría más que un anhelo! [Pro-bariol

-No se considera inocente, porque te ocultó algo... Sí, toda esa triste historia de su hermana, sentimientos que tú ignoras y que ella no podía decorosamente participarte. Cosas íntimas, delicadas...

-No hay nada que mi mujer no pueda decirme. Si me ama, si me hubiese amado...

-Te ha amado y te ama... Si confías en mí, sabrás que soy tan celosa de tu honor como tú mismo puedas serlo.

-Siempre lo creí de ese modo, y es por eso que tu actitud me extraña...

-Siéntate y escúchame. No es cosa que pueda decirte en dos palabras. Sin embargo, hay algo que, aunque no soy la llamada a decírtelo, no puedo ocultártelo más. ElÍa, humillada por tu actitud, no hablará, y tú debes saberlo en el acto... Renato, Aimée va a darte un hijo...

-¿Qué? ¿Qué? ¡Un hijo!

Lentamente, Renato se ha sentado, ha echado hacia atrás la cabeza, cerrando los párpados, apretando los labios, y- sobre el tumulto de su rencor, de sus celos, de su odio, de su amor frustrado, van cayendo lentas y suaves las trémulas palabras de su madre:

' -Sería terrible que por la violencia de tus celos cometieras una injusticia. No te pido que lo aceptes todo, no te digo que corras a estrecharla en tus brazos, pero sí que moderes tu carácter. Ella, como esposa, no te ha engañado. Bien puede Ser que- sus<pecados sean veniales, y hay algo que tienes la obligación de considerar: [Va a darte un hijo! ¡Va a ser madre!

CAPITULO VIf

LOS OJOS DE Ménica se han abierto despacio, muy despacio, volviendo a cerrarse casi en el mismo xnstante, como si la luz los hiriese, y han vuelto a mirar por entre los párpados, semi-entornados, como. reconociendo el extraño lugar en que se har lia. Los grandes ojos daros de la ex-novicia se abren totalmente para mirar el rostro desconocido, de expresión noble y grave, de aquel hombre vestido de negro que inclina la cabeza cana, como consultando varias hojas de apuntes. Está tendida en una de aquellas literas, sobre un grueso colchón de lana. Bajo la cabeza dolorida, en la que las ideas parecen vibrar, salir y entrar inseguras y vagas, hay almohadas, y finas sábanas de hilo cubren su cuerpo vestido con un ropón liso y blanco. Las débiles manos rechazan un poco las sábanas... la cabeza de ru-, bios cabellos enmarañados se levanta ligeramente, con esfuerzo. Trata de incorporarse, cuando...

-¡Caramba, si ha despertado usted! ¿Cómo se siente? El hombre vestido de negro ha llegado hasta ella, ha tirado de una banqueta con la absoluta naturalidad de quien está acostumbrado a moverse en, aquella estancia, y ha buscado el pulsó de la enferma mirándola con ojos bondadosos y cansados a los que asoma la esperanza, mientras aconseja:

-No se mueva ni hable; no haga ningún esfuerzo. Está mejor, ¿sabe? 'Está mucho mejor, pero es preciso que no cometa la menor imprudencia. Ahora mismo voy a enviar por algo que necesita tomar.

La rubia cabeza de Ménica se estremece queriendo en vano fijar las imágenes que ahora pasan como en un torbellino. ¿Quién es aquel hombre? ¿En qué lugar se encuentra? ¿Está viva o muerta? ¿Sueña o ha perdido la razón? No recuerda haber visto jamás aquella estancia, no recuerda haberse acostado nunca en un lecho semejante, y el aire fresco que penetra por las ventanas tiene un áspero olor a salitre y a yodo. Es el aire del mar muy cercano... Está en un barco... sí, está en un barco, y enferma, gravemente enferma. Pero, ¿cómo está allí? ¿Por dónde llegó hasta aquel barco? Las imágenes se hacen más precisas. Recuerda... recuerda el valle de Campo Real, la lujosa mansión de los D'Autremont... Sofía, Renato, Catalina... Aimée, Juan... Juan del Diablo! Y al tomar cuerpo esta verdad en su mente, prorrumpe en un sollozo:

-¡Dios mío... Dios mío...!

-¿Qué le pasa? -acude solícito el doctor-. ¿Siente algún dolor, alguna molestia especial? Dígamelo, hija, dígamelo sin afligirse. Trate de explicarme .lo que siente.. Soy el doctor Faber, su médico, y llevo tres días junta a usted, aunque no recuerde, haberme visto antes. Ha estado con fiebre muy alta y algo fuera del mundo, pero lo peor ha pasado ya, y Dios mediante...

-j0h... Jesús! -exclama Mónica cotí el espanto reflejado en su pálido rostro.

-¿Qué tiene? ¿Qué le pasa? Cálmese. ¿Por qué se asusta de ese modo? No va a pasarle nada, se lo aseguro... -El doctor Faber ha tratado en vano de calmarla, pero al desplomarse Mónica desvanecida, con tono casi áspero, reprocha-: [Ah, caramba! Ha aparecido usted de

repente, y me temo que al verle se ha asustado. Mire usted en qué forma tan tonta acaba de desmayarse...

El hombre cuya presencia provocara el desmayo de Mónica se acerca muy despacio, sereno y triste, y queda inmóvil, mirándola ... Ahora, sin las rosetas de la fiebre, las mejillas de Mónica son más blancas que las blancas sábanas en que se envuelve ... La mira y la halla hermosa, extraordinariamente hermosa, a pesar de su aspecto débil, enfermizo, con una belleza doliente que la hace más niña.

-Está mejor, ¿verdad, doctor?

-Infinitamente mejor... Pero este desmayo... este desmayo... [Vaya, menos mal, creo que ya vuelve en sí!'

-¿Quiere dejarme con ella, doctor?

-[NO, doctor, no se vaya! -suplica Mónica francamente angustiada, dueña ya de sus facultades.

-¿Eh? -se sorprende el doctor-. Su esposo quiere hablarle a solas, hija mía. -Y volviéndose a Juan, recomienda-: Caballero, a lo que parece se trata de un capricho de enferma, pero me atrevo a rogarle...

-No se preocupe, doctor -le interrumpe Juan con serena amabilidad-, yo soy el que se va.

Lentamente, el rumor de los pasos de Juan ha ido apagándose, mientras Mónica vuelve a entornar los párpados, sintiendo que otra vez desfallecen cuerpo y alma. Ya sabe dónde está, ya recuerda con verdadero horror cuanto ha pasado: es la cabina del Luzbel y está casada con Juan del Diablo. Las lívidas imágenes de aquella pesadilla que fueron sus últimas horas en Campo Real, danzan como una zarabanda en su razón aun vacilante. Después, la espantosa carrera sobre los campos, la lucha al borde de la playa, las manos de aquel hombre atenazándola, arrastrándola al bote, arrojándola al fondo de aquel cubil inmundo, y luego la sombra, la oscuridad, las nubes rojas de la fiebre. No recuerda más... no puede recordar más... ¿qué otra cosa ha podido pasar? ^Ji los cobardes marineros incapaces de ampararla, ni el Dios a quien invocara desesperada, lo han evitado...

-¿Cuántos días hace que estoy en este barco, doctor? ¿Cuándo llegamos a Saint-Pierre? ¿Cuándo le llamaron?

-¿A Saint-Pierre?

-Sí, doctor, a Saint-Pierre. El barco está anclado... ¿O no? ¿No estamos en puerto? ¿No estamos en Saint-Pierre?

-Estamos anclados en el canal, frente a Grand Bourg, capital de María Galante. Su Saint-Pierre está a muchos cientos de millas más al Sur...

-Entonces, ¿estpy sola... abandonada...? -se espanta Ménica.

-No creo que "abandono" sea la palabra exacta. Su esposo es un muchacho fuerte y áspero como buen marinero, pero, si he de serle franco, diré que por lo menos en los cuatro días 0ue llevan ustedes frente a María Galante, no ha podido portarse mejor. Ha transformado, en lo posible, esta pequeña cueva... y no ha omitido ningún gasto para proporcionarle a usted las mayores comodidades. Claro que lo sensato hubiera sido desembarcarla, llevarla al hospital. Yo hasta le insinué a su esposo la posibilidad de dejarla mientras él termina su viaje, pero no accedió y... me parece razonable. Después de lo que le he visto atenderla y cuidarla, considero que sería para él muy duro separarse de usted...

-¿El me ha atendido? ¿El me ha cuidado?

.JVíónica ha callado de pronto. Bajo el embozo de las sábanas se ha mordido las manos para no gritar, porque la idea horrible ha brillado más clara. ¿Por qué había de atenderla Juan del Diablo? ¿Por qué había de mostrarse con ella generoso y humano? ¿Por qué había de gastar esfuerzo y dinero en conservar su vida, sino porque aquel horrendo matrimonio se había consumado ya, porque era en realidad su esposa, porque contra toda su voluntad, en su estado de inconsciencia, le había pertenecido, porque era plena y totalmente la esposa de Juan del Diablo?

-No quisiera ser indiscreto, señora... Humm... Molnar es su apellido; señora Mónica de Molnar, ¿no es así? Bien, digo que no quiero ser indiscreto, pero sí deseo asegurarle que en mí puede usted tener un-amigo dispuesto a servirle en lo que usted necesite si llega el caso. Soy el doctor Alejandro Faber, médicp titular del hospital de Grand Bourg, ciudadano francés, viudo y mayor de edad, como indican mis canas. No tengo familia y usted me recuerda de un

modo extraordinario a mi única hija, que tuve la desgracia de perder hace cinco años. Además, la simpatía es una cosa espontánea, y le aseguro que conmigo puede ser franca. ¿Tiene algo que pedirme, hija mía? ¿Desea algo? ¿Hay algo que yo pudiera hacer por usted?

¡Con qué desesperado impulso hubiese gritado Mónica pidiendo ayuda, protección, amparo contra Juan del Diablo! ¡Con qué ansia dolorosa le- hubiese rogado a aquel anciano que rompiese sus cadenas, que la rescatase, salir de aquel cubil, dejar aquel barco, no ver más el rostro que la aterra, el duro y feroz rostro -de Juan del Diablo! Pero hay un pudor invencible que paraliza su lengua y sus manos, como una gran vergüenza sin nombre, como un último refugio de su dignidad... Al fin y al cabo, ¿qué ha hecho Juan del Diablo más que aquello a lo que su matrimonio le da derecho? ¿Cómo pedir ayuda contra él, sin denunciar la horrible circunstancia que la obligó a entregarse a todo riesgo? Como un temblor de fiebre, la sacude la protesta de su cuerpo y de su alma, pero se paraliza sin llegar a brotar...

-Me atrevería a rogarle... ¿Quisiera usted escribir a mi madre, doctor Faber?

-Desde luego. No faltaría más... ¿Qué debo decirle?

-Que estoy viva y que no sufra por mí, que no se afane... Mi madre es Catalina de Molnar, Campo Real, La Martinica. No creo poder escribirle yo directamente, pero sus letras la tranquilizarán. Se lo agradeceré mucho, doctor.

-No habrá razón. Se trata de un servicio insignificante. Lo haré hoy mismo con el mayor gusto. ¿Qué más debo decirle?

-Nada más. Y por favor, que quede entre nosotros...

-Desde luego. Y ahora, hija mía, debo dejarla. Es la hora de mi visita al hospital. Si quiere que llame a su esposo. ..

-No llame a nadie. Sí alguien pregunta, diga que estoy dormida...

-Como-usted lo desee... Hasta la tarde,.. Con paso mesurado, el doctor Faber ha dejado la cabina del Luzbel, cruzando despacio hada la escala. Junto a la proa, sentados en el suelo, cuchicheando en voz baja, están sus cuatro tripulantes. Lejos de todos, sobre el rollo de cuerdas de la popa, cruzados los brazos, la mirada lejana perdida en el mar, Juan del Diablo. .. Un instante desvia el médico sus pasos para acercarse a él, que al verle se levanta con brusco movimiento, preguntando:

-¿Ya se va, doctor?

-Por unas horas nada más. Creo que puedo hacerlo sin riesgo. Su esposa ha mejorado notablemente. Tanto, que de no sobrevenir una recaída, casi podría decirle que no tiene ya peligro de morir...

-Me alegro mucho, doctor. -Desmintiendo el tono seco y cortante, los ojos oscuros de Juan se han iluminado. Ha sentido como si su pecho se aflojase, como si pudiese respirar mejor, pero rechaza aquel alivio que a él mismo le sorprende, y apostilla-: Supongo que le habrá hecho depositario de sus quejas. ¿No le ha pedido ayuda, protección, auxilio? Claro que usted rio va a repetírmelo a mí. Usted, naturalmente, se ha sentido su caballero andante, su amigo incondicional. De lo que vaya a hacer, si es que va a hacer algo, me enteraré cuando surja el escándalo...

-No diga cosas absurdas. Nadie va a escandalizar. Ella no se ha quejado... -Otra vez, los oscuros ojos de Juan se han iluminado; otra vez, aquel resplandor que no quiere dejar brotar, se asoma a sus pupilas, y el viejo médico, al advertirlo, arriesga una especie de pregunta-: No sé si tiene usted algo que reprocharse...

-Yo no me reprocho nunca nada, doctor Faber.

-Mejor entonces. Había llegado a temer, pero ya veo que me engañé, y me agrada. Me agrada extraordinariamente haberme equivocado el primer día... No lo tome a mal, pero me pareció usted una especie de pirata. Llegué hasta a temer que la que nombraban su esposa, fuera sólo una dama secuestrada por usted y su gente. Fantasías de otros siglos, ¿verdad? La culpa es de las muchas leyendas que se han tejido alrededor de estas islas, tan bellas como salvajes. Su esposa es francesa, ¿verdad?

-Nació como yo, en la Martinica; pero sólo hace seis meses que regresó de Francia, a donde la llevaron de niña.

-Ya... De cualquier modo, su esposa está tranquila por el momento, y es lo único que necesita: una absoluta tranquilidad, la seguridad de que nadie va a contrariarla ni a ejercer violencia sobre ella. Ahora duerme, y, como le dije, su mejor receta es el descanso. Hasta la

Librodot

tarde, señor mío.. .

Ha extendido la mano fina y cuidada de caballero, pero Juan finge no advertir el gesto amistoso. Mordiéndose levemente los labios, disimula también el médico, aunque cambian su tono y su mirada, al comentar:

-Su esposa es una dama, una gran dama. Lo comprendí al mirarla... Luego, até cabos, y ahora hay un nombre que me suena: Campo Real. Es un "lugar famoso en todas las Antillas, unido al apellido D'Autremont, el de los más ricos e importantes terratenientes de la Martinica... No hace mucho, el joven D'Autremont casó .con una Molnar... Molnar es el apellido de su esposa, no el de usted... Perdóneme si soy indiscreto. .. ¿Usted se llama...?

-[A mí me llaman Juan del Diablol

El doctor Faber ha .quedado inmóvil, mirando frente a frente a Juan, demasiado ^sorprendido para poder hablar, pero el hosco y cerrado rostro de su interlocutor es bastante elocuente en su expresión dura^ helada... 'Se limita, pues, a inclinar la cabeza en un ambiguo gesto de despedida, cruzando rápidamente la cubierta rumbo al costado del que pende la escala...

-Segundo, prepárate a ir a tierra. Puedes ir tú solo al remo. En el bote grande, que vayan Francisco y Julián.

-¿A dónde, patrón?

-A traer dos pipas de agua. El Anguila que se quede de guardia en la proa... Ellos, agua; y tú, las provisiones necesarias para zarpar tan pronto como hayan regresado. Pero no digas una palabra a nadie. Da las órdenes precisas, y basta. Aquí tienes el dinero, estáte atento y sal cuanto antes a lo que te he mandado. ¡Aguarda I Compra también frutas, una cesta grande... Las mejores que encuentres... y además, alguna ropa de mujer...

-¿Ropa de mujer?

-¿No sabes comprarla? Vestidos, blusas, faldas. . . ¿Nunca compraste ropa de mujer? Trae también un chai de seda. Por las noches está refrescando... Y una manta para la cama... ¡Ah! Y compra un espejo grande. ¡Date prisa!

-Volando, patrón...

Segundo ha corrido para obedecer las órdenes de Juan. Un instante, el patrón del Luzbel contempla el panorama de la ciudad, frente a la que su barco está anclado. Aspira con fruición el aire cargado de salitre, llenándose con él el pecho, como si reuniese las fuerzas necesarias para una determinación definitiva, y luego, paso a paso, se dirige hacia la cabina.

-¿Estás despierta ya?

Mónica no responde, porque no acuden a sus labios las palabras. Ahora su mente está maravillosamente clara, diáfana... Como si hubiesen arrancado de sus ojos los velos de niebla que le ocultaban la realidad, contempla su triste situación cara a cara... Aquel hombre es su • dueño, es el esposo que ha -aceptado, deLque en vano ha pretendido huir... Aun le inspira terror pensar que seguramente" le ha pertenecido, aun arde en sus mejillas la llamarada del rubor, considerando que aquel rudo marino, a quien sólo puede mirar como a un extraño, tiene el secreto de su intimidad...

-Supongo que no has perdido el tiempo, y que has encontrado en el doctor Faber un mensajero servicial...

-No comprendo lo que quiere decirme...

-Comprendes demasiado. Hasta yo comprendo. El doctor Faber es de tu clase, de tu casta. Le bastó escuchar el apellido Molnar, para asociarlo a D'Autremont. No es ajeno a la fama de Campo Real y, naturalmente, se sorprende, se queda pasmado, no acierta a explicarse por qué razón estamos casados. Siento que lo precipitado del viaje me haya impedido traer certificados y papeles, esos importantes papeles sin los que no puede vivir la gente de cierta clase. Me hubiera gustado verle abrir la boca de asombro cuando leyera: "Yo, Padre Vivier, cura párroco de Campo Real, declaro haber unido en legítimo matrimonio a Mbnica de Molnar con Juan, sin apellido, conocido por Juan del Diablo"... Habría que ver su cara de espanto... Sólo por eso, siento no haber traído los papeles; pero podemos mandarlos a buscar. ¿Piensas que Renato será lo bastante amable para mandarlos?

-No pienso nada, y si se ha acercado usted a mí sólo para atormentarme.. .

-Todo lo contrario... Antes quise decírtelo, pero le pediste al médico que se quedara en mi

lugar, supongo que para pedirle protección y ayuda.. . Por eso he tomado mis precauciones. Yo no soy de los que se dejan atrapar, ni de los que sirven de juguete al capricho de las mujeres. -Ha espiado el rostro de Ménica, ha quedado aguardando su protesta, sus súplicas, acaso sus lágrimas, pero nada cambia en el pálido rostro de la enferma... Ni una frase, ni un gesto, ni una palabra... Y recuerda-: Los barcos se hicieron para navegar, no para estar anclados.

-Opino igual: los barcos se hicieron para navegar...

-Y nosotros vivimos en un barco. -Juan ha vuelto a quedar silencioso, mirándola, aguardando sus palabras, y la tranquila mansedumbre de Mónica parece inquietarle-: ¿No te importa seguir viaje?

-¿Cambiarían en algo sus proyectos que me importara? Mónica ha entornado los párpados. Parece ausente y lejana. Sin poder contenerse, Juan llega hasta el borde mismo del lecho, y se detiene al verla temblar...

-No tengas miedo, que no voy a hacerte nada. ! -No tengo miedo. Lo único que podría hacerme ya, es matarme, y eso no me importa.)Se lo he rogado tantas veces en vano!

-¿Me has tomado, como tu doctor Faber, por un pirata, por un asesino profesional? Pero, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás llorando? -Ha visto rodar una lágrima por la pálida mejilla de Mónica; una lágrima que escapa furiosa de los párpados entornados-. No llores. .. Te hace daño. .. No tienes por qué llorar ni por qué asustarte. -No va a pasarte nada, absolutamente nada. ¿No basta que yo te lo digo? Si necesitas otro médico más adelante, lo tendrás...

-El doctor Faber era mi amigo -apunta Mónica sin poderse contener-. Ahora no tengo a nadie...

-Amigos no te faltan en el Luzbel. En cuanto a mí...

-¡No me toque usted, Juan!

-Naturalmente que no la toco. No se preocupe, no tengo ningún interés en tocarla.. Quédese en paz.. .

Hondamente sentido por la actitud de Mónica, Juan ha abandonado la cabina, subiendo a cubierta donde casi se tropieza con su segundo que parece seriamente agitado, y vuelve con frecuencia la cabeza para mirar hacia la costa cercana, por encima de la borda. Intrigado, Juan pregunta:

-¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

-¡Por fin...! Ahí están ya los muchachos con las pipas de agua. También compré un barril de galleta y un poco de carne salada.. . Sus otros encargos están ahí: las frutas, la ropa y el espejo. Acababa de ponerlos en el bote, salté otra vez para buscar aguardiente y tabaco, cuando...

-¿Quieres acabar de decirme lo que pasa? -se impacienta fuan.

-El doctor, patrón. El doctor, con el jefe de la guarda del puerto, en un coche, por aquel lado... Lo vi muy. bien... Hablaba como acalorado y dos veces señaló con la mano al Luzbel. ¿No comprende? Le decía algo de nosotros... Usted sabe que anclamos sin permiso, sin haber mal tiempo ni tempestad...

. -Traíamos un enfermo a bordo...

-Una enferma, patrón, una enferma que... Bueno, usted es quien sabe... Pero para mi que el médico nos estaba denunciando. . . Algo tendrá que denunciar... Usted sabrá si tiene algo que denunciar... Pero me dejo cortar la cabeza sí antes de una hora no tenemos aquí la visita del capitán del puerto con sus guardias.

-Antes de una hora, estaremos fuera del canal.

-Por eso mandé subir los botes y correr a los muchachos.. . Yo podré hacerle cara a usted como hombre, patrón, pero a la hora que los del otro lado quieran cerrarnos el paso, soy el segundo del Luzbel, y nada más.

-No tenemos por qué huir de nadie. Zarparemos porque llegó la hora de zarpar y hay buen viento... Que la gente se prepare... Coge el timón tú mismo, y pon proa al Norte hasta que yo te dé orden de lo contrario...

Una brusca sacudida estremece al Luzbel, virando ya en el canal. .. Dos violentos bandazos indican que el viento sopla ya sobre las velas grandes, y crujen a su impulso los cables y las gavias...

Librodot

Un coche cubierto de polvo se ha detenido frente a la escalinata lateral de la opulenta residencia de los D'Autremont. Sin dar tiempo a que el lacayo trate de ayudarla, baja de él Catalina de Molnar, salva los breves escalones con paso incierto, y va a tomar la ancha galería cuando, surgiendo de la puerta de la biblioteca, se dirige hacia ella el notario Noel, con un saludo a flor de labios:

-Señora de Molnar,.. Pero, ¿es usted... ?

-He regresado a cuanto pudieron correr los caballos. Necesito ver a Renato, hablar con él inmediatamente... ¡Ay, Noel! El barco de ese hombre maldito no está en el puerto y, según me han informado, ni siquiera pasó por allí... ¿Dónde está Renato? Necesito hablarle, decirle... Sí, decírselo todo. [No callaré más! Me estoy muriendo por haber callado, por haber hecho caso de todos, por haber obedecido a la propia Mónica cuando me mandó callar. .. Déjeme ir donde está Renato. .. Déjeme decirle... -Catalina se detiene un momento al ver acercarse a Sofía, y exclama-: ¡Ah, señora D'Autremont...!

-Catalina, acabo de ver el coche. Me dijeron que usted llegaba de Saint-Pierre...

-He llegado desesperada,.. Necesito hablar con Renato en el acto... ¿Estaba con usted? ¿Dónde está? Por favor. Noel, búsquelo, llámelo... Vea que me faltan las fuerzas...

Abrumada, sintiendo que se doblan sus rodillas. Catalina de Molnar se ha desplomado en una butaca de aquel, despacho donde el notario la ha conducido, y mientras corren las lágrimas de la triste madre, Sofía D'Autremont parece disponerse a dar otra batalla, al recomendar al anciano notario:

-Cierre esa puerta. Noel. Y usted. Catalina, tenga un momento de calma...

-Es imposible esperar más. Es preciso que las autoridades intervengan, que se avise a los puertos, que se busque por todas partes... ¡Es necesario salvar a mi hija Mónica! ¡Yo soy la culpable! Debf haber gritado... No debí haber consentido jamás...

-Sí, Catalina, debió usted haber hablado antes, mucho antes. No debió haber consentido jamás que Aimée se casara con mí Renato, pero ya está hecho. El delito de callar se ha realizado, y ahora es preciso seguir callando... Ustedes hicieron todo esto: Usted, Aimée, Mónica... Mintieron, engañaron, alzaron un tinglado de mentira y de farsa... Ahora está en juego el corazón, el honor, la vida entera de mi hijo, y no va usted a clavar otro puñal en su alma ya desgarrada... ¡No va usted a destruir con una palabra' la obra de mi lucha titánica!

-¿Qué pretende usted, Sofía? ¡Mi hija está en manos de ese pirata!

-Ella eligió su camino; ella aceptó todo el riesgo, con tal de salvar la vida de su hermana y la felicidad de Renato... Mónica sabía lo que le aguardaba...

-No sabía nada. ¿Cómo podía saberlo? Ella y yo pensábamos, esperábamos que ese hombre la dejaría volver a su convento, y allí fui yo directamente al llegar a la capital.. . Pero en su convento nada saben de ella... Corrí después a nuestra vieja casa, traté de indagar entre los amigos y conocidos. Nadie sabe nada. Entonces fui a las oficinas del puerto, pero nada pudieron decirme del barco de ese hombre, sino que no le han visto desde hace muchos días. ¿Comprende usted lo que eso significa? Ese hombre arrastró a mi hija a su barco, la obligó a seguirlo...

-Tal vez no fue obligada. Ella le había aceptado como esposo legítimo...

-Ella se dejará matar antes de ser suya, y ese infame la ha arrastrado a la fuerza para consumar su venganza. Le creo capaz de todo...

-Pero, sin embargo, no fue usted capaz de impedir que llegara hasta sus hijas. Sufrió usted su presencia, toleró su amistad...

-¡No, no, ese hombre no pisó jamás mi casa! ¡Lo juro! La verdad es que yo nada sabia. .. Temía, sospechaba... Ai-mce era sólo una niña caprichosa, alocada... Su culpa...

Catalina ha callado desesperada, como detenida entre los dos abismos a que pueden llevarle sus palabras, y fieramente Sofía D'Autremont se impone:

-Quiero pensar que no hubo en Aimée verdadera culpa, quiero creer que se trató de una locura sin importancia, de un estúpido y caprichoso devaneo... Creo y juzgo que toda la culpa es de ese canalla, de ese pirata...

-No quiero disgustarla, pero no es esa mi opinión, doña Sofía -interviene Noel, que ha ^estado observando la escena guardando un discreto mutismo-, Juan estaba transfigurado de felicidad por el amor 'de la que juzgaba le era fiel...

-No interesan aquí los sentimientos de ese bastardo a quien no creo capa/ de amar como usted pretende. Noel -desprecia Sofía con odio y rencor en la voz-. Tengo que pensar que él, y sólo él, fue culpable, o no podría perdonar a la que es esposa de mi hijo. Me fuerzo a la indulgencia para la que es ya una D'Autremont,'porque lleva el nombre de mi casa y porque será madre de un D'Autremont. Defiendo los míos, a los que llevan mi sangre, y, por esa sangre y ese nombre, he detendido a Aimce contra mi propio hijo. .. ¡La he salvado de una muerte cierta, porque yo si sé que mi hijo Renato es capaz de matar, y sé también que hubiera tenido toda la razón y todo el derecho!

-Pero es que yo.. . -pretende protestar tímidamente la angustiada Catalina.

-Usted calló cuando debió haber hablado. Ahora quiere hablar, cuando es necesario que calle. No pude impedir el primer error, pero no permitiré que se produzca el segundo.

-¿Me obliga entonces a abandonar a Mónica? Renato tiene influencias, amistades... él. puede hacer que detengan ese barco.. .

-Haremos lo posible, pero sin que intervenga Renato. Que mi hijo no sepa, que no sospeche, que ninguno de ustedes dos diga una sola palabra que pueda dar pábulo a que renazcan sus sospechas... ¿Ha entendido. Noel?

Noel ha inclinado la cabeza Sin contestar. Catalina junta las manos, mirándola con ansia, y es Sofía quien dispone decidida y rápida:'

-Vuelva usted a Saint-Pierre, Catalina, y aguárdeme en su casa. Dentro de unas horas estaré en ella. Iremos juntas a ver al Gobernador, solicitaremos toda la ayuda de las autoridades, haremos cuanto sea preciso, pero que ni una sola gota de este fango alcance a mi hijo... Acompáñela usted, Noel, y no olvide mis palabras. ¡El único culpable de todo esto es Juan del Diablo, 'y riada importará si es necesario hacerlo ahorcar!

-Buena marcha llevamos, patrón. Quince nudos desde que salimos de María Galante. Si viráramos a. estribor amaneceríamos en Monserra te, podríamos detenernos a comprar lo que nos hace Lilta, y..,

-No vires para ninguna parte. Dije proa al Norte. Han pasado dos días... Con las velas henchidas, inclinado hacia estribor, tensos por la fuerza de la rápida marcha los cordajes y los manteles sobre la arboladura elástica, cruza el Luzbel como si volara. Más que un barco se diría una gaviota que pasa arrastrando sobre la espuma las\ blanquísimas alas, una saeta que va a un punto fijo con un solo propósito: alejarse, poner leguas y leguas de mar entre la frágil nave y todo cuanto dejaron allá abajo.

-Pronto van a faltarnos provisiones, patrón -insiste Segundo.

-Nos aprovisionaremos más adelante, echaremos un bote en cualquier costa desierta, pero hoy no... ni mañana. ¿Entendiste?

-Sí, patrón, usted no quiere que nos alcancen...

-Ni que nos vean de lejos. No quiero darle el gusto a nadie de saber dónde estamos. Proa al Norte hasta que yo te mande virar. Segundo.

-Mónica ha despertado estremecida, como siempre que sus ojos recorren el reducido panorama de aquella cabina semidesierta. Es como si mirase las paredes de su cárcel, como si volviese a la conciencia de aquella extraña esclavitud en la que hasta la esperanza de escapar se apaga. Pero al volverse con gesto doloroso, los grandes ojos dulces, tristes y candidos del niño negro le llegan al alma como un cálido aliento de ternura. -

-Está mejor, ¿verdad, mi ama? Ya no tiene fiebre.. . Seguro que ya no le duele la cabeza...

-No, ya no me duele. Colibrí.

-¿No va a comer? El amo me dijo que le preguntara. Aquí hay de todo: té, galletas, azúcar y una cesta de frutas grande, grande. El amo dijo que eran para usted y que no las tocara nadie. Para usted sólita mandó a Segundo que las buscara, por-áue el médico ái]ó que eso era lo que tenía que tomar. Antes, cuando usted estaba más mala, el amo mismo le hacía tomar jugo de pina y de naranja, y té con mucho azúcar, y me mandaba ^ mí que lo preparara. Yo sé prepararlo, mi ama. ¿Quiere que le haga una taza? Si no come nada se va a morir de hambre, mi ama.

-Supongo que es lo mejor que puede pasarme...

-|Ay, no, mi ama, usted no va a morirse 1 ¡Lo que yo tengo llorado y rezado para que no se muera.. .1 Yo y los otros;

Librodot

todos en el barco queríamos que usted se curara... El Anguila, el Francisco, el Julián... y el Segundo, que es el que manda más después del amo, estaba que mordía y que daba patadas, porque decía que el amo la iba a d^ejar que se muriera, y que si el patrón hacía eso era como para matarlo...

-¿El segundo...? ¿El segundo dijiste?

-Segundo se llama, y es el segundo en el Luzbel. Qué gracioso, ¿verdad?

Entre las almohadas, Mónica sé ha incorporado con algo parecido a una sonrisa en los pálidos labios, y a su sonrisa responde la de Colibrí mostrando la doble sarta de sus dientes blanquísimos, aprovechando el ademán para insistir:

-¿Le hago el té, mi ama?

-Si te empeñas, hazlo... Oye, Colibrí, ¿dónde estamos?

-¡Dios sabe! Yo no veo sino mar por todas partes.

-¿No sabes tampoco a dónde vamos a llegar?

-Ni yo ni nadie. El barco lo lleva el amo, y cuando el Segundo o el Anguila cogen el timón, van por donde él les manda.

-¿No les interesa saber a dónde los lleva? ¡Mucho confían en él!

-El patrón sabe.

-¿Sabe.., ? -repite Mónica con extrañeza.

-A lo que parece, lo dudas, y no hay razón para dudarlo. Catorce años llevo recorriendo este mar de Norte a Sur, de arriba abajo, de Monserrate hasta Jamaica, de las costas de Cuba hasta las de la Guayana... ¡Catorce años!

Juan ha llegado hasta el centro de la cabina, mirando a Mónica que al verle cambia; aprieta los labios, vuelve a dejar caer la cabeza sobre las almohadas y queda otra vez inmóvil, mientras él la contempla dolorido un instante, para sonreír luego con gesto de sarcasmo, al decir:

-Parece que mi presencia te aumenta la fiebre... - -El ama no tiene fiebre ya -indica Colibrí con ingenuidad.

-Buena noticia. Vamos a tener que celebrarla, y como no hay aguardiente a bordo, será con té. Trae otra taza para mí, Colibrí. Anda.. •:

La mano de Mónica, extendida un instante como para impedir la salida de la estancia de Colibrí, ha caído sobre las sábanas, y su mirada rehuye la de Juan, mientras el corazón parece apresurar sus latidos. Es una angustia, es un secreto espanto el que le produce la presencia, ahora serena y grave, de Juan> Sin embargo, mirándolo despacio, cuánto ha cambiado... ya no viste sus ropas de caballero; se diría un marinero más, la gruesa camiseta de anchas rayas, el blanco pantalón descuidado, la gorra de visera oscura echada hacia atrás mostrando la frente despejada y un mechón de rebeldes cabellos... Ahora, con las mejillas rasuradas, sin la llama del alcohol en los ojos oscuros, parece más joven, su voz no suena a cólera ni hay un fermento tan amargo en sus palabras:

-Ya veo que estás mejor. No sabes cuánto lo celebro. Al no necesitar otra vez de médicos nos ahorras una escala. Es una positiva ventaja...

-No comprendo por qué se preocupa tanto. ¿Qué importa mi salud? Con dejarme morir bastaba.

-¡Vaya! Al fin te has dignado hablar en mi presencia. Algo vamos ganando.

-¿Para qué me atormenta?

-No quiero atormentarte, a menos que sean para ti un tormento mi presencia y mis palabras más vulgares. Es muy difícil evitarse en un barco tan pequeño, teniendo un solo cuarto y muchas leguas de mar por delante...

-¿A dónde vamos?

-No vamos a ,ninguna parte. Esta es nuestra casa, aquí habitamos. Espero que algún día serás lo bastante razonable para llevarte a tierra sin peligro de que me delates.

-Pero, ¿qué se propone con todo esto?

-¿Yo? Nada. Vivimos... Este es mi trabajo, ésta es mi casa. Podría ser una cabana, o un palacio. ¿Cómo pensaste que podría ser tu vida casada con un marinero? ¿Querías que te dejara en el puerto? No, ya tuve una experiencia y me costó muy cara: quien deja una mujer en el puerto corre el peligro de no encontrarla, o de encontrarla junto a otro.

-¡Oh, basta, basta de burlas y de sarcasmos! ¿Hasta dónde va a llevar esta horrible farsa? ¿No se ha vengado lo suficiente ya? ¿No se ha cobrado eir mi el mal que pudo hacerle mi hermana? ¿No está ya satisfecho?

-Satisfecho, ¿de qué? Esto no es una farsa. Tengo entendido que nos casaron de verdad, y yo...

Mónica se ha incorporado violentamente, sintiendo que sus mejillas arden. No podría soportar ni una palabra más, no podría sufrir la alusión que le espanta en labios de Juan. Enloquecida se ha puesto de pie, ha querido dar un paso, huir, pero sus rodillas se doblan. Impidiendo que caiga, la'sostienen los brazos de Juan. Un instante tiembla en sus manos el cuerpo frágil, casi desmadejado... La ha alzado como a una criatura;
semidesmayada ha vuelto a ponerla blandamente sobre la litera, y queda contemplando el pálido rostro por donde otra vez corren las lágrimas.

-Iba a dejarte en María Galante, iba a entregarte al doctor Faber para que te devolviese a tu casa, a\ los tuyos.. . Eso fue lo que quise decirte, para eso le pedí al doctor que nos dejase hablar a solas, pero no quisiste escucharme. Preferiste hablar con él, congraciarte para que me delatara; preferiste calumniarme, traicionarme, burlarte otra vez de mis sentimientos, de mis estúpidos sentimientos. ..

-¡No, Juan, no...! -protesta Mónica confusa.

-¡Sí! Quisiste que me acosaran como a una fiera, abusar de que soy Juan sin nombre, apoyándote en los de tu casta, en los de tu clase... Quisiste vencerme, ¡y no me vencerás con esas armasi ¡Te lo juro! ¡No volveré a tener piedad!

-¡Juan! Yo no le dije al doctor Faber que le delatara... Sólo le pedí que escribiese a mi madre, que le dijese que estoy viva. ¡Lo juro! ¡Lo juro! Sólo quise tranquilizarla, calmar su horrible angustia... ¿Es que no comprende, Juan?

Juan se ha inclinado más, sujetándola por los brazos, y otra vez Ías manos anchas la oprimen, aunque no con impulso bru tal. Por el contrario, hay en aquella fuerza contenida, como una especie de dulzura cálida y salvaje, algo que extrañamente calma la horrible angustia de Mónica, algo que apaga la amargura en sus labios, y un vivo anhelo de justificarse la sacude para la sincera protesta:

-Yo no le pedí eso al doctor Faber. ¡Se lo juro, Juan! No miento, no he mentido jamás, sino en la horrible circunstancia que usted conoce. Y no mentía por mí... Por mi no vale la pena de mentir. Le juro que no le pedí ayuda al doctor Faber. ¿Me cree usted? ¿Me cree?

-Supongo que debo creerla -acepta Juan dándose por vencido. Blandamente ha ,vuelto a dejarla sobre las almohadas, y se pone de pie separándose unos pasos de la litera-. Pero en este caso, una vez más ha pagado .usted por las culpas ajenas...

Se ha alejado con el paso silencioso y elástico de sus pies descalzos, y Mónica le mira a través de sus lágrimas, roto de nuevo el .dique de su llanto, pero roto también el nudo horrible de su terror, sintiendo que respira, considerando, por primera vez, que el hombre que se aleja no es una fiera, no es un bárbaro, no es un salvaje. Que acaso lata un corazón humano bajo el duro pecho de Juan del Diablo...

Muy despacio, ha vuelto a incorporarse, ha ensayado dar unos pasos agarrándose a las paredes, a los muebles^.. Ha llegado hasta la pequeña ventana redonda, cuando un violento tumbo de la nave la hace vacilar, casi caer... Y el negro mu-chachuelo que se ha deslizado sigilosamente al interior de la cabina, acude solícito en su auxilio, con un angustiado:

-Ama... Ama...!

-Colibrí, ¿qué ha pasado?

-Nada, mi ama, que el amo agarró el timón y cambió de rumbo para estribor. El amo está contento; le regaló a Segundo el tabaco que le quedaba, y Segundo dijo que íbamos para ln isla de Saba. Es una isla chiquita, pero los marineros están muy contentos, porque allí vamos a comprar queso, tabaco y carne. Es muy bonito ver la tierra después de tanto mirar el mar, ¿verdad, mi ama?

-Yo ni siquiera había visto el mar...

Por la redonda ventana, Mónica queda mirando el mar y aspira con ansia aquel aire impregnado de salitre y de yodo, sintiendo que corre más de prisa por sus venas la sangre, que. vuelve la vida, esa vida que ha sido para ella tan dura, tan cruel, tan amarga, pero a la que se aterra su juventud con una extraña fuerza, tras haberse sentido agonizar, y profetiza:

Librodot

-Creo que me gustará ver la isla de Saba.

CAPITULO VIII

CERRANDO LA SUAVE curva elástica que forman las Antillas Menores, desde las islas Vírgenes hasta las costas venezolanas, broche de oro y esmeralda en el magnífico collar de las islas de Sotavento, se alza Saba, verde como que emerge de las aguas azules del Caribe con su redonda costa de roca viva, con la apretada maraña de su boscaje florecido de bugambi-lias, bibiscos y poincianas, 'perfumada del aroma penetrante de la nuez moscada, cuyos árboles crecen en las estrechas grietas que son como pequeños valles alargados. Y arriba, en lo alto, cerca de lo que fuera en otro tiempo cráter de un volcán, la pequeña ciudad holandesa de Botton, con sus pocas calles en escalera, de limpísimas casas del más puro estilo flamenco, sus pequeños jardines bien cuidados, sus aceras de azulejos brillantes y sus gentes plácidas y lentas, que parecen vivir al paso rítmico de un clima siempre igual, en el éxtasis de su maravi-lloso paisaje.

-Le queda muy bien ese traje, mi ama.

-Colibrí, ¿por qué entras sin llamar? -reprende Mónica, levemente sobresaltada.

-Perdone, mi ama, pero vi por la rendija que ya estaba vestida. Le queda muy bien ese traje.

Mónica ha hecho un esfuerzo para contener la sonrisa inevitable que las ingenuas palabras de Colibrí han llevado a sus labios. Frente a aquel espejo que sin una palabra ha colgado Juan en la única cabina del *Luzbel,* acaba de mirarse ataviada con el vestido que trajera Segundo de María Galante, y siente la impresión de estar casi desnuda. El fino cuello adelgazado emerge del encaje que bordea el escote, las mangas llegan apenas a la mitad del brazo. En cambio, la falda es larga y ancha, pero ceñida en la cintura, mostrando el fino talle flexible. Ha peinado en dos trenzas sus dorados cabellos que caen sobre la espalda, nimbo rubio de su belleza ahora más frágil, más idealizada que nunca.. .

Con movimiento de pudor instintivo, se arrebuja en el chai de seda roja y el vivo color da vida nueva a sus pálidas mejillas. Sin embargo, retrocede vacilante, con una protesta:

-No puedo salir así. Necesito mi ropa, mi traje negro... ¿Dónde está? ¿Cuándo me lo quitaron?

-No sé, mi ama. Pero salga, salga que ya estamos llegando. ¡Mire la montaña! Salga, mi ama, salga...

Mónica se ha acercado a la redonda ventanilla. En efecto, están muy cerca ya de tierra. Allí, como al alcance de la mano, está la playa rubia, con el verde cinturón de palmeras som'-breando sus arenas doradas, y un sol caliente baña todo el pai- . saje. Es el sol de otro mundo, de otra vida... Como electrizada, va Mónica hacia la puerta del camarote, que se abre de par en par para dejarle paso.

-¡Ya estamos en Saba, patrona! ¿No 'quiere usted bajar? No es la gallarda figura de Juan del Diablo la que está frente a ella. Un instante se estremeció pensando que era él quien se acercaba, pero el hombre que se ha apresurado a franquearle la puerta es él segundo del *Luzbel.* Es menos alto, menos recio, menos arrogante, tiene los ojos claros, los cabellos casta-ños, y hay en su rostro juvenil, hoy pulcramente rasurado, un gesto a la vez solícito y curioso. Su pecho es ancho, sus manos callosas, pero sus pies no están descalzos ni viste la burda ca-miseta marinera de todos los días, sino las frescas ropas claras, típicas de los habitantes de la Martinica y Guadalupe. Porte y traje hacen perfecto juego con los de la lindísima muchacha que un instante quedarla en la puerta de la cabina, como deslumbrada, y que balbucea:

-¿Bajar...? ¿Yo...?

-Hay un bote listo para echarlo al agua. Se siente mejor, ¿verdad? Colibrí dijo que ya estaba curada y no sabe cuánto nos alegramos todos.. .

Ha extendido la mano señalando a los otros tres tripulantes del *Luzbel,* que ahora parecen totalmente olvidados de su trabajo, inmóviles junto a la borda, fijas en ella las miradas, tensos por la emoción invencible que aquella presencia femenina trae a sus mentes rudas y candidas. Con pudor instintivo, Mónica se ha envuelto más en el rojo chai.

Librodot

-El amo dijo que todos podíamos bajar. ¿No va a bajar usted también, patrona? -insiste Segundo. .

-No va a bajar contigo. Acaba de largarte a cumplir mis encargos y regresa con ellos en el término "de la distancia si no quieres pasarlo mal. ¡Todos aquí de vuelta dentro de una hora! ¡Acaben de largarse!

Aún encendidos de ira se han vuelto hacia Mónica los ojos de Juan, y cambian de expresión para llenarse de sorpresa. Mónica es casi otra mujer: una dulce mujer doliente y débil, que tiembla a su pesar, que se estremece de rubor y de angustia tan sólo al sentir cerca a Juan del Diablo, heridas sus pupilas por el sol brillante que en tantos días no contemplara, mareada por el golpe de la brisa del mar que llega despeinándola. Y Juan cambia de voz, de expresión y de tono tras los largos minutos que lleva mirándola, para asegurar:

-Yo impediré que esos idiotas te molesten más de la cuenta.

-Ese joven no estaba molestándome. Se acercó amable y respetuoso, y no había ninguna razón para tratarlo mal...

-¿Opinas entonces que debo presentarle mis excusas? -declara Juan en tono burlón.

-No opino nada. Supongo que en este barco todos, y yo la primera, estamos sometidos a su capricho y a su voluntad.

-A mi voluntad, que rara vez se mueve por caprichos. No quiero que en la larga fila de tus quejas" de Juan del Diablo incluyas la de haberte obligado a familiarizar con los marineros de mi barco. Además, oficialmente eres mi esposa... Nos casamos, ¿verdad? No creo que a ti se te ocurra dudarlo, como al doctor Faber. No creo que quieras negarlo... Muy atrevido Segundo en hablarte de la forma en que lo hizo, en quedarse detrás de la puerta esperando que te asomaras. Pero si todo ello te agradó, no hay más que hablar. Por lo demás, su idea no fue mala... ¿Quieres bajar a tierra?

-¿Ahora? Pero ellos ya se fueron...

-Hay otro bote y otros brazos que reman mejor que los de Segundo... Colibrí se quedará cuidando el barco, y yo te llevaré hasta tierra... .

Sentada en el pequeño bote, arrebujada en su chai de seda roja, sintiendo que de pies a cabeza la baña aquel sol caliente y espeso como miel dorada, Ménica mira acercarse, a cada golpe de remo, la costa de Saba. Aun no comprende por qué se ha dejado llevar, suave y mansa, agradecida casi, en aquel bote que tan liviano parece para los recios brazos de Juan. Este ha soltado un instante el remo para decir adiós con la mano al muchachuelo oscuro que quedó en la goleta, y Ménica vuelve también la cabeza para mirarlo, correspondiendo a sus gestos de despedida. Luego, sus ojos, aun temerosos, se vuelven a Juan:

-¿No tiene miedo el niño de quedar solo a bordo?

-¿Colibrí? ¡Bah! En peores sitios ha quedado solo. No tiene miedo; al contrario, se alegra de que se le dé importancia. Además, será por poco rato. Voy a darle un poco más al remó para llegar por una playa más fácil. La madre Holanda todavía no le ha regalado un puerto a Saba ni creo que les haga falta.

Reciben pocas visitas por acá, y están mejor que si llegaran muchas... ,

-Nunca vi nada más bello que esta isla...

-Vista desde aquí, parece el Paraíso, ¿verdad? Pero ya tendrá rincones de infierno... Donde hay más de cien hombres, ya se sabe: hay pobres y ricos, nobles y plebeyos, amos y esclavos, razas privilegiadas...

Ha remado, bordeando a lo largo de la costa de roca viví, hasta encontrar el dorado abanico de una playa. Uvas cálelas y cocoteros la sombrean, llegando casi hasta las mismas aguas del mar. Con la agilidad de un grumete, ha saltado; de un vio lento tirón arrastra por la arena el bote, playa adentro, y, antes de que caiga sobre uno de sus costados, alza como una pluma el cuerpo de Mónica y la lleva en brazos hasta la sombra de las palmas...

-¡AjajáI Tomamos posesión de la tierra de Saba... Buena vista, ¿verdad?

Hay un silencio religioso que baja del cielo azul al aire tibio y perfumado... Aroma de pimienta, de clavo, de nuez moscada, viejo aroma de las islas de la especiería con que soñaran Colón y los visionarios navegantes del siglo XV... aroma que Ménica aspira con una ansia

impensada, bebiendo de él como una fuerza nueva que su juventud necesita, como un sentido distinto del amor, de las cosas, de la vida... como si la mujer que hay *en* ella fuese saliendo desde un fondo profundo de cosas falsas para gozar de un modo nuevo de las cosas comunes: la luz, el aire, la salud que vuelve y el vibrar de su sangre de veinte años...

-Ya no estamos muy lejos de "The^Botton", "El Fondo", en nuestro idioma. Así se llama la principal población de Saba, mejor dicho, la única población, pues lo demás son un par de aldeas de pescadores. Botton está cerca de lo que fue el cráter de un volcán hoy apagado. La construyeron los viejos marinos holandeses... Tiene casas amplias, sólidas, limpísimas, casas como las de Curazao y Bonaire... ¿No viste nunca esas islas, Ménica?

-No, Juan...

-Ya las verás. Valen la pena. En otro estilo, son tan bonitas como Saba.

[Qué hombre tan distinto le parece ahora Juan sin el duro ceño autoritario, sin la amarga mueca de sarcasmo que endurezca su rostro, ahora sereno, juvenil y franco! Sus negros ojos miran de frente, ardientes y leales... Su boca, golosa y sensual, podría ser blanda sin el cuadrado mentón voluntarioso, sin la firmeza de las anchas mandíbulas que encuadran en el cuello recio, robusto... El no se ha vestido de fiesta, como los otros marineros. Lleva los fuertes pies descalzos indiferentes a las piedras y a las espinas. Es hermoso, viril y recio, con la hermosura bárbara de aquella isla de Saba que es un volcán en medio de los mares. Sobre esas tierras semivírgenes, asi como sobre la cubierta del *Luzbel,* no es el mismo hombre amargo, cruel, salvaje, atormentado, con que chocara Mónica en el valle de los D'Autremont... No tiene la mirada insolente ni la sonrisa procaz con que se acercara a las ventanas de la vieja casa de Saint-Pierre... Y Mónica le mira preguntándose por qué ha cambiado tanto, hasta que él habla como respondiendo a su pensamiento:

-Qué extraño corre a veces el tiempo, ¿verdad? Parece que hiciera cien años que dejamos la Martinica, y son apenas cuatro semanas... ¿Quieres que lleguemos hasta la ciudad? Ya no falta mucho; un solo tramo... Eso sí, cuesta arriba... Pero pesas lo bastante poco para que yo pueda llevarte en los brazos.. .

-¡No, por Dios! ¿Cómo va a molestarse?

-Aquí no se conocen los coches, ni siquiera los caballos. Mulos o burros es lo más que puede encontrarse. Las mujeres de los colonizadores holandeses solían hacerse llevar en literas o en los brazos de un esclavo...

-[NO es posible,! ¿Usaban como bestia a un ser humano?

-Eran gentes distinguidas -señala Juan en tono burlón-. Aquí se trajeron muchos esclavos de África, y también de Europa. Hace poco más de cien años todavía se vendían en estas islas las cadenas,de presidiarios. Se les recogía en grandes redadas en las ciudades de Inglaterra, Francia, Holanda... Eran ladrones, piratas,-rateros, vagabundos sin oficio, o pobres diablos sin nombre ni fortuna. En el muelle se subastaban, se vendían por un año, por cinco, por diez, y en este clima morían o cambiaban. Gracioso, ¿verdad?

-No, no tiene gracia... Es demasiado cruel...

-¿Sobre qué cosas ha hecho el hombre su mundo, sino sobre crueldades? Los cimientos de los castillos y de los palacios se endurecen con lágrimas, con sangre, con el sudor de la agonía de miles de infelices que reventaron de fatiga. Gracias a esas cosas somos civilizados... Si el mundo fuera bueno, no sería mundo. Santa Mónica, seria el paraíso terrenal...

-Santa Mónica... -murmura ésta lentamente-. Hacía tiempo que no me llamaba de ese modo...

-Si -corrobora Juan en tono jovial-. Según nuestro nuevo calendario, unos cien años. Tú, en cambio, no has vuelto a llamarme Juan de Dios...

. -Nunca como ahora podría llamárselo. Y si aquella idea que tuvo de dejarme en María Galante fue verdad...

-Sí, fue verdad -declara Juan con gesto sombrío-. Pero alguien se encargó de frustrarla y, como dije, estás condenada a pagar por las culpas ajenas.

-¿Quiere decir que ha desechado usted ese. buen pensamiento de una manera absoluta, total? -se angustia Mónica.

Juan ha esquivado la mirada ansiosa, ha sacudido la cabeza como espantando el negro pensamiento que repentinamente ha vuelto a invadirlo. Luego, con rápida determinación, alza a Ménica en brazos, haciéndola protestar asustada:

-¡Oh, por Dios! ¿Qué hace?

-Llevarla a la ciudad... No falta más que un tramo... Con la increíble agilidad de un tigre que salta monte arriba entre las piedras, ha echado a andar casi corriendo. Nada parece pesar Mónica en sus fuertes brazos, pero ella se agarra con angustia de su cuello... Otra vez siente qu^ no es/-dueña de nada, ni de su propia vida, y entorna los párpados, entregándose. ¿Cómo podría luchar contra esa fuerza ciega? Sería tan inútil, tan insensato, como oponerse a la fuerza de *ym* torrente, como querer sujetar con las manos el resoplido de un ciclón... Le pertenece, es de aquel hombre, y él la lleva en los brazos monte arriba, igual que, si quisiera, podría arrojarla al fondo de una de aquellas zanjas que se abren como abismos a los costados del estrecho camino, igual que hubiese podido tirarla al mar o dejarla morir en la cabina del *Luzbel.* Vive de la misericordia de aquel bárbaro que juró no tener misericordia, no sentir más piedad... ¡Qué protector y cálido es el aliento que la envuelve! i Qué extraña y ardiente dulzura destila gota a gota sobre su alma, sin que ella se atreva a saborearlo! Sin embargo, allá arriba, él se detiene para depositarla de pie en el suelo con absoluta suavidad...

-Ahí la tienes: Botton. La ciudad más importante de Saba. Hay algo parecido a un hotel en esta calle. Podemos comer algo distinto y dar luego una vuelta por las tiendas. Ese traje te queda muy bien. Necesitas comprarte algunos más...

-¡Oh, no, no, de ninguna manera! ¿Está loco? No necesito nada, no quiero nada, y si usted tuviera piedad, me dejaría en libertad de volver.. . Confíeme a las autoridades en cualquier parte. ¡Déjeme regresar a mi convento, Juan!

-¿Tu convento? ¿Qué puede haber en él que tanto te agrade?

-Hay paz, Juan, hay silencio, soledad y paz...

-¡También hay paz en el sepulcro! '¿Y por qué morir si aun no has vivido? ¿Es que no te das cuenta de que todo en ti es absurdo? Ven acá, mírate...

Ha vuelto a llevarla, como si la arrastrase, hasta el brocal de piedra de una fuente cercana. Es un cuadrado y pequeño estanque, sobre el que gota a gota se va derramando un manantial, y en él, como en un espejo, las dos imágenes se retratan:

fiera y recia la de Juan; frágil, trémula y exquisita la de Mó-nica de Molnar...

-Mírate, Mónica, mírate bien... Mírate cara a cara, sin tocas, sin hábitos, sin trapos negros que te cubran hasta no dejar asomarse de ti ni el cuerpo ni el alma... ¡Quítate ese chai!

El mismo se lo ha arrancado, obligándola a inclinarse sobre el agua, cuya tersa superficie devuelve su imagen. Allí ve Ménica sus labios entreabiertos, sus ojos brillantes; sus rubios cabellos levemente despeinados, sobre el fondo impoluto del cielo azul... Ve su cuello desnudo, su pecho, sus brazos, *sus^* manos frágiles y blancas como dos lirios, que se unen trémulas para quedar después inmóviles, mientras los ojos extasiados se miran, viéndose distintos...

-¿Cuántos años hace que no te mirabas a un espejo?

-No... no sé... -duda Mónica turbada-. En realidad, me miré hace muy poco, en el barco... Me vi con este traje absurdo, impropio de mí...

-Con este traje de mujer del pueblo, de mujer simple, sencilla, que vive, que ama, que sabe mirar al sol y sentir su beso en la carne... Mírate, ¿no eres hermosa? ¿No eres bella? ¿No eres tan linda como tu hermana? Entiende que no es una ofensa reconocer que eres hermosa, apetecible y deseable para cualquier hombre cabal. No es una ofensa; al contrario....

-¡Oh, calle! [Déjeme, Juan!

-No voy a dejarte; pero no tengas miedo, porque de ti no quiero nada, sino que te halles a ti misma. ¿Por qué quieres morir? ¿Qué razón hay? ¿Piensas que no puedes vivir sin Rena-sto? Yo no lo creo. No creo que puedas amarlo tanto. Siempre viviste sin él, nunca fue tuyo, jamás estuviste en sus brazos...

-Tenía una esperanza... -confiesa Mónica debatiéndose entre el pudor y la angustia.

-¡Qué poca cosa es una esperanza! Tu pasión no existe, es falsa. Sólo se ama con locura, con desesperación, con ansia,'lo que ya hemos tenido, lo que ya ha sido nuestro, lo que nos han quitado de las manos... Eso si duele, eso sí sentimos que al arrancarse, nos arrancan el alma. ¡Una esperanza! ¡Una esperanza, un sueño...! Falso, Ménica, falso... No es más que una venda que te cubre los ojos, que te; ahoga los sentidos. Al principio te odié, creí que de verdad eras eso: una imagen de seda, algo bueno para adornar los altares, fría, sin corazón, sin alma, sin sangre... Te creía una especie de santa... No era burla mi mote.. . Santa Ménica... Ahora

Librodot

veo que debajo de tus hábitos, debajo de tus ropas negras y de tus sentimientos falsos, hay un corazón que es capaz de sufrir y de amar...

Han quedado inmóviles al borde de la fuente. Ménica entrecierra los párpados... Apenas ve la oscura silueta de las dos imágenes, y mueve con gesto doloroso la rubia cabeza:

-¿Por qué me atormenta con esas cosas, Juan? ¿Para qué?

-Para curarte. Antes que tu cuerpo enfermara, estaba ya enferma tu alma. .. Enferma de ideas viejas, de prejuicios estúpidos ... No eras sino una momia envuelta en cien véndales, y yo quiero que vivas, que mires al sol una vez cara'a cara, y si después de haber sentido como mujer de verdad, sigues pensando que el mundo entero se llama Renato, creeré que tienes razón y que más te vale morirte o matarte...

Los grandes ojos claros de Ménica se alzan hasta él en algo que parece una súplica, una súplica blanda y dolorosa de niña enferma y desgraciada:

-¡Juaní ¡Juan.. .1

-¿Por qué no le olvidas? -se rebela Juan-. ¿Qué hizo para que le amases así?

-Nada. ¿Qué hace en realidad nadie para que le amen? Juan ha cerrado los puños, evocando... ¿Qué hizo Aimée para que él la amase con aquella pasión violenta y furiosa? ¿Qué hizo para encender su carne y su alma, llevándole hasta el borde de aquella especie de locura desesperada? Recuerda su perfume, el calor de su carne y el nudo tibio, blando y suave de aquellos brazos, prendido de su cuello como un nogal que esclavizara su voluntad... Recuerda su boca húmeda y sensual, dulce y amarga, y, a pesar suyo, se estremece, pero aparta la imagen como de un manotazo, y reaccionando, invita:

-Vamos a conocer la isla de Saba... ¡Ah, mira, ahí están los muchachos! -Y alzando la voz, llama-: ¡Acá... Acá...!

-¿Los llama? -se sorprende Mónica. • -Claro. Me ha parecido entender que Segundo Duelos te resulta simpático. Tal vez con él, el paseo te parezca más agradable ... Es buen mozo y simpático. Salvo la ropa y ciertos detalles, puede resultar tan fino, tan distinguido como el propio Renato D'Autremont, flor y nata de nuestra aristocracia, y es has^ta mejor parecido que el señor de Campo Real...

-¿Qué le pasa? ¿A qué viene esa burla?

-No es burla, sino el afán de irte enseñando un poco la verdad. Los hombres se parecen entre sí demasiado para que valga la pena de morir por ninguno... Todo lo cambia a veces detalles sin importancia... o qué, al menos, así lo parecen... Un papel, una firma, un anillo, unas cuantas palabras legales en latín o en otro idioma cualquiera, y el mismo padre puede engendrar un ángel como Renato D'Autremont, o un alacrán envenenado como Juan del Diablo...

Vivamente va a responder Mónica, pero no llega a escapar palabra alguna de sus labios. Frente a ella, en la mano el sombrero de palma, está el segundo del *Luzbel,* mirándola con ojos extasiados. Y es Juan'el que propone:

-Dale el brazo a mi esposa y acompáñala. Segundo. Enséñale Botton. Luego, vayan a buscarme allá abajo... ¿Conoces la taberna del "Tulipán Azul"? Venden la mejor ginebra de Holanda. Con jugo de naranja, puedes probarla, Mónica. Es muy saludable... y ayuda a olvidar...

-¡Juan... Juan..,!

Mónica ha dado algunos pasos inseguros, en los que sus pies resbalan sobre las anchas y pulidas lajas que son el pavimente de las pintorescas calles de aquella población pequeña y soleada. Pero Juan no parece escucharla, y-ella se detiene con gesto de desaliento viéndole alejarse entre la doble fila de blancas casas.'..

-No se apure por él, patrona, no va a pasarle nada -intenta calmar Segundo.

-Pero él va a esa taberna para beber hasta emborracharse.

-No, señora, no tenga miedo. El patrón jamás se emborracha ni deja que lo hagan los demás. En el *Luzbel* el aguardiente no se lleva si no es de contrabando... El patrón es todo un hombre, patrona. Y usted lo sabrá mejor que nadie.

Mónica se ha sentido enrojecer, y esquiva la mirada sincera, candida a fuerza de franqueza, con que Segundo Duelos le habla. Apenas soporta aquella fórmula rotunda con la que los demás la atan a Juan como a una bestia marcada con su hierro, como a algo de su exclusiva propiedad... Pero no, no es esa la idea exacta. En los labios de Segundo Duelos hay

Librodot

una sonrisa, hay una sonrisa compañera, casi cómplice, y un tono amistoso de disculpa:

"La señora sabe también perfectamente que el patrón es más bueno que el pan...

-¿Es bueno Juan? Quise decir, con los demás... con ustedes... .

-Es duro siempre que hace falta, pero ningún hombre puede echarle en cara que Juan del Diablo le haya pedido hacer algo que él mismo no sea capaz de hacer mejor y más de prisa. A su lado, todos nos sentimos seguros. Cuando él ordena algo, no preguntamos por qué ni para qué... Pensamos: "El sabrá". Y él siempre sabe... Sólo cuando la trajo a usted... Bueno... Perdóneme, siempre tuve el defecto de hablar de más...

-Quisiera que me hablara francamente...

-Pues, francamente, creo que metí la pata. La señora sabrá perdonarme, como el patrón me ha perdonado..; Pero como nunca había pasado en el Luzbel una cosa parecida... Claro que hasta ahora, tampoco el patrón se había casado, ni había dejado que subiera ninguna mujer al *Luzbel...* El patrón^es-taba desesperado porque usted se había enfermado en el viaje de novios... Estaba fuera de sí, y como yo cometí la torpeza de molestarlo... Pero ahora usted está bien, y todos nos sentimos muy contentos...

Ha sonreído con su sonrisa franca. Hay algo ingenuo y candido que asoma a esa sonrisa y, repentinamente, Ménica se siente consolada, segura, tranquila, y busca el apoyo de su brazo...

-¿Quiere que le enseñe el pueblo, patrona?

-No; estoy algo cansada. ¿Por qué no vamos directamente a ese lugar en que nos aguarda Juan? La taberna... ¿Está muy lejos?

-Allá abajo. Y no es propiamente una taberna... Es como una fonda, muy bonita y muy limpia. Queda allá, entre los últimos árboles...

-Vamos a buscar a Juan...

-¿Quieres que ^e lleve en brazos? Hemos de caminar un poco más que los otros para llegar a la playa. Acuérdate que fue allá donde dejamos nuestro bote...

-No... No... Me siento bien... No hace falta.. .

-Pues entonces, en marcha...

Despacio, apoyando la blanca mano en el hombro de Juan, dejándose llevar por sendero abajo, por el estrecho camino pedregoso, desciende Mónica de la cumbre de Saba mientras *cye* la tarde... Ha bebido una copa de vino generoso y hay un nuevo calor corriendo por su sangre, una nueva luz asomándose a sus ojos claros. Es una extraña y profunda sensación 3 ae casi se parece a la alegría, una sensación no sentida por la desde hace muchos años, acaso no sentida jamás. Sí, aquel vino caliente, aromado de canela y clavo, tiene el poder secreto de una bebida mágica. Ya no siente el rubor de sus brazos desnudos, ni de su falda de colorines, ni de sus rubios cabellos sueltos sobre la espalda. Es como si flotara y hasta el suelo que pisa tuviese una blandura especial...

-¡Qué linda es esta isla! Los que viven aquí parecen dichosos. .. Parece como si aquí no hubiesen odios ni ambiciones...

-Claro que los habrá. ¿Dónde irá el hombre que no lleve sus males?

-¿Piensa usted que los hombres son malos?

-Sí. Y las mujeres .no se quedan atrás. Unos son malos porque sufren, porque son desgraciados... Otros, porque son egoístas y no quieren sufrir por nada ni por nadie.. . Otros, porque les gusta el mal, porque se gozan en el daño y van sembrando la amargura por donde pasan...

-Pero usted no es de ésos. Juan -niega Ménica vivamente-. No es de ésos, ¿verdad?

-¿Yo? ¡Quién sabe!

Se han detenido en medio del sendero. Cerca, muy cerca ya, está la playa solitaria por donde han de embarcar. Suavemente, Ménica se separa unos pasos de él, vuelve la cabeza para mirarlo con el último rayo de sol sobre la frente, y no puede menos que preguntar:

-¿Sufrió usted mucho de niño, Juan?

-Más vale no hablar de eso...

-¿Por qué? ¿Todavía le hace dañb? Fue demasiado cruel, ¿verdad? ¿No quiere recordarlo?

-Lo recuerdo demasiado... Lo he recordado cada día, menos hoy. No sé por qué, pero es mejor así...

-Es mejor, sí, ya lo veo. Siempre he pensado que su simpatía y compasión por Colibrí se

basan en eso... Una triste historia parecida a la suya... Antes hizo una alusión tan extraña. .. Dijo algo que... no sé, no debo preguntar, pero usted habló bien claro. Por' demasiado claro, no me atrevo a entenderlo tal como lo dijo... Entendí que usted y Renato... Pero si es usted hijo...

-De nadie. Soy Juan sin apellido, solamente. No siga pre-^ gun lando, no estropeemos este día bueno... ¿Para qué? Soy Juan del Diablo, Juan sin apellido, Juan de Juan, como también me dicen algunos. Ni de Dios ni del Diablo... Mío solamente ... Al fin y al cabo, ¿qué importa nadie de dónde nace cada hombre? ¿Le pregunta usted acaso a cada uno de estos árboles de dónde vino la semilla que le hizo nacer? No, no lo pregunta, ni a nadie le interesa... No son plantas de jardín, no son rosas de invernadero, crecen salvaje y libremente, y no por eso son menos tuertes, menos bellos... No por eso deja de bendeciribs el que llega bajo su sombra... ¿Verdad?

-Verdad, Juan. Es muy hermoso eso que ha dicho usted. Nunca lo había pensado, pero es muy bello...

-¿Volvemos ai *Luzbel,* Santa Ménica?

Surca el bote en el espejo de las aguas claras, limpias, azules, doradas apenas por la lejana llamarada del crepúsculo... Pero Mónica no mira al mar ni al cielo... Mira aquel rostro varonil, ahora otra vez sombrío, aquellos negros ojos profundos y ardientes... contempla al hijo de Gina Bertolozi como si le mirase por primera vez...

CAPITULO IX

-¡SOFÍA! CON CUANTO placer vuelvo a verla, y en qué momento tan oportuno llega...

Su Excelencia, el Gobernador General de la Martinica, ha ido al encuentro de la señora D'Autremont y se inclina ceremoniosamente para besar la mano que ella extiende. Es en una de las ampliad salas de la casa de Gobierno de Saint-Pierre, y por los balcones que dominan parte de la ciudad, y del puerto, se ven el mar'y el cielo. Tras responder con sonrisa forzada al personaje, Sofía mira inquieta hada la puerta que comunica con la antesala, y el caballero que la observa parece adivinar su pensamiento:

-¿Viene alguien con usted?

-Catalina de Molnar... Pero quisiera antes, si es posible, hablar yo a solas con usted.

-Como guste... Pero repito que las casualidades se encadenan. Me disponía a enviar un correo especial a Campo Real encomendando a usted una carta para la señora Molnar, de un doctor Faber, a quien creo recordar haber conocido en Guadalupe ... Pero tome asiento y dígame primero la causa de su visita ... Creo que llevaba usted veinte años sin venir a Saint-Pierre ...

-Algunos menos. .. Vine para ver embarcar a mi Renato hacia Francia...

-En efecto... Fue en los días en que llegaba yo a Saint-Pierre a hacerme cargo del puesto que justamente dejaba un pariente de los Molnar. El me recomendó en forma muy especial a su prima política y hasta ahora no he tenido oportunidad de hacer nada por ella.

-Ahora la tendrá, Gobernador. No vengo por mi, sino por esa madre atribulada. Pero es tan personal, tan delicadamente reservado el asunto que la atormenta...

-¿Es referente a su hija Mónica? Desgraciadamente, hasta m(llegaron rumores que tomé por habladurías, como es natural, y no hubiera creído en ellos sin la interesantísima carta del doctor Faber. >.

-¿Cómo? ¿Es a propósito de... ?

-El doctor Faber escribe a su madre, en nombre de Mónica. La muchacha está gravemente enferma... Según el médico me cuenta, se trataba de una fiebre maligna...

-¡Oh, no, no! -se indigna Sofía-. ¿Quién sabe lo que habrá hecho con ella ese salvaje, ese pirata... ?

-El doctor Faber habla bien de él... Y perdóneme, Sofía, pero me han asegurado que la boda fue en Campo Real precisamente, y que el hijo" de usted fue padrino de esa boda desigual...

-Es cierto. Mi hijo lo hizo por su esposa. ¿Qué otra cosa podía hacer? Pero nunca

pensamos que ese hombre procediera de la manera que lo ha hecho..'. Catalina de Molnar está desesperada. .. En nombre de nuestra antigua amistad, es preciso que yo le ruegue que se hagan las cosas de manera que no se perjudique el nombre de mi hijo, que no sea traído y llevado a *causa,* del parentesco... Se lo ruego... Quiero salvar del escándalo a mi hijo, y también a Aimée. Ella es ya una D'Autre-mont. ¿Usted comprende? No quiero que, por ningún motivo, por ninguna razón, los comentarios malintencionados puedan mezclarla en nada de esto... Catalina de Molnar va a pedirle que haga usted detener la goleta de Juan del Diablo. Sabe Dios a dónde llegará en su pena y en su desesperación de" madre... sabe Dios a qué extremo llegue para lograr de usted lo que desea.

-Pero, Sofía, en realidad no la comprendo. Viene usted a pedirme que ayude a Catalina de Molnar, y al mismo tiempo me. ruega que desoiga sus súplicas...

-Todo parece un contrasentido, lo comprendo muy bien, pero yo también soy madre, y si nuestra amistad puede darme alguna validez, alguna fuerza, sirva ésta para detener el escándalo que mancharía a mi hijo sin remedio, a menos que ese hombre sea castigado por otros delitos... No creo que falten motivos para ello, aun omitiendo los de esta desdichada boda.

-¿Es un delito haberse casado con la señorita de Molnar? -comenta irónico el Gobernador.

-¡Por favor, entiéndame! Prométame.:.

-Sí, Sofía, la entiendo, aunque lo que me pide usted es bastante complejo. Y antes de pedir que prometa nada, permítame que haga pasar a esa madre que espera.

El Gobernador se ha acercado a la puerta y ha invitado a pasar a Catalina de Molnar, ofreciéndole galante uno de los lujosos sillones, al tiempo que le explica:

-Señora de Molnar, tengo una misión que cumplir con usted. Se trata de una carta que me ha sido recomendada hacer llegar a su conocimiento. He aquí su contenido:

"Excelencia, me dirijo a usted, en vez de hacerlo directamente a la señora Catalina de Molnar, por ser un asunto delicado y grave eri el que sentiría pecar de indiscreto. Junto con estas líneas va una carta que le ruego ponga en las manos de esa dama, cumpliendo la súplica de *sy* hija Mónica, que llegó a estas costas en la goleta nombrada *El Luzbel,* enferma de verdadera gravedad..."

-¡Dios mío... Dios mío... I

Catalina de Molnar ha bajado la frente, como abrumada por aquel dolor que las palabras escuchadas reavivan y encienden, y el Gobernador detiene un instante la lectura para mirarla con sincera pena, alza luego la mirada inteligente, buscando el rostro de la señora D'Autremont, pero Sofía se ha apartado de ellos y parece mirar por el balcón abierto que domina la ciudad de Saint-Pierre. Por lo que el Gobernador prosigue la lectura:

"Extraordinaria me pareció la presencia en un barco como ése, de una dama como la joven señora Molnar, cuya distinción y belleza formaban un rudo contraste con la pobreza del ambiente, con la incomodidad y al estrechez de la cabina de una goleta de cabotaje como es el *Luzbel,* y tentado estuve de dar parte a las autoridades inmediatamente. Pero el estado de la enferma era demasiado delicado para permitirme otra co-sa que tratar de salvar su vida, y a ello me puse con el mayor empeño, aunque con muy pocas esperanzas.

"AI ir a buscarme, me habían dicho que se trataba de la esposa del patrón de la goleta, un mocetón rudo y descortés, a quien ofrecí en el acto trasladarla al buen hospital que tenemos en ésta. El se negó rotundamente, ganando con ello mi inmediata antipatía; pero, después, debo confesar que su actitud modificó mis primeras ideas..."

-¿Cómo? ¿Cómo? ¿Qué dice? -indaga Catalina.

-Siga usted escuchando -aconseja el Gobernador-: "Se mostró con ella solícito, cariñoso y atento, no omitiendo gasto ni esfuerzo para proporcionarle comodidades, y no se separó un instante de su cabecera mientras la vida de su joven esposa estuvo realmente en peligro..."

-¡Es increíble! ¿De veras dice eso?

-Por usted misma puede leerlo, doña Catalina. Y dice algo más.... "Cuando ella pudo hablar normalmente, en su plena razón, quiso hacerlo a solas conmigo, y él se alejó con absoluta discreción. Aproveché el momento para ofrecerle mi ayuda en cuanto necesitara de mi, pero ella me rogó tan sólo que escribiese a la señora De Molnar tranquilizándola con respecto al estado de su salud y de su suerte.

"Con toda clase de reservas cumplo este encargo en la carta que le adjunto. Tranquilizo, o trato de tranquilizar, a la señora De Molnar en la forma que ellalhe pidió que lo hiciera. A

Librodot

usted quiero decirle que algo .muy extraño ocurre entre esa desigual pareja. Decidido a no abandonar a una compatriota en situación tan crítica, quise abusar de mi influencia pidiendo a su Excelencia el Gobernador de Guadalupe, casualmente de paso en María Galante, que usara de toda su autoridad para hacerles desembarcar y pasar unos días en tierra, pero alguien debió dar aviso al patrón del *Luzbel..."*

-Y se fueron, ¿verdad? -interrumpe Catalina en un arranque de ansiedad-. ¿Se fueron, o ese médico, a quien Dios bendiga, logró...?

-Un momento, escuche... "No sé si a causa de una conversación con él, en que acaso fui indiscreto, o por el aviso que supongo, la goleta levó anclas inmediatamente emprendiendo repentina fuga. En vano tratamos de detenerla, comunicándonos por cable con las islas vecinas. Sólo supimos que habían puesto proa al Noroeste, aprovechando el buen viento para desaparecer. -

"Creí un deber poner esto en conocimiento de usted y de los familiares de esa joven, criatura exquisita a la que me unió vivísima simpatía desde el primer momento. No tengo autoridad ni medios de hacer nada más que lo que he hecho. Si algo quieren o pueden hacer por ella, estoy incondicionalmente a la disposición de ustedes. Doctor Emilio Faber, Director General del Hospital de Grand Bourg, en María Galante, Antillas Francesas".

-¡Es preciso ir tras ellos! -salta Catalina con desesperación-. Es preciso detener ese barco... Es preciso salvar a mi Hija... Usted puede hacerlo. Gobernador... Usted puede dar órdenes contra él, hacer que los detengan en el primer puerto...

-No sé hasta qué punto, señora Molnar. En nada de lo que dice esta carta hay motivo para detener a nadie. Todos sabemos que su hija aceptó libremente a ese hombre por esposo... Digo, es lo que tengo entendido, la boda fue en Campo Real y usted misma consintió en ella. Comprendo que para una madre debe ser un vivo sufrimiento una unión desigual, pero no existiendo un delito...

-¿No podría usted hallarlo revolviendo los archivos del puerto? -apunta Sofía, abandonando la ventana y acercándose al Gobernador-. ¡No creo que le falten delitos a Juan del Diablo! Si puede hacerle detener sin mencionar para nada el asunto de esta boda...

-O mencionándolo, si es preciso. Es la vida de mi hija la que está en juego. [Haré cualquier cosa para Salvar a Mónical

-¿Por qué no piensa también en salvar a Aimée? Calle usted. Catalina. Que la pena no la haga desvariar...

Dubitativamente ha mirado el Gobernador a las dos damas; luego, oprime el botón de un timbre y va hacia la puerta franqueando la entrada a un ordenanza, al que recomienda:,

-Haga buscar cuidadosamente todos los datos referentes a la goleta *Luzbel* y al patrón qué la manda, y vuelva en el acto a traérmelos...

-¿Buscará usted otro delito? -indaga vivamente Sofía-. I Juan del Diablo no merece consideraciones de ninguna especie! Sobran delitos y testigos contra él.

-¡Salve a mi hija como sea. Gobernador! -suplica Catalina.

-iComo sea, no! -rechaza Sofía con decisión-. Mi hijo Renato es víctima inocente de todo esto, y no debe seguirlo siendo... Haga usted lo que pueda. Gobernador, sin que una sola gota de fango salpique a mi hijo, porque me pondré contra todos con tal de defenderlo a él.

-[Listos para zarpar! ¡Cada uno a su puesto! Sobre la desnuda cubierta ya se mueven, a la voz de Juan, los tripulantes del *Luzbel.* Un airecillo fresco hincha blandamente las velas que poco a poco van subiendo el foque, la mayor, el trinquete... Ya el ancla está fuera; ya el Anguila, con las dos manos en el timón, aguarda ,las órdenes del rumbo nuevo; pero Juan se detiene, vacila un momento y entra en la cabina empujando la entornada puerta.

-¿No quieres despedir a Saba desde la cubierta? ¡Ah, caramba ...!

Ménica está frente al espejo. Ha atado a su cabeza uno de esos pañuelos de colorines que usan las mujeres del pueblo en la Martinica y Guadalupe, pero al ver a Juan se lo quita enrojeciendo. Sobre la mesa hay varias faldas, blusas, collares, un frasco de perfume, un espejo de mano... Venciendo el rubor, sonríe Mónica al hombre que se acerca, con una extraña sonrisa que está muy cerca de las lágrimas:

-Supongo que se volvió usted loco cuando mandó comprar todo esto...

-¿Es de tu gusto? ¿Te queda bien? Sé que es la ropa, que no te corresponde, pero es la única que pudimos encontrar hecha.

-No era preciso comprar nada. Es absurdo que me obligue a aceptar sus regalos de esa manera. ^

-Puesto que te acepté por esposa, es lo menos que puedo hacer. Con más razón no habiéndote dado tiempo para recoger tu equipaje.

-No debo aceptarlos, no puedo, no quiero... por... por... No halla la palabra que logre expresar sus sentimientos, porque apenas acierta a comprender ella misma lo que siente: es alegría y pena, emoción y vergüenza, rubor y gratitud. No
Cuede ignorar que todo aquello representa la mayor parte de >s ahorros del rudo capitán del *Luzbel,* y, sin embargo, él lo ofrece con una disculpa en los labios:

-Te ruego que los uses. No son dignos de una Molnar, pero te sientan bien... mucho mejor que tu eterno traje negro. Y ahora, si quieres decirle adiós a Saba, asómate inmediatamente porque ya casi no se ve.

-¿Dejamos ya la tierra? ¿A dónde vamos ahora, Juan?

-¡Rumbo al Sur!

Contra todo, contra todos, asi parece navegar el *Luzbel* por las azules aguas del Caribe, henchidas las velas, ágiles los flancos, cortante la proa, todo él nervio, rapidez, tensión vibrante. .. Es como una flecha blanca cuyo arco templado es la rueda de aquel timón que ahora empuñan las manos de Juan, anchas y fuertes, y que le pregunta a Ménica, como bromeando:

-¿Te atreverías a llevar el timón?

-Tanto como eso... Me parece lo más difícil...

-No lo creas. Acércate, ponte aquí... aquí, en mi puesto. Así... Ahora, toma el timón con las dos manos... es muy suave cuando el mar está bueno. Te bastará hacer girar esta rueda a un -lado o a otro para que el barco cambie su rumbo. Perfectamente. ^. muy bien... Claro que hay que mantener el rumbo indicado, recordar dónde están los bajos, los bancos, cualquier cosa en la que podamos chocar o encallar... [Cuidado, que nos harás dar vueltas en redondo! Te estás torciendo a estribor; manten la rueda más derecha, así..., ¿ves? También-hay que mirar las velas pues dependemos del viento. Si él se niega a soplar, podemos pasar semanas enteras mirándonos los unos a los otros...

-¿Por qué dejadlos tan pronto la isla de Saba?

-Sólo lo que hicimos había que hacer en ella. ¿Para qué quedamos más tiempo del necesario, exponiéndonos?

-Exponiéndonos, ¿a qué?

Juan no contesta. Sus anchas manos cálidas se han puesto sobre las de Mónica en el timón y van guiando, como a través de ellas, la fina embarcación cuyo rumbo se tuerce a estribor, y Ménica comenta:

-Ha torcido usted el rumbo a la izquierda...

-Sí,, ahora he sido yo. Nosotros decimos a estribor...

-¿A dónde llegaríamos si siguiéramos navegando hacia estribor?

-Llegaríamos a San Eustaquio, una islita holandesa no mucho mayor que Saba. No hay allí ningún puerto que valga la pena, pero si continuáramos caeríamos en San Cristóbal, y allí si tenemos una ciudad de diez mil habitantes por lo menos:
Basseterre... Está también el Fuerte de Tyson, en fantásticas ruinas; la famosa colina del azufre, todo al pie del monte Mi-sery, una elevación de cuatro mil y pico de pies. La isla se extiende luego en una larga franja de tierra, terminando en una península en cuyo centro hay una laguna, y, a menos de una milla, el islote conocido por Nieve, que es como Saba: un cono en medio de los mares.

-Conoce usted muy bien todo esto...

-Como estas manos conozco yo las Antillas... Las ha abierto frente a ella: anchas, duras, recias y, sin embargo, llenas de calor y de vida. Ménica no recuerda haber visto nunca unos manos como aquéllas. .. Hablan de luchas, de trabajos, de energía y voluntad... Sobre la palma de la izquierda está la línea blanca y fina de una antigua cicatriz, lo bastante profunda para calcular que fue grande la herida que dejara esa huella, y, curiosa, Ménica pregunta:

Librodot

-¿El timón le hizo esto?

-No; ni el timón ni el remo. El filo de un cuchillo, Santa Ménica. Lo tomé por la hoja con todas mis fuerzas.

-[ES absurdo! ¿Por qué?

-Imagino que por instinto de conservación, por una ansia absolutamente insensata de prolongar la agonía que era entonces mi miserable existencia... -Tendría yo diez años...

-[ES increíble! ¿Y le atacaron con un puñal? En la mano de un niño, esa herida debió ser...

-Pudo dejarme inútil, pero la sangre que brotó de ella calmó por el momento el rencor de aquél para quien mi vida era una ofensa.

-¿Le hirió a usted un hombre?

-El que era esposo de mi madre. Viví junto a él lo que fue mi primera docena de años. Tengo entendido que mi madre muñó al darme a luz, o muy poco tiempo después. El, naturalmente, me odiaba... Muchas veces quiso acabar de una vez, matándome de repente. Esta fue una de ellas. Otras, se contentaba con verme agonizar de hambre o de miedo...

-¿Y no había nadie que le amparase a usted?

-No había nadie, y aunque lo hubiese habido, ¿a quién podía importarle aquello? No teníamos vecinos... era en la cabana que aun se alza sobre el Peñón del Diablo, donde sólo entraba poco pan y mucho aguardiente. A veces, yo huía de aquel infierno, desaparecía durante semanas enteras, vivía entre los peñascos o entre los matorrales, alimentándome de raíces, de los moluscos que arrancaba a las rocas de la playa... qué sé yo...

.

-¿Y no se acercó a nadie a pedirle protección?

-¿Quién la ofrece a un muchacho callejero,' salvaje, perverso, ladronzuelo, que no conoce más que las peores palabras y los peores sentimientos? Tras vaga^!"<on poco, volvía desnudo, extenuado, hambriento...

-¿Y aquel hombre...?

-Bertolozi lo tomaba de distintas maneras...

-¿Bertolozi...? -se interesa Ménica-. No e« la primera vez que escucho ese nombre. He oído comentarios acerca de él, lo recuerdo perfectamente. ¿Ese fue el hombre que envenenó su corazón?

-Si -confirma Juan indifemte-. Uno de ellos, acaso el peor de todos, porque es el .que se mezcla a mis primeros recuerdos. Me enseñó a odiar la compasión; sólo siendo como él, cruel y perverso, lograba que su furia se aplacase un tanto. Fue mi maestro en todas las artes de mala ley: me enseñó a beber, a jugar con ventaja, a arrebatar las cosas por la fuerza a los más débiles, a mentir, a robar, a vivir sobre aviso como una fiera acorralada, y me enseñó algo más: a maldecir el nombre de la mujer que me había llevado en su* seno... Como la maldecía él...

-¡Oh, no... es monstruoso! No es posible que un ser humano llegue a ese extremo. ¿Cómo pudo ensañarse así?

-Yo era el recuerdo vivo, insultante, de la traición que había destrozado su existencia. Todo el odio feroz que le inspiraban los que me dieron el ser, caía sobre mí a todas horas, en todos los momentos... Y si voy a ser justo, no es a él a quien más debo aborrecer, sino" al que me dejó en sus manos, al que mal y tarde quiso recogerme, sólo por el horror de que su sangre acabase en el cadalso: el padre de Renato D'Autre-mont, que fue el mío también...

-]Así fue la historia...! -exclama consternada Ménica.

-Sí. Ya la sabes entera, o, cuando menos, en su mayor parte. Y ahora que tu curiosidad está satisfecha, échala a un lado como yo la echo.

Ha soltado bruscamente su mano izquierda de las de Ménica que la aprisionaban, y afirma las dos sobre la rueda del timón, variando con rapidez el rumbo de la nave. El tumbo violento hace vacilar a Ménica en sus pies, y él la sujeta obligándola a volverse.
'"

-Mira allá. Es San Eustaquio... Pasaremos de largo frente a él, y mañana echaremos el ancla en Basseterre. Ya verás, es una hermosa tierra. Te' prometo un buen paseo en ella...

-Juan, quería decirle una sola cosa: Que empiezo a comprenderlo. .. Creo que debería decir mejor: que le comprendo pieriamente... ,

Sobre el cielo de un azul oscuro profundo, tachonado de estrellas, ven ya los ojos de Ménica la silueta gigante del Monte Misery... El aire es tibio y suave, el mar sereno, como si fuese una laguna sus inquietas aguas, una laguna sobre la que borda encajes de plata la luna nueva... Ménica ha dejado caer- sobre los hombros el chai de seda que un instante cubriera su cabeza, y se estremece al sentir fija en ella la mirada de Juan, que le dice:

-[Qué blanca te ves bajo la luna! Blanca y brillante, como si tú también fueras una estrella... Y algo de eso tienes.. . Eres como una estrella reflejada en un charco... Parece que está cerca, pero sólo se ve el reflejo.. . En realidad, está muy lejana, a millones de millas...

-¡Qué ocurrencia! -se ruboriza Ménica sintiéndose halagada-. ¿Por qué dice usted eso? No creo que sea una afirmación justa. Cuando esta tarde le aseguré que le comprendía.. .

-Quisiste decir que me compadecías. Lo entendí muy bien...

-No. Dije comprender, porque comprendí de pronto muchas cosas. Compadecer es distinto... Se compadece, a veces, hasta lo que no entendemos bien; se compadece a todos los que sufren pena... ¿Y quién no sufre en ese mundo? Todos sufren, todos sufrimos... Generalmente, cada uno se ve y siente en sus propios sufrimientos, pero es hermoso ese momento en que el corazón se nos rompe, se nos desborda hacia otro corazón que ha sufrido más, que por torturado tiene derecho a más ternura, a más amor del nuestro...

Ha tomado la mano izquierda de Juan con rápido moví- • miento, ha vuelto hacia arriba la palma dura y ancha, y como empujada por un impulso irresistible ha besado, con beso tré- mulo, la larga cicatriz que la cruza...

-Mónica... -se conmueve Juan profundamente-, ¿qué haces?

-Para su dolor de niño, Juan, para esa pena que nadie supo compadecer, y que a usted todavía le hiere...

Le ha mirado a los ojos, con un ansia nueva, repentina, de asomarse a su corazón, y él palidece, rehuyendo aquella mirada... Bajo su blanca piel como de raso, corre con nuevo ardor la roja sangre tropical. Por un instante, todo se ha borrado: el pasado, los sueños, el recuerdo quemante de otros ojos y de otros labios. En medio de su barco, Juan del Diablo se alza como si todo lo llenase, como si el mundo enteró fuese sus cabellos encrespados, sus brazos robustos, sus labios sensuales, sus grandes ojos italianos...

Tiembla Mónica cuando aquella mano ancha aprisiona las suyas, en una presión de caricia, cuando el brazo ciñe su frágil talle, llevándola despacio hasta la puerta sólo entornada de la única cabina del *Luzbel...* Se siente como penetrada de una fuerza desconocida, y, al mismo tiempo, débil, entregada... No sería capaz de resistir, de protestar... Es como la espuma de aquellas olas que el mar lleva y trae, como algo que pertenece a Juan del Diablo...

-Buenas noches, Mónica,, que descanses... Duerme bien, pues mañana tendremos un día muy agitado... Hay mucho que ver en San Cristóbal... Te gustará...

Se ha alejado sin ruido, con el paso silencioso y firme de sus pies descalzos, y ella queda inmóvil y estremecida, con el nombre de Juan anudado en la garganta y el calor de aquellas manos anchas ardiéndole en la piel de raso... ¿Por qué la deja en este instante? ¿Por qué no se acerca a ella, como sin duda *se* acercara la primera noche? Sin él, es como si de pronto el mundo se hubiera vaciado; sin él, se siente sola, y tiene frío... y no puede llamarlo... Una oleada de rubor le enciende las mejillas y se desborda por sus ojos en extrañas lágrimas... Piensa en tantas mujeres que sin duda estuvieron en sus brazos... En las perdidas del puerto, en las mujerzuelas de taberna que seguramente se lo disputaron... Piensa en Aimée, y una oleada candente, de indefinibles sentimientos, la embarga: ira, rencor, vergüenza, acaso celos... Bruscamente entra en la cabina, cerrando tras de sí las puertas, con rabia...

-¡Ana, Ana! ¡Acaba de despertar, estúpida!

-¡Ah, caramba! A todas horas me tiene que insultar...

-A todas horas tienes que desesperarme; a todas horas tienes que estar dormida... Sal a dar una vuelta por la casa. Anda a ver dónde están los demás y qué hacen...

-¿Ahora? Ay, mi ama, si son las tres de la madrugada I Sin verlo se lo puedo contar. Ni el ama Sofía ni la señora Catalina han vuelto de la capital. En cuanto al notario y al señor Renato...

-¿Ha seguido bebiendo Renato?

Librodot

-Como que ya no, mi ama. Anda como una sombra dando vueltas; A veces se tira en el sofá del despacho y se queda como adormilado. Luego se levanta, y otra vez a beber, otra vez a pasear... Pero desde ayer por la tarde no ha pedido nada... ,

-¿Dónde dices que está?

-En el portal del frente de la casa, mira que te mira para el camino y para el desfiladero... Para mí que está desesperado porque vuelva la señora Sofía y la señora Catalina. Pero es lo que yo digo, ¿por qué no coge él un caballo y va a buscarlas?

-¿Estás segura que ya no está borracho?

-Digo yo... Si desde ayer no bebió hada, seguro que se le pasó ya.

-Dame un chal... .

-¿Un chal? ¿Va a salir de aquí? La señora Sofía le dijo bien claro que no se moviera de estos cuartos,. . Se va a meter usted misma en la boca del lobo... Acuérdese dé cómo volvió la otra tarde, después que la mandó llamar y usted fue para allá...

-Tráeme el chal y quítate de en medio pazguata. Si, allí está Renato de pie junto a la baranda, cruzados los brazos, los ojos encendidos de alcohol y de fiebre... Ha cambiado lo bastante para parecer otro hombre: revueltos los cabellos, crecida la barba, abierta la camisa que muestra el pecho blanco, la mirada sombría, amargo el pliegue de los labios ... Se diría envejecido en diez años, y ahora, con ese gesto y esa traza que le hacen trágica sombra de sí mismo, extrañamente parecido a Francisco D'Autremont, indudable hermano de Juan del Diablo...

-Renato, mi Renato... ¿Quieres oírme? ¿Quieres que hablemos? -ruega Aimée en tono suplicante.

-¿Hablar? ¿Hablar? -duda Renato con gran amargura-. ¿Ahora quieres hablar?

-Sí, Renato, ahora quiero hablar, porque ahora me parece que no estás borracho... Perdóname, pero es la palabra exacta. Llevas muchos días bebiendo como un loco y comportándote como un salvaje... Ahora me parece que estás *en* tu juicio, y tengo la esperanza de que podamos hablar como dos seres Civilizados ...

-¡Pues no la tengas! ¡Los D'Autremont no somos civilizados! Ni lo fue mi padre, ni lo es... *mi hermano,* ni yo tampoco lo era en realidad, aunque llegara a aparentarlo... Tenemos en la sangre el fuego de esta tierra bárbara, los sentimientos crudos, las pasiones salvajes... ¡Somos primitivos en el rencor, en el amor y en el odio! No quiero que ignores esto... Quiero darte la última oportunidad de salvarte.. - Huye si eres culpable, Aimée, huye antes de que tenga yo la absoluta seguridad de que eres culpable, sálvate ahora, aprovecha este momento en que un resto del hombre que fui se me sube a los labios. ¡Después será demasiado tarde!

Aimée ha temblado, un escalofrío le recorre la espalda, pero hay también un espolazo de rabia, de amor propio, de ansia infinita de jugar y ganar, y, apoyándose en ella, clava los dedos trémulos en el brazo de Renato:

-¡No tengo por qué huir, ni de qué salvarme! ¡Óyeme si quieres saber la verdad... toda la verdad! ¡No tengo nada que reprocharme! Ser tu esposa era mi único y verdadero sueño...

-¡Mira bien las palabras que estás- pronunciando! Como juramento sagrado voy a tomarte cada una de ellas, y si volvieras a mentir sería de verdad tu última mentira, porque serían tus últimas palabras. ¡Habla!

-Tengo que tomar las cosas desde muy lejos... Ese hombre me cortejaba...

-¿Juan del Diablo? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¡Eras ya mi novia! Eras ya mi novia cuando llegaste de Francia... Y si eras ya mi novia, y me pertenecías espiritualmente, ¿cómo fue posible que...? ¡Habla de una vez!

-Antes, Renato... Antes...

-Antes, ¿de qué? ¡Antes de volver a las Antillas no podías conocer a Juan!

-Para que puedas comprenderme, tengo que empezar desde antes... Yo era aún una niña; Mónica y tú adolescentes ya...

-Sólo dos años es Mónica mayor que tú. Dos años escasos...

-Sí, ya lo sé. Pero por su forma de ser, por su carácter... Tú estabas siempre con ella,

apenas me hacías caso, y yo empezaba a quererte ya... Tú no comprendes lo que sufre el corazón de una niña que empieza a ser mujer... Yo te quería a ti, y tú parecías querer a Mónica... yo sufría mucho de celos y de rabia, y Mónica estaba segura de que tú te casarías con ella ... Para ti se peinaba, para ti se arreglaba, para tí ponía flores en la mesa, por ti se pasaba las noches y los días estudiando, para poder hablar contigo de todo lo que tú quisieras hablar, mientras que yo era una pobre ignorante...

-¿Qué estás diciendo? -se sobresalta Renato, sorprendido e interesado a pesar suyo.

-Mónica estaba locamente enamorada de ti, Renato, no pensaba más que en ti, no hablaba más que de ti... Tenía la absoluta segundad de que un día habrías de casarte con ella... Las manos de Renato se han aflojado, su rostro refleja -ahora perplejidad, desconcierto, sorpresa profunda, y algo así como el dolor de haber causado involuntariamente un mal. Y reaccionando, inquiere:

-¿Mónica, Mónica me amaba? Una vez me dijiste algo parecido. .. No reparé en ello, no quise fijarme, fueron disculpas tuyas, mentiras, engaños...

-No, Renato,' Mónica te amaba, estaba loca por ti, y por ti, al ver que al fin me preferías a mí, tomó los hábitos, quiso profesar, se fue al Convento de Marsella... ¿No recuerdas su extraña actitud, su cambio radical, sus medias palabras? Parecía odiarte... • Tú llegaste a pensar que te aborrecía, y era porque te amaba. Estaba locamente enamorada de ti, y yo tenía celos, celos salvajes que me encendían la sangre...

-¡Oh, no. ..Imposible...!

-¡Te juro que es verdad! Te lo juro por lo más santo, por lo más sagrado... ¡Por la propia vida de mi madre! Mónica te adoraba, y me consideraba a mí muy alocada, muy infantil, muy ignorante, muy poca cosa para hacerte feliz... Ella siempre ha sido más inteligente que yo, siempre ha tenido más fuerza de carácter... Aprovechándose de todo eso, me obligó a jurarle...

-¿El qué? -apremia Renato al ver que Aimée se detiene dudando.

-Que mi vida a tu lado sería sólo de abnegación y sacrificio, que te adoraría como a un dios, que te obedecería como una esclava... Me exigía que, para agradarte, renunciara a todo: a mis más pequeños caprichos, a las más irrefrenables manifestaciones de mi carácter... Me reprochaba como un crimen la menor coquetería, la menor veleidad... Era un guardián de todos mis actos, fiscalizaba hasta mis sonrisas y mis suspiros, creaba a mi alrededor una atmósfera densa de represión, de vigilancia, que me asfixiaba, y yo era un niña, una chiquilla, Renato. A veces, por hacerla rabiar, sólo por hacerla rabiar, coqueteaba...

-¿Cómo?

-Coqueteaba, pero sólo queriéndote a ti, pensando sólo en ti... Era un forma de vengarme de su tiranía insoportable... Ella quería que yo fallara, quería cogerme en falta, me amenazaba a todas horas con hacer que me aborrecieras, decía, que le bastaría una palabra para lograrlo... Me encendía el amor propio, me abrumaba con sus continuos regaños, hasta que un día, harta de todo eso...

-Harta de todo eso, ¿qué? Faltaste, me engañaste, ¿verdad?

-¡No.;. no! No hice nada que tuviera importancia... Fueron niñerías, bobadas... y por culpa de ella...

Largo rato ha sollozado Aimée, cubierto el rostro con las manos, inclinada sobre la baranda de piedra, mientras Renato la contempla sin que acudan a sus labios palabras, sin que pueda siquiera ordenar los pensamientos que en loco torbellino sacuden su alma... Luego, Aimée se incorpora muy despacio, y seca sus lágrimas...

-¿Qué hiciste por culpa de ella? ¡Habla!

-Yo... pues... no hice nada grave, Renato... Juan del Diablo empezó a rondar nuestra casa... Por eso te dije antes que me cortejaba...

-¿A ti, o a ella?

-En realidad, a mí, Renato. Comenzó a cortejarme a mí... Ella había venido del convento, vestía de hábito... El, como comprenderás, se dirigió a mí. No sabía nada, absolutamente nada de nuestro noviazgo... Un día se fijó en Mónica, y yo le dije que todavía no había profesado, que podía dejar los hábitos, que era hermosa y que necesitaba un amor... Fue una ligereza, una niñería... Nunca pensé que él iba a tomarlo en serio, ni que ella iba a enojarse tanto. Pero él cambió de rumbo, y yo, por travesura, sin medir el alcance de lo que hacía, lo animaba, le

Librodot

daba a entender que Mónica iba a corresponderle, que sólo se estaba haciendo la esquiva para interesarlo más, y él...

-Y él, ¿qué? ¡Sigue... sigue... ¡

-Yo tuve la culpa de que él se engañara. Ese es mi pecado, Renato, el pecado que no quería confesarte. Yo, en nombre de ella, le escribí una carta diciéndole que viniera a buscarla a Campo Real. Jugué con los sentimientos de ambos, y cuando él vino y ella lo rechazó, se puso furioso, juró vengarse, y entonces fue inútil que yo quisiera alejarlo de aquí...

-¿Quieres decir que Mónica no le había correspondido? ¿Que, en realidad, no le quiso jamás? ¿Que nunca se entregó a él ni fue su amante?

-¡ESO, Renato, es...! Se enredaron las cosas... Yo le dije a Mónica que tú ibas a matarme, y ella aceptó el sacrificio. Por eso era mi angustia, mi desesperación cuando la obligaste a casarse, cuando él se la llevó tan lejos... Por ligereza fui mala, cruel y mala hermana... Esa es la verdad... Ese es mi único pecado... ¡Perdónamelo, Renato! ¡Perdónamelo tú, ya que ella no podrá perdonarme jamás!

Casi sin fuerzas ya, perdida ella misma en la maraña de sus falsedades, enloquecida de angustia pero decidida a no cejar, llora Aimée tras aquellas palabras en que una vez más ha. mentido... Ha mentido jugándose el todo por el todo, escudándose definitivamente en un nuevo engaño, acorralada por las circunstancias en las que mentir es su único camino, acumulando, una sobre otra, calumnias, falsedades, con la violenta audacia de quien va a una brutal lucha a vida o muerte... y al mismo tiempo llorando con lágrimas de espanto, asustada del nuevo abismo en que acaba de lanzarse, espiando con ansia infinita la expresión de aquel rostro demudado, también como el suyo pálido de espanto,..

-¡No puede ser! ¡Es imposible! ¡Si es verdad lo que dices, has condenado a tu hermana inocente!]La has entregado indefensa a un hombre brutal!

-Es horrible, ¿verdad? Tú te empeñaste...

-Pero, ¿por qué no me dijiste la verdad? -se exaspera Renato-. ¿Por qué no hablaste entonces, como hablas ahora? ¿Por qué calló ella, soportando una cosa semejante?

-Por salvarme. Juraste que me matarías... Y también por salvarte a ti. No olvides que te amaba... Tú la obligaste amenazándola con matar a Juan... ¡Y lo habrías hecho!

-Tal vez... Pero no hubiera cometido una horrenda injusticia. Si tú me hubieras dicho la verdad...

-Hubo un momento en que fui a decírtela, a confesártela jugándome el todo por el todo, pero me dijiste que ese hombre era tu hermano... ¿Cómo podía yo ponerlos frente a frente? ¿Convertirte en su asesino o en su víctima? ¡No, Renato, no, porque tú eres mi amor y mi vida, y porque voy a darte un hijo... 1

Renato ha retrocedido sintiendo que enloquece, pero Aimée respira, se afirma, se afianza. Sabe que él la ha creído... está libre de la única mancha que sabe irremediable... Redoblando la audacia, corre a sus brazos:

-¡Mi Renato, eres el único hombre a quien he amado! Por ti soy y he sido capaz de todo... He sacrificado a mi. hermana, he hundido en la desesperación a mi madre, he mentido, he calumniado, he sido egoísta, cruel, inhumana,: pero fue sólo por conservar tu amor, por defender tu vida, porque no te manchases de sangre... ¡He querido salvarte aunque se hundiese el mundo!

-Salvarme... salvarme... -desprecia Renato con infinita amargura.

-Tú no lo permitiste. Has seguido dudando, has creído de mi lo peor, has convertido nuestra vida en un infierno. Reniegas y maldices hasta del hijo tuyo que llevo en las entrañas, y por dura que sea la verdad he tenido que decírtela, que ponértela en las manos... Lo merezco todo, ya lo sé: el odio de mi hermana, la maldición de mi madre, el desprecio de las gentes honradas... Merezco todo, menos que tú me rechaces, porque todo lo hice por ti, por defender tu amor...

Ha caído de rodillas, juntas las manos en las que hunde la frente, y queda inmóvil, aguardando, pendiente de las palabras que al brotar de labios de Renato señalarán su camino para siempre. Pero Renato no va hacia ella, no la levanta del suelo, no la estrecha en sus brazos, sino que mira a todas partes con los ojos de demente, y al fin grita a una sombra que pasa:

-¡Esteban... pronto, ensíllame un caballo!

-Renato, ¿adonde vas? -se sobresalta Aimée.

-¿Dónde he de ir sino a buscar a nuestras madres? Sé que están en Saint-Pierre, que han ido. a ver al Gobernador para rogarle que detenga ese barco. .. Estoy seguro que están luchando con todas sus fuerzas para salvar a Mónica, que lo hacen a espaldas mías porque, como yo hasta hace un momento, la creen culpable, acaso porque creen que han de poner en una balanza su vida contra la tuya, acaso porque tienen escrúpulos, porque temen al escándalo, quizás porque temen a mi violencia. Pero todo va a cambiar. Ahora soy yo, yo, quien va a hacer detener ese barco. Yo, quien rescataré a Mónica, pase lo que pase...

10

-ESTA ES LA colina del azufre... Brimstone Hill, que dicen los británicos. En este viejo Fuerte se libraron grandes batallas.... Un poco más allá de Basseterre hay otro Fuerte con ruinas tan importantes como éstas: Fuerte Tyson...

Juan ha extendido el brazo señalando a lo lejos, sobre la herrumbrosa muralla almenada en que rematan las altas terrazas del viejo Fuerte de la colina del azufre... Están sobre la tierra de San Cristóbal, otra dé aquellas islas volcánicas de altas montañas, tíe boscajes fértiles, acantilados imponente» y playas soleadas; un nuevo rincón de aquél múltiple paraíso de tierra y mar que los ojos de Mónica han ido poco a poco contemplando, primero con asombro, con trémula admiración más tarde, ahora casi casi como un éxtasis...

Apoyada en el brazo de Juan, llevada por él, oyendo su voz cálida, siente que las horas pasan tan blandamente como la brisa que ahora despeina sus dorados cabellos, tan suavemente como el mar que extiende allá abajo, sobre la playa rubia, su pañuelo de espumas...

-Cuando. tengas apetito, bajaremos a almorzar. Junto a aquellas palmeras nos está esperando un buen asado. Y la tripulación, vestida de gala, me ha pedido como un favor especial el gran honor de acompañarnos a la mesa. Ellos te adoran, te miran como a la estrella de la mañana. Quieren obsequiarte. Algunos fueron hasta Charles Tow en busca de vinos, dulces y otras golosinas. Los harás muy felices aceptando sus obsequios.

-Ellos me hacen muy feliz a mí demostrándome un afecto que... que no hice nada por ganar...

-Tal vez no hiciste más de lo que piensas. Nuestra vida ha cambiado para hacerse infinitamente mejor.

-¿También la de usted, Juan?

-La mía la primera, desde luego... Pero no hables, si es para recordarlo. Hoy no quiero volver atrás la cabeza, no quiero pensar en el pasado, ni en el más próximo ni en el más lejano. Veinticuatro horas en San Cristóbal es el único acto de nuestro programa. ¿Te agrada?

Ha sonreído mirándola al fondo de las pupilas claras, y ella *no* halla respuesta, porque la voz no suena en su garganta... Es demasiado profundo lo que siente, es demasiado cálida la emoción que la embarga, creé vivir un sueño o soñar otra vida... • Como si no pudiera retenerla más tiempo, la pregunta de Juan sube tímida y anhelante a sus labios:

-No te sientes mal, Mónica, ¿verdad?

-No sé cómo se llama lo que siento, Juan... Acaso... acaso estoy cerca de la felicidad.

Juan se ha erguido echando hacia atrás la cabeza. Apenas puede creer lo que ha escuchado. ¿Es realmente esa extraña palabra, que apenas tiene sentido en sus vidas turbulentas y atormentadas? Felicidad... Mónica ha dicho felicidad... Como si creyera soñar, mira hacia todas partes... Pero si... Es ella la que habla, y él quien está frente a ella, bajo aquel cielo, ante aquel mar, que ahora parecen diferentes, como si una luz distinta y radiante los bañara.. .Ella ha vuelto a ruborizarse, a sentir que sus mejillas se encienden como una flor, y que no hay palabras en sus labios. Tímidamente extiende la mano que él toma entre las suyas, y, sin una palabra, bajan juntos por la estrecha escalera mientras sus corazones laten con ritmo igual...

Librodot

-Gracias por haberme recibido en el acto. Gobernador.

-Pase, mi joven amigo, pase y hágame el favor de sentarse.

-Gentil y llano, el Gobernador de la Martinica ha extendido la mano señalando una silla próxima a su amplio escritorio. Son más de las diez de la noche y el aire del mar entra por las abiertas ventanas moviendo las cortinas de encaje-. Supongo que le trae a usted el mismo desdichado asunto que hizo a doña Sofía honrarme con su presencia.

-Efectivamente, Gobernador. No tengo la absoluta seguridad, pero todo parece indicar que se trata del mismo asunto. Sé que mi madre tenía un empeño especial...

-Respecto a eso, no sé qué decirle, mi joven amigo. Doña Sofía deseaba, y no deseaba al mismo tiempo, que fuese detenido el *Luzbel.* Creo que luchaba entre dos sentimientos encontrados. Deseaba que ayudásemos a su protegida, la señora de Molnar... ésa sí desesperadamente empeñada en el rescate de su hija. Pero, por otra parte, creo que su mamá, juiciosamente, teme

• mucho al escándalo, Renato.

-¡Pues yo no temo al escándalo ni a nadie!

-Es una actitud que no sé si alabarle. Vivimos unos de los otros, el buen juicio de los demás puede ser definitivo, y un nombre como el de ustedes...

Ha callado, observando el rostro de Renato, duro, tenso, contraído, en lucha feroz consigo mismo. ¡Qué extraordinariamente cambiado le halla desde aquella mañana de sus bodas! Parece envejecido en diez años. Su expresión es, a la vez, dolo-rosa y fiera, y hay algo en sus palabras, áspero, impaciente, casi cortante:

-Yo vengo a pedir algo que es de justicia, Gobernador.

-Debo empezar por decirle algo que ya dije a la señora de Molnar. Hay justicia legal y justicia moral. No siempre puede hacerse la segunda en nombre de la primera. Legalmente, yo no tengo ningún motivo para detener a Juan del Diablo. Por eso, con todo el dolor de mi alma, rehusé a la petición de la señora de Molnar. No debo, no puedo detener a ese *Juan* por haberse casado legalmente y llevarse a su esposa en un barco de su propiedad...

-Pero sí puede usted hacer volver a Saint-Pierre a un barco que ilegalmente dejó el puerto. Sí puede detener a un hombre cuya persona y propiedades están embargadas por una deuda denunciada y comprobada. Hay una montaña de papeles legales en los que se le acusa por riña tumultuaria, desacato a la autoridad y heridas a un hombre que aun no está completamente curado.

-Ese hombre recibió una indemnización. en metálico. Alguien pagó por Juan del Diablo, saliendo después fiador para que quedase en libertad. Hice 'traer los archivos del puerto y ese alguien...

-Ese alguien soy yo. Gobernador, dígalo claro, no dé más vueltas... He venido para poner las cosas en su lugar. Yo fui su fiador, vengo a retirar la fianza, y exijo que el proceso detenido siga en marcha.

-¿Para condenarle en ausencia, en rebeldía... ? Es extraordinario, y me atrevo a decir más: es inhumano. Tendría usted que presentar una denuncia firmada, que hacerse totalmente responsable...

-Firmaré esa denuncia aceptando toda la responsabilidad. Puede usted pedir informes cablegráficos a las islas. Corre de mi cuenta toda la investigación que sea necesaria.

-Si está usted decidido a hacer las cosas de esa manera, le diré que, por casualidad, informes de esa clase no me faltan. El *Luzbel* ancló en la isla de Saba. Fondeó también en Basseterre. San Cristóbal. Pasó por la Antigua y siguió vía al Sur, ayer por la tarde. Por razones obvias, no es fácil que se detengan en Guadalupe ni en María Galante, pero podemos poner sobre aviso a las autoridades de Dominica, Granada, San Vicente y Tobago. No creo que puedan ir más allá sin reponer las provisiones. Y si usted insiste...

-¡Hágalo, Gobernador, hágalo!

Proa al Sur, henchidas las velas, inclinado a estribor, cortando blandamente las aguas azules del Caribe, sigue *él.Luzbel su* ruta soleada...

" Juan del Diablo va ahora al timón, mientras cae la tarde. Las montañas de Guadalupe han

quedado atrás, así como también el ancho canal de María Galante. Otra isla recortada en el cielo la línea altanera de sus montañas... otra isla sobre la que hondea la bandera británica...

-Mónica, mira allá. ¿Qué ves?

-¡Tierra! ¡Otra isla.. .!

-La más bella de todas. ¿Quieres guiar hasta allá tú misma al Luzbel? Ven acá. Toma el timón. No pierdas de vista las velas. Mantén el rumbo. Media vuelta a estribor... Bien... Ya vamos enderezando. Mañana anclaremos en la Bahía del Príncipe Ruperto, y tú misma mandarás echar el ancla...

Mónica ha entornado los párpados y tiemblan las manos blancas sobre la rueda del timón, mientras Juan sonríe de un modo extraño, cuando indaga:

¿Qué te pasa? ¿Piensas que dejé atrás a Guadalupe y María Galante para no volver a ver a ,tu doctor Faber?

-No pienso nada...

-Pues piénsalo si te da la gana. No quise volver a verlo. .. Me es profundamente antipático. Es natural que tú no compartas mis sentimientos...

-Creo que me salvó la vida. Por ingrata que sea, no puedo olvidarlo...

-Eres dueña de sentir por él toda la gratitud que quieras;
pero yo, en tu lugar, no sentiría tanta... Al fin y al cabo, te hizo más mal que bien...

-En eso no creo que es usted justo, Juan.

-Tal vez no sea justo en nada, pero me guío por el instinto... y ese doctor Faber... ese doctor Faber... Por culpa de él tomé una resolución definitiva... ¡No echaremos el ancla en ningún puerto francés! -Bruscamente ha expresado Juan su pensamiento, y, alejándose un poco, llama alzando la voz-:
¡Segundo... Segundo... Hazte cargo del barco...

Se ha alejado con aire tan sombrío, que Mónica le sigue con ojos angustiados, soltando con viveza el timón que aún sostiene, cuando la juvenil figura de Segundo Duelos llega hasta ella con paso apresurado:

-¿Se sintió mal, patrona? ¿Qué le pasa? Usted está triste, y estaba tan contenta en días pasados...

-Sí, Segundo, pero hay aires que sólo de acercarse a ellos, hacen daño...

Segundo ha mirado a todas partes, ha seguido después la figura alta y recia que se aleja a lo largo de la cubierta, para detenerse en la misma proa, contra un mástil, cruzados los brazos, y comenta como al azar:

-El patrón tiene miedo de tocar tierra francesa, y es natural. Si yo estuviera en su lugar, también tendría miedo de perderla... Perdóneme... Quiero decir que tendría miedo de perderla, pero que no la-, retendría contra su voluntad... ¡Oh,-dispénseme!

Se ha mordido los labios, ha esquivado la mirada de angustia con que Mónica pretende asomarse a su pensamiento, pero ella se aproxima más, encendidas ya sus ansias de saber:

-Segundo, ¿fue usted quien le dio el aviso -que nos hizo huir de María Galante?

-Sí, patrona, fui yo. Lo siento si hice mal, pero como segundo del *Luzbel*...

-Cumplió con su deber, ya lo sé. Pero tanto usted como él se equivocaron... El doctor Faber no iba a hacer nada malo contra el *Luzbel*... Yo sólo le pedí que escribiese una carta a mi madre para darle tranquilidad sobre el estado de mi salud. ¿Comprende?

-¿Sólo eso? ¿Y el patrón lo sabe?

-Es difícil para mí hablar con Juan de ciertas cosas... No quiero disgustarlo...

-¡El ha cambiado! Es otro hombre desde que está usted en el barco, patrona. .. Pero sin disgustarlo, si usted todavía quiere mandarle una carta a su señora madre, cuente con Segundo Duelos para ponerla en el correo...

-¿Serías capaz... ?

-Pues, claro. Y no es por alabarme, pues cualquiera de los muchachos harían lo mismo. Damos la vida por Juan, pero tratándose de usted... -Se ha interrumpido para quedarse mirándola, como en breve lucha con su conciencia. Al fin, se inclina para hablarle muy bajo-: El amo es desconfiado... Lo traicionaron todos desde que era niño, y ve traiciones hasta donde no las hay. Yo sé que usted es muy buena, patrona, que no va a hacerle ningún daño... Y si esta noche escribe una carta para su señora madre, mañana la pongo yo en el correo de

Librodot

Portsmouth. ¿Quiere escribirla? ¿Quiere dármela?

-No sé todavía -duda Mónica; pero al fin parece reaccionar bruscamente-: Está bien. Segundo, confiaré en su promesa... Escribiré esa carta a mi madre...

Y dejando a Segundo con las manos sobre el timón, se dirige hacia la cabina del barco, donde, apenas traspuesto el umbral, divisa a Colibrí y le interpela cariñosamente:

-¿Cómo estabas aquí? ¿Qué naces?

-Esperarla, mi ama...

El niño negro, a flor de labios la sonrisa blanca, responde a la pregunta de Mónica ladeando levemente la rizada cabeza... Lleva mucho rato aguardando en el centro de aquella cabina, como si aguardase, cual un milagro, la dulce aparición de aquella a quien la devoción de todos envuelve como en una atmósfera brillante y cálida sin que ella ni siquiera haya llegado a advertirlo.

-¿Va a quedarse aquí dentro, patrona?

-Sí, Colibrí, voy a quedarme, pero necesito quedarme sola, ¿entiendes? Debe estar sola, necesito hacer algo íntimo, personal... -Ha mirado a todas partes como buscando. No pensó antes en la dificultad material... no dispone de nada de lo necesario para escribir. Sin embargo, recuerda haber visto escribir alguna vez a Juan, y rápidamente toma en sus manos el libro de bitácora-. ¿Conoces este libro. Colibrí?

• -¡Cómo no, mi ama! Es el libro en el que el patrón escribe todo lo que pasa en el barco.

-Escribe... ¿Con qué escribe? ¿Lo-sabes tú?

-Con pluma y tinta que están en ese armario. Ahí es donde guarda el amo todas las cosas que no quiere que se pierdan...

-Aquí hay pluma, un tintero, papel... ¡banderas! Hay banderas de varios países, así como pequeñas banderas de señales,' y entre ella un pequeño envoltorio de paño negro que las manos de Mónica despliegan con impaciencia. Es el traje inútilmente buscado. Tiene desgarrado el corpiño, arrancados los broches... Es la triste tela que delata una lucha feroz, la que sin duda sostuvo aquella noche defendiendo su pudor contra Juan del Diablo...

Largo rato ha retenido el roto vestido entre sus manos. Luego, como si tomase una resolución repentina, lo arroja al fondo del armario, toma lo necesario para escribir y cierra bruscamente la puerta del rústico mueble, como si quisiera alzar una barrera, alejarse desesperadamente del dolor del pasado.-.. Pero una lágrima rebelde rueda por su pálida mejilla, y, apenado e ingenuo, indaga Colibrí:

-¿Que le pasa, patrona, está llorando?

-Sí, Colibrí, no he podido evitarlo... ¡He llorado mis últimas lágrimas por Mónica de Molnar!

Entreabiertos los labios de asombro. Noel se ha detenido en el umbral de aquella puerta que franquea una de tantas habitaciones del hotel. Ambiente frío, muebles escasos, una mesa central cubierta con un viejo tapete, y sobre ella, en una bandeja, una botella, una jarra de jugo de piña, varios vasos...

-Pase, Noel.., adelante -invita Renato al viejo notario-. Al fin se recibió una noticia concreta: el *Luzbel* está en Dominica, frente a Portsmouth, y ha aceptado carga para San José y Roseau... Pero, supongo que viene usted a buscarme por encargo de mi madre, ¿no?

-Fue grande su angustia *al no* encontrarle a usted en Campo Real, al saber que había salido de aquella manera, sin dar apenas tiempo a que le ensillaran un caballo... ¿Por qué hizo eso? ¿Piensa que su pobre madre no ha sufrida ya bastante?

-Pienso que todos hemos sufrido lo suficiente para reventar... Pero, ¿qué vamos a hacerle? Parece ser que esto es la vida. Siéntese y beba, o al menos acepte un cigarro. Yo, como usted ve, estoy aguardando....

Ha mirado una vez más el reloj de bolsillo, colocado sobre el tapete oscuro. Luego se aleja hasta llegar a la ventana que abre sobre la calle. Hay varios barcos mercantes anclados en la rada de Saint-Pierre, y los pasajeros, en escala obligada de su viaje desde Europa, invaden la rica y populosa capital de la Martinica, saboreando en ella los mil detalles del mundo tropical... La brisa que viene desde el mar no alcanza a refrescar las ardientes calles y

hay en el cielo un extrañó tono rojizo, como si gravitase sobre la ciudad el resplandor de un fuego misterioso, como si un presentimiento cósmico flotase sobre los jardines floridos y las lujosas moradas...

-Hablemos seriamente, Renato. ¿Qué se ha propuesto? ¿Qué ha venido a hacer a Saint-Pierre? ¿Con qué relaciona la noticia de que el *Luzbel* está en la Dominica y haya tomado carga para un puerto o para otro?

-El *Luzbel* será detenido apenas fondee frente a Roseau, y su patrón apresado en nombre de las leyes de Francia. Puede volver a Campo Real y decírselo a mi madre: voy a rescatar a Mónica cueste lo que cueste y pase lo que pase...

-¿Rescatar a Mónica? Entonces, ¿es verdad lo que me han informado? Usted retiró su fianza a Juan y encabezó una acusación en forma contra él...

-No me quedó otro camino para que el Gobernador consintiera en pedirlo, por extradición, como fugitivo bajo proceso...

-¡Pero lo traerán preso, se incautarán del barco... ¡ Un momento... un momento, porque a veces me parece que yo también estoy trastornado... Cuando Juan llegó de su último viaje, traía suficiente dinero para pagarle a usted... es más, me aseguró que lo haría, y tengo entendido que, por lo menos, trató de hacerlo... Y hasta juraría haber visto una bolsa con monedas sobre la mesa de su despacho... Eso es... la recogí yo mismo... la guardé en la caja principal... ¡ Juan cumplió fielmente sus compromisos!

-No puede probarlo -rechaza Renato con dureza-. Y, además, no es su dinero lo que persigo...

-Ya lo sé, ya lo sé... Pero acusarlo de esa manera, hacerlo volver así, es, por dura que sea la palabra, una infamia... ¡Una infamia!

-¡Peores ha cometido Juan del Diablo! -se revuelve iracundo Renato-. Cualquier camino es bueno cuando nos lleva a donde hay que llegar a toda costa. ¿No comprende. Noel? Mónica es inocente, no tiene nada que reprocharse... Yo tengo que detener ese barco, tengo que arrancarla de las manos del bárbaro a quien la entregué, loco de celos, ciego de desesperación y de rabia, sin más derecho que el que me daba mi cólera...

-¿Y quién le dijo a usted... ?

-Quien lo sabe mejor que nadie... ¡Las diez! Es la hora que esperaba... El Gobernador está aguardándome para combinar los últimos detalles... Tengo que dejarle. Noel, y me parece muy buena hora para que tome su coche si quiere regresar esta misma noche a Campo Real... No se quede en Saint-Pierre... Serán inútiles sus esfuerzos por defender a Juan del Diablo... .

-¿Llegó la comprobación. Gobernador?

-Puede leer por sí mismo el cablegrama, amigo D'Autremont. La goleta *Luzbel* tomó carga de ron, cacao y carne salada en Portsmouth, parte para el puerto de San José, y otra para Roseau, donde ya las autoridades están avisadas. Como primera formalidad debe llevar a la Capitanía del Puerto la matrícula del barco para poder desembarcar la carne, y en ese momento será detenido.

-Bien; sólo me resta aclara un punto que quedó pendiente esta tarde: la suerte que correrá en todo esto Mónica de Molnar.

-Bueno, legalmente es la esposa del patrón apresado. De todos modos, confío en que las autoridades inglesas de Dominica no olviden la caballerosidad. Todo depende de la actitud que ella adopte...

-Su actitud sólo puede ser la de una prisionera rescatada.

-Tengo mis dudas, mientras más leo y releo la carta de ese doctor Faber...

-Muy respetable la opinión de Faber, y la suya propia, Gobernador, pero perdóneme que me atenga sólo a mis .propias seguridades. ¿Cuándo saldrá el guardacosta?

-Dentro de veinte minutos exactos. Mi coche aguarda abajo. Tal como le prometí, le haré conducir a usted a los muelles con las facilidades de hablar con el capitán...

-No deseo sino una facilidad. Gobernador: ir yo en ese barco.

-¿Usted? ¿Usted personalmente? -se sorprende el Gobernador-. Ningún civil debe viajar en un barco de guerra...

-Se lo pido como un gran favor. Son circunstancias muy especiales...

Librodot

-Por ellas me será preciso complacerle, plegándome a su voluntad en absoluto. Le extenderé un salvoconducto. Una vez más le recomiendo prudencia y sangre fría. Los últimos informes que me han dado de Juan del Diablo, le acreditan como hombre muy peligroso.

-¡Una razón más para que no me detenga nada. Gobernador!

El *Luzbel* está anclado frente a la villa inglesa de Portsmouth, un semicírculo de pequeñas casas multicolores, extendidas a lo largo de la abierta bahía de Príncipe Ruperto. Son las primeras horas de una noche estrellada, y, arrimadas al costado de la goleta, tres barcazas vierten su carga en el casco fino, fuerte y estrecho, de aquel barco bohemio y pirata que, por una vez, cumple la misión para la que ha sido matriculado.

-¿Todo en orden. Segundo?

-Todo en orden, patrón. La carga está en la bodega, perfectamente resguardada...

Juan se ha alejado con firme paso, y Segundo lo observa curioso, viéndolo detenerse un instante frente a la cerrada puerta de la cabina. Ahí está ella, tras aquella débil barrera de tablas, indefensa, suya, puesta en sus manos por las leyes y la sociedad, dócil y blanda en aquella vida nueva y extraña. Piensa Juan que acaso Mónica de Molnar no le rechace ahora, piensa que acaso en ella también toda ha cambiado... Pero es sólo un chispazo de luz entre las sombras, y muy despacio vuelve la :lda para quedarse mirando a aquellas estrellas que se reflejan en el agua, tan altas, tan ,puras, tan lejanas como aquélla con quien sin querer las compara, y musita:

-¡No... no es mía... no lo será jamás... ¡

-Soy suya,.. suya para siempre...

Estremecida, temblorosa, exaltada, Mónica ha dejado escapar estas palabras que ante su propia conciencia desnudan la verdad de su alma. Durante largo rato ha mirado también aquella débil puerta, con el temor y el ansia de que se abra, con la esperanza inconfesable de que tras ella aguarde Juan... En ella chocan los pensamientos; contra ella van a estrellarse, tras la búsqueda inútil de sus almas perdidas. Bastarían unos pasos, una palabra, un desnudarse el corazón sin rubor... Pero ninguno de los dos da aquellos pasos, ninguno de ellos pronuncia aquella palabra, y, como Juan, ella ha vuelto la espalda, ha apoyado la frente atormentada en el redondo cerco de las estrechas ventanillas marineras,-ha mirado el temblor de las estrellas sobre el mar... Si él la mirase de otro modo, si llegase hasta ella tierno o apasionado, si pudiera pronunciar en su oído aquel nombre que inútilmente repiten sus labios:

-Juan,.. Juan... ¡Si tú me amaras...!

-¿A buscar a Mónica? ¿Personalmente a buscar a Mónica? Pero; ¿está usted seguro. Noel?

-Con estos ojos lo vi abordar el barco. El había rechazado mi compañía, ordenándome que regresara, sin ocuparme más de sus asuntos, cosa que, como usted comprenderá, no me fue posible hacer... Fui con él hasta la casa del Gobernador, le aguardé en la antesala, seguí después el coche que lo condujo hasta los muelles, lo vi embarcar en el guardacostas y me informé con plenitud de las diligencias hechas y de la absoluta cooperación del Gobernador. Renato logró lo que a ustedes se les había negado, y aun más: la orden de extradición inmediata...

Sofía D'Autremont se ha pasado por las sienes el pañuelo de encajes y extiende la mano para tomar el frasco de sales que, silenciosa y diligente, acaba Yanina de proporcionarle. Media ya la cálida mañana de Mayo cuando, con aire consternado, hace su relato el .viejo notario:

"Dijo que su cuñada era totalmente inocente y que tenia que arrancarla, a costa de lo que fuese, de las manos de aquel bárbaro a quien en un momento de locura y de celos la había entregado...

-¿Inocente? ¿Totalmente inocente? ¿Con quién habló mi hijo antes de tomar esa resolución? ¿Qué han podido decirle? ¿Y cómo, cuándo? ¿Quién? Yanina, ¿con quién habló mi hijo ayer por la tarde? ¿Puedes decírmelo?

-Habló con la señora Aimée, doña Sofía, durante largo rato... Hablaron mucho en el pasillo del frente. El señor Renato miraba con impaciencia hacia el caminó, sin duda

esperando verla regresar a usted. Al final, la conversación pareció adquirir un tono violento...

-¿Dónde está Aimée? No la encontré en estas habitaciones, no la vi al llegar... -se inquieta vivamente Sofía-. ¿Qué fue de ella?

-Eso justamente iba a preguntar yo -apunta Noel-, porque su desaparición coincide...

-La señora Aimée no ha desaparecido -afirma Yanina en tono despectivo-. Está en su departamento. Ordenó que lo limpiasen y lo arreglasen de un modo especial, y mandó a Ana que pusiera flores en los jarrones. Allí se hizo servir anoche la cena, y el desayuno esta mañana. Me permito decírselo al señor notario para que no piense en tragedias que no han sucedido... ni probablemente sucederán...

Sofía D'Autremont se ha puesto de .pie, conteniéndose. Apretadas las manos sobre el fino pañuelo de encaje, un momento parece vacilar, y al fin va hacia la puerta, volviendo la cabeza desde el umbral para advertir:

-Tenga la bondad de esperarme en la biblioteca. Noel. Voy a hablar con mi nuera en el acto...

Con las velas henchidas, levemente ladeado a estribor, surcando las *aguas* al impulso fuerte y cálido de la brisa de Mayo, llega ya el *Luzbel* a la vista de la capital de Dominica... Apartándose del espejo, se acerca Mónica hasta la puerta que la mano nerviosa de Segundo Duelos acaba de golpear, pero- no la franquea repentinamente, contiene su primer impulso de abrirla, y vuelve la cabeza para contemplarse en el espejo que la retrata ...

-¿Qué pasa, Segundo?

-Estamos entrando a Roseau... El patrón me mandó que la llamara...

De pies a cabeza, Mónica ha vuelto a contemplarse y tiembla ante el reflejo de su imagen, como temblara aquella primera vez que Juan la obligó a mirarse en las aguas... Sí, es bella, es deseable... Mira con ansia de interrogación sus ojos profundos, sus trémulos y encendidos labios... Con una profunda satisfacción, hasta ahora desconocida, piensa que Juan va a encontrarla hermosa, asiente el anhelo intenso, irresistible, de mirarse en aquellos ojos oscuros y ardientes que son ya como una obsesión sobre su vida, goce y tormento de su alma...

-¿Y dónde está Juan?

-Marcha en aquel bote...

-¿Se fue sin esperarme?

-Fue a buscar el permiso para desembarcar la carga. Dijo que lo aguardara, que iba a volver con una sorpresa... ¡Que se pusiera su mejor traje!

Ha reprimido con esfuerzo el gesto de disgusto, la irrefrenable sensación de despecho que la invade. Se reprocha haber tardado tanto, haberse entretenido largas horas en aquel tocado 'que él no tiene ahora ocasión de ver. Apretando los labios se inclina sobre la borda y mira la barca que se aleja rápidamente al golpe de los remos. Junto a Juan se agita una figurilla oscura que alza las dos manos como si desde lejos la hubiera divisado.

-¿Fue Colibrí con Juan?

-Si, señora, consiguió que lo llevara. Iba más contento que unas pascuas. ***No*** sé cómo se las arregla el diablo de muchacho para salirse siempre con la suya. .

-Juan lo quiere más que a nadie...

-Lo quiere, ***es*** verdad; pero no creo que sea más que a nadie... Digo, a menos que esté loco... y venas de locura tiene....

-¿Venas de locura?

-Sí, rachas... Anoche estaba como un tigre; no había quién se le arrimara. Horas y horas estuvo paseando cubierta arriba y abajo. De pronto cambió, fue a buscarme para que hiciéramos cuenta de la ganancia que iba a darle la carga. Más de veinte libras le quedan libres. Y entonces fue y me dijo: "¿Habrá en Roseau un anillo de novia? ¿Alcanzarán veinte libras para comprar un anillo de oro fino, con una piedra blanca que brille como el sol?" Y yo voy y le digo: "Claro que alcanza. Conozco a un joyero que vende brillantes bien baratos. ¡Como que se los traen del Transvaal, de contrabando!" Y va y me pide las señas de ese

Librodot

joyero. Yo se las doy, como es natural, y entonces me pregunta, enseñándome su dedo chiquito: "¿Será así el dedo de Mónica?"

-¿Qué es lo que está diciendo. Segundo? -se ruboriza Mónica gratamente emocionada.

-Palabra por palabra lo que me dijo el patrón esta madrugada. Creo que estoy hablando de más... pero ya sabe cual es la sorpresa... Dice que se casaron ustedes demasiado de prisa, y que no pudo comprarle el anillo, pero que más vale hacerlo tarde que no hacerlo nunca. Y yo pienso igual...

Mónica calla. Es demasiado grande su emoción para que pueda pronunciar una sola palabra. Es demasiado íntimo el sentimiento que la embarga para mostrarlo asi, frente a un extraño. Pero sus manos se aterran a la tosca baranda y sus ojos perciben, sobre la azul superficie de las aguas, la huella de aquel bote que se aleja raudo al golpe de los remos que impulsan las manos de Juan, aquel bote que arrima ya en el embarcadero de Roseau.

-Mira, Colibrí, ¿té gusta este anillo? Vale veintidós libras, pero no me importa. Lo dejaré apartado y pasaremos a recogerlo cuando tome la carga.

-¡Qué lindo es... y qué piedra tan grande! ¿Es para el ama?

-¡Claro que es para el ama! Cómo brilla, ¿verdad? Es igual que una estrella... y como una estrella temblará en su mano.

Fulgiéndole los ojos de entusiasmo, contempla Juan aquella sortija de brillantes a través del menguado cristal del pequeño escaparate que se abre sobre una de las estrechas callejas de Roseau. Ha querido pasar por allí antes de llegar a la Capitanía del Puerto, deseando cuanto antes ver convertido en realidad el anhelo de aquel deseo.

-Fíjate bien dónde es. Colibrí, porque hemos de volver aquí más tarde... .

-¿A buscar el anillo? Usted siempre le anda comprando cosas al ama, patrón. Pero el ama no se pone contenta, sino triste... Algunas veces hasta llora mirando las cosas que usted le trae... .

' -¿Qué llora? No tiene por qué llorar. Una vez me dijo que era feliz, que sentía algo que podía llamarse felicidad. Me lo dijo a mi mismo, me lo dijo bien claro, y no hace muchos días..'.

-*Sí,* yo sé cuándo se lo dijo; pero después de eso, anteayer mismo, estuvo llorando. Yo la vi con éstos ojos... y le corrían las lágrimas. Primero con el vestido negro, ese todo roto que usted tiene guardado en el armario... Lo encontró, y estuvo mirándolo y llorando...

-¿Lloró? ¿Lloró mirando ese horrible hábito, ese trapo negro que parece la ropa de un ajusticiado? ¡Siento mucho no haberlo arrojado al mar! ¿Por que lloraba? ¿No te lo dijo, Colibrí?

-Habló alguna cosa... pero yo no le entendí muy bien. Dijo algo así como que lloraba por Mónica Molnar... Y tiró otra vez el vestido roto al fondo del armario, y se puso a escribir... y mientras escribía, llora que te llora...

-¿Escribía? ¿Escribió Mónica?

-Sí, mi amo, y es lo que iba a decirle. Si usted va a regalarle algo, ella seguro que quiere papel y sobre. Esa noche estuvo buscando y rebuscando, y al fin, para escribir la cana, le arrancó dos hojas de atrás al libro de bitácora...

-¿Una carta? ¿Has dicho una carta?

-Bueno, digo yo que sería una carta, porque, ¿qué otra cosa iba a hacer, mi amo? Escribió las dos hojas por los dos lados, las dobló en cuatro y luego se las dio a Segundo y le pidió que le comprara sobre y sello para poder echarla en el correo. Por eso digo yo que sería una carta... ¡Ay, mi amo!

Colibrí ha esquivado la mano de Juan que se aprieta sobre su brazo con brutal movimiento instintivo. Luego, mira con espanto el rostro sombrío cuyas cejas se juntan con rabia, y suplica sobresaltado:

."No se ponga bravo, patrón, a lo mejor me hice un lío y no es verdad nada de lo que estoy contando...

¡Todo es verdad! -afirma Juan con ira concentrada-. Eres incapaz de mentir ni de inventar

nada. Además, es perfectamente -lógico. Mónica escribió una carta y Segundo Duelos se encargó de ponerla en el correo. ¿En qué isla? ¿En qué puerto?

-No me acuerdo... no sé nada... no se ponga bravo con el ama, patrón, ni vaya a decirle que yo le vine contando. Yo no sabía que le iba a dar rabia... Yo...

-¡Cállate! En Portsmouth, Segundo echó una carta. Me dijo que era para su hermana...

Ha mirado a todas partes, transfigurad'0 el rostro de rabia, amarga la boca de desconfianza, y acaba de salvar la estrecha callejuela marchando ;con paso incierto de sonámbulo.

-¡Mi amo... mi amo, no se ponga bravo! Yo no sé nada... de veras que yo no sé nada. Pregúntele a ella, patrón... seguro que le dice la verdad. El ama es más buena que el pan...

Bruscamente se ha detenido Juan... Otra vez aquel chispazo de vida y de esperanza se enciende en su imaginación exaltada. Sí... ella es buena, es sincera, es generosa, es leal... y acaso le ama. Recuerda su mirada, su sonrisa, las palabras en las que su voz ha temblado, su muda emoción ante la belleza del paisaje, el lento renacer a la vida... Poco a poco su amargura repentina se calma.

--Tal vez tengas razón. No puedo juzgar sin haberle preguntado. Le hablaré más tarde... Hemos de ir a la Capitanía General. Tengo que ocuparme de la carga, de veinte cosas más, que no son caprichos ni cartas de mujeres. ¡Anda, vamos!

Juan y Colibrí han llegado a la Capitanía y un oficial se les acerca, preguntando:

-¿Es usted el patrón del *Luzbel!*

-Para servirle, oficial.

-Pase, pase al despacho. Precisamente lo estábamos esperando. Adelante...

Con gesto de extrañeza ha cruzado Juan el umbral de aquel despacho. Frente al ancho escritorio hay cuatro soldados guardando las puertas laterales, un escribiente, un edecán, y el oficial que, poniéndose tras él, le cierra el paso.

-¿Qué ocurre? Aquí está la matrícula de mi barco. Tengo en orden todos mis papeles. Traigo carga de Portsmouth y...

-¡Queda usted detenido en nombre del Gobierno de Francia!

Como el potente tigre de la selva que se revuelve al caer en las mallas de la trampa, como la fiera que lanza su rugido al caer atrapada, ha dado un salto Juan, enfrentándose al oficial que acaba de hablarle. Pero también éste se ha apartado de un salto, brilla un arma en su mano, y los cuatro soldados avanzan, amenazándolo con la negra boca de sus fusiles, al tiempo que el ^oficial ordena:

-¡Quieto! ¡Quieto! ¡No se mueva! ¡Levante las manos, o disparo!

-¡Al que me toque le cuesta la vida!! -se revuelve Juan enfurecido; pero uno de los soldados, con un rápido movimiento, le ha asestado un golpe traidor que lo hace derrumbarse al suelo.

-¡Amarradle! ¡Esposadle! -ordena el oficial-. El parte dice bien claro que es hombre muy peligroso. ¡Pronto, la cuerda! ¡Codo con codo... las manos a la espalda... y que se las entiendan con él sus paisanos!

11

. TEMBLANDOLE EL ALMA, como si no le fuese posible asimilar la horrible verdad, trémula y espantada como si escuchase el relato de una pesadilla, ha oído Momea las palabras del pequeño Colibrí, sola con él en la cubierta de la goleta abandonada ...

-¡No puede ser! ¡No puede ser! ¿Qué había hecho él? ¿Qué pasó antes?

-Nada, mi ama, nada. Iba con sus papeles para cobrar la carga y luego comprar una cosa que quería comprar... Pisó el portal y lo metieron adentro, y a mí me cerraron la puerta en la cara y me echaron a patadas, mi *ama..* Pero no me fui y oí gritar al amo: "Al que me toque le

cuesta la vida". Casi seguro que le dieron un golpe en la cabeza, por detrás, porque ya no dijo nada más, y cuando lo sacaron por la otra puerta iba como desmayado. Yo quise ir corriendo, pero un soldado me dio aquí con el arma larga... Aquí, patrona, mire...

No, no es una pesadilla, no es un sueño... Colibrí le ha mostrado las huellas de un golpe brutal, unas manchas de sangre sobre su -camisa blanca, y las pequeñas manos negras se juntan temblando, mientras parecen pedirle auxilio los grandes e ingenuos ojos espantados:

-¡Hay que hacer algo, mi ama!

-¡Naturalmente que hay que hacer algo! ¿Dónde están los demás? Segundo, Martín, Julián... ¿Dónde están? ¿Dónde estaban?

-En la taberna, mi ama. Todos tienen miedo de caer en chirona... Allí no le dan a los pobres sino calabozo y palos... Todos van a esconderse... Pero usted, usted y yo, que no tengo miedo de nada, aunque me maten...

-¡Pues ven conmigo!

-¡Adonde usted me mande! Al pie de la escala está el bote. 'Seguro que a usted la tienen que dejar entrar... Seguro que a usted tienen que decirle... ¡Áy patrona... ¡

-¿Qué pasa?

Han corrido juntos a la borda. Cuatro botes, cargados de soldados, llegan, desparramándose como para rodear al *Luzbel. ..* El más grande se ha detenido bajo la misma escala. No lleva, como los otros, soldados coloniales ingleses, sino marinos del guardacostas, y ondea en su popa la bandera de Francia...

-¡Pronto... arriba! -ordena la voz autoritaria del oficial-, Aseguren el ancla. Tomen inmediatamente posesión de la goleta... ¡Echen mano a todos los tripulantes! ¡Que no escape nadie!

-¡Un momento, señor ofician -Mónica ha avanzado, encendida de una ira repentina, de una violenta indignación que le arde en la sangre-, ¿Qué significa esto?

-¡Caramba! -exclama el oficial, contemplándola con mirada sorprendida, en la que arde una espede de franca admiración- ¿Es usted la mujer de Juan del Diablo?

-¡Soy la esposa de Juan de Dios, patrón y dueño de esta goleta! Sé que le han detenido y apresado sin provocación ninguna de su parte, y ahora...

-¡Pongan mano en todo con cuidado, muchachos! ¡Miren si no hay en la bodega explosivos o armas! -recomienda el oficial, soslayando la protesta de Mónica. Y dirigiéndose luego a ésta, le explica-: Son las precauciones de costumbre, señora. Soy responsable de la vida de mis soldados...

-¿De quién viene la orden de apresar á Juan y apoderarse de su barco? -trata de saber Mónica-, ¿Qué ha hecho para...?

-Lo que ha hecho no lo sé ni me importa -la interrumpe altanero el oficial. Y dirigiéndose de nuevo a sus subalternos, ordena-: ¡Detengan a todo tripulante... amarren codo con codo al que se resista! Llévense al muchacho ése...

-¡Dios libre a nadie de tocar a este niño! -salta Mónica furiosa.

-¡Basta ya! Todo el mundo va detenido, y usted también, señora de Dios, o del Diablo, que a mí no me interesa cómo se llame.

-¡Tal vez debía interesarle por el honor ***de*** su uniforme! -rebate Mónica con la mayor dignidad.

-¡Mónica! ¡Mónica... mi pobre Mónica...!

-¡Renato... ¡ -exclama Mónica en el colmo de la sorpresa. Sí, es Renato D'Autremont el que acaba de aparecer, salvando de un salto la borda del *Luzbel,* corriendo hacia Mónica, estrechándola entre sus brazos, y por un instante apoya ella la cabeza en aquel pecho, aceptando la protección, el cálido halago de aquella amistad inesperada... A una imperiosa seña del joven oficial, un soldado arrastra a Colibrí, que mudo de asombro no acierta a gritar, pero la actitud de Mónica sólo dura un instante. Rechazando los brazos de Renato, se yergue desafiadora y decidida:

-¿Qué es esto? ¿Qué significa este horror, este atropello?

-Te suplico que te calmes, Mónica. No está pasando nada, no va a pasar nada...

-¿Cómo que no pasa nada? ¡Este asalto al barco.. .! Han detenido a Juan... Debe haber una equivocación horrible... ¿Quién ha hecho esto?

-Yo... -confiesa Renato con serenidad.

-¿Tú... tú? -se sorprende Mónica llena de indignación-.¡NO puede ser! [Tienes que estar loco! ¿Qué han hecho de Juan? ¿Dónde está Juan?

-Ven conmigo. Lo sabrás todo con tiempo y con calma. ¡Juan está donde debe estar!

-Patrón... Patrón... ¿Cómo se siente? ¿Cómo está? Poco a poco, volviendo con esfuerzo del profundo y doloroso letargo, abre, Juan los ojos tratando de mirar en la oscuridad que le rodea. Es casi completa en aquella especie de cueva, apenas ventilada por un pequeño ojo de buey, redondo y alto. El suelo es húmedo y viscoso, de las paredes cuelgan cadenas herrumbrosas, mazos de cuerdas, y se amontonan en los rincones los desechos de la carga. El aire es fétido y espeso, cargado de salitre y de moho...

-Segundo, ¿eres tú?

-Sí, patrón. Nos pescaron a todos. A usted en la Capitanía General. A nosotros, allí mismo, en la taberna del Gascón, nos echaron el guante...

-Y ahora, ¿dónde estamos?

-En la cala del *Galión...*

-¿El *Galión!* Pero, ¿por qué estamos en el *Galión!*

-Parece que lo mandaron a buscarnos desde Saint-Pierre, y bien cargado de polizontes...

-¿Dónde están los demás?

-En otra bodega, digo yo que estarán... A usted y a mí, como nos resistimos...

-¡A mí no me dieron tiempo de nada: ni de resistirme! Pero si están todos aquí, ¿qué es del *Luzbel!* ¿Que es de Mónica? ¡Ah, canallas!

-Por la señora Mónica no pase usted cuidado... A ella no va a pasarle nada...

-¿Cómo? ¿Qué sabes, imbécil? ¡Buenos son éstos! ¡Tengo ***que*** gritar, que protestar, tengo que saber a dónde han llevado a Mónical [Si creen que van a poder tratarla como a una mujer cualquiera...!

-En el *Galión* ha llegado uno que ya les dirá cómo tienen que tratarla: don Renato D'Autremont y Valois... Mientras nos traían, oí decir que ese señorón era su cuñado...

Juan se ha puesto de pie con esfuerzo gigante, a pesar de sus ligaduras. La cuerda que ataba su pies ha saltado, dejando en los tobillos su huella cárdena. Agitando la cabeza como un tigre, se yergue y balbucea fuera de sí:

-¿Renato? ¡Malhaya! ¿Ha sido Renato quien...?

-Yo no digo que fuera don Renato... Digo que él llego en este guardacostas, y que iba para el *Luzbel* cuando nos echaron la zarpa...

-¡YO sí se! ¡Ha sido él... él.. .!

-¡Llegan, patrón! -advierte Segundo-. ¡Cuidado! En efecto, hay un rumor de pasos tras la puerta, que es abierta de pronto, y alguien empuja violentamente un pequeño cuerpo que Juan reconoce de inmediato y que le obliga a exclamar imperioso, una vez que la pesada puerta de hierro ha vuelto a cerrarse:

-Colibrí, ¿dónde está tu ama? ¿Dónde está?

-Quedó en el barco, patrón. •.. Quedó con el señor Renato...

-¿Con el señor Renato?

-Llegó cuando el ama estaba discutiendo con los soldados. .. Llegó corriendo y se abrazaron...

-¡Se abrazaron! -repite Juan mordiendo las palabras.

-Sí, patrón. El dijo: "Al fin, mi pobre Mónica", Y ella se le abrazó llorando...

-¡No! ¡No puede ser! -rechaza Juan como si le desgarrasen el alma.

-Ya le dije, patrón -comenta Segundo con amarga calma-. Por el ama no pase usted cuidado... A ella no van a maltratarla. ..

-¿Quieres acabar de explicarme, Renato, por qué has hecho esto? ¿Qué significa? ¿Dónde está Juan?

Librodot

-Mónica querida, un momento... Te lo explicaré todo, pero cálmate...

-¡No puedo más! Llevas horas sin acabar de hablarme claro. Cien veces te he pedido que me expliques. Dijiste que eras tú quien había hecho esto. ¿Por qué? ¡Quiero saber por qué lo has hecho! ¡Quiero saber por qué me has traído aquí! Y sobre todo, ¡quiero saber dónde está Juan! ¿Quieres acabar de explicármelo?

-Te lo explicaré todo, pero déjame hablar. No puedo responderte a diez preguntas al mismo tiempo. ¿Quieres sentarte y escucharme?

Mónica se ha mordido los labios, suspira, y un instante calla. Están en una amplia habitación de paredes encaladas, rejas; de labrada madera y brillantes pisos de ladrillo rojo... Es una casa aislada entre jardines, en las afueras de Rosean, maciza-construcción que se empina, como tantas otras, en las estribaciones de la montana, y desde cuyas ventanas abiertas se divisa el magnífico espectáculo del puerto, la bahía y el mar...

-¿Te has propuesto enloquecerme, Renato?

-Me he propuesto, enloquecido, remediar las consecuencias de mi pecado dé incomprensión, de egoísmo, de ira, de crueldad ... Es curioso y lamentable... Yo, que no me creía capaz de ser cruel, he sido despiadado, y lo he sido contigo, mi pobre Mónica...

-Si no me hablas más claro... -se impacienta Mónica.

-Lo que te estoy diciendo es diáfano. Ya sé que pretenderás no entenderme, que mentirás y fingirás heroicamente, como hasta ahora lo hiciste. Ya sé que sostendrás la farsa y que tomarás, a cuenta de ella, la defensa desesperada de Juan del Diablo. Ya sé que tienes madera ^e santa o de mártir...

-Te equivocas totalmente, Renato. Yo... yo...

-Tú has sido la víctima inocente. Yo cometí el crimen de arrojarte en los brazos de Juan; pero yo, yo solo, contra ti misma si es preciso, te libraré de ese canalla...

Renato ha hablado, temblando la pasión en su voz, aun cuando su mirada azul sea límpida y suave. Ha querido en un momento arrancarla de aquel ambiente para él horrible, empezar la obra de reparación de su mal; pero Mónica le rechaza, relampagueantes de ira los ojos:

-¡Juan no es un canalla! ¡Ni tú ni nadie dirá de él una cosa semejante delante de mil ¿Dónde está y qué le han hecho?

-No corre ningún riesgo ni se le ha hecho aún ningún mal. Por otra parte, quiero empezar por decirte que te excuso, del esfuerzo de representar el papel de esposa preocupada...

-¡No estoy representando ningún papel! ¡No tengo ninguna queja de Juan!

-Si pudiera creer que dices la verdad, creo que le daría la? gradas a Dios por haberme escuchado. ¡No sabes cómo he rogado desde el fondo de mi alma, qué horas de angustia he vivido desde que supe la verdad! Sí, Mónica... Aimée me dijo al fin toda la verdad...

-¡Jesús! ¡Pero tú... tú...! ¿Has tenido calma? -se sorprende Mónica, desplomándose anonadada en la cercana butaca.

-Mi dolor y mi desilusión han hallado la serenidad necesaria ... Y no es mérito... Había sufrido tanto, había llegado a imaginar lo peor con tanta fuerza, con tan vivos colores creía tener entre las manos el horror de un engaño... De un engaño de otra índole, compréndeme. Sí, Mónica, he estado loco, ciego, desesperado... Sólo demente pude creer que tú, tan pura, tan altiva, habías sido capaz de entregarte así... Perdóname, Mónica, he sido un insensato... Si te acosé, si me revolví contra ti sin piedad, si me convertí en una fiera, fue porque creí que Aimée era la culpable... la única culpable. ..

-Pero, Renato... -intenta protestar Mónica totalmente confusa.

-Y no culpable como es, en realidad, de un pecado de egoísmo, de ligereza imperdonable... No culpable como lo ha sido... como una niña demasiado mimada, capaz de arrojar sobre ti el *fardo* de todas las responsabilidades, sino culpable de otro, como una verdadera mujer adúltera y liviana... Sufría tanto yo mismo, que me era imposible medir el sufrimiento de los demás. Por eso te precipité al abismo, por eso te arrojé en brazos de ese salvaje...

-¡Óyeme, Renato! -trata de detener Mónica aquel torrente de explicaciones que todavía no alcanza a comprender en su verdadero sentido.

-Te oiré en seguida, pero déjame acabar. Fui más que injusto, llegué a ser inhumano. Y contigo... contigo, que es lo que me duele más hondo, que es lo que me reprocho más... Contigo, para quien sólo debiera yo tener gratitud, reverencia... ¡Oh!, no diré ninguna palabra que no debas escuchar; pero lo sé todo y no quiero ni debo ocultártelo; Lo sé todo, y me

Librodot

pondría de rodillas para pedirte que no te avergonzaras, porque el amor no puede avergonzar a nadie, y no ha habido sobre mi vida nada más hermoso que ese amor que tú supiste darme...

-¡Calla, Renato, calla.. .!

Se ha levantado, encendidas las mejillas, trémulos los labios, sintiendo que la tierra vacila bajo sus pies, que giran las paredes mientras golpea en sus sienes la sangre. Es una indescriptible mezcla de horror, de vergüenza, de angustia... un ansia de morir para luego resucitar sin aquel pasado, mientras él sonríe como si recogiese una flor:

-Gracias, Mónica... Gracias y perdón... Son las dos únicas palabras que frente a ti debo pronunciar...

-¡Aimée... Aimée... Aimée te ha dicho... ¡ -tartamudea Mónica como obsesionada.

-Me ha dicho toda la verdad, ya te lo dije antes...

-¡Ella no es capaz de decir la verdad! -estalla Mónica sin poderse contener-. ¡Es una hipócrita, una embustera, una infame! ¡Es la más vil y más cobarde...!

-Es quizá todo eso, pero me ha dicho la verdad... la verdad que te limpia y te salva, mientras a ella la obliga a bajar la cabeza frente a tí y frente a mi mismo. Porque comprenderás que no puedo verla igual, que no puedo apreciarla igual, y ella lo sabe. Mi ilusión por ella ha muerto, mi fe en la diafanidad de su alma se ha roto en pedazos aunque va a darme un. hijo...

Mónica se ha mordido la lengua, se ha mordido los labios, ha callado destrozándose, como si para callar tuviese qué clavarse las uñas en la conciencia y en las entrañas... pero ha callado... Ha callado detenida por el impacto de aquella palabra... Ha callado, trémula ante aquella otra vida que se anuncia, y ha vuelto a caer cubriéndose el rostro con las manos. Quiere oír hasta el final lo que sabe Renato, pues esté bien segura de que Aimée sólo habló a medias. A fuerza de sufrir, ya casi no puede pensar, y oye, como a través de muchos velos, aquellas palabras de Renato, que le suenan estúpidas, ingenuas, trágicamente ridiculas, en la emoción de aquella alma otra vez engañada. Y al fin, apremia:

-¡Habla, Renato, habla! ¿Qué te ha dicho Aimée?

-No repetiré cosas que sabes, cosas que yo había olvidado... He sido torpe y ciego, pero quiero que sepas que durante las horas de este viaje, con la mirada fija en las estrellas, no pensé sino en tí, con el alma desgarrada por el dolor del mal que te había hecho... Que me perdone tu pudor de mujer honesta, de mujer dignísima, de mujer inmaculada... Tu hermana me lo contó todo: sus celos, su miedo, la forma infantil pero infame, inconsciente pero baja, con que urdió alrededor tuyo los supuestos amores de Juan del Diablo... Cómo ilusionó a esa pobre bestia...

-¡No hables así de Juan! -se enardece Mónica ante el procaz insulto-. ¡No sabes lo que dices! ¡Cállate!

-Tienes derecho a enfurecerte, a insultarme... Tienes hasta el deber de defenderlo, ya que por mi culpa, por mi enorme culpa, y por la culpa lamentable de Aimée, ese hombre es tu marido, es tu esposo ante Dios y ante los hombres, es tu dueño y compañero del alma... Para romper el lazo que te ata a Juan sería necesario que el matrimonio no se hubiera realizado. ..

-¡Calla! ¡Calla!-se desespera Mónica.

-Perdóname, pero es indispensable que yo lo sepa... ¿Pudiste resistir? Para poder librarte de él...

. -¡No tienes que librarme! ¡No tienes que meterte en mi vida! ¡No tienes que hacer nada! ¡Devuélveme a Juan, Renato, devuélveme a Juan!

Grito del corazón, estallido del alma, torrente salvaje de un sentimiento real, oculto aun para ella misma, son aquellas palabras que han brotado de los labios de Mónica, y un instante, Renato D'Autremont retrocede desconcertado, para serenarse casi en seguida creyendo comprender...

-Tal vez no tengo ya derecho a pedirte que confíes en mí, pero de todos modos, por tu propio bien, te pido que lo hagas. Todo cuanto he hecho es por ti, para ti, para librarte, para librarte, para rescatarte... Que no te ciegue el rencor en este momento...

-No es rencor, estás completamente equivocado. .. Pero Juan no es el hombre que imaginas. Además, es mi esposo y no hay nada más que averiguar...

-¿Estás tratando de decirme que tienes por él el sentimiento normal de una esposa?

Librodot

-¡No estoy tratando de decirte sino qué nos dejes en paz!

-Tendría gracia si fuese verdad -apostilla Renato con cierta amargura; pero reaccionando de inmediato, rechaza-: No, Mónica, no puedes engañarme... Aimée me dijo la verdad. .. la verdad que tú no has negado: Juan del Diablo no era para ti más que un extraño. Ahora, tu herida es demasiado profunda, lo sé, y tú eres de madera heroica. De otro modo, no hubieras resistido ni por amor a tu hermana ni por amor a mí...

-¡No hables más de eso! -repudia Mónica con ira.

-También comprendo que tu amor haya adquirido tintes de odio. Hemos sido inhumanos, pero, ¿por qué accediste a esa boda? ¡Ninguna mujer en el mundo hubiera soportado tanto! ¿Cómo es posible que llegaras... ?

-Ibas a matar a *Juan,* a mi hermana... Tus razones eran a filo de cuchillo...

-¡Yo no quería sino arrancar la verdad a quien la supiera! ¿Por qué no hablaste? Procedí como un loco, pero fue porque las circunstancias me enloquecieron. Cuando te vi aceptar a Juan, tuve que pensar que lo amabas, que lo habías amado o que habías cometido un pecado de amor, y, en ese caso, tal vez no era yo el que podía imponerte el castigo de ese matrimonio desigual, pero era -justo... Al menos, comprende mi buena intención, no te revuelvas contra mí de esa manera. ..

-Bueno; pero, en realidad, no respondes jamás a mi pregunta: ¿dónde está Juan?

-Ven aquí, a esta ventana. Mira allá, en el puerto, en el mar, cerca del Fuerte... ¿Qué ves?

-Un guardacostas... Un guardacostas con la .bandera de Francia...

-El *Galión,* primer centinela de las costas de la Martinica para combatir el contrabando y otras actividades en las que Juan no tiene muy limpias las manos... Son pecados veniales, pero de ellos tuve que valerme... Ahí está Juan... , -¿En el *Galión?* ¿Detenido? ¿Preso?

-Reclamado por el Gobernador de la Martinica para ir a Saint-Pierre a dar cuenta de varias- acusaciones por las que se pidió su extradición al Gobierno Colonial Británico de la Dominica. ..

-¿Lo has denunciado tú... tú...? ¿Lo has acusado de...?

-De lo único que podía acusarlo. Hice lo posible y lo imposible por rescatarte cuando supe la verdad, agravada por la circunstancia de una enfermedad que, según cierto doctor Faber, estabas sufriendo...

-Renato, ese barco se va... ¡Se va llevándose a Juan! -se angustia Mónica.

-Naturalmente. A Juan y a todos los tripulantes de su barco...

-¡Pero eso no! es posible! ¡A él le llevan allá, y yo... yo...!

-Nosotros saldremos mañana o pasado, en un barco que reúna para ti las comodidades necesarias.

-¡Oh, no, no! ¿Sin verle? ¿Sin hablarle? ¡Haz que detengan ese barco! ¡Salgamos nosotros también inmediatamente!

-Inmediatamente no es posible. ***Te*** dije mañana o pasado, porque es cuando se espera aquí un barco dé pasajeros y...

-El *Luzbel* está listo.

-Ya veo que eres implacable. En fin, si te empeñas regresaremos en el *Luzbel* tan pronto como consiga tripulación con qué hacerlo a la mar. ,

-¿Dónde están los muchachos de Juan? Segundo puede guiarlo... y Colibrí... ¿Por qué me le arrancaron de las manos? '¿Por qué permitiste que esos hombres se lo llevaran"?

-No le han hecho nada. La tripulación entera del *Luzbel* ha sido apresada y viaja con su patrón en el guardacostas que viste alejarse. El niño era grumete del *Luzbel,* y a peores cosas estará acostumbrado. No vas a decirme que siendo sirviente de Juan...

-Juan es bondadoso con ese niño, generoso y humano con cuantos dependen de él -defiende Mónica vivamente-. En el *Luzbel* no he presenciado una sola crueldad, mientras que en tus tierras de Campo Real. .. Mejor es que me calle, Renato, pero, en realidad, tú no sabes nada, no puedes comprender nada... Quién es Juan... cómo es Juan...

-Admirable, ¿verdad? -apunta Renato con fina ironía.

-Sí. Aunque no puedas creerlo, aunque no quieras comprenderlo, has dicho la palabra justa: admirable...

-No te 'conocía como actriz, Mónica. Encuentro muy sutil y muy femenina tu forma de

venganza. Tu apología de las virtudes de ese canalla, de ese salvaje...

-¡Juan no es un canalla ni un salvaje! -se encrespa Mónica francamente airada-, [Juan es el mejor hombre que he conocido!

-Mónica, ¿hasta dónde vas a llegar? Entiendo que debes estar loca, trastornada. Eres otra, sí... eres otra, de pies a cabeza has cambiado. Todo ha cambiado en ti, hasta ese traje de colorines, absurdo, impropio en una mujer de tu, linaje, aun cuando con él te veas hermosa, como si con tu desdén y tu belleza quisieras castigarme. Hazlo, puedes hacerlo. ¡LO merezco por no haber comprendido tu amor, por no haberte sabido, amar!

Renato D'Autremont se ha acercado a Mónica con ademán apasionado, pero ella retrocede, y la luz que un instante ardiera en los ojos de él, se diluye, como se apaga una ilusión fugaz... Y después de mirarla, mueve la cabeza, como frente a una verdad que le desconcertara: "Mónica, ¿puedo preguntarte si amas a Juan?"

-¿Amarle...? No lo sé... pero es igual... El no me quiere a mí, no me querrá jamás...

-¿Qué estás diciendo? -indaga Renato sorprendido y confuso- Entonces, cuanto hizo... ¿por qué lo hizo? ¿Por qué lo hizo? "

Mónica ha vuelto a apretar los labios, ha entornado de nuevo los párpados, y un instante su rostro recuerda al desaquella Otra Mónica sufrida, resignada, encadenada a su obligación de callar. Pero es sólo un instante... La mujer nueva vuelve a aparecer y hay una mueca ambigua en sus frescos labios, al comentar:

-¿Qué puede importarte lo que él y yo sintamos? La verdad es que no tengo ninguna queja contra Juan. Bien o mal, me lo diste, me lo impusiste como esposo. Por una u otra razón, le juré lealtad al pie del altar, y yo todavía les concedo valor a mis : juramentos.

-Está bien. Todo lo que he hecho ha sido por reparar una falta, por sacarte del infierno en que creí haberte sepultado, y ahora resulta que tu infierno te agrada...

-Cuando me arrojaste a él, hubiera preferido la muerte cien veces a aquel sentirme arrebatada por los brazos de Juan-recuerda Mónica apasionada-. El peor de los suplidos, la más terrible de las agonías eran para mí más deseables que aquel hombre que me arrastraba, a través de los caminos y a través de los mares, como puede arrastrar su conquista un vándalo. Entre las cuatro paredes de la cabina del *Luzbel,* lloré y supliqué, desgarrándome el cuerpo y el alma, pidiéndole a Dios que me enviara la muerte repentina. Si entonces hubieras corrido detrás de mí, si un verdadero sentimiento de justicia y de piedad humana te hubiese hecho seguimos, detenernos, habría besado las huellas de tus pasos.'Pero todo tiene en este mundo su momento, su hora, su oportunidad...

-¿Qué quieres decir? -se lamenta Renato.

-Debemos pensar en el mal que hacemos, antes de hacerlo... Las reparaciones suelen llegar, como esta tuya, demasiado tarde y haciendo todavía más daño del que hizo el propio mal. ¿Comprendes ahora?

-Tengo que comprender. Has hablado muy claro -acepta Renato dolido. Y en tono de fina ironía, observa-: Supongo que no te servirá de nada que te presente mis excusas, que te diga que siento con toda mi alma haber interrumpido tu idilio primitivo con Juan en esa mugre de barquichuelo...

-Muchas veces la *mugre* está en los palacios, y hay luz de sol hasta en las humildes tablas del *Luzbel* -reprueba Mónica con altivez-. Gracias a Dios, soy otra, Renato. Soy la mujer de Juan del Diablo, o de Juan de Dios como yo lo llamo. Y como soy su esposa y sé que le has acusado con crueldad, de pecados veniales, cuando él podría acusar a otros de pecados más graves, y no lo hace... Como le supongo perseguido y maltratado injustamente una vez más, no tengo más que un anhelo: estar junto a él, volar a su lado, defenderle de las acusaciones que se le hagan, luchar a su lado por su vida y por su libertad... Si de veras quieres hacer algo por mí, contrata tripulantes y déjame ir. inmediatamente a donde él está...

-¡Serás complacida! -accede Renato con ofendida dignidad-. Voy a realizar esas diligencias que reclamas... Nos haremos a la mar en tu maravilloso barco, y procuraré que sea cuanto antes...

-¿Es lo único que te agradeceré con toda mi alma! Desde la puerta, se ha vuelto Renato, ha mirado de nuevo a Mónica,- sintiendo que su repentina rabia se derrite en dolor, en angustia, en la sutil amargura del fracaso, y desborda en una breve flor de ironía:

-Gracias, por recordarme una vez más que fui inoportuno y torpe... ¡A tus pies, Mónica!

-¡Cuidado, Colibrí! Ven al lado mío... quítate de en medio. Si te atrapa una de esas cajas, no vas a hacer el cuento...

-¿Qué es esto, patrón? -pregunta Segundo consternado.

-¿Que quieres que sea más que una tormenta? Barrido por el viento, sacudido por las gigantes olas de un mar espeso, envuelto en el violento azote de un repentino temporal, cruje el *Galión,* estremecido desde la quilla hasta la punta del palo de mesana...

-¡Pero qué clase de temporal! Claro que peores los hemos barajado, pero no en este viejo balde de hojalata.

Segundo Duelos habla mirando a Juan, aguardando con ansia mal disimulada su opinión, su respuesta, pero el patrón del *Luzbel* no parece tener intención de contestarle. Visiblemente inquieto. Segundo comenta:

¡Ya no oigo ni las máquinas de este maldito cubo! ¿Las oye usted, patrón?

-No; hace rato que pararon. Parece que estamos al garete... y también que nos hubiéramos desviado, pues si hubiésemos ido en línea recta, ya estaríamos frente a Saint-Pierre.

-¿Quiere decir que hemos perdido el rumbo? -En ese momento, un violento golpe de mar inclina el buque y, espantado, Segundo inquiere-: ¿Oyó, patrón? ¿Qué fue eso?

-•La hélice fuera del agua... -explica Juan con impasible calma.

-¡Estamos al garete! ¡Podemos hundirnos.. .! ¿No me oye, patrón? ¡Podemos hundirnos!

-¡Ojalá! Después de todo, sería un modo como otro cualquiera de acabar...

-¡No! ¡No! -protesta Segundo espantado-. ¡Yo no soy un cobarde, usted sabe que no soy cobarde, patrón, pero no-quiero morir aquí atrapado, enjaulado como una rata! ¡Si vamos a hundimos, que nos suelten al menos! ¡Abran! ¡Abran! ¡Sáquenos de esta ratonera! ¡No nos dejen morir aquí! ¡Abran!

Enloquecido por un pánico que es también desesperación y rabia, ha acudido Segundo a la puerta de la bodega empujándola, golpeándola con los pies, mientras, verde de espanto, Colibrí se abraza a Juan que, mudo e inmóvil, contempla a su compañero con amargo gesto...

Dos hombres han aparecido en la puerta... El marinero que hace las veces de guardián y un joven oficial que mira duramente a los apresados, e interpela:

-¿Quién grita aquí

-¡Yo! ¡No queremos morir aplastados, encerrados en una ratonera!

-Perfectamente... Desátalo, llévalo arriba y ponlo a trabajar. .. ¿Y tú? -El oficial se ha encarado con Juan, y en el aire se cruzan, como dos aceros, las dos duras miradas-. ¿Tú no gritas? ¿No protestas? ¿No tienes miedo de morir aquí como una rata?

-No tengo miedo de nada... ¡Déjeme, si quiere!

-¡Puedo cruzarte la cara por insolente! Pero no, desátalo... Es una lástima que se pierdan esos brazos, cuando hacen tanta falta arriba. Hazlo trabajar hasta que reviente, y si se revira contra ti, dispárale .y cuida tú mismo de vigilarlo, porque me respondes con tu vida de lo que él haga...

Han caído al fin las cuerdas que sujetan a Juan. Un instante se frota los brazos entumecidos, las muñecas amoratadas. De pronto, un violento golpe de mar entra por las escotillas, bañando las bodegas... El *Galión* ha temblado como si fuese a partirse en dos, corren todos enloquecidos, resbalando por las estrechas escaleras de hierro, inundadas a cada *golpe* de mar... Llevando a Colibrí como un fardo, trepa Juan el último... Ha respirado a pleno pulmón; el agua enfurecida le azota el rostro, le envuelve, le baña... Agarrado a una escotilla, puede mirar al fin sobre la cubierta barrida por las olas... El mar se hincha en marejadas como montañas, sopla el viento con furia de huracán, negro está el cielo, y apenas se ve la luz de los faroles furiosamente bamboleados...

-¡Otro hombre al agua! -grita la voz patética de un marinero-. ¡Capitán.,. Capitán...!

-¡El capitán está herido! -advierte el oficial. Y alzando la voz, llama-: ¡Timonel... Timonel...!

-¡Timonel al agua! -avisa una voz lejana.

Juan ha avanzado arrastrándose entre la furia de los elementos, agarrándose a los salientes, a los cables, a las tablas, protegiendo al muchacho que tiembla abrazado a él, resistiendo el

Librodot

azote de las olas que a cada instante amenazan con arrastrarle... Guiado por un instinto más fuerte que su voluntad, ha llegado hasta el puente de mando.. .Un hombre, con la cabeza rota, yace al pie del timón cuya rueda gira al garete... El oficial se inclina sobre el herido, y luego se alza mirando al hombre que acaba de llegar, para preguntarle:

-¿Qué hace aquí?

-Y usted, ¿qué hace? Coja el timón... Hay rocas cerca... ¡Vamos a estrellamos! ¿No lo ve? ¡Vamos a zozobrar!

-¡Ya lo sé, pero no soy piloto! -se desespera el oficial-, ¡Tome usted el timón! ¡Haga algo. ..!

-¡Qué echen a andarlas máquinas!

-No funcionan ya. ¡Hay agua en las calderas!

-***¿Y*** las velas?

-No soy marino, no sé nada... Los que porfían saber, han caido. ¡Yo ni siquiera sé dónde estamos!

Las manos de Juan se han aferrado al timón, desviando el choque inminente. Sus ojos atean el horizonte oscuro, se alzan luego hasta la'bitácora que sobre su cabeza se balancea, y se yergue como tomando una determinación instantánea:

-¡Junte a los hombre que puedan trabajar! ¡Que cierren las las escotillas, que achiquen el agua! -Y alzando la voz entre el estruendo de la tempestad, grita-: ¡Segundo... Anguila... Martín ... ¡ ¿Dónde están? !Aquí... Pronto!

-¡Aquí estamos, patrón! -responde Segundo, acercándose.

-¡Levanten una vela pequeña a proa! ¡Sosténganla esquivando el aire! ¡Hay que tomar otro rumbo, aunque sea embistiendo la tempestad! Segundo, toma el mando de los que van a la vela. Martín, a las bombas... ¡Haz achicar el agua!

Como un delfín, salta el *Gallón* sobre las olas; como un escualo, esquiva el golpe de los vientos, desviándose de las cercanas rocas amenazantes... El viento huracanado se arremolina sobre su única vela de proa, dándole fuerzas de gigante, y un relámpago rasga las nubes oscuras, iluminando al hombre que va al timón, con la luz cárdena del rayo...

-Lo siento en el alma, Mónica, pero el puerto está cerrado por la tempestad y no hay permiso de salida para ningún barco...

-¡Oh! ¿Y el barco en que fue Juan? -indaga Mónica con visible ansiedad.

-Bueno... figúrate... Si han apurado la marcha, puede que se hayan librado del temporal...

-¿Y si no han podido llegar a la Martinica, si esa tormenta de que hablas les ha azotado en el mar?

-Seria lamentable, pero no creo que debas desesperarte hasta ese extremo. Supongo que Juan no tendrá miedo de un temporal. .

-¡Juan no tiene miedo de nada ni de nadie! -se exalta Mónica.

-¡Está bien, loemos a Juan! -apostilla Renato impaciente-. Una razón más para que te tranquilices. Al fin y al cabo, todo se reduce a un par de días de retraso.

-Que serán de cárcel para Juan, ¿verdad?

-Naturalmente que estará detenido, puesto que va sometido a un proceso, pero no te sofoques tanto... tampoco es la primera vez que Juan está en la cárcel. Yo mismo lo saqué de ella, y esos días de encierro que le ahorré en forma gratuita, sólo por buena voluntad, no es nada del otro mundo que ahora me los pague.

-¿Lo sacaste tú de la cárcel?

-Sí. ¿Por qué te extraña tanto? Yo tuve un hermoso sentimiento hacia Juan... Lo quise desde niño, contra toda la voluntad de mi madre, contra todas las circunstancias adversas, y en aquel famoso viaje que hicimos juntos a Francia, mientras apoyado en la barandilla de la borda contemplaba la tierra que me vio nacer, alejándose hasta perderse en la distancia, no tenía más que un pensamiento: Juan... No tenía más que un deseo: volver para buscar a Juan.... No tenía más que una determinación inquebrantable: hallar a Juan al regreso para compartir con -él cuanto tenía, para hacerlo realmente mi hermano...

-¿Eso querías, Renato?

-Lo quería y lo procuré con toda mi alma. Si recuerdas un poco los primeros días que

Librodot

pasó él en Campo Real, hallarás la corroboración de mis palabras. ¡Con qué alegría, con qué ilusión, con qué puro sentimiento de justicia y de fraternidad quise entonces estrecharlo en mis brazos y darle cuanto la vida le había negado! Pero fue como darle calor a una serpiente, como acariciar con la mano desnuda a un alacrán, porque en él no había más que odio, rencor, veneno, y tuve que reconocer que tenía razón mi madre cuando tantas veces me dijo temblando por mí: "Guárdate de Juan, Renato, de él han de venirte todos los males"...

-¿Todos los males?

La palabra ha temblado en los labios de Mónica. Acaso, por un instante, comprende a Renato, se acerca a su corazón atormentado, y quizás también buscar sorprendida, en el fondo de su propia alma, aquel sentimiento que durante años enteros la llenara, aquel sentimiento extrañamente desvanecido que es ahora un helado montón de cenizas: su amor, su loco amor por Renato D'Autremont, en cuyos labios suenan ahora las palabras destilando la hiél de una amargura antes desconocida:

-¿Piensas que Juan no me ha hecho bastante mal?

-No creo que te haya hecho ningún mal voluntario. No creo que te odie. Tú, en cambio...

-Me odió siempre, Mónica -corta tajante Renato-. Me odió siempre, aunque yo no quisiera comprenderlo, aunque cerrara los ojos para no ver en sus pupilas el rencor, por un daño que en realidad yo no le había causado... ¡Me odia por rico, por dichoso, por mimado, por tener una madre amorosa y un hogar feliz! Me odia por bien nacido, y siempre me odiará, haga yo lo que haga. Esa es la amarga verdad de la que yo no quería enterarme...

-¡Qué injusto eres con Juan! ¡Qué injusto y qué ciego! Con él, todos estábamos equivocados, Renato. Es bueno, es noble, es generoso...

-¡Calla! Tú sí que estás ciega. ¿Qué ha podido hacer para deslumbrarte, o por qué finges y mientes como lo haces? ¿Con qué sortilegio, con qué brebaje, con qué filtro ha podido robarte él alma?

-¿Por qué no piensas que fue sólo con su bondad?

-¿Bondad, Juan? No digas disparates. Si hubieras visto lo que yo he visto... ¿Cómo piensas que hice para acusarlo? Yo no inventé los cargos, los hallé con sólo buscar un poco, y hay de todo en su desdichada carrera: piratería, contrabando, riñas tumultuarias, hombres heridos o golpeados... Se le acusa de jugador, de pendenciero, de borracho... En Jamaica secuestró a un niño...

-¿Qué? -se alarma Mónica. Y como comprendiendo-: ¡Colibrí!

-Colibrí... Luego es verdad. ¡Es uno de los cargos que ***no*** había podido probarse! Por eso quedó libre, pero las acusaciones llegaron hasta la Martinica. Se llevó un muchacho de la calaña de su parientes, hiriendo y golpeando a cuantos quisieron impedir que se lo llevara...

-¡Sus verdugos! -salta Mónica sin poderse contener-. Si hubieras escuchado a Colibrí, si hubieras visto y oído de sus labios la historia desgarradora de su infancia, sabrías que Juan no hizo sino rescatarlo, liberarlo, y bien poco castigo dio a los miserables que lo explotaban. Si son como esa todas sus infamias, si esos son todos los crímenes de que le acusan...

-Ya veo que no le faltará la mejor abogada, la que mira el mundo a través de sus ojos.

-Acaso dijiste más verdad de la que piensas, Renato. Juan me enseñó a mirar el mundo con otros ojos.

-Y, en cambio, cerró los tuyos, los verdaderos, los ojos que me amaban. ¿Por qué se encienden tus mejillas como si el solo pensamiento te avergonzara? ¿Por qué? ¡Mónica, mi vida!

-¡No me hables de ese modo, Renato! ¡No me mires de esa manera!

-Ya sé lo que piensas: que soy el esposo de tu hermana...

-Aunque sólo eso pensara, sería lo bastante...

-¿De veras? ¡.Dichosa tú que, con una consideración, puedes borrar un sentimiento! -Venciendo su resistencia, Renato ha tomado las manos de Mónica, la ha obligado a mirarle cara la cara, buscando con inútil anhelo un chispazo de amor en aquellos grandes ojos claros-. Sé que nunca me mostrarás tus verdaderos sentimientos, sé que nunca dejarás hablar a tu corazón...

-¡Sólo con el corazón te he estado hablando!

-No luches más, no te esfuerces... Digas lo que digas, no vas a convencerme. Frente a mi

Librodot

torpeza, callaste diez años... Y seguirás callando... -Con gesto de vencido, Renato va hacia la ventana, mira a través de los cristales y se vuelve luego para mirar a Mónica, mientras deja caer, como en un trémolo dé angustia, las palabras-: La tempestad está amainando... El ciclón ha debido desviarse...

-¿Había un ciclón? ¡Un ciclón que sin duda azotó al guardacostas!

-Confío en que haya podido escapar. Voy a pasar un cable a la Martinica preguntando. Si el tiempo sigue mejorando saldremos esta noche o mañana, y tendrás amplia ocasión de demostrarle a Juan que eres una esposa fiel y ejemplar.

-¡Es lo menos que puedo hacer, después de haberlo jurado al pie del altar! -se yergue Mónica altiva. Luego, cambiando a un tono suplicante, murmura-: Renato, ¿y si yo te suplicara, si yo te pidiera de rodillas que retirases esa acusación?

-Ya no está en mis manos retirarla, Mónica -explica Renato con tristeza-. Pedí estricta justicia, apreté los tornillos, moví hasta el fondo la palanca de la ley, y la ley está en marcha. Pero no te preocupes, pues si Juan es como tú dices, saldrá bien librado. Por fortuna, no soy yo quien tiene qué juzgarlo, pero puedes estar segura de que estamos en paz. ¡Daño por daño! Ahora voy a complacerte, Mónica, voy a tratar de ultimar nuestro viaje...

12

DESVIADO CIEN KILÓMETROS de la ruta que debieran seguir para llegar a Saint-Pierré, sacudido aún por las recias marejadas en la que las ráfagas secundarias de un ciclón lo han envuelto durante muchas horas, lleva el *Galión* su azarosa marcha por los oscuros mares encrespados... Roto, desarbolado, con las bodegas aún mediadas de agua, con la maquinaria inútil, navega, no obstante, con extraña precisión, impulsado por su única vela de proa, guiado por las recias y expertas manos de aquel que a los veintiséis años es el más audaz navegante del Caribe. Atento al ruido, alzando de cuando en cuando la cabeza para mirar la bitácora que se balancea sobre la rueda del timón, duro y alerta como si se hubiera hecho de piedra para las horas de la ruda batalla, Juan del Diablo parece sólo atento a la marcha del barco... Por la cubierta que aun bañan las olas, agarrándose a las paredes, se acerca un hombre hasta su lado, y Juan interpela:

-Qué pasa. Segundo, por qué dejaste la vela?

-Está en buenas manos, patrón. El Anguila y Martín, están con ella, y como la tormenta va amainando, pensé que usted podía necesitar relevo... ¿Sabe que el capitán está mal herido? ¿Que el timonel y el primero piloto se fueron al agua? ¿Que el único que manda a bordo es el oficialito ese que vino a prendernos, que de marino no tiene nada?

-Sí, Segundo, sé perfectamente todo eso.

-El barco está, como quien dice, en nuestras manos, patrón. Y si no es por nosotros, anoche naufragamos, nos hubiéramos estrellado contra las rocas de Granaditas, habríamos encallado en. un bajo, o quizás hubiésemos caído en el centro del huracán ...

-Sí, Segundo, sé eso. Ve a atender a tu trabajo. Segundo ha vacilado. Sobre los montes de la isla de Granada, el viento ha barrido las nubes, y asoma con tono sonrosado la primera luz del alba. Juan consulta de nuevo la brújula, y después ordena:

-Dentro de media hora cambiará el viento. Mira a ver si pueden alzar otra vela en el palo que queda intacto, para que viremos cuando el tiempo cambie.

-¡Y podremos irnos hasta el fin del mundo! -se alboroza Segundo con la esperanza a duras penas contenida-. Si usted me autoriza, patrón, yo me encargo de limpiar el guardacostas de los pocos que nos están estorbando... ¡Con ellos no podemos llegar muy lejos... nos denunciarán!

-No, Segundo, no vamos a matar a nadie.

--Patrón, esta es la oportunidad, la única oportunidad que tiene usted y que tenemos todos. ¡Ponga proa al continente, desembarcamos en la Guayana, y ahí que nos busquen!

-No, Segundo, no vamos a escapar. -Y en tono autoritario, ordena-: ¡Levanta la otra vela. Segundo, haz lo que te mando!

-Está bien, patrón. Por usted, no por mí lo decía. Yo no tengo juicios ni cargos, a mí no

Librodot

pueden hacerme nada, pero usted es muy tonto con volver a meterse en la boca del lobo...

-Ve a lo que te he mandado. Segundo. Vamos a virar. ¡En Saint-Pierre debe estarme esperando una dama a la que quiero volver a ver, pagutTpor ello el precio que pague!

Conteniendo el gesto rebelde, obedece Segundo a la voz de Juan. Su figura se encoge, se aleja desvaneciéndose en la estrecha cubierta mojada, mientras por él lado contrario de la caseta del timón otro hombre aparece, los ojos como brazas, el rostro pálido y demudado. De una ojeada parece medir de -pies a cabeza al recio hombretón que ahora sólo parece atento a llevar el barco. En el suelo, a su lado, envuelto en su chaqueta de marino, un niño negro duerme como un ángel y el rostro del joven oficial se crispa de extrañeza mirándolo, para volver luego a contemplar con temor y curiosidad al que llegó al *Galion* prisionero y atado... Largo rato vacila como si escogiera cuidadosamente las palabras que va a dirigirle, como si luchara entre dos temores, conteniendo con esfuerzo su ansiedad... hasta que fuerza al fin una sonrisa diplomática:

-Salimos del apuro, ¿verdad? Amainó la tormenta, y si no miro mal, lo que hay al frente de nosotros son montañas...

-El Santa Catalina, el Montain, el Maiclán... ¿Conoce usted la isla de Granada?

-En este caso, lo único importante es que usted la *conoce'.* La capital se llama San Jorge... Tengo entendido que es un puerto importante. Usted sabrá cómo nos acercamos. -De pronto, el oficial cambia su tono zalamero, y con cierta alarma, interpela-: Oiga, ¿por qué se desvía? ¿Por qué vuelve así el barco? ¿Qué es lo que se ha propuesto? ¡Si piensa que va a burlarse de mí..;!

-Cálmese, oficial, y quite la mano del revólver... Quítela, o soltaré el timón y nos iremos todos al infierno.

-Ya está quitada. Abusa usted de la situación... ¿No va a llevar el barco a San Jorge?

-Que yo sepa, no se nos ha perdido riada por allá.

-Escuche usted- parece decidirse el oficial-, yo no sé de qué está acusado ni qué cargos hay en su contra. Me he limitado a cumplir las órdenes de mis superiores tomándolo preso y encargándome de su custodia en este barco hasta' entregarlo a las autoridades de la Martinica. Ya sé que las -cosas han cambiado... No ignoro que le debemos un favor enorme...

-Pero eso es lo de menos, ¿verdad? -observa Juan con fina ironía-. Ya pasó la tormenta, ya no tiene usted miedo.,. estamos a la vista de una isla británica... ¡Qué cómodamente cumpliría usted su misión desembarcando, refiriendo lo que ha pasado y haciéndonos trasladar a la cárcel de San Jorge! ¿Piensa que voy *a,* tener la candidez de entregarme de nuevo a sus sabuesos, para sufrir toda clase de vejaciones y brutalidades?

-Le prendimos en la forma usual... Tenía usted ficha de ser hombre muy peligroso - pretende disculparse el oficial, algo apurado-. Lamento de veras lo qué ha pasado. Yo no tuve intención de mostrarme particularmente duro con ustedes...

-Particularmente, no, claro. Tampoco era preciso... Bastaba con la forma usual de tratar a los que caen entre las mallas de vuestras leyes sin tener influencias, blasones o fortuna. ¡Pobres gentes, pobres diablos! ¿Para qué guardamos consideraciones? ¡Vale tan poco la vida de un hombre en desgracia! La de usted mismo, oficial, ¿qué vale ahora que el barco está en mis manos? ¿Ve usted? Hemos virado... Proa al Norte... Su isla británica queda atrás... Ahora los papeles se han cambiado... Me bastaría hacer una seña a uno de mis hombres para que le arrojaran a usted de cabeza al mar...

-¿Qué dice? ¿Juega conmigo? ¿Qué es lo que se ha propuesto?

-Nada. A lo más, ofrecerle una lección que no va usted a aprovechar. ¡Qué poco vale la vanidad de unos galones, de un titulito de oficial, cuando un hombre está frente a la desgracia!

-¿Qué va a hacer conmigo?

-Nada. Vamos rumbo a la Martinica... Cumplirá su misión, sólo con unas horas de retraso.

-¿A la Martinica? ¡Pero estamos .muy lejos, las máquinas no funcionan! ¡No podremos llegar!

-El viento se encargará de empujamos. Llegaremos navegando a vela, que es lo único que entiende Juan del Diablo...

-Realmente, no encuentro palabra -declara el oficial sorprendido, agradecido, y aun no repuesto del susto-. A la Martínica... ¿Cuándo piensa usted que podemos llegar?

-Estaremos en Saint-Pierre mañana por la tarde, si el viento no cambia,

Librodot

-Si es asi,, contará con nuestra gratitud más completa, y si puedo hacer algo por usted...

-Sí. Llenar mi pipa de tabaco y ordenar que le den algo de comer a mis hombres...

Juan ha vuelto a mirar la bitácora, ha desviado levemente a estribor y ha extendido la ardiente mirada de sus ojos oscuros por el ancho mar que lentamente va aplacándose, mientras el sol desgarra las nubes y baña con luz dorada su frente altanera, su pecho ancho y alto, sus brazos de bíceps poderosos, su negra cabeza rizada, sus .labios que se aprietan como si -no quisieran dejar escapar la clave dolorosa de su alma, la que va, sobre los vientos y los mares, hasta Mónica de Molnar...

-Sí, aquí enfermé... Aquí estuve a punto de morir... Aquí agonicé, y sus cuidados me salvaron...

Cruzados los brazos, el rostro con la expresión incrédula de quien escucha un inverosímil relato, oye Renato las palabras de Mónica en aquella misma cabina del *Luzbel* donde la vida de Mónica cambiara. Todo el dolor y toda la esperanza de las horas vividas entre aquellas paredes parecen renacer en este instante en que, juntas las manos, revive la ex-novicia las horas pasadas...

-Un triste rincón, Mónica. Me duele el alma de considerar que por mí, por culpa mía...

-No es triste para mí este rincón, Renato.

-Si he de juzgar por tu aspecto, tendré que darte la razón. Pero no, no puedo creer lo que afirmas. Hay cosas qué no caben en la razón, y la razón no puede aceptarlas. Ya sé que quieres defenderlo, que alzas entre tú y yo tu reserva como un muro de hielo, y creo adivinar por qué lo haces... No necesito pensar mucho para calcular lo que has debido sufrir entre estas paredes, el horror de vivir aquí compartiéndolo todo con un hombre que tan lejos está de tu educación y de tus costumbres... La mujer que tú eres, Mónica...

-La mujer que yo fui, Renato, tal vez, como supones, no era capaz de comprender-a Juan. La que actualmente soy...

-¡Basta! -corta Renato impulsado por la ira-. No cambian de ese modo los corazones ni las conciencias. Tu transformación es física, exterior nada más... Estás más hermosa, más deseable, eres como una flor capaz de hacer arder los sentidos del hombre con sólo contemplarte. Pero, ¿ a qué precio has logrado eso? ¿Qué sufrimiento, qué sacrificio has tenido que dar a cambio de k> que has logrado? ¿Qué es en realidad ese hombre para ti, Mónica?

-Mi esposo... Ya lo sabes...

-¿Compartías con él esta cabina? . ' ,

-No... Bueno... quiero decir... -vacila Mónica.

-¡Por Dios te pido que me hables claro! Mientras estuviste enferma lo viste a tu lado; pero, ¿después...? Dime la verdad; no mientas, Mónica... ¡Por Dios vivo, no mientas!

-Yo estaba sola aquí... -balbucea Mónica-. El fue para mí el mejor, el más amable y respetuoso de los amigos...

,-¡Ah! -prorrumpe Renato en una exclamación de triunfo-. ¿Nada más?

-Bueno, después que estuve enferma, nada más...

-¿Y antes? Dímelo todo, Mónica. Te lo pido de rodillas, te lo suplico como un hermano, y te juro que nada de lo que me digas he de usarlo contra Juan, si tu no quieres que lo haga... Pero hay en tus relaciones con él algo extraño, incomprensible, algo de que necesito estar seguro, y tú no vas a negármelo. ¿Es Juan tu esposo en realidad? ¿Fuiste suya?

No lo sé, Renato -duda Mónica haciendo un esfuerzo-. Mi vida se ha partido, se ha bifurcado... Todo fue distinto desde aquella noche... Hay un paréntesis de sombra y de horror que inútilmente he tratado de recordar. Fue como si muriera, como si cayera al fondo del infierno. Después fue como un lento resucitar. La mujer que fui hasta aquella noche odiaba a Juan del Diablo; la otra, la que volvió a la vida entre estas paredes, la que se miró por primera vez a sí misma como mujer en el agua clara de una fuente, cuando las manos de Juan me inclinaron sobre aquella agua, la que aprendió de sus labios la sonrisa y de sus ojos a mirar al sol, esa mujer... esa mujer ama a Juan, y le pertenece. Es la verdad, Renato, ¡toda la verdad!

Mónica ha terminado llorando, ha inclinado la frente, se ha cubierto el rostro con las manos, y permanece inmóvil, dejando resbalar aquel llanto que produce en(Renato inquietud y tortura ...

-¿Por qué lloras Mónica? ¿Por quién lloras? ¡Dime por quién son esas lágrimas!

Librodot

-¿Qué más te da? ¿No estamos listos para partir ya? ¡Pues. partamos!

-Como mandes. Solamente estaba esperando el parte de la Capitanía del Puerto. Se ha mandado hacer una investigación sobre la suerte del guardacostas...

-¿Qué quiere decir? ¿El barco en que llevaron a Juan no ha llegado aún a la Martinica?

-Hace una hora no había llegado. Pero no hay motivo' mayor para alarmarse. Ese, y todos los barcos que estaban en la ruta del Sur, se desviaron por el temporal. Ya irán apareciendo, ya aparecerá el *Gallón...*

-¡Si es que no ha naufragado! -augura Mónica con exaltación y angustia-. Si algo le ha ocurrido a Juan en ese maldito guardacostas, si ha perdido ahí la vida, ¡no podría perdonar jamás a los culpables!

-Confío en que no haya sido la cosa tan grave, al menos para librarme de la amenaza de que no me perdones jamás -comenta Renato con forzada calma. Y cambiando de pronto, exclama-: ¡Oh! Creo que está ahí la chalupa con los panes...

Ha ido hacia la borda, y Mónica tras él, tensa y desesperada. Pero el rápido paso de Renato se adelanta. Un momento habla con el marinero que acaba de trepar la escala del *Luzbel, dé* una hojeada lee el parte que éste ha puesto en su mano, y se vuelve a Mónica, que llega anhelante...

-Tu Juan del Diablo está a salvo. Este es un despacho cablegráfico del Teniente Britton, que fue_ el encargado de apresar a Juan y de llevarlo custodiado hasta entregarlo a las autoridades de la Martinica.. .

-¿Qué dice? ¿Qué dice ese despacho?

-*"Galión* llegó a Saint-Pierre tras capear temporal en Granaditas. Capitán herido y cinco bajas tripulantes. Salvó situación, pericia Juan del Diablo. Ruego pedir sean tenidos en cuenta servicios especiales". Y firma Charles Britton, Teniente de Regulares Coloniales Británicos en la Isla de la Dominica.

-Renato ha leído el despacho y luego, con suave ironía, comenta-: Un largo cablegrama y una buena noticia para ti, ¿verdad?

-¿No lo es para ti? ¿Acaso deseabas que Juan...?

-No, Mónica -asegura Renato noblemente-. Contra todo cuanto he deseado, Juan es mi enemigo, más enemigo a cada instante, pero no deseo para él una desgracia. No puedo desearla, porque lo más amargo de todo esto es que nunca se aborrece por ..completo a un hermano. No podemos abominar de nuestra propia sangre, sin abominarnos nosotros mismos un poco, y sin sentir también el dolor que causamos... -Hace una pausa, y reponiéndose ofrece-: Y ahora sí, voy a cumplir tu deseo y a dar las órdenes para zarpar...

-¿Cómo? ¿Usted? ¿Sola?

-*Sí,* Gobernador, totalmente sola. Mi pobre suegra está extenuada...

-Recibí unas líneas de ella, rogándome...

-Una audiencia más. Pero tardó usted tanto en responder. . Ella estaba rendida... Logré que descansara, y tomé su lugar. Supongo que para usted es igual. -Suave, comedida, una gentil sonrisa en los frescos labios, responde Aimée a las inquietas preguntas del gobernador de la Martinica, volviéndose luego hacia su única acompañante-: Aguárdame aquí. Ana. Seguramente el señor Gobernador me hará pasar a su despacho para que hablemos un poco más...

El *viejo* gobernador ha vacilado. Son más de las siete de la noche, y un silencioso criado negro ha encendido las grandes lámparas del despacho, a cuya luz dorada, Aimée de Molnar parece más bella que nunca. Sin esperar otra invitación, cruza por la puerta entornada, dejando al otro lado a la oscura doncella acompañante.

-Realmente, mi joven señora, mucho me temo que hayamos agotado el tema esta mañana -intenta disculparse el gobernador, algo turbado-. Hablé a doña Sofía con absoluta sinceridad, puse las cartas boca arriba, pero este asunto va complicándose más y más hasta llegar a ser desesperante. Además, todo parece ponerse de acuerdo para darle un tono

espectacular...

-Entonces, ¿es verdad lo que cuentan? ¿Se portó Juan heroicamente? ¿Salvó el barco?

-Si hemos de creer a Charles Britton, habría para condecorar al tal Juan del Diablo.

-¿Y por que no hemos de creerlo?

-No compagina esa actitud con los cargos que se le hacen, pero basta un poco de fantasía para que la imaginación popular se desborde y la opinión pública comience a voltearse en contra nuestra, especialmente en contra de Renato y de su hermana de usted.

-Pero el nombre de Mónica no figura en ese proceso para nada...

-¿Quién ignora que es ella la clave de todo este enredo? Jueces y testigos están deseando tirar de la manta. Por algo no quería yo hacer caso de las acusaciones, por algo me resistí tanto al empeño de Renato D'Autremont. Pero éste puso las cosas en un terreno que no pude negarme, y ahora... ¡Ahora vaya usted a saber hasta dónde llegará el fango!

-¿Y si yo le pidiera a usted un enorme favor personal?

-Estoy a su disposición, pero le suplico...

-Quisiera hablar a solas con Juan del Diablo. Desde luego, una entrevista absolutamente privada. ¿Por qué no me da la oportunidad?

-¿A usted? ¿A usted, precisamente? ¿No sería encender las habladurías todavía más?

--Pero sí no se entera nadie...

-Esas cosas, por mucho que quieran ocultarse... Una mujer como usted no pasa inadvertida...

-Puedo cambiar de ropa con mi doncella, aprovechar la oscuridad de la noche, taparme totalmente la cara con este chal. Yo me encargo de hacer las cosas con una discreción absoluta. Si usted me da el salvoconducto, corre de mi cuenta todo lo demás. Nadie sabrá nada. Quedará entre usted y yo, y los dos sabemos callar. -Se ha acercado a él sonriente, insinuante, envolviéndole en la vaharada de perfumes que su persona exhala, y sonríe viendo temblar las manos arrugadas-. Se lo agradeceré toda la vida. Gobernador. Estoy absolutamente segura de conseguir que las cosas cambien. Un salvoconducto, cuatro líneas suyas firmadas con su sello, y...

-Está bien. Aguarde...

El gobernador ha firmado. Todavía vacilante mira a Aimée, que sonríe triunfadora, arrebatándole casi el papel de su mano.

-Saint-Pierre... Saint-Pierre, ¿verdad?

-Si, Mónica, estamos llegando. Pero si aún tengo derecho a darte un buen consejo, si aun puedo suplicarte algo, te ruego, te pido que sigas camino para Campo Real... Tu madre te aguarda allá... Tu hermana quedó muy angustiada... mi propia madre...

Tomando las manos de Mónica, como en un repentino arranque, ha hablado Renato, y tiembla la súplica en su voz que se quiebra de angustia. Pero Mónica retrocede, esquivando aquellas manos y rechazando con decisión:

-No me moveré de Saint-Pierre; no me alejaré de Juan. Y si hay algo que de veras quieras hacer por mí, si soy yo la que aún puedo rogarte, suplicarte, implorarte algo, es justamente que me ayudes a acercarme a él esta misma noche. Es preciso que yo le vea, que yo le hable, que sepa lo que piensa y lo que siente... Tú puedes hacerlo, para mí es indispensable. ¡Creo que me volvería loca si me lo negaras!

-Está bien, Mónica, cálmate. No necesitas suplicarme de esa manera... Haré lo posible... Creo que, como esposa legal de Juan del Diablo, tienes derecho a llegar hasta él. Y si es preciso, yo mismo he de llevarte. . .

Arrastrando a su doncella, envolviéndose en el amplio chal de seda para ocultar lo más posible su rostro y su talle, baja Aimée a toda prisa las anchas escaleras de la casa de

Librodot

Gobierno hasta salir por aquella puerta lateral, algo disimulada, que esquiva los grupos de curiosos y la vigilancia oficial de la entrada del frente. Allí está parado el coche que la trajera; rápidamente, ama y sirvienta suben a él, y Aimée ordena al cochero:

-Óyeme, Cirilo. Vas a dar la vuelta muy despacio... Vas a llevarnos al paso por detrás del Hospital y acercarte al Fuerte de San Pedro por el costado. Cuando estemos allí, te diré lo que haces. ¡Anda... arranca... ¡

-¡Ay, mi ama! -se lamenta la asustada Ana-. Usted como que va a meterse en un lío muy grande...

-Baja las cortinillas y desvístete -recomienda Aimée excitada-. Vamos a cambiarnos de ropa. Dame tu blusa y tu falda. Vas a ponerte mi vestido, y a envolverte en mi chal. Me darás tu pañuelo... ¡No, espera! Con el chal voy a quedarme yo, para taparme la cara si hace falta. Toma este velo. ..

-¡Ay, mi ama, mi ama...! -se queja Ana-. Usted como que se ha vuelto tarumba con tanto susto...

-¡Haz todo lo que te digo, sin replicar, estúpida! Tenemos los minutos contados... Cuando pasemos junto al Fuerte, voy a bajarme. Al quedarte sola, levantas las cortinas para que te vean... Te tapas bien la cara con el velo, escondes las manos... Mejor todavía, ponte estos guantes. Vas a dar una vuelta por las calles principales: por el Paseo del Puerto, por la Avenida Víctor Hugo... Quiero que te vean muchos y que todos crean que soy yo la que estoy paseando...

-Pero, mi ama...

-Saint-Pierre es una colmena de chismes. No faltarán los comentarios. Todo él mundo conoce los coches de los D'Autremont... Bueno, ya llegamos... Dentro de media hora pasarán a buscarme por este sitio. -Y alzando la voz, representa la comedia-: Cirilo, para un momento. Voy a dejar a Ana haciendo .unos encargos... Entérate bien de la dirección de esa modista, Ana. Dentro de media hora volveremos por ti^ -Ha saltado a tierra, y ordena-: ¡Sigue, Cirilo! Por el centro y sin parar en ninguna parte. Apura un poco a los caballos ahora...

Aimée ha quedado sola juntó a la sombría fortaleza. Nadie se ve a lo largo de la desierta calle. Un centinela hace la guardia junto a las rejas, a la luz temblorosa de un mechero de gas. Ciñendo más el chal a su cabeza y a su cuerpo estatuario, Aimée de Molnar va hacia aquel hombre, al que informa imperiosamente: - ¡Traigo un permiso del señor Gobernador para ver en seguida al detenido Juan del Diablo!

-El Gobernador no está en la ciudad, Mónica. Salió para Fort de France hará una hora escasa, y probablemente permanecerá allí varios días. Acabo de hablar con el secretario.

-¿Y a quién dejó encargado de sus asuntos?

-Por lo visto, a nadie. Sus asuntos marchan solos, y solamente con un permiso firmado por él se puede visitar en la cárcel a un detenido, en vísperas de proceso. Lo siento, Mónica, lo siento con toda mi alma...

-Entonces, ¿quieres decir que te das por vencido?

-No se me ocurre qué puedo hacer... Se me cierran los caminos legales...

-Y tú, naturalmente, no sabes otros. Está bien, Renato. Gradas por todo. Entonces, déjame.

Renato se ha puesto de pie cerrándole el paso, deteniendo su gesto de huida. Están ya en Saint-Pierre, en la antesala de aquella pequeña casa, muy cerca de los muelles, donde por tantos años habitara el notario Pedro Noel. Es allí a donde Renato ha llevado a Mónica buscando para ella un lugar apartado de los hoteles, un sitio familiar donde librarla de la curiosidad que ya rodea su nombre. Por la única ventana abierta penetra el ruido de la pequeña y populosa dudad, y en la puerta de la vetusta estancia aparece la figura familiar de Pedro Noel, con una expresión de profunda sorpresa en los ojos cansados:

-¡Mónica... Renato...! ¡Pero cuánto honor!

-Perdónenos por haber tomado su casa por asalto, más Mónica pretende un imposible. Su único deseo es ver a Juan esta misma noche, pero el Gobernador ha salido para Fort de France y sólo él puede dar el salvoconducto necesario.

Librodot

-Perdóneme si me cuesta trabajo comprender lo que usted me dice, Renato.

-No me sorprende su asombro. Noel. Pero esto no es nada... Mónica les reserva a todos grandes sorpresas.

-Ya lo veo. 'Su actitud es verdaderamente admirable. Creo que puedo ayudarla, hija mía. Quien hizo la ley, hizo la trampa. Yo conseguiré que hable usted esta noche con Juan.

-¡Noel...!

Mónica ha ido hacia el notario, estrechándole las manos, tensa de gratitud el alma, mientras el viejo servidor de los D'Autremont deja desbordarse el torrente de su sinceridad:

-Cuente conmigo para todo. ¡Para todo! También yo, a pesar mío, sufro y tiemblo por la suerte del hombre, como temblé por la del-muchacho. También yo pienso que, en el fondo, Juan...

-¡Basta! -ataja Renato con Brusquedad-. No necesita usted hacer el panegírico. Con que le cumpla a Mónica la palabra que ha dado, será bastante. Sus declaraciones son absolutamente extemporáneas. Noel...

-Dispénseme, Renato, no siempre puede uno callarse -recuerda Noel con dignidad y haciendo esfuerzos por no perder el gesto ecuánime y afable-. Pero, en fin, dispénseme, y manos a la obra. En la puerta está el coche. Venga usted conmigo, Mónica, habrá que aprovechar la oportunidad en el instante en que se presente...

-Voy yo también -indica Renato.

-No es necesario -rehusa Mónica.

-Iré aunque no desees mi compañía. No he hecho lo que he hecho para negarte el apoyo en el momento en que más puedas necesitarlo...

-¡No quiero forzar tus sentimientos!

-Tú tienes un plan, y yo otro, Mónica. No estoy estorbando el tuyo, ni estoy cerrándote el paso, como supones. Al contrario, quiero que libremente hagas lo que te dicte tu conciencia... Permíteme a mí satisfacer a la mía en cambio. Si Noel hace el milagro de conseguir la entrada al Fuerte de San Pedro, te dejaré a solas con tu Juan...

-Mi amo... Mi amo... Mire para allá. .. Al llamado de Colibrí, Juan se ha alzado despacio en el oscuro rincón donde deja su cuerpo reposar. Es una de las enormes galeras semisubterráneas, abiertas .en el mismo corazón de Jas rocas, base y entraña del viejo castillo de San Pedro, una de tantas fortalezas que, como banderas de conquista, clavaron los gobiernos coloniales sobre las islas del Caribe. El techo es muy bajo, las paredes chorrean humedad, pero a través de la larga reja que queda justamente a la altura de la cabeza del muchacho, se ve el piso de granito del ancho patio, el arco de la entrada interior, el farol, y, a su luz vacilante, la silueta de una mujer que parece discutir con el centinela, enseñar una vez más el papel que trae, ceñir luego con más fuerza, al cuerpo estatuario, el chal de seda, y seguir, a una seña del centinela, los pasos del guardián cargado de llaves... . '

-Es el ama... -señala Colibrí.

-¿Mónica? ¿Mónica aquí?

-Seguro que viene a sacamos, patrón. Ella no quería que los soldados me llevaran... Ella es muy buena...

-¡Calla!

El corazón de Juan ha temblado. Con un esfuerzo de su vista de águila ha podido percibir las cosas más claras a pesar de la oscuridad. La mujer que se acerca, alta, delgada, flexible, de andar sensual, tiene algo en el aire que no concuerda con la falda dé colorines, con el típico traje de las mujeres más humildes que parece llevar como un disfraz. Un rayo de insensata esperanza ha bañado su alma... Cada uno de aquellos pasos que siente acercarse, es como un golpe de su corazón, estremeciéndolo, despertándolo, haciéndolo latir de nuevo al influjo caliente de la sangre... Como un lanzazo de oro, con herida luminosa, siente que" ama a aquella mujer, que tiembla por ella, que por ella aguarda, que a sí mismo se presenta ya cien explicaciones, cien disculpas... Conteniendo el aliento ve abrirse las rejas, alzarse la mano del carcelero para poner un hachón encendido en el garfio de la entrada, y retroceder, dando paso

a la mujer que se acerca a la luz rojiza y humeante de aquella iluminación primitiva...

-¡Juan... mi Juan...!

Aimée se ha arrojado en los brazos, que no la rechazan, que la sostienen sin estrecharla, que la oprimen tensos de una emoción sin nombre, mientras el alma entera de Juan, un instante asomada a la luz del día, tiembla antes de sepultarse, cayendo hasta el fondo del más profundo abismo de su vida, mientras murmura sorprendido:

-¡Tu... Tú... Eras tú... ¡

-¿Quién sino yo podía venir a buscarte donde estés, como estés, por encima de todo? ¿Quién sino yo te quiere con toda el alma, Juan? ¡Con toda el alma!

-Por aquí, con cuidado -recomienda el viejo Noel-, Déme usted la mano, Mónica, el piso está muy resbaladizo, pero es precisamente en este patio donde tenemos que aguardar.

-¿No le dio ese hombre ningún papel? -pregunta Renato en voz baja y malhumorada.

-No puede dármelo. Como alcaide de la fortaleza, es suya toda la responsabilidad de lo que ocurra con los presos, pero no tiene autoridad para firmar salvoconductos. Ni siquiera en un caso tan delicado como éste se atreve a dar una orden verbal, pero nos proporciona la oportunidad de que aprovechemos el cambio de guardia. Ahora hablaré con el cuidador de estas galeras, que es el hombre de las llaves. Durante casi quince minutos está .este patio sin guardia de soldados, y es el tiempo en, que Mónica puede entrar a la galera de Juan y hablarle sin testigos, mientras usted y yo la esperamos...

-¡Sí, si, se lo agradeceré toda mi vida! -asegura Mónica.

-Espere-advierte Noel-. Creo que nuestro preso tiene un visitante...

A través del anchísimo patio han visto la luz rojiza del hachón que ilumina la galera. Están en el ángulo que forman dos gruesos muros, y sobre sus cabezas, por los estrechos pasadizos de los muros, cruzan los centinelas montando guardia...

"En cuanto dejen de cruzar esos fisgones, nos acercamos, y entra usted en la celda, Mónica -indica el notario-. Tengo entendido que lo encerraron solo con el muchacho que era grumete de su barco. Los demás están en el otro patio...

-¡Por favor, calle ¡

Mónica ha creído oír una voz, una palabra, una frase que el aire lleva hasta sus oídos, y contiene la respiración para escuchar, pero sólo llega a ella el paso monótono de los centinelas, sólo ven sus ojos anhelantes aquella reja iluminada tras la que se mueven formas confusas...

Bruscamente, Juan ha retrocedido, cortando de un tirón el nudo de aquellos brazos ceñidos a su cuello, como si al arrancarlos quisiera arrancarse también la angustia que le ahoga, que le atenaza la garganta, como si toda esta angustia estallara en un impulso brutal contra aquella que palidece frente a su rudeza. ..

-¿Para qué has venido? ¿Qué vienes a buscar aquí? ¿Quién te mandó a mí? ¿Tu hermana? ¿Tu marido?

-¡Basta, Juan! Nunca fui a tí mandada, he venido por mi propia cuenta, porque estoy de tu parte, porque no quiero hacerme cómplice de la infamia tramada contra ti... He venido, ya te lo dije, ya lo grité al entrar: ¡He venido porque te quiero. Te quiero, aunque cien veces me hayas despreciado, aunque rechaces mis caricias, aunque respondas con insultos a las palabras con las que te entrego el alma... He venido exponiéndome a todo, ¿y esa es la gratitud que me demuestras? ¡Si tú supieras lo que he sufrido, lo que he llorado por no haber tenido el valor de ir contigo! Hice mal... Sé que hice mal... Merezco tus insultos, pero no tu odio; merezco tu rencor, pero no tu desconfianza. ¿Por qué estoy aquí, sino porque te quiero, porque no puedo vivir sin ti?

-¿*Y* tu hermana? ¿Dónde está tu hermana?

Juan Ha detenido el ademán con que Aimée va a arrojarse en sus brazos, creyendo al fin vencida su resistencia. Y más que su ademán, es rotunda valla de hierro aquella pregunta que

Librodot

ha escapado de sus labios con fuerza brutal, y que otra vez restalla imperiosamente:

-¿Dónde está tu hermana? ¿Qué hace? Está de acuerdo con Renato, ¿verdad? ¿Fue cosa suya todo esto? ¿Fue cosa suya?

-¿Es todo cuanto se te ocurre responderme? -reclama Aimée ofendida.

-¡No estoy respondiendo, sino preguntando! ¿Qué sabes de Mónica? ¿Fuiste tú con Rehato'a la Dominica? ¿Fue él solo a buscarla? ¿Qué movió todo esto? Una carta de Mónica, ¿verdad? ¡Por Dios vivo, habla!

-¿Es eso todo lo que te interesa? -reprocha Aimée indignada-. ¿Mi amor, mi locura, mi presencia aquí, exponiéndome a cuanto me expongo, no significan para ti absolutamente nada? ¡Eres un miserable un ingrato, y yo la única estúpida en todo esto! ¿Qué me importa que te acusen de lo que quieran, que te juzguen jueces comprados y que te hundan para siempre en una cárcel? ¿Qué me importa que acaben contigo si tú no eres más que un ingrato?

-¿Qué estás diciendo, Aimée? -pregunta Juan visiblemente anonadado-. ¿Qué es lo que has dicho?

-¡Que eres un estúpido, un iluso, un niño a quien cualquiera engaña! Te interesa Mónica, te importa lo que ella pueda pensar de ti, estás tratando de averiguar conmigo si es ella quien te ha denunciado, ¿verdad? Pues bien, sólo un tonto haría semejante pregunta.

-¿Por qué un tonto? ¡Yo no hice nada contra ella! ¿Qué dice ella que hice?

-¡Ah, no sé! Probablemente horrores, cuando Renato toma la actitud que ha tomado... Renato y todos... Doña Sofía, hasta mi pobre madre, que no se mete en nada, casi se volvió loca cuando le llevaron la carta- de Mónica...

-¿La carta de Mónica? ¿Escribió Mónica a tu madre?

-¿Es que no lo sabes?

-Tenía la sospecha, pero no hubo tiempo material de que llegara la carta que yo pensé pudiera ser la suya... Para que esto haya sido provocado por una carta de Mónica, ha tenido que escribir desde antes, desde mucho antes... Pero, ¿cuándo? ¿Cómo?

-Oí decir algo de un médico...

-¡Ahí ¡El doctor Faber! Escribió el doctor Faber, ¿eh?

-Cuando yo digo que eres un tonto, que te fías del primero que llega...

-Yo no me fío de nadie, y de ti menos que de nadie. ¡Probablemente mientes para hacérmela odiar! ¡Quieres que la aborrezca, que la juzgue traidora! No es la primera vez que intentas hacérmelo pensar. ¡Quieres que la odie, que vaya contra ella! -

-Pienso que es ella la que tiene que odiarte... Y si tú, como hombre, te has vengado.;.

-¡No me he vengado! De ella no tenia por qué vengarme. No me hizo ningún daño voluntario.,. Fue una víctima de las circunstancias... Víctima de tu maldad y de tus intrigas; víctima del egoísmo y de los celos de Renato... Fui contra ella en un momento de ceguera, pero ni es culpable, ni... -Juan se interrumpe de pronto y con gran ira, pregunta-: ¿Por qué te sonríes de ese modo?

-Perdóname. Juan -se disculpa hipócritamente Aimée, disimulando su satisfacción-. Cálmate. Eres un verdadero tigre... No hay que tomar así las cosas... Si tuvieras un poco más de mundología, no te sorprenderías por nada... Ya veo que Mónica te interesa extraordinariamente... ¡Eres el más imbécil de los hombres, el más ciego y el más estúpido! ¿No te das cuenta de que, en realidad, las únicas víctimas somos tú y yo?

-¿Tú? ¿Tú víctima?

-¡Tú y yo! Me refiero a los hechos... ¿Dónde estás?

-Detenido, desde luego. Pero no me pueden acusar de nada. He demostrado quién soy durante el temporal, y ahora le haré frente a lo que venga, y mi inocencia quedará probada. No hice nada contra Mónica... Tengo testigos...

-¡Qué ingenuo eres! Piensas que van acusarte de haberla maltratado? ¡No! Hay mil cosas de las que te acusan... Mil cosas que tienen un fondo de verdad... Mil cosas con las que van a hundirte sin remedio... Ya lo verás... Mónica no te acusa... ella queda al margen. Probablemente, si la llaman a declarar, lo hará en favor tuyo. Puede que hasta te *dé* públicamente las gracias por tus atenciones cuando estuvo enferma. ¿Qué importa eso, si está bien segura que no vas a escapar, porque te han tendido un lazo del que nadie se salva?

-¿Qué dices, Aimée?

-Cuando lo supe, no pude soportarlo,.. me jugue el todo por el todo... Con engaños logré que mi suegra me trajera a la capital. A espaldas suyas, aunque usando su influencia y su dinero, llevo tres días luchando para que las cosas no sean tan malas para ti. He movido influencias, me he valido de mis antiguas amistades, he llorado y suplicado a los pies del Gobernador...

-¡No... no es posible! ¡No es verdad lo que dices!

-¿Cómo crees que he entrado? Mira: un salvoconducto firmado por su mano. Lo obtuve, prometiéndole en tu nombre, jurándole, que serías comedido en tus declaraciones de mañana. Quieren aplastarte, pero le tienen miedo al escándalo, sobre todo mi suegra. Ya sabes... te odia, te aborrece...

-¡Esa si!

-Y también los demás -desliza Aimée, suave y pérfida-. ¿Crees que no conozco el sistema monjil de mi hermana? Sola contigo, entregada a tu albedrío, seguramente se puso tierna, cariñosa y suave... Hasta te haría creer que le gustabas...

-Jamás! ¡Nunca perdió la dignidad! ¡Nunca dejó de ser la mujer alta y pura que... ¡

-¿Qué es eso? ¿Qué es eso, Juan? -interrumpe Aimée algo asustada al escuchar el toque de una corneta lejana.

-No sé... Probablemente el cambio de guardia...

-¡Oh, qué loca soy! Tengo que irme, tengo los minutos contados...

-¡No te irás después de haberme enloquecido! ¡No te irás sin acabar de hablar!

-Pues bien, no me interrumpas y óyeme hasta el final. Todo esto vino por las cartas o por las noticias de Mónica. A mí no se me informó más que a medias, pero estoy absolutamente segura de que esa es la verdad. Ya sabes que ella quiere a Renato, que lo quiso siempre, y yo tuve la candidez de decírselo a él. Halagado en su vanidad de hombre, está ahora completamente de parte de Mónica, y quiere quitártela por todos los medios y sin importarle nada.

-¡Canalla...! -se subleva Juan mordiendo las palabras-. Pero, ¿y ella?

-Ella es cera blanda en su manos...

-¡No! ¡Mientes! Ella me dijo que su vida había cambiado, que al lado mío todo era distinto... Que era feliz... Sí... me dijo que sentía algo qué podía llamarse felicidad. ¡Me lo dijo bien claro! .

-Mónica es maestra en las artes del disimulo. No olvides nunca ese pequeño detalle. Renato quiere deshacerse de mí, y cualquier cosa que tú digas de nuestro pasado la usará en contra mía para lograrlo...

-¿De nuestro pasado? -Tienes que callarte eso, Juan. ¡Callar, pase lo que pase! Te acusarán de contrabandista, de pirata, por deudas, por embargos, por riñas... Amontonarán cargos contra ti... A Mónica no la nombrarán, no quieren que tú hables de ella, quieren evitar el escándalo, ya te lo dije antes... Y si tú no lo provocas, el Gobernador me ha prometido que los jueces serán benévolos. Si no provocas un escándalo, puedo salvarte, y te salvaré, Juan, te salvaré... Seré yo quien te salve.

-Mónica, ahora es el momento -señala el viejo notario al oir el toque lejano de una cometa.

-Vamos -invita Renato.

-No, Renato, sería una imprudencia -advierte Noel-. Usted y yo aguardamos. Mónica sabe perfectamente lo que tiene que hacer, ¿verdad? Dé la vuelta, camine sin dejar la sombra del muro. El hombre de las llaves le abrirá, la dejará pasar... Cuando suene de nuevo la corneta, despídase y vuelva aquí por el otro lado... Saldremos del Fuerte sin ser vistos, y de lo que usted hable esta noche con él dependerá seguramente el juicio de mañana...

Con paso rápido y silencioso le ha dado Mónica la vuelta al ancho patio. Ya está cerca, muy cerca, a sólo un paso de la larga reja. A la' altura de sus rodillas, saliendo de la galera semisubterránea, el resplandor rojizo del hachón. Temblando, se ha inclinado para mirar un momento... Sí, allí se encuentra Juan, pero no está solo. Una mujer está junto a él... una mujer

de espaldas a la reja, y los ojos de Mónica se agrandan de sorpresa, de espanto... No puede verle aún la cara, pero tiembla como si un grito de su propia sangre denunciara la sangre hermana que hay bajo aquel disfraz. Sus rodillas se han doblado, sus manos se aforran a la reja, a su oído llega, como el veneno más sutilmente destilado, una voz demasiado familiar, la voz trémula de deseos y de ansias de Aimée:

-No tienes que agradecerme nada. Soy tuya para siempre, como tú eres mío, y nadie te arrancará de mi corazón porque te quiero y soy tuya, Juan, sólo tuya, aunque no podamos proclamarlo, aunque nos sea preciso fingir y callar... por lo menos hasta que logres salvarte, hasta que se abran para ti las puertas de esta cárcel, hasta que venzas todos los obstáculos... Entonces iré a donde me lleves y te perteneceré en cuerpo y alma, aunque ya te pertenezco de ese modo.

Mónica ha cerrado los ojos, se ha mordido los labios hasta sentir en ellos el sabor amargo de la sangre. Luego, como impulsada por una fuerza irresistible, se ha arrancado de aquella reja y ha echado a andar como una sonámbula.

-Mónica, ¿de regreso ya? -se sorprende Noel-. Pero todavía no ha sonado el cambio dé guardia...

-¿Tan pronto? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? -indaga Renato también sorprendido.

-Nada -proclama Mónica con voz ahogada.

-Pero, ¿por qué ¿Acaso el carcelero..,? Me había prometido abrir la reja...

-La reja no está cerrada, pero Juan no se encuentra solo... Supongo qué se trata de su abogado... Alguien que promete salvarlo...

-Entonces, ¿no quiere usted verle? -pregunta Noel.

-Le veré en el juicio.

-En el juicio no tienes por qué presentarte -refuta Renato-, Las acusaciones que hay contra él no te conciernen, y ni siquiera como testigo estás citada.

-De todos modos, iré. Mañana estaré en el juicio cumpliendo con mi deber de decir la verdad. Esta noche no tengo nada que hacer junto a él. Llévame a casa, Renato, llévame a casa...

-¡Chist! -silencia Noel-. Creo que ya sale el visitante. Si, como usted supone, es el abogado, me gustaría hablarle...

-¡No, no! ¡Vamonos, vamonos! ¡Llévame en seguida, Renato! ¡Cuanto antes!

-Me dejas ir sin una palabra, sin un consuelo, sin una esperanza... .

Aimée ha llegado hasta 'Juan, clavándole en el brazo los finos dedos nerviosos, y ha buscado con ansia sus pupilas a la luz rojiza del humeante hachón que ya se apaga... El nada responde, nada ha respondido durante mucho rato en el que la ha oído sin escucharla ausente el alma y amargos los labios. No, no piensa en ella, no la ve frente a él. Su imaginación le lleva lejos, muy lejos, recorriendo hora por hora, día por día, etapa por etapa, aquel extraño viaje en que el *Luzbel* surcó los mares llevando- a Mónica de Molnar. Cree verla, cree escucharla, y murmura como para sí:

-Mónica... Mónica capaz de fingir, de mentir, de engañar. . Mónica como todas: hipócrita y liviana...

. -¿Cómo todas dijiste? -se ofende Aimée, y con perfidia agrega-: Hipócrita, sí; pero no la culpes, pues es natural... es fiel a su amor por Renato, como yo lo soy al mío. Las Molnar somos fíeles, aunque tú pienses lo contrario...

-¡Déjame! -se revuelve Juan airado.

-Naturalmente que tengo que dejarte... Ya viene el carcelero. Acaso cuando te quedes solo pienses en cuánto he arriesgado por acercarme a ti y en todo el amor que desprecias al despreciarme. ¡Eres cruel, Juan, cruel e ingrato, pero en la vida esas deudas se pagan! Vine en son de paz, pero no olvides que quien puede salvarte puede también perderte, que tu libertad, y acaso tu vida, están en mis manos...

-¡Si es así, puedes hacer de ellas lo que quieras!

Librodot

-¿No te importa? No te importa más que Mónica, ¿verdad? Pues si he de hablarte con franqueza, no te creo. Estás fingiendo para enloquecerme, para torturarme... ¡Siempre tuviste un placer salvaje en hacerme llorar! Vas a arrepentirte... ¡Te juro que vas a arrepentirte! ¡Si llegas a lograr que yo me convierta en tu enemiga, desearás no haber nacido, Juan!

13

-MONICA... MONICA... ¿NO me oyes? Como regresando con una sacudida, Mónica ha vuelto levemente la cabeza para mirar a Renato sentado junto a ella, en el carruaje detenido frente a la entrada principal del Fuerte de San Pedro, y Pedro Noel contempla con inquietud y desconsuelo a aquella espléndida pareja que parece ignorarlo: ella, como hundida en sus pensamientos; él, arrastrado a ella como por una fuerza superior a su voluntad...

-Has dado una gran prueba de sentido común no entrando en esa celda en la que iba a verte un extraño. Sin embargo, me hubiera gustado saber que clase de abogado va a defender a Juan del Diablo...

Renato ha observado con ansia el rostro de Mónica, que permanece inmóvil, impasible, cerrado en un misterio que es para él insoportable. Sólo un reflejo de angustia se asoma a las azules pupilas de Mónica, cuando recorren la ancha plaza, para volverse luego a él, interrogadora:

-¿Qué esperamos aquí? ¿Por qué no nos vamos?

-Cuando gustes... Si quisieras ser absolutamente razonable y me permitieras llevarte hasta Campo Real..; Allí están todos ... '

-Perdóneme, Renato -interviene Noel-. Olvidé decirle que doña Sofía y Aimée están en Saint-Pierre desde ayer por la tarde. En vano les advertí que probablemente usted se disgustaría, pero doña Sofía respondió que tampoco se cuidaba usted mucho de no disgustarlas a ellas...

-Hacía más de veinte años que mi madre no visitaba Saint-Pierre -advierte Renato visiblemente molesto-. Siempre se negó a acompañar a mi padre. Odiaba la ciudad, el camino, el carruaje por largas horas... ¿En qué lugar están?]No habrán ido a un hotel!

-Doña Sofía se ha instalado en la vieja casa de ustedes, cerrada desde la última vez que don Francisco estuvo en Saint-Pierre, hace más de quince años... Trajo servidumbre, y parece decidida a pasar una temporadita...

-Las haré desistir de ese capricho absurdo. Nada tienen que buscar en la capital, ni tú tampoco, Mónica. Vamos allá... Creo poder convencerlas... Lo único razonable que pueden hacer es seguir camino esta misma noche...

-No me lleves a tu casa, Renato. ¡Te lo ruego, te 1o exigiré si es preciso! No iré sino a mi casa....

-¿A tu casa? ¿A tu casa de cerca de la playa? ¡Pero es absurdo! Allí ni siquiera tienes servidumbre...

-Quiero estar sola, quiero proceder libremente como lo que soy: la legítima esposa de Juan... y tu adversaria en el juicio contra él. Es el lugar que me corresponde, y sabré llenarlo a pesar de todo. .

-¿A pesar de todo? ¡Es una forma .de confesar que le debes ofensas a Juan! Sin embargo... .

-Sin embargo, cumpliré con mi deber, Renato. Llévame a mi casa, o me bajaré del coche e iré yo sola por mis pasos...

-No puedes quedarte sola en un lugar como ése...

-Sola he de estar desde ahora en adelante. Entiéndelo de una vez por todas, Renato. Debo estar sola, quiero estar sola, necesito estar sola...

Ha temblado en sus ojos el fulgor de una lágrima, y Renato D'Autremont se muerde los labios para contener la frase rabiosa a punto de escapar, y acata:

-Está bien... como quieras... -Y alzando la voz, ordena al cochero-: Esteban, toma el camino de la playa. Vamos a la casa de los Molnar...

Librodot

Como una sombra ha cruzado Mónica las anchas habitaciones cerradas. No se ha detenido ni siquiera para abrir las ventanas; como si una ráfaga de desesperación la impulsara, corre hacia el ancho patio, llega hasta la arboleda del fondo, se hunde entre la hojarasca, abre la puertecilla de la verja que da sobre los acantilados, y un instante queda inmóvil sobre la negra roca, frente al mar ahora bañado por un plenilunio de plata... Una fina lluvia salobre la baña a cada golpe de mar, pero ella avanza sobre las rocas resbaladizas hasta el mismo borde en el que bruscamente la tierra se acaba... Allá está el Luzbel... Ve balancearse sus desnudos mástiles, y ,un dolor quemante, que tiene amargura de celos, se desborda en lágrimas que llegan a sus labios más amargas que la espuma salobre que arroja el mar:

-Juan... Juan... Aun eres de ella, aun le perteneces... Para siempre le pertenecerás... Eres mendigo de sus besos, esclavo de su carne... No es cierto que te quiera con toda su alma. ¿Acaso tiene alma? ¡No, no la tiene ni vale la pena de tenerla! ¡Qué feliz serás con ella en esas islas salvajes! ¡Con cuánta ansia la amarás sobre las playas desiertas... ¡ Y yo seré sólo una sombra de quien un día tuviste piedad...

-Mónica... Mónica... ¡ Pero, ¿está loca? ¡Va a resbalar, va a caer al abismo! Por favor, venga... Venga... Pedro Noel se ha acercado a Mónica y la ha arrastrado, casi a la fuerza, del borde del acantilado, y clava en ella su angustiada mirada interrogadora-: Mónica, ¿qué hacía usted allí? ¿No iría usted a...?

-No, Noel, soy cristiana...

-Pero, ¿por qué .ha cambiado de ese modo? ¿Qué pudo hacer que usted cambiara así? ¿Quién estaba con Juan?

-¿Qué importa un nombre? -evade Mónica con profunda desilusión-. Yo cumpliré con mi deber mañana... Nada más... Y ahora. Noel...

Sobreponiéndose al sollozo que ahoga su garganta, Mónica ha extendido el brazo con significativo ademán que señala a Noel el camino de la desierta calle...

-No puedo dejarla sola, Mónica. Le rogué a Renato que me dejara regresar, con la esperanza de que mi presencia no le desagradara, que mi compañía le fuese tolerable... Pero...

-Perdóneme, Noel, pero en este instante... -rehusa Mónica conteniendo a duras penas su impaciencia.

-Me doy cuenta que en este instante no está usted para cortesías, y no es eso lo que espero, sino realmente no molestarla. Además, tenía un interés, una esperanza que usted ha desvanecido. .. No era un abogado quien estaba en la celda de Juan, sino una mujer, ¿verdad? ,

-Sí, Noel... No, no era un abogado... Pero, ¡por Dios, calle!

-Callaré... ¡quién lo duda! Desde luego que tengo que callar. Pero, ¿quiere que le diga lo que haría yo en su lugar? Decirlo a gritos, no guardar consideraciones de ninguna clase. Ya basta, ¿sabe usted? ¡Ya basta!

-¡Le he rogado que calle! Y también que me deje. Noel. No va a ocurrirme nada. Sólo necesito estar sola, hallarme a mí misma...

-Perdóneme, Mónica. Sólo estaba calculando sus sentimientos, tratando de ver y de palpar hasta el final lo que de pronto me pareció un imposible. Usted, mi pobre niña, ama a Juan...

-¡No... No...! ¿Por qué tengo que amarlo? -protesta Mónica sin convicción-. Guardo para Juan un poco de gratitud, eso es todo...

-Mónica, ¿por qué no hablamos con franqueza? -se decide Noel-. No me mire como un enemigo de Juan... No lo fui nunca. No me mire como un empleado de la casa D'Autremont... Lo fui y, probablemente, lo seré hasta que me muera. Pero los sentimientos son aparte... Bueno, la verdad es que no debo seguir hablando. Sería indiscreto...

-No, Noel, no es indiscreto. Sé perfectamente quién es Juan, y por qué seguiría usted sirviendo a la casa D'Autremont aun poniéndose de su parte. Además, eso es un secreto a voces, que creo no lo ignora nadie... Lo saben esos jueces, que verán de qué lado se inclina la balanza; lo sabe el populacho, que ya murmura; lo sabe la aristocracia, que finge ignorar lo que en cierto modo la mancha; y, seguramente, lo sabrá ese gobernador que huye para esquivar responsabilidades...

-Va usted muy lejos, Mónica...

-No, Noel. Quise ir muy lejos, pero fue sólo tras un sueño imposible... Otra vez estoy en la realidad, he despertado, y son estas piedras, es esta playa, es este mar, quienes me imponen

Librodot

la verdad que el corazón rechaza. El sueño quedó lejos... en las playas de San Cristóbal, en las viejas calles de la isla de Saba, en la fuente donde se asomaron juntos nuestros rostros, buscándonos el alma... El sueño sólo vivió en mí, sólo estuvo en mi mente, sólo yo le di calor humano. Era una ilusión, y se ha desvanecido; un castillo de naipes que el primer soplo ha derrumbado. Juan es el que siempre fue, el que siempre será, sólo que se han perdido las rutas, se han enredado los caminos... El es el que fue siempre, y yo no soy nada, no soy nadie...

-Se equivoca... Usted es la única que puede sacar a Juan •del abismo en que está... No se deje llevar por un sentimiento de violencia...

-No, Noel, ya no... Eso fue antes, cuando mis ojos estaban deslumbrados. Fue un momento de luz vivísima, fue la única hora de sol de mi vida, pero el sol se ha apagado y ahora marcho otra vez a tientas por el túnel de sombras... Pero no se preocupe, conozco demasiado los caminos del dolor y del abandono. .. Los conozco tanto, y me son tan familiares, que no tengo sino que dejarme llevar por ellos... En el camino de mi vida, la única intrusa es la esperanza. Y ahora, déjeme. Noel, y vayase tranquilo. .. Nos veremos mañana en los tribunales...

-¿Acepta mi compañía? ¿Puedo venir a buscarla?

-No quedaría bjen. Noel. Usted es el notario de los D'Autremont, y yo la esposa del acusado...

-Tengo que confesar que no le falta razón, Pero, prescindiendo de ciertas formalidades... Bueno, ¿no hay nada que pueda hacer por usted?

-Creo que sí. Junto a Juan está encerrado el niño, contra el que no puede haber ningún cargo. Haga que lo pongan en libertad...

-Me ocuparé de eso con todo mi empeño... Y, cumpliendo sus deseos, debo decirle: hasta mañana...

-Hasta mañana. Noel.;.

Con la cabeza baja se ha alejado el anciano, pero Mónica no contempla su figura borrosa... La luna se ha ocultado entre las nubes, y el viento trae aquel lejano llamado de campanas que es para Mónica como la resurrección de su pasado... Cree vivir meses atrás; las blancas manos buscan inútilmente, por instinto, el rosario que otro tiempo colgó en su cintura; luego, caen con gesto de supremo cansancio, y otra vez pasa aquel pensamiento golpeando su frente como un ala al pasar:

-Todo fue un sueño.. un sueño, y nada más...

-¡ Renato... Renato de mi vida...!

Aimée ha llegado junto a Renato... Va trémula, convulsa, sin que las ansias e inquietudes que finge le hayan impedido atender al último detalle de su tocado: pálidas las mejillas, encendidos los labios, sombreados los grandes ojos oscuros, tibia, suave y perfumada, cuando se arroja en brazos de Renato, en quien aquel contacto no provoca el efecto deseado. Grave y frío, la detiene, retrocediendo un paso, al tiempo que la interpela:

-¿Quieres hacerme el favor de recobrar la calma? Quiero . que me digas por qué te encuentro en otro lugar de donde te he dejado.

-No fue culpa mía. Doña Sofía se empeñó en que les esperáramos acá. Yo no quería venir... Ella me trajo...

-Entonces, será ella quien me lo diga...

-¡No, no, Renato! ¡Aguarda!

-Acabas de decirme que fue ella. Además, no quiero discutir contigo ni pedirte cuentas de nada. Ya que mi madre se ha empeñado en echar sobre sí toda la responsabilidad, ya que te has puesto a su voluntad y a su amparo...

-¡Yo no me he puesto al amparo de nadie! Es tu madre, y admito las cosas por no disgustarte, pero creo que ya fue bastante. Me casé contigo, no con ella...

-No protestes tanto... Acaso le debes más de lo que supones ...

-Aunque de verdad le deba la vida, aunque hubieras sido tú de veras capaz de matarme, te repito lo mismo: Es contigo con quien estoy casada... Es tu amor lo único que me interesa. ..

Librodot

- -¿De veras? -comenta Renato con franca incredulidad-. ¿Te interesa mi amor?

-[Qué ciego y qué malo eres preguntándomelo de esa manera! -se queja Aimée fingiéndose dolida-. ¿Por quién, sino por tu amor, he sido mala? ¿Por quién, sino por ti, sacrifiqué a mi propia hermana? ¿Por quién, sino por ti, me estoy muriendo de pena? ¡Mi Renato...!

Se ha arrojado en sus brazos, que esta vez no se atreven a rechazarla, y mientras los grandes ojos azules bajan hasta mirarla con mirada cada vez. menos dura, ella esgrime de nuevo el arma eterna de sus lágrimas:

"Necesito saber que me quieres como antes... Necesito saber que me has perdonado... Necesito saber que no te importa nada ella, para no volverme loca de celos... ¡para no odiarla!

-¡Basta! Hemos cometido grandes errores... Estoy esforzándome por enmendarlos. Por culpa tuya, y mía también, han ocurrido cosas que no debieron ocurrir nunca... He asumido toda la responsabilidad, y lo mejor que puedes hacer, si deseas complacerme, es volver a Campo Real y aguardar allí al lado de tu madre...

-¡Sola, abandonada, sin ti... I Al fin y al cabo, ¿a quién le importa que esté yo aquí? No le hago daño a nadie. No hago más que aprovechar los momentos libres que quieras dedicarme. .. ¡Me siento tan sola, tan desesperada cuando tú no estás! A la que debes mandar a Campo Real, con mamá, es a Mónica.

-Quise hacerlo; quise alejarla a todas ustedes de este asunto tan desagradable, y afrontarlo y resolverlo yo solo, pero Mónica no escucha mis consejos. Me ha recordado que no es ya sino la esposa de Juan del Diablo.

-Efectivamente -corrobora Aimée conteniendo su despecho-. ¡Me da una rabia! Es absurdo, Renato... Le hicimos mucho daño... mucho daño...

-Es lo que temo, Aimée. Le hicimos tanto daño, que no podrá perdonarnos jamás, que no nos perdona y su desquite es esa adhesión a Juan, con la que parece insultarme.

-¿Adhesión a Juan? -se alarma Aimée, tragando bilis-.. ¿Mónica es adicta a Juan?

-En cuerpo y alma. Al menos, esa es su actitud... Actitud que me enfurece, que me ofende, pero frente a la que no tengo fuerza moral. Al fin y al cabo, de cuanto haya sufrido con él, somos nosotros los responsables.

-A lo mejor no ha sufrido tanto... Mónica es tan rara;.. A lo mejor le gusta esa fiera...

-¿Puede gustarle? ¿Crees tú que pueda gustarle? -Renato ha mirado a Aimée de un modo extraño, oprimiéndole el brazo con los dedos crispados, otra vez al desnudo la cruel herida de su amor propio-. ¡Responde! ¿Crees que pueda gustarle? Tú eres mujer, y...

-¡Por Dios, Renato, me estás lastimando! Y además, pensando otra vez esa cosa horrible... [No vuelvas a ponerte como un loco! ¡Me das miedo...!

-A veces pienso que eres como una niña: inconsciente, alocada... Entonces te perdono de todo corazón. Pero otras, otras... ¡Esto es peor que una pesadilla!

-¡Espanta la idea mala! ¿Acaso no te he confesado ya toda la verdad?

-¡Júrame que no hay más de lo que me has confesado! ¡Júramelo!

-Bueno... por... por... ¡Te lo juro por nuestro hijo! Por ese hijo que no ha nacido... Que se muera sin ver la luz del sol... ¡Que no nazca si miento, Renato! ¡Que no te dé yo el hijo que voy a darte, si no estoy diciéndote la verdad!

La mano de Renato ha resbalado por sobre la cabeza de Aimée, sujetándola por los cabellos; la ha obligado a mirarlo, hundiéndose en el fondo de sus pupilas inescrutables, pero sólo ve unos frescos labios que tiemblan, unos grandes ojos húmedos de lágrimas, siente alrededor de su cuello el tibio dogal de unos brazos suaves y perfumados... Entonces, vacila, rechazándola un poco:

-Acabaría por volverme loco. En realidad, más vale no pensar...

-Eso... eso... No pienses, querido. Además, ¿por qué tienes que atormentarte tanto? Al fin, la batalla está ganada, pues Juan está en tus manos, lo tienes totalmente en tu poder; ¿verdad? ¿Depende de ti perderlo o salvarlo?

-Ya no, Aimée. Fui yo quien le acusé, quien moví mis influencias para que fuese procesado, pero el proceso será imparcial, los jueces obrarán con absoluta libertad de criterio. No podía hacerlo de otro modo, Aimée, sin despreciarme a mí 'mismo. Quise traerlo para librar a Mónica de su poder, para arrancarla de sus garras... Una vez aquí, le juzgarán con estricta justicia, y el castigo que reciba será el que realmente merezcan sus faltas. Seré cruel, pero no cobarde. Podrá odiarme más de lo que me odia ya, pero no tendrá el derecho de

Librodot

despreciarme, porque no voy a herirlo por la espalda. Todo está en el criterio verdadero de la justicia... Y ahora, por favor, déjame solo. Vete a descansar...

-¿Y tú no vienes? -suplica Aimée insinuante-. Te lo ruego, amor mió, no tardes demasiado...

Aimée ha desapareado tras la vieja cortina de damasco, y aún flota en el aire su perfume, aún siente Renato en el cuello y en las manos la cálida sensación de su roce, aun tiene grabada en su pupilas la dulce sonrisa con que le ha dicho adiós, la mirada insinuante con que le ha invitado a seguirla, desplegando frente a él toda la fuerza sutil de sus encantos... Se ha ido y, al volver la cabeza, Renato D'Autremont ve clavados en él otros ojos, oscuros y profundos, que le miran como taladrándole. Primero es sorpresa; después, el vago desagrado que aquella presencia le produce siempre...

-¿Qué pasa, Yanina?

-Nada, señor Renato, salí para advertirle que la señora se ha sentido mal toda la tarde... Que desde mediodía está en la cama...

-Lo lamento muchísimo. Supongo que ya han llamado al médico...

-La señora no me ha dejado llamarlo. Dice que son sus achaques de siempre, que no vale la pena de molestar a nadie... Ha tomado su? gotas y su calmante, y, a ruego mío, ha reposado toda la tarde. Ahora duerme, y me permito suplicar al señor, que la deje descansar...

-Naturalmente... En realidad, debería estar tranquila en Campo Real. Estas cosas no son para su salud delicada...

-Perdóneme, señor, ya voy a retirarme. Pero antes, como la señora no puede informarle, pienso que acaso necesite alguna información que esté a mi alcance.

-No necesito nada, Yanina -rehusa Renato con sequedad.

-Tal vez le convenga saber que la señora Sofía está terriblemente preocupada por el escándalo que pueda provocarse. Quería decirle, además, que la señora no pudo usar la audiencia privada que el gobernador le había otorgado para esta tarde...

-Bien -comenta Renato cada vez más impaciente-. Supongo que no se habrá perdido nada con ello...

--Claro que no se ha perdido nada -replica Yanina con suave perfidia-. La señora Aimée la ha aprovechado...

-¿Cómo? ¿Qué? -se sorprende Renato.

-Quiero decir, que fue en lugar del ama...

-¿Quieres decir, mandada por mi madre?

-¡Oh, no!, la señora no ha hablado con nadie; pero la señora Aimée mandó preparar el coche, y fue con Cirilo y con Ana. Volvió hace apenas media hora..

-¿Qué estás diciendo? El gobernador no está en Saint-Pierre. Se fue desde las cinco de la tarde a Fort de France.

-Entonces, no sé nada. Repito lo que dijo Ana en la cocinad que habían estado toda la tarde con el señor gobernador... ¿Quiere el señor que llame a Ana para preguntarle?

-No, Yanina -rechaza Renato con impulsos de ira-. No suelo tomar informes de los criados. Ya me informará mi esposa de ese asunto, si lo cree necesario. Puedes volver junto a mi madre.

-Gracias... Con su permiso...

Rápidamente ha salvado Renato la distancia que le separa hasta llegar a la puerta de aquella alcoba en la que supone está Aimée. Tras la conversación con Yanina, le ha hervido en las venas la sangre: duda, desconfianza, certeza casi de la perfidia de la que es su esposa, y un violento deseo de castigar en ella su propia ingenuidad, le impulsan ciegamente.

-¡Aimée... Aimée...! ¡Ábreme esa puerta en el acto! ¿No me oyes? ¡Abre esa puerta! ¿Quieres obligarme a saltar la cerradura?

-Señor Renato... Pero, ¿es usted? -exclama Ana, calmosa y encantada, tras abrir la puerta de par en par.

-¿Dónde está tu ama?

-La señora Aimée se está bañando. Ayudándola estaba yo... y por eso tardé en abrir la puerta. Espérese... espérese, señor, que voy a avisarle...

-¡Quieta!

Librodot

Inmóvil a la voz de su amo ha quedado Ana, mientras los ojos de Renato la miden de pies a cabeza y recorren la estancia. En medio de la habitación, antecámara anexa a la alcoba que efectivamente ocupa Aimée, la jovial y calmosa sirvienta mestiza seca con el delantal sus desnudos brazos cubiertos de burbujas de perfumada espuma. Un tanto paralizado en su primer impulso, contenida la fiera bocanada de ira que le subió a la cabeza, Renato examina el rostro oscuro de Ana, como midiendo y valorando el crédito que puedan merecer sus palabras, y, sin poder evitarlo, escapa de sus labios la pregunta:

-¿Saliste con tu ama esta tarde?

-Sí, señor, la pobre señora estaba tan triste...

-Ya. Y fueron a ver al gobernador, ¿verdad?

-La señora Aimée estaba muy apenada con la enfermedad de doña Sofía...

-¡Ya! Y por eso decidió dejarla sola, valiéndose de una audiencia que no era para' ella.

-¡Ay, señor, si usted viera las vueltas que le dio la señora Aimée antes de usarla! Pero como la señora Sofía estaba desesperada porque no había conseguido nada...

-Aimée decidió proceder a sus espaldas, ¿eh? cuéntame todo lo que pasó esta tarde, cuéntamelo minuto por minuto, punto por punto... ¡Cuéntamelo sin vacilar, sin pensar qué excusa vas a darme o de qué mentira vas a valerte para disculparla!

-¿Disculpar a quién, señor?

-¡A quien sea! Dímelo todo, pronto y claro. Fueron a ver al gobernador usando la audiencia de mi madre, sin que mi madre lo supiera...

-Yo no sé si la señora Sofía sabía algo, pero la señora Aimée le dijo al secretario que necesitaba hablar con el gobernador, urgente, urgente... ,

-¿No entraste con ella? ¿No oíste lo que hablaron? ¿Estaba o no estaba el gobernador?

-Estaba... ¿No es un señor bajito, gordo, de ojitos claros? Estaba. Y saludó a la señora Aimée y la hizo pasar, y habló con ella un ratito... ¿Quiere que le diga la verdad?

-¡Naturalmente! ¿Es que no acabas de entender que quiero saberlo todo, todo, hasta los menores detalles?

-Pues la verdad es que estuvimos un ratito nada más. Yo dije en la cocina que habíamos estado toda la. tarde, para que rabiaran los criados, y la Yanina, que se da tanta importancia. ' Estuvimos un ratito nada más, y después pasó una cosa muy graciosa...

Ana ha tragado en seco, mirando un instante a su amo sin pestañear, como si despertara, como si sonámbula se detuviera al borde de un abismo y mirara hacia abajo estremeciéndose de espanto. Luego sonríe, haciendo un arma de su sabida estupidez. ..

-¿Qué pasó? Acaba. ¿Cuál fue esa cosa que te hizo tanta gracia?

-Pues... pues que la señora quiso pasear. Con tanta pena, con tanta carrera, con tanto susto, y la señora Aimée mandó a Cirilo que diera vueltas y vueltas por todas las calles, y estuvo de lo más contenta. A la señora no le gusta el campo...

-¿Y después del paseo... ?

-Después del paseo vinimos para casa.

-¿Sin ver a nadie? ¿Sin hablar con nadie? No intentes decirme una cosa por otra, no busques una mentira, porque te va a costar muy caro. ¿No hicieron sino pasear?

-Toda la tarde, mi amo. Por las calles, por los muelles, por el Fuerte... Después vinimos para acá, y la señora me mandó que le preparara el baño porque quería que usted la encontrara bien linda cuando llegara.

Renato ha movido la cabeza como si espantara una idea amarga. Luego, se vuelve a la voz que suena a sus espaldas:

-¿Hasta cuándo crees que voy a esperarte. Ana? ¡Oh... Renato! Renato mío, qué pronto complaciste mi súplica. ¿Despachaste ya tu trabajo?

Sin responder a Aimée mira Renato a las dos mujeres. El rostro de Ana sólo tiene su eterna expresión de tontería satisfecha; el de Aimée se enmascara con su mejor sonrisa.

-¿Por qué no me hablaste de tu visita al gobernador?

-¡Oh!, ¿lo sabes? ¿Quién te dijo?

-Quiero saber por qué me lo ocultaste.

Aimée ha suspirado con gesto de resignación. Ha estado escuchando el diálogo de Ana y de Renato, tiene estudiadas todas las actitudes, todas las palabras, hasta aquel gesto de contricción, hasta aquel ingenuo balbucear que otra vez la hacen aparecer como una

Librodot

adolescente:

-Renato de mi alma, soy una estúpida, no hago más que disgustarte... pero me da tanta pena que por causa de mi hermana pelees con tu madre... y le prometí a doña Sofía...

-¿Qué prometiste?

-Ya estoy faltando a mi promesa... Prometí callarme... Doña Sofía quiere evitar a toda costa el escándalo, para eso me trajo a Saint-Pierre, para que entre las dos suplicáramos, buscáramos ... El viejo gobernador fue amigo de mi madre... Doña Sofía pretende que suspendan el juicio, pero no le digas que yo te lo dije, pues me aborrecerá... Júrame que no me denunciarás, Renato. Tu pobre madre, por amor a ti, y no se lo tomes a mal, no quiere que tu nombre se vea envuelto en el escándalo, y quiere echarle tierra al asunto... Yo prometí ayudarla, pero soy muy torpe, no logré nada...

-¿Le hablaste al gobernador?

-Sí, pero no te alarmes. Le aseguré que había ido por cuenta propia, que tú no sabías nada, que doña Sofía no sabía nada tampoco, que era cuenta mía. Me dio su palabra de callar... convinimos en callar todo el mundo...

-Entonces, ¿te arriesgaste a recibir un desaire, para nada?

-Para nada, Renato. Pero, de todo modos, más vale que haya sido yo, y no doña Sofía. Te aseguro que no sé a qué lado inclinarme, y estaba tan apenada con el fracaso, que no me atreví a volver a la casa y me puse a pasear, a dar vueltas... ¡ Tenia tantas ganas de estar en una ciudad! Odio el campo, Renato. Por no disgustarte, no te he insistido más sobre ese punto. Fue un paseo inocente. Pregúntale a Ana...

Apenas vuelve la cabeza Renato para mirar a Ana. Con gesto satisfecho, las manos bajo el blanco delantal, sonríe la aludida, como quien recibe ya los parabienes y los regalos que sabe le aguardan al confirmar:

-El señor me preguntó, y yo se lo dije todo, toditito, mi ama. Como usted me tiene mandado que no le diga nunca mentiras al amo, por eso yo...

-Sí... Es el muchacho que han encerrado con el patrón de la goleta. Indebidamente, ¿sabes? Y ésta es la orden que traigo para llevármelo. Pero antes voy a hablar con él, de modo que abre la reja y déjanos en paz. ¡Anda.. .!

Obedeciendo mohíno al papel sellado que el notario Noel ha puesto bajo sus ojos, el carcelero franquea la doble reja de aquella galera semisubterránea, adonde apenas llegan las primeras luces del alba.... En el rellano que hace las veces de lecho y de banco, con la chaqueta de marino de Juan como cabezal, duerme Colibrí con aquel sueño feliz y descuidado, típico en él cuando se siente al amparo de aquel hombre, y sacude Juan la hermosa cabeza de rizados cabellos, mirando hacia la reja que se abre, avanzando un paso para reconocer con esfuerzo la figurilla familiar que, antes de bajar los oscuros escalones, alza la mano en gesto entre cordial y burlón:

-Buenos días, Juan del Diablo... Lamento en el alma volver a encontrarte en semejante lugar.

-Supongo que no habrán faltado sus buenos oficios para lograrlo -augura Juan con su habitual sarcasmo.

-Pues vas muy lejos en tus suposiciones -replica el notario algo molesto-. Nada hice para que te atraparan, y no hubieran podido atraparte si desde tiempo atrás hubieses hecho un poco más de caso a mis consejos, en vez de despreciarlos...

-No estoy para sermones... Siéntese si quiere, y hable de lo que venga a hablarme. Supongo que lo envían con alguna proposición. ¿Quién es ahora? ¿Doña Sofía? ¿Renato?

-Mónica de Molnar...

-¡Ah! -se impresiona Juan-. ¿Y qué solicita mi ilustre esposa? ¿Los datos para pedir a Roma la anulación del matrimonio? ¿Mi anuencia para divorciarse? ¿O simplemente la seguridad de que estoy bien 'encerrado, con doble reja, y en el lugar más inmundo que pudo hallarse en todo el Castillo de San Pedro? Si es eso, puede dársela cumplida. Dele la seguridad absoluta de que hasta el último tripulante del Luzbel, todos estamos bien encerrados, y sobre todos caerá el castigo que les corresponde por el crimen de haberla

mirado con los ojos limpios y el corazón alegre, por el delito de amarla y respetarla... Que todos, hasta el pequeño Colibrí, estamos pagando en buena moneda aquella estancia suya en el Luzbel, en la que no pensamos haberla molestado tanto ni haber llegado a ofender hasta el último extremo a tan ilustre dama...

-Juan, ¿quieres no decir más disparates? -•Reprende Noel-, ¿Quieres cambiar ese tono tan injusto y tan desagradable?

-¿Desagradable? Puede... ¿Injusto? ¡Injusto, si, es verdad! No es ése el tono que debo usar para hablar de ella. Debo decir que es la comediante más refinada, la más cruel y vengativa de las simuladoras, la más malvada de las pérfidas... ¡Todo eso es mi ilustrísima esposa! Pero, ¿qué quiere de mi? ¿Qué más pretende? ¡Acabe de hablar. Noel!

-Estoy esperando que me des la oportunidad, hijo de mi alma -replica Noel algo sofocado-. Te dije que venía por un encargo, pero no se refiere a tí precisamente. Mira este papel, y vete enterando...

-¿Una orden de libertad para Colibrí? ¡Ahí ¿Aún le resta un poco de compasión? ¿La conciencia le dio un ramalazo, o le despertó una parte del espíritu de justicia? Al menos, salva de todo este a Colibrí. Podía haberlo hecho antes...

-Trató de hacerlo, y no la dejaron. Ni es ella quien les ha encarcelado, ni la creo responsable de lo que te pasa. Por el contrario... Está muy disgustada, terriblemente disgustada con Renato por la forma en que él ha llevado- las cosas...

-Ya... -desprecia Juan, sarcástico-, ¡Santa Mónica! ¡Oh, tierno corazón de mujer cristiana! Al reprobo hay que quemarlo con leña verde para que la hoguera no prenda tan de prisa y que el tormento dure más...

Rabiosamente ha dicho Juan las últimas palabras encarándose a Noel, que retrocede para tomar aliento, abrumado por la violencia con que la cólera de Juan estalla, tratando de encontrar en vano la palabra que ha de calmarlo:

-¡Juan... Juan, siempre el mismo rebelde, siempre el mismo lobo furioso! Por si no lo sabes, quiero decirte una cosa: vas a un juicio legal; van a juzgarte, según las leyes, jueces imparciales, y no se te va a acusar de más delitos que los que has cometido en realidad.

-El secuestro de Mónica...

-No está entre los cargos. Claro que no sé lo que dirá ella ante los tribunales...

-¿Ante los tribunales? ¿Piensa ir personalmente? ¡Esa sí que es una noticia extraordinaria! Pensé que delegaría en su ilustre defensor y cuñado, que buscaría el amable refugio de los jardines de Campo Real. Es allí donde está, ¿no es cierto? ¡Es allí donde la ha llevado Renato!

-Mónica está en su casa, y no creo que se preste a nada que no le apruebe su conciencia. También haces mal al suponer que Renato es capaz de comprar un tribunal para que te condene. Aunque tú no lo creas, van a tratarte con justicia, porque Renato es un enemigo leal; o mejor dicho, creo que ni siquiera es tu enemigo...

-¡Pues hace mal, porque, después de esto, yo lo seré de él con toda mi alma! Dígale que se cuide, que se defienda, que al fin estamos en la única forma que podemos estar: como enemigos claros y francos. Y ahora...

-No me iré sin el niño.

Ambos han vuelto la cabeza. La luz del día que nace penetra ya por la larga reja de la galera, dando de lleno sobre el muchacho negro que se incorpora del banco de piedra, mientras sus grandes ojos asustados van de uno a otro de aquellos dos hombres. Pero la voz de Juan resuena imperiosa:

-¡Levántate, Colibrí! ¿Recuerdas al notario Noel? Viene a buscarte. Ese papel que tiene en la mano es la orden de libertad. ¡De tu libertad!

-¿Para mí? ¿Para mí solo...?

-Para tí solo. Y supongo que Santa Mónica pensará que con eso ya ha hecho demasiado.

-No envenenes al niño. ¿Tú qué sabes? -reprocha Noel-. Vengo a buscarte en nombre de tu ama, hijito: la señora Mónica ha logrado que te pongan en libertad y quiere que te lleve a su lado.

-¿Sin el patrón? ¡YO no quiero dejarlo, patrón! ¡Déjeme con usted! ¡Yo no quiero irme con nadie!

-¿Ni con tu ama que tanto se preocupó por ti? Pues eres bien ingrato...

-No lo crea. Noel, simplemente aprendió a desconfiar, se encargaron de enseñárselo -

explica Juan. Y dirigiéndose al muchacho, le aconseja-: Pero ahora no hay razón, al menos para ti. Anda, ve con Santa Mónica y sírvela como cuando estabas en el barco. Yo no te necesito aquí, y ella, seguramente, te cuidará bien. Siempre será un descargo para su alma...

-Lamento mucho que no quieras entender que Mónica no es culpable de nada -se queja Noel.

-¿De nada? Está usted muy seguro. Noel. ¿Podría asegurar con la misma firmeza que río fueron las cartas de Mónica las que movieron a Renato? Ahora quiere amparar a Colibrí, seguramente como una expiación por la imprudente sinceridad de una carta que me ha hecho parar en el Castillo de San Pedro.

-No conozco bastante a Mónica como para poder asegurar lo contrario, pero aun siendo así, no habría nada que reprocharle. ,

-Usted no, claro... Pero yo soñé demasiado...

-Juan, ¿qué tratas de decirme? -se sorprende Noel, emocionado.

-¡Nada! -El toque de una cometa llega hasta ellos, y Juan advierte-: Cambian la guardia. C,reo que debe usted marcharse. Si su permiso no era para visitarme...

-Era sólo para recoger a Colibrí y, en efecto, debo marcharme. Dentro de dos horas estarás frente al tribunal que ha de juzgarte, y supongo que no te faltará un buen abogado...

-Responderé yo mismo a las acusaciones del tribunal -señala Juan con altivez. Y dirigiéndose a Colibrí le ordena-: Ve tranquilo, muchacho. Iré a buscarte tan pronto como me devuelvan la libertad.

Ha acariciado con su mano ancha la lanosa cabecita oscura. Luego vuelve la espalda, alejándose hada el fondo de la galera, mientras Noel sale silenciosamente llevando a Colibrí de la mano. Juan ha vuelto hada las rejas, se ha inclinado hasta mirar la estrecha franja de cielo azul que asoma sobre los muros almenados, y ha sentido que aquel trozo de cielo es como un fino puñal de recuerdos clavándose en su alma, y murmura como para sí:

Gratitud... gratitud... Sin embargo, ella dijo: felicidad ... Y había luz de dicha en sus ojos. ¿Por qué se iluminaban? ¿Sabía ya, tenia la esperanza de escapar? ¿Qué había en sus pupilas? ¿Era la luz del triunfo? ¿Se burlaba acaso? Había amor en sus ojos... pero, ¿para quién era ese amor?

Sus manos se han cerrado sobre las duras rejas, ha inclinado la frente y ya no mira el cielo azul, sino los negros y carcomidos muros del patio... Una ola de inmensa amargura pasa por su alma y, en esa ola, su esperanza naufraga, al protestar:

"Sí, era amor... ¡Amor... para Renato!

Una ola gigante se apaga en la playa, casi bajo los pies de Mónica, y luego el mar parece aquietarse. La luz del día que nace, aquella misma luz que los ojos de Juan contemplan a través de las rejas de su galera, baña de pies a cabeza el cuerpo grácil de la mujer que se ha detenido un instante, clavando las azules pupilas en el ancho mar... Casi le parece mentira haber regresado... Está en su isla convulsa, en la tierra que le viera nacer, entre los negros acantilados y la pequeña playa que fue tálamo del amor tormentoso de Aimée y Juan. ¿Por que ha vuelto con ansia a aquel lugar? ¿Qué anhelo desesperado, de revolver el puñal en su propia herida, la impulsa? ¿Qué deseo insensato de matar, a fuerza de martirio, un sentimiento que ya la afrenta, la empuja hacia aquel lugar? Ella misma no lo sabe. Como si-con sus manos monjiles empuñara las cuerdas del cilicio para -herir sus carnes, así toma aquel pensamiento que 'la desgarra, azotando en él sus sentimientos, sus ensueños» su loco amor por Juan... Ha llegado a la entrada de la gruta y, como antaño Aimée, es ahora ella quien pronuncia aquel nombre, como si lo besara al pronunciarlo:

-¡Juan... mi Juan.. .! -Mas reaccionando con amargura, repele-: Pero no... Nunca fue mío... Jamás... Jamás... ¡Es de ella, de la que supo ahogarlo con su perfume, de la que supo sepultarlo en su fango! ¡Sólo por ella vivía, sólo por ella esperaba... 1

Ha caído de rodillas, con el mismo temblor convulso que un día sacudiera a Aimée en aquel mismo lugar. Y, como ella entonces, deja correr las lágrimas amargas...

"¡Debo olvidar, debo arrancarme del corazón su imagen... ¡Oh...!.

Repentinamente ha pensado en Renato, -ha recordado su antiguo amor, el que envenenara su adolescencia, el que le hiciera vestir los hábitos, el que sólo es ya como una sombra sobre su alma. No... no quiere a Renato, casi le sorprende pensar que algunas vez le amó, y su imagen se borra, mientras se hace más fuerte la de Juan, como si se levantara, trazada con caracteres de fuego, desde el fondo de su alma...

"Juan, el pirata... Juan, el salvaje... Juan del Diablo...

Pero sus ojos lloran sin que ella pueda detener esas lágrimas. Por encima de sus palabras hay algo que se clava en su corazón y en su carne: aquellos brazos estrechándola, aquellos labios muy cerca de los suyos, aquella mirada de odio o de amor que ardía como una hoguera en los ojos de Juan...

"Amor... Sí... amor por Aimée. ¡Su amor de siempre! ¡Su amor, que no se acaba!

Con paso leve, con ademán ondulante, con tierna sonrisa, con cálida mirada, toda ella carne de tentación y de deseo, Aimée de Molnar se ha acercado a Renato, cruzando aquella estancia anexa a la alcoba, en cuyo rincón, sobre una vieja mesa, ha amontonado Renato notas y papeles, desdeñando los delicados fiambres, la botella de champaña entre el cubo de hielo derretido, las perfumadas frutas y las sabrosas confituras a las que no parece haber prestado la menor atención...

-Renato mío, ¿hasta cuándo?

-Por favor, déjame acabar...

-Pero acabar, ¿de qué? Te has pasado la noche sentado frente a esos papeles sin hacer más que releerlos y mirarlos...

-¿La noche? -murmura Renato desconcertado-. Sí... claro... Es increíble... Pasó la noche ya, y hoy es de día...

-¿Te das cuenta de que he pasado la noche esperándote? -insinúa Aimée con una queja mimosa.

-Dispénsame. Ya te advertí que tenía muchas cosas de qué ocuparme. Supongo que tú sí te habrás acostado y habrás dormido algo, ¿no? Perdóname... No me he dado cuenta de que pasaba el tiempo, y...

-Renato, ¿dónde vas?

-¿Dónde he de ir sino a bañarme, a afeitarme, a cambiarme de ropa? Como estoy, no puedo presentarme en los tribunales...

-¿Vas a los tribunales? Podías hacer que te representaran ... Si vas personalmente, te harán pasar un rato horrible .1. Tú tienes derecho de enviar un abogado en tu lugar. ¿Por qué no mandas a Noel, por ejemplo?

-Noel no sabe nada de este asunto. Ni ha intervenido, ni yo deseo que intervenga, sin contar con que, probablemente, no aceptaría la comisión. Siente demasiada simpatía por Juan...

-¿Qué puede importar eso? ¿No eres tú quien le pagas?

-No pago su conciencia, Aimée. Su corazón y sus afectos le pertenecen totalmente...

-Ya... Tienes miedo de que no apriete bien los tornillos. .. Estás muy empeñado en hacer condenar a Juan... ¡Pobre Juan!

-¿A qué viene ahora compadecerlo? -se revuelve Renato con visible malhumor-. Más natural sería que te compadecieras de tu hermana. Ella es la única victima de todo esto.

-¡Qué razón tienen los que dicen que debe uno morirse antes de confesar una falta! Ahora no piensas más que en Mónica...

-Aunque así fuera, ya era hora de que alguien pensara en ella...

-Sientes no haberlo hecho hasta ahora, ¿verdad? -espeta Aimée con cierta ira.

-Pues bien... Si así fuera...

-Si así fuera, ¿qué? -apremia Aimée colérica-, ¡Acaba! ¡Dímelo de una vez! Si así fuera, no harías sino corresponder al afecto callado y solícito que ella guardó para tí durante tanto tiempo... Si así fuera, no harías sino corresponder al amor que mi hermana te tuvo siempre, a ese amor que no supiste ver y que ahora te pesa, ¿verdad? ¡Dilo claro, dilo de una vez! ¡Di que te pesa, que sientes haberte casado conmigo y ,no con ella! ¡Acaba por fin de confesarlo!

-¡Basta!¡No tienes sino un ridículo ataque de celos! Lo único que yo estoy haciendo, es remediar una falta tuya.

-¿Y si no hubiera sido una falta, sino el ejercicio de mi legítimo derecho a defenderme? ¿Si hubiera preferido ver a mi hermana casada... con cualquiera, con Juan del Diablo, con tal de no verla al lado tuyo?

-¡No inventes ahora eso!

-¡No es una invención, es una verdad que salta a la vista! ¿Y sabes cuál es la única manera de convencerme? i Permitiendo que Juan sea puesto en libertad! Haciendo lo posible, y lo imposible, para que lo absuelvan los jueces, y devolviéndole lo que le has quitado. Si no lo haces, pensaré que toda tu protección a Mónica no es más que por celos. ¡Sí... por celos de Juan! .

-¡Basta! Acabarás por volverme loco si sigo escuchándote. Y además, ya está bien. justo el tiempo. Voy a ir a ese tribunal para sostener mi acusación y para darle a Mónica la oportunidad de tomar el camino que quiera. Para eso hice cuanto he hecho, y hasta el fin lo llevaré, porque hasta el fin tengo que llevarlo. -Y dando un portazo violento, Renato sale de la habitación dejando a Aimée sola y furiosa hasta tal extremo, que le hace amenazar con rabia:

-¡Estúpido... grosero! ¡Pero no harás condenar a Juan! ¿Quieres guerra, Renato? ¿Quieres guerra descubierta? ¡Pues tendrás guerra!

Apoyando la mano en las rugosas paredes de la gruta, Mónica se ha puesto de pie. No sabe cuánto tiempo ha pasado. No sabe cómo ni por qué llegó a aquel lugar, donde la noción de la realidad se pierde, donde su alma parece naufragar en el océano amargo de mil recuerdos y sentimientos encontrados... Pero la voz de bronce de la vieja campana, la sacude, despertando su voluntad y trayéndola al momento presente... Con paso inseguro, emprende la terrible ascensión de los acantilados, mientras murmura:

"¡Dios mío... Esas campanas... la hora, el juicio...!

14

LAS PUERTECILLAS DEL fondo se abren dando acceso al paso perezoso de los jueces y de los escribanos. En los asientos reservados para las personas importantes, va espesándose la concurrencia aristocrática, la flor y nata de la pequeña sociedad martiniqueña, especialmente en su representación masculina: médicos, abogados, comerciantes, alguno que otro nombre ilustre en Francia, ahora dorado al sol de las plantaciones de cacao, de café, de caña... Todos van llegando como al descuido, todos se acercan al olor picante de aquel escándalo que envuelve al nombre más alto y las arcas mejor repletas de la isla. Han venido hasta plantadores de Fort de France y hacendados del Sur, que se saludan como si les sorprendiera encontrarse... También se ven los uniformes azules de los marinos y los de colores más brillantes de las oficialidades de tierra... Pero el cuchicheo calla de repente, las cabezas se vuelven, los ojos se fijan con una atención más profunda cuando, esquivando la mano inoportuna üe los gendarmes que le guardan, cruza el acusado el corto trecho que le separa de su tribuna... El presidente del tribunal agita una campanilla de argentino tintinear, y ordena:

-¡Silencio... Silencio! Ocupe su tribuna, acusado. Diga su nombre, apellido, edad y profesión.

Juan ha sonreído con su sonrisa amarga, recorriendo de una sola mirada la ancha sala del tribunal. Todos los ojos están fijos en él, todos los oídos lo escuchan con ansia, y de repente siente que es un símbolo de su vida: ¡el 'mundo contra él, y él contra todo!

¿No me ha oído, acusado? Su nombre, su apellido, su edad, su profesión...

-Excuse su Excelencia si me tomé un momento para pensar -se disculpa Juan con sarcástico respeto-. En realidad, no es fácil dar respuesta a sus cuatro preguntas. No creo que

nadie se haya tomado el trabajo de bautizarme: no tengo nombre. Ningún hombre reconoció jamás ser mi padre: no tengo apellido. Que yo sepa, no existe ningún testigo de mi nacimiento ... la fecha es indeterminada: no tengo edad. ¿Mi profesión? Cada uno la llama como le conviene llamarla. En realidad, no tengo profesión, pero como la respuesta es obligatoria, repetiré las palabras de los demás: soy Juan del Diablo, el contrabandista, el pirata...

-¡Su respuesta es absolutamente insolente, acusado! No le ayudará esa actitud frente a este Tribunal.

-Ninguna actitud que yo tome, ha de ayudarme...

-¡Basta! Limítese a responder cuando se le pregunte.

-Perdón -acata Juan en tono irónico-. Creí que su Excelencia me hablaba directamente, y me tomé la libertad de explicarle ...

-¡Silencio todos! -ordena el presidente agitando de nuevo la campanilla-, Y usted, acusado, procure guardar mayor respeto y compostura en sus respuestas hacia este Tribunal. ¡De pie, para escuchar el acta del proceso!

Juan se ha limitado a cruzar los brazos, mientras un menudo hombrecillo de cabellos canos se agita en su toga, desenrollando el fárrago de las acusaciones, y comienza a leer:

-"Hoy, veinte de marzo de mil novecientos dos, en la ciudad de Saint-Pierre y ante este Tribunal, se presenta el acusado, Juan, sin apellido, conocido por Juan del Diablo, de edad aproximada entre los veinticinco y los veintiocho años, de raza blanca, estatura un metro ochenta, cabellos negros, ojos castaños, barba afeitada, profesión pescador o marino en barcos de cabotaje, estado civil casado, propietario de la goleta Luzbel, con patente de esta ciudad; de otra parte, el acusador, don Renato D'Autremont y Valois, de edad veintiséis años, ciudadano francés, natural de la Martinica, de cabellos rubios, ojos azules, barba afeitada, complexión delgada, estatura un metro setenta, contribuyente número uno de los municipios de Santa Ana, Diamant, Anse D'Arlets, Riviére Salé, Vauclín, Saint-Spirit, Saint-Pierre y Fort de France, propietario de las fincas denominadas Campo Real, Duelos y Lamentine, con residencia en esta dudad y en las antedichas fincas, estado civil casado, oficial de la reserva, graduado en Saint-Cyr, ante este tribunal reclama, contra Juan sin apellido, conocido por Juan del Diablo, por deudas, cohecho y abuso de confianza, y presenta otros cargos que hacen del llamado Juan del Diablo un individuo indeseable, como contrabandista, defraudador del fisco y transporte indebido de pasajeros, a más del secuestro de un niño conocido por Colibrí, y numerosos juicios de faltas por riñas, injurias, juegos prohibidos, golpes y heridas en individuos que a su debido tiempo, y como testigos, se irán presentando. El acusador pide la detención inmediata de Juan, la investigación de sus hechos delictuosos, el embargo de su única propiedad, consistente en la goleta Luzbel, para cubrir el pago de su deuda, y la entrega, a quien corresponda, del muchacho secuestrado. Pide, asimismo, sea juzgado Juan, y castigado, de acuerdo con las leyes, a las penas correspondientes, vigentes en los Artículos 227 y 304 de nuestro actual Código Penal. He dicho".

La mirada de Juan ha recorrido otra vez, lentamente, la sala, mirando uno a uno cada rostro vuelto hada él. Desde el respetable presidente del tribunal a los gendarmes de altas botas y sable en bandolera que le guardan en actitud expectante, como dispuestos a saltar sobre él al primer movimiento... Luego, sus pupilas parecen dilatarse, su boca se crispa en un gesto de sarcasmo, de ira, casi. de asco... Toda su atención se fija en un solo rostro, de claros ojos y rubios cabellos, impecablemente vestido, pulcramente afeitado, un poco pálidas las mejillas, un algo incierto el paso: el hombre de quien la sangre le hace hermano..,

-En su calidad de acusador, este tribunal cede la palabra a don Renato D'Autremont y Valois -expone el presidente.

-No ocupo por mi gusto el lugar del fiscal, señores magistrados -empieza a explicar Renato en tono seguro y pausado-, ni es la pequeña deuda personal que tiene conmigo Juan del Diablo lo que me ha hecho acusarlo, denunciarlo, promover su extradición y ponerlo, al fin, ante este tribunal. Es mi deber indeclinable, es mi situación de ciudadano de la Martinica, y de jefe de mi familia, consanguínea y derivada, lo que me ha obligado a asumir la actitud que hoy presento. El hombre a quien acuso pertenece a ella por razones de enlace matrimonial. Eso, todos lo saben. Anticipándome a las insinuaciones maliciosas, a las alusiones veladas, a las medias palabras, proclamo también ante este tribunal que no ignoro, y

él sabe, que otros lazos de sangre nos atan... Mi declaración es insólita, y muchos juzgarán que improcedente y hasta indecorosa. Muchos juzgarán que debería yo callar lo que a mi paso todos murmuran, lo que a mis espaldas todos comentan, lo que no es un secreto para nadie, lo que, a pesar suyo, llena desde los primeros momentos el pensamiento de los señores magistrados y de cuantos se hallan presentes en este tribunal. Ya que todos lo piensan, prefiero yo decirlo sin titubeos: Juan del Diablo es mi hermano...

-¡Silencio! ¡Silencio... ¡ -ordena el presidente agitando furiosamente la campanilla en un vano intento de acallar los murmullos, las exclamaciones y el alboroto que las palabras de Renato han levantado en la sala.

-Pero olvidemos este detalle, mellada el arma que algunos pensaban esgrimir contra mí -prosigue 'Renato dominando la situación-. Considero a Juan un sujeto indeseable en nuestro ambiente y comunidad: díscolo y violento, pendenciero y audaz, irrespetuoso de las leyes, burlador de las ordenanzas, y, lamentablemente, de baja calidad moral... No soy yo quien va a afirmarlo, sino los testigos que uno a uno van a presentarse ante este tribunal... testigos de las tristes hazañas de Juan del Diablo... desde la tripulación de ese barco que sólo sirvió para transportar contrabando y carga robada, hasta el pequeño Colibrí, arrancado de manos de sus parientes con el pretexto sentimental de no ser bien tratado... Antes de proseguir mi acusación, pido la presencia del primer testigo ante este tribunal...

-¡Válgame Dios! ¿Qué es eso. Ana? -pregunta Aimée asustada.

-¿Pues qué va a ser, mi ama? La gente..;. -explica Ana calmosa-. Cuando estábamos abajo y usted andaba preguntando, yo me asomé por la ventana, y allí estaban todos: el juez, los gendarmes, Juan del Diablo y el señor Renato, habla que te habla... '

Pálida, jadeante, toda nervios y excitación, cruza Aimée con su rápido paso una de aquellas galerías que sirven de antesala al salón de los tribunales. A pesar de su audacia, tiembla;
por encima de su determinación, hay en sus frescas mejillas una palidez extraña; los ojos, asustados, miran a todas partes, y sólo es un sedante para su excitación terrible la plácida calma con que Ana sonríe dando vueltas y vueltas a su largo collar, entre sus dedos color tabaco.

-Si ha empezado ya el juicio, no habrá tiempo de nada.

-Pues claro que hay tiempo, mi ama. No se mortifique tanto. Deje usted que vayan al juicio y que digan y digan hasta que se cansen. El gobernador se lo arregla a usted todo, todo, todo...

-¡Calla! El viejo gobernador es un imbécil. Sólo a él se le ocurre desaparecer en un" momento semejante.

-De tonto no tiene nada, al contrario. El vio que se iban a enredar los cordeles y seguro que determinó: yo mejor me largo... Porque es lo que yo digo: quien manda, manda, y el señor gobernador...

-¿Quieres callarte y no seguir diciendo tonterías? Por culpa tuya hemos llegado tarde. Cállate y ayúdame a pensar. Necesito hablar con los jueces, con los jurados; necesito ponerme en contacto con los que van a juzgar, antes de que el juicio haya ido demasiado lejos...

Repentinamente, una de las puertas laterales sé ha abierto y un hombre joven, con uniforme de oficial inglés, aparece en su marco. Impulsada por su intuición maravillosa, Aimée va hacia él sin vacilar, y saluda:

"Buenos días. ¿Es usted uno de los testigos contra Juan del Diablo? -Ha avanzado hasta estar muy cerca de aquel hombre, que desconcertado retrocede un paso, y sus negrísimos ojos parecen medirle y valorarle con una mirada de miel y fuego. Luego, se acerca aun más hasta el desconcertado joven y melosa, le halaga-: Creo que puedo adivinar, quién es usted, por su uniforme y por sus maneras. ¿Se trata del oficial que le tomó prisionero en Dominica? Por ahí se dice que tiene usted cosas horribles que contar de Juan...

-Lo que tengo que contar, señorita -aclara el oficial en tono de reserva-, podrá escucharlo si pasa al departamento del público. Fuera de la Sala de Audiencia no puedo informarle, pues está prohibido hablar con los testigos. No sé si usted lo sabe...

Librodot

-Yo sólo sé que lo que necesito es hallar a un amigo, alguien en quien confiar, un hombre lo bastante discreto para guardar silencio y lo bastante audaz para ayudarme. Perdóneme si me dirijo a usted sin conocerle, señor oficial, pero estoy desesperada...

Aimée ha avanzado hacia Charles Britton, que esta vez no retrocede... Permanece mirándola muy de cerca, como si el fuego de aquellos ojos negros le deslumbrara, como si el acento ardiente y apasionado de aquellas palabras paralizara su voluntad...

"Usted es un héroe, lo sé. He oído los comentarios; las cosas que hizo usted en ese horrible viaje...

-En ese horrible viaje, si hubo un héroe no fui yo precisamente, sino Juan del Diablo. Pero, repito, tengo prohibido hablar con nadie, señorita. Salí un instante de la sala de testigos, y tengo que volver en seguida, porque me van a llamar...

-¡Escúcheme, por favor! No es posible que me vuelva así la espalda... ¿No tendrá usted piedad de una pobre mujer?

-'Yo, sí... pero... Es que... -balbucea el oficial, confuso.

-Usted va a declarar contra Juan...

-Yo voy a decir sólo la verdad, señorita, la absoluta verdad de lo ocurrido durante el viaje, que no creo perjudique a ese hombre, sino al contrario... De lo demás, no sé absolutamente nada, pues ignoro hasta los motivos del proceso. Responderé cuando me pregunten, y nada más...

-Juan del Diablo es inocente; ha caído en una trampa, en una celada! ¡Todos están contra él! El gobernador me había prometido ayudarme, pero no ha querido enemistarse con las gentes poderosas que quieren perder a Juan por motivos particulares. Es un asunto personal, absolutamente ajeno a la justicia, lo que ha hecho a Renato D'Autremont acusarlo. ¡Es preciso que me ayude usted a salvarlo!

-Pero, ¿cómo? ¿En qué forma?

-A veces, una palabra salva.

-No será la mía, por desgracia. La suerte del juicio depende de otros testigos, no de mí, señorita. Hay, por -ejemplo, un hombre con el brazo aún entablillado. Creo que fue victima de una agresión. Seguramente lo que él diga tendrá peso, como lo tendrá la declaración del muchacho que, según dicen, ha secuestrado. También hay algunos pequeños comerciantes, creo que perjudicados por él... Ya le digo, soy el menos indicado...

-¡Yo necesito hablar con todos ésos! Escúcheme... Usted no va a negarme un favor insignificante...

Ha apoyado su mano suave y cálida en el brazo del oficial, y el perfume sutil que impregna su persona llega hasta el joven envolviéndolo con una tibia sensación que debilita su voluntad. Con angustia, mira a todos lados, fijando luego los ojos en aquellas bellísimas pupilas de mujer clavadas en las suyas como hipnotizándole. Charles Britton siente desmoronarse su fortaleza. Y comprendiéndolo asi, Aimée insiste, zalamera:

-Confío en usted... El corazón me dice que debo confiar ... Es mi buena estrella la que lo ha hecho asomarse... Usted puede hacer llegar algunos recados de mi parte a los testigos de esa sala...

-¡No, no, imposible! -protesta el oficial confundido.

-No diga esa palabra tan dura, no mate así mis últimas esperanzas... Sólo dos cosas... aunque no sean sino dos cosas. Ponga usted este dinero en manos del hombre del brazo entablillado y diga en su oído la consigna; ¡Hay que salvar a Juan del Diablo! También puede hacer llegar a manos de Juan un papel de mi parte...

-¡No es posible! Está estrictamente prohibido, tenga en cuenta que yo, menos que nadie, por mi calidad de oficial, y de oficial extranjero...

-¿Qué le importan a usted las leyes de Francia? -refuta Aímée con tierna insinuación-. Además, no le estoy pidiendo que haga nada, absolutamente nada público, sino particular. El papel que quiero que haga llegar a sus manos, en privado. Son solos unas líneas... unas líneas para sostener su ánimo... Justamente aquí traigo un trocito de papel. Si tiene usted un lápiz...

-Sí, aquí lo tengo... Pero... -vacila el oficial.

-Préstemelo un instante. Son unas líneas. Unas lineas nada más, pero esas lineas van a

Librodot

darle fuerzas, cambiarán su ánimo. Estoy plenamente segura que después de leerlas... -Ha arrebatado el lápiz de la mano vacilante del oficial, ha escrito unas breves lineas a toda prisa, ha doblado luego el papel en cuatro, dobleces, cerrando ella misma, con la dulzura de sus miedos suaves, la mano que se niega a tomarlo, al tiempo que suplica-: Sé que hallará usted la forma de que Juan lea esto antes de que comience a declarar. Y sé también que hará usted lo que le digo...

-Si su empeño es tan grande... Pero lo cierto es que yo... yo... -tartamudea confuso el oficial.

-Usted tendrá mi gratitud, para siempre -insinúa Aimée provocativa-. Para siempre y en todo lugar, tendrá usted en mí una amiga... Una amiga para todo... Créamelo, oficial... ¿Su nombres es...?

-Charles... Charles Britton, para servirla... Pero... -Se detiene un momento y, con vivo interés, pregunta?-: ¿Y usted, señorita? ¿Puedo saber con qué nombre debo recordarla?

-Lo sabrá demasiado pronto... Confio en su caballerosidad... Confío hasta el extremo de decirle algo con lo que me juego hasta la vida. ¡Recuérdeme como a la mujer que da su sangre por Juan del Diablo! .

15

-¿TIENE USTED ALGO que alegar en su defensa, acusado? -interroga el presidente del tribunal.

-¡¿Su Excelencia desea de veras que yo me defienda? -finge asombrarse Juan sin abandonar su ironía.

-Por tercera vez llamo la atención al acusado con respecto a la insolencia de sus respuestas... Limítese a aprovechar la oportunidad que le he dado. ¿Tiene algo que añadir en su defensa, con respecto a las acusaciones del último testigo? ¿Puede negar las pruebas irrefutables de haber trasladado durante casi una docena de viajes, productos adquiridos ilícitamente, mercancía robada?

-¡Yo no robé! Creo que, tenemos distintos conceptos de la palabra robo, Excelencia...

-¿Y también tenemos distintos conceptos de ,las órdenes de embarque? Aquí hay, a la disposición de los señores del jurado, más de una docena de pliegos que corroboran la declaración del último testigo. Pueden examinarlas... Ron, cacao, tabaco, algodón, especias... todo productos de las depredaciones de los pequeños propietarios del Sur de Guadalupe, trasladado y vendido por usted a comerciantes de Saínt-Pierre y Fort de France, a precios que perjudican el mercado.

-Reconozco que son ciertos los cargos, reconozco que fui agente de los pequeños propietarios del Sur de Guadalupe, totalmente arruinados por el sistema de préstamos sostenido por los usureros que tolera el Estado en las ciudades de Petit-Bourg, Goyavé y Capesterre. Esos productos fueron sustraídos de las propias fincas que esos hombres habían regado con su sudor, habían hecho fructificar con su sangre...

-¿Pretende justificar el robo?--casi chilla el presidente al tiempo que agita nerviosamente la campanilla para acallar los fuertes murmullos que las palabras de Juan despiertan en la sala.

-De ninguna manera. Excelencia. Sólo para los cargos de este tribunal, fueron ladrones los pequeños colonos que sacaron su mercancía después del embargo que totalmente les arruinaba. Para mí, el robo fue de los que compraron cosechas a la cuarta parte de su valor, de los que hicieron firmar pagarés con cifras tres veces más altas del dinero prestado. Ustedes acusan a mi barco de llevar mercancía robada... Yo creo que la verdaderamente robada, fue la adquirida por los ricos traficantes de Petit-Bourg, Goyave y Capesterre a precios irrisorios y con usura despiadada... Y en cuanto al último cargo que se me hace... ¿Cuál es ese último cargo? ¿El secuestro de Colibrí?

-Aun no ha llegado el momento de oír sus descargos sobre el secuestro del muchacho...

Ahora es preciso hacer constar en acta que reconoce haber trasladado y vendido mercancía de Guadalupe a Martinica, a espaldas de las autoridades portuarias. Su declaración lo admite plenamente, y el descargo moral pueden tomarlo en cuenta, si quieren, los señores del jurado. Está, pues, probado el segundo cargo...

-Quedan probados todos los cargos, si todos son como ése. Si, sí, señores magistrados, sí, señores jurados, ayudé a librar la pequeña parte que arrancaban de las garras de sus opresores los desdichados labriegos de Guadalupe, defraudando a los ricachos cuyas panzas engordan a costa de la miseria y del dolor de los demás. Ayudé a desvalijar ricos cargamentos arrancados a la miseria, a la ignorancia y al desamparo de muchos desdichados. Sin permiso, trasladé pasajeros, facilitando la fuga de los trabajadores esclavizados por contratos inhumanos. En más de una ocasión aligeré de su botín a los hartos de todo, acaso confiando en que habían robado bastante para que no fuera pecado robarles a ellos algo. Pasé mercancía de contrabando adelantándome a las Aduanas, en las que conozco empleados lo bastante venales para que, un contrabandista que expone su vida en los mares, no haga nada más que tomarles la delantera...

-¡Basta... Basta! ¿Está loco? -intenta callar el presidente enarbolando furiosamente la campanilla, pues los murmullos van subiendo de tono cada vez más.

-Estoy diciendo la verdad -prosigue Juan impertérrito-. Y en cuanto al secuestro de Colibrí... ¿Dónde está él? ¿Por qué no lo traen? No quiero ser yo el que hable... le dejo la palabra a él mismo, y le dejo a Dios la misión de juzgar a esos que se llaman parientes, a esos de cuyas garras pude librarlo. Pido, exijo la presencia de Colibrí...

-¡He dicho que basta, acusado! Los testigos serán llamados en el orden que se indica. ¡Ujier, haga comparecer al próximo testigo!

-¡El próximo testigo! -se oye gritar una voz lejana-. Teniente Charles Britton, de las Reales Fuerzas Británicas...

-Exijo a Colibrí primero -insiste Juan.

-Usted no tiene derecho a exigir -nada -rehusa el presidente-. Guarde compostura, o los gendarmes se la harán guardar.

-Pero, ¿dónde está Colibrí, qué han hecho de él? ¿Por qué no acude? ¿Por qué lo quitaron de mi lado? ¿Dónde lo han llevado?

-Aquí está Colibrí, y está también otro testigo que este tribunal se olvidó de citar: ¡Está la esposa de Juan del Diablo!

Abriéndose paso entre los grupos compactos que llenan los bancos destinados al público, esquivando al ujier que ha pretendido detenerla, aprovechando el momento de confusión para llegar hasta el estrado donde Juan responde a las acusaciones del tribunal, ha contestado Mónica haciendo avanzar al oscuro muchacho que lleva de la mano, y hacia ella se vuelven los rostros atónitos... Ni aun para presentarse en aquel lugar ha recuperado sus severas ropas señoriles. Lleva la alegre falda de colorines que Juan hiciera comprar para ella en Grand Bourg, oculta sus rubios cabellos bajo el típico pañuelo de las mujeres martiniqueñas y, envolviendo el talle esbelto, lleva aquel rojo chai de seda que Juan comprara para ella en los almacenes de la isla de Saba. A pesar de su intensa palidez, todo en ella es reposo, mesura, serenidad... Nunca pareció, a los ojos de Juan, tan altiva y helada; nunca pareció tampoco más bella a las deslumbradas pupilas de Renato que, a pesar suyo, se ha acercado temblando. También en la puerta de la sala de testigos, otro hombre se detiene, paralizado por el impacto que su declaración ha causado en todos: Charles Britton, oficial de las Reales Fuerzas Británicas...

-¡Pido ser escuchada, señor presidente del tribunal!

-Pero, ¿estás loca, Mónica? -le reprocha Renato. Y alzando la voz protesta-: ¡Y yo pido su abstención, señor presidente! La ley no la obliga a declarar.,.

-¡No hay ley que me niegue el derecho a decir la verdad!
-porfía Mónica con decisión-. ¡Pido ser citada como testigo! ¡Exijo ser escuchada!

-¡Si no se restablece el orden, mandaré suspender el juicio!
-anuncia el presidente intentando en vano atajar los fuertes murmullos y los comentarios que la presencia-de Mónica han prendido como reguero de pólvora.

-Un momento, señor presidente -reclama Renato-. Como acusador privado, he hecho citar a los testigos necesarios para comprobar mis acusaciones. Entre ellos, no está Mónica de

Molnar.

-¡Puedo pedirla yo como testigo de descargo! -exclama Juan con voz fuerte y poderosa.

-¡No! ¡No en este momento! -rehusa Renato. Y en tono angustiado, musita una súplica-: Mónica... Mónica...

-¡No en este momento, en efecto! -tercia el presidente-. Pero no puede rehusarse la declaración, si ella desea darla. La ley le permite abstenerse, señora. ¿Por qué no se acoge a esa' ventaja?

-¡No deseo esa ventaja, señor presidente!

-Bien. Señor acusador privado, le ruego que ocupe su lugar -ordena el presidente-. Ese niño, a la sala de testigos. ¡Despejen el estrado, o haré despejar la sala! ¡Que pase el tercer testigo de la acusación!

MÓnica ha retrocedido mirando a Juan. Desde que entrara, ha tenido el deseo casi irresistible de correr hacia él, de estrecharle en sus brazos olvidándolo todo, menos la enorme verdad que llena su alma... Y él también la mira, cruzados los brazos; la mira como si también a ella la desafiara, palideciendo un poco más cuando Renato D'Autremont la toma del brazo, cuando la-hace retroceder, obligándola a tomar asiento muy cerca de él, cuando se inclina para hablarle casi al oído, en voz baja, como en un cuchicheo:

-Mónica, no pensé que llegases a este extremo.

-No vas a detenerme, hagas lo que hagas, Renato. Mi deber es estar junto a Juan...

-Me he propuesto rescatarte, aun contra tí misma, y he de lograrlo. Cuando seas absolutamente libre, harás lo que quieras, y bien sé que no volverás con Juan

-Es mi esposo, y mientras exista ese lazo, le pertenezco. Los sentimientos no me importan.

-¡Por eso quiero romper ese lazo! Pero ahora, calla, Mónica. ..

Mónica alza la cabeza con angustia... Frente al presidente, el joven oficial levanta la mano para jurar y, entre los guardias que lo custodian, la mira desde lejos Juan con una máscara de rencor sobre el semblante, con un temblor de rabia en las anchas manos...

-Me limitaré al relato de los hechos, señor presidente -expone el Teniente Britton-. Encargado de hacer cumplir la orden de extradición, prendiendo al acusado Juan del Diablo y llevándolo a bordo del guardacostas Gallón hasta entregarlo a las autoridades que representa este tribunal, puse todo mi empeño en el cumplimiento de ese deber. Acaso el acusado tenga razón para calificar de duros los medios empleados para detenerlo, pero la única advertencia de los partes oficiales era que se trataba de un criminal extremadamente peligroso, y mi primer deber era salvaguardar la seguridad de los soldados a mi cargo. Otros dos tripulantes de la goleta Luzbel hicieron resistencia, y fueron encerrados con su patrón. Me estoy refiriendo al segundo, nombrado Segundo Duelos, y al grumete llamado Colibrí. Por elemental deber de humanidad bajé personalmente a abrir la bodega en la que estaban encerrados cuando, descompuestas las máquinas, arrastrados por el temporal hasta mares peligrosos, perdido el timonel y herido el capitán, el Gallón llegaba al mayor peligro de zozobrar...

-Entonces, ¿puso usted en libertad a los prisioneros?

-Dentro de aquel barco, a punto de hundirse, me fue preciso asumir la absoluta autoridad y, bajo responsabilidad propia, les dejé libres...

-Usted sabía que se trataba de marinos avezados. ¿No les prometió nada a cambio de que se hicieran cargo de tripular el guardacostas?

-No, señor presidente. Sólo pensé que no debía negarse a ningún hombre la última oportunidad de salvar su vida. Pero había muy pocas probabilidades de que nadie la salvara...

-¿Pidió a Juan del Diablo que se hiciera cargo del barco?

-Debo confesar que no, señor presidente. El tomó, por propia iniciativa, el mando del barco, y comenzó a impartir inmediatamente las órdenes necesarias. Durante muchas horas esperé que Juan del Diablo ordenase nuestro asesinato. Era bien fácil arrojarnos por la borda y, libres de nuestro testimonio, llevar el barco en la dirección que se le antojase. Generosamente, nos concedió la vida. Hizo atender a los heridos y, usando de recursos insospechados, como improvisar velas y cordaje, burló uno de los peores temporales que

Librodot

recuerdo haber corrido en el Caribe. Es de justicia que yo declare, públicamente, no haber conocido marino más sereno y más audaz que el patrón del L***uzbel...***

-Puede ahorrarse el capítulo de alabanzas, oficial. ¿Puede decirnos cuándo recuperó usted el mando de la nave?

-Por tercera vez, y sin que esto entrañe una alabanza, señor presidente, debo confesar que me fue devuelto por impulso generoso y espontáneo del acusado. Fui el primer sorprendido cuando su orden de volver proa a la Martinica me trajo al cumplimiento de mi misión con sólo unas horas de retraso.

-¿Atribuye el hecho insólito a la gratitud del acusado por haber abierto usted las puertas de la -bodega-calabozo, en que las circunstancias le condenaban a morir?

-No, señor presidente. El acusado, Juan del Diablo, deseaba presentarse ante este tribunal. Estaba seguro de poder desmentir los cargos, de probar su inocencia. No creo que ni por un momento me haya agradecido aquella oportunidad que, por otra parte, pagó con creces. En todo momento se mostró el mismo: irónico, agresivo, mordaz, igual atado en el fondo de la bodega que cuando mi vida y mi honor estaban en sus manos, Por lo tanto, y en nombre de una gratitud que yo sí siento, si algo puedo pedir a este tribunal es que se tome en cuenta, para el descargo de las faltas que puedan probárseles, que a él y a sus hombres se les debe la vida del capitán del guardacostas Galión, la de cinco tripulantes que sobrevivieron y la de los cuatro soldados que venían a mis órdenes con el encargo de custodiarlo... a más de la mía propia... por lo que públicamente quiero darle las gracias.

Tras el breve murmullo, un largo silencio expectante ha parecido flotar sobre la sala. Con el doblado papel que Aimée le diera, oculto en la mano derecha, retrocede el joven oficial mirando a Juan del Diablo, mientras el presidente se vuelve hacia Renato, cargado el gesto de involuntaria ironía:

-¿Tiene alguna pregunta que hacer a su testigo el señor acusador privado?

-Ninguna, señor presidente... O sí... Un momento... ¿De dónde provenía la orden de tratar a Juan como un criminal peligroso?

-Estaba circulado como tal en la isla de Jamaica -aclara el oficial.

-Eso es todo, señor presidente -señala Renato-, He querido aclarar públicamente que no era mi deseo, ni mucho menos mi empeño, el que fuese maltratado. Quiero también demostrar a este tribunal que no en todas partes se mostró tan generoso con sus enemigos como a bordo del guardacostas Galión...

-•¡No! -estalla Juan con indomable violencia-. No siempre me he mostrado generoso con mis enemigos, y mucho menos he de mostrarme de ahora en adelante. El informe de Jamaica es exacto: puedo ser peligroso, puedo devolver golpe por golpe, infamia por infamia, y así será, Renato... ¡Yo te juro que así será!

-¡Basta! ¡Basta!

El presidente del tribunal ha hecho un esfuerzo para dominar el desbordado murmullo, la ola de encendidos comentarios que han levantado las palabras de Juan. Y es ése el instante que el oficial inglés ha aprovechado para acercarse al estrado, deslizando el doblado papel bajo la ancha mano de Juan, que se apoya en la baranda... Juan ha retrocedido con aquel extraño papel en la mano, y su primera mirada es para Mónica. ¿Acaso es de ella? Algo parecido a un soplo de esperanza ensancha su alma al imaginario, y sus pupilas buscan con ansia la respuesta de aquellos otros ojos. Pero junto a Mónica sigue Renato, otra vez se ha inclinado para hablarle casi al oído. Se diria que sostiene una violenta discusión con voz ahogada, y con ansia estruja Juan aquella carta que no quiere leer bajo tantas miradas clavadas en él, aquella carta que puede transformar su alma con una docena de palabras, aquella carta que, por encima de su valor, le hace temblar...

-Que pase el cuarto testigo de la acusación -ordena el presidente. Y el secretario, a su vez, alza la voz para repetir el llamado:

-¡El cuarto testigo de la acusación! ¡Benjamín Duval! ¡Benjamín Duval!

Pero Benjamín Duval, no se presenta.

-¡Silencio... Silencio! -recalca una vez más el presidente-, Tiene alguna pregunta que hacer a su cuarto testigo el señor acusador privado?

-Comprendo perfectamente la ironía del señor presidente de este tribunal -acepta Renato con aparenté tranquilidad-. Yo mismo no puedo menos de sonreír frente a la forma en que mis

Librodot

dos últimos testigos han declarado. Pero no importa nada, para lo que se trata de probar. Benjamín Duval no niega, no puede negar el hecho comprobado. Juan del Diablo le hirió en una riña de taberna dejando inútil su brazo derecho como hasta el presente lo está, y es el cuarto hecho que, contra viento y marea, deseo hacer constar ante este tribunal. ¡Es cierto que Juan del Diablo trasladó y vendió mercancía robada! ¡Es cierto que Juan del Diablo ayudó a desvalijar, junto a las costas de Jamaica, un rico cargamento de café, tabaco y cacao! ¡Es cierto que sostuvo poco menos que una batalla con los traficantes de ron! ¡Es cierto que ha burlado todas las leyes de restricción del contrabando, en más de diez islas del Caribe, defraudando a los gobiernos coloniales de Francia, Inglaterra y Holanda! Es cierta, también, la lamentable riña de taberna en la que jugó y perdió su goleta Luzbel, levantando después un embargo gracias a una cantidad de dinero que aún no ha pagado...

-¡Que quise pagar, y cuyo pago tú no aceptaste! -refuta Juan sin poder dominar un acceso de ira-. ¿Por qué? ¿Para que? ¿A qué vino tanta hipocresía?

-¡Guarde silencio, acusado! -impone el presidente-, ¡Silencio. . ¡ Continúe el señor acusador privado.

-Y uno a uno probaré todos los cargos que contra él se han lanzado -prosigue Renato con más calma y amargura-pidiendo en el acto, a este tribunal, que comparezca el quinto testigo y que sea leída, ante él, el acta en que le acusan de secuestro, para que sea corroborada por las declaraciones del muchacho...

-Quinto testigo de la acusación! ¡El niño conocido por Colibrí -llama el secretario. Diga su nombre, apellido, edad y profesión...

-Prescindamos de formulismos por esta vez, señor secretario -tercia el presidente-. El muchacho, según parece, no tiene apellido, y lo más probable es que no recuerde su 'edad. Siendo desde luego menor de los diez y ocho años, no puede prestar juramento. Haga constar en el acta que su declaración es a todo riesgo... ¿Prometes decir la verdad, muchacho? ¿No tienes otro nombre más que el de Colibrí?

-Colibrí me llamó el patrón, señor presidente, y Colibrí me llaman todos en el Luzbel.

-¿Quieres decir que antes no te lo llamaban? ¿Cuál es tu nombre? Antes de que te llevase Juan del Diablo, ¿cómo te llamaban?

-Me llamaban haragán, negro sucio y perro sarnoso...

-¡Esos no son nombres! -rebate el presidente.

-Pues así me llamaban, señor presidente... Cada uno como le daba la gana, y con cada grito, un palo o una patada por que no andaba ligero. Era mucha la leña que había que cargar para el horno del alambique.

-¡Silencio! -insiste el presidente enarbolando la campanilla para aplacar los murmullos que suben de tono-. Secretario, dé lectura al acta...

Y el secretario, obedientemente, lee:

-"En la ciudad de Port Morant, ante el notario William Godman, los abajo firmantes declaran: Primero: Ser absolutos propietarios de una finca de cien cordeles que se extiende desde la margen izquierda del río Morant hasta el monte llamado Yallhs Hill, todos ellos terrenos cultivados con plátano, tabaco y caña. Segundo: Que cuentan, para la ayuda de ciertos trabajos en el alambique que poseen y explotan en dicha propiedad, con varios muchachos, uno de ellos pariente cercano, recogido y criado en la casa, por ser huérfano de padre y madre. Tercero: Que este muchacho, a cargo total de sus tutores, de la raza negra, estatura regular, aproximadamente de doce años de edad, desapareció una mañana, embarcando por el puerto de White Horses en la goleta llamada Luzbel, llevado hasta ella con engaños, o acaso por la violencia, por el patrón de la misma, apodado Juan del Diablo. También aseguran que el citado muchacho, dando pruebas de sin igual ingratitud para los que le habían amparado, cooperó al susodicho secuestro obedeciendo a la voz de Juan del Diablo, en lugar de a la de sus parientes, cuando éstos fueron a buscarlo. Cuarto: Que el llamado Juan derribó a puñetazos a los que quisieron entrar a la coleta en busca del muchacho, haciendo levar las anclas y partiendo del puerto de White Horses, siendo inútiles hasta la fecha sus denuncias y demandas. Que además, y por pura maldad, Juan del Diablo disparó contra las barricadas de ron propiedad de los firmantes, que aguardaban en el muelle de White Horses para ser embarcadas, haciendo que el líquido se derramara, con una pérdida de más de cien libras esterlinas, y gritándoles las peores injurias, con las que provocó una insubordinación

Librodot

entre los otros muchachos, con grave perjuicio del orden y la disciplina en la finca de su propiedad. Y firman, Burke, George y Jacobo Lancaster, con cuatro testigos que dan fe, vecinos-propietarios de la dudad de Port Mprant, y la firma del notario autentificando el documento, William Godman. He dicho...

-¿Has oído, muchacho? -advierte el presidente-. ¿Recuerdas si reconoces haber sido secuestrado por el llamado Juan del Diablo?

-Yo me fui con el patrón... Yo le pedí que me llevara.... Por culpa mía se había estropeado una paila de ron, y me iban a matar a palos. Me escapé muerto de miedo... No sé ni cómo pude llegar, y me caí en la playa cuando vi que todavía estaba allí el Luzbel. Entonces, el patrón me llevó adentro, y no sé qué más pasó...

-El cargo de secuestro queda totalmente probado -señala Renato.

-¡Yo me fui con él! -insiste Colibrí-. Yo le pedí que me llevara... Me iban a matar... El patrón era bueno conmigo... Digales cómo fue... Dígales usted, patrón, dígales por qué me escapé de allá...

-¡Siencio! -clama el presidente por enésima vez-. ¿Tiene algo que decir en su defensa, acusado?

-Nada, señor presidente -responde Juan destilando ironía-. Tampoco creo que sea necesario decir nada en defensa del muchacho. Iba a pagar con su vida la pérdida de una paila de ron. Yo derramé el contenido de den pailas, y no permití la entrada de intrusos en mi barco. No hay nada que añadir en mi defensa. Que busquen qué añadir a las suyas las autoridades de Port Morant, que toleran cosas como las que acaban de escuchar a las mismas puertas de una ciudad civilizada.

-¿Tiene algo que responder a esas palabras el señor acusador privado? -indaga el viejo presidente volviéndose hada Renato.

-No creo que se trate, señor presidente, de discutir injusticias sociales con el acusado, sino de probar su responsabilidad en los hechos de que se le' acusa. El hecho, ni él mismo lo niega:

destruyó voluntariamente una propiedad ajena, se llevó a un muchacho de doce años sin autorización de nadie, contra la voluntad de los únicos que se declararon sus parientes, de los que le habían ofrecido amparo desde una infancia tan tierna, que ni el propio interesado recuerda otro hogar que la casa de los Lancaster...

-En la casa de los Lancaster, Colibrí no era más que un esclavo -rebate Juan-. Si, un esclavo, aun cuando las leyes del país hayan abolido ya la infame trata. No creo en la existencia de ese lazo de sangre que dicen le une a sus verdugos. Eran cerca de una docena de muchachos, huérfanos o abandonados por sus padres, los que dormían hacinados en el fondo de una barranca inmunda, los que se alimentaban con sobras que los perros pueden despreciar, los que eran obligados a trabajar hasta más allá de sus fuerzas de niños, los que sólo recibían golpes, injurias y malos tratos a cambio de su trabajo... Pero, naturalmente, yo no era más que un entrometido, eso no me importaba nada...

-Pudo importarte y proceder de otro modo -observa Renato-. Con una denuncia a las autoridades...

-Evidentemente el señor acusador privado tiene razón. -apoya el presidente-. Los hechos que usted refiere son lamentables, pero no le autorizaban a convertirse en juez y ejecutor de una justicia personal sin haber acudido antes a esa justicia legal que tan duramente ha criticado.

-Hubiera sido inútil, señor, presiden te -desprecia Juan con su habitual sarcasmo-. Los Lancaster son personas muy bien miradas en Port Morant, pagan altas contribuciones y poseen lujosos carruajes... No, no los imaginéis como bárbaros, golpeando a este niño con sus propias manos. Ellos son incapaces de una acción repugnante. Para eso tienen sus capataces, sus caporales, sus perros a sueldo... Para eso dan absoluta autoridad a los que gobiernan a sus trabajadores... Y si un desdichado de éstos muere, importa poco, porque nadie va a ir a reclamar para saber si fue el paludismo o el hambre, los golpes o una indigestión, lo que lo mataron... Ellos son caballeros y viven como tales. No pueden llegar hasta ellos la denuncia de un patrón de goleta, tildado de pendenciero, de contrabandista y de pirata... [Están tan altos en la bella Jamaica, como Renato D'Autremont en la Martinica! ¡Sólo un imbécil perdería el

Librodot

tiempo denunciándolos!

Juan ha clavado en Renato su mirada de fuego, como aguardando una respuesta que no llega, que no puede llegar... Y Renato respira conteniéndose, sintiendo que es menos firme el suelo que pisa, que de los bancos del pueblo bajo llega hasta él una comenté hostil, violenta, a punto de estallar, hasta que la mano del presidente se alza!

-¡Lo que usted dice no tiene sentido, acusado! Bien claro dice esa denuncia que el muchacho en cuestión es pariente de los Lancaster...

-Parientes de empleados de los Lancaster... Es la fórmula usual para emplear niños en los peores trabajos. Están con sus parientes, tío segundos o primos terceros... acaso simplemente les reconocen como ahijados... ¿Qué más da? La fórmula es perfecta:' Se paga a un desalmado cualquiera que ofrezca una cuadrilla de muchachos. Poco le cuesta decir a éste que son de su familia, y los amos no tienen nada que perder. Muy cómodo para los Lancaster...

-Pido la palabra, señor presidente, para una cuestión de orden -interviene Renato-. No creo que interese a este tribunal la forma de administración que tienen los señores Lancaster en la isla de Jamaica, ni otros señores en las islas vecinas, ni aun en la propia Martinica... Cada uno gobierna su casa como le place, y allá cada quién.., Estamos aquí para probar los cargos que he lanzado contra Juan del Diablo, y uno a uno van probándose. ¡Señor presidente, pido haga usted constar en acta, que el cargo de secuestro y destrucción de propiedad ajena está plenamente probado!

-Su petición es justa. Hágalo constar en acta, señor secretario -indica el presidente. Y acto seguido, prosigue-: Ahora, para exponer su requisitoria, tiene la palabra el señor fiscal...

-Tomo sobre mí el cargo, señor presidente -tercia Renato. Ahora es en la tribuna reservada para los importantes, donde los comentarios suben de tono un momento para después callar. El fiscal hace un gesto de absoluta indiferencia, retirándose de nuevo hasta su butaca, y Renato D`autremont avanza mirando uno a uno a aquellos hombres que forman el jurado, y cuyos ánimos sospecha ganados ya del todo para Juan:

-No trato de hacer ver como un monstruo al acusado. Demasiado bien sé que es un hombre que ha sufrido y luchado desde niño, un hombre en pugna con la sociedad. Nada he de decir a ustedes sobre la excusa moral que pueda representar, para su mala vida, su mala suerte; pero sí pido a todos, y a cada uno de ustedes, la conciencia de su responsabilidad. No acusé públicamente a Juan del Diablo por rencor ni capricho, no le acusé siquiera con el afán de castigar sus errores pasados, sino de prevenir futuras fechorías, de remediar males que aun pueden remediarse...

"Su ejemplo es pernicioso, nefasto. Si este tribunal, basado en razones sentimentales, ganado por el impacto moral de la piedad que ciertos relatos escuchados pueden causar en el corazón de cualquier hombre, si este tribunal, repito, da la razón a Juan del Diablo con una sentencia absolutoria, todos los vagabundos, todos los maleantes, todos los descontentos y resentidos de la Martinica adoptarán esa actitud pendenciera y hostil, erigiéndose a si mismos en gratuitos representantes de la justicia, impartiéndola por su propia mano, a espaldas de las leyes y de los tribunales...

"Quiero que cada uno de ustedes entienda que hablo sólo en defensa de nuestra sociedad, de esta sociedad a la que pertenecen nuestras esposas, a la que pertenecerán nuestros hijos mañana ... No podemos permitir que, por la sospecha de que una denuncia no va a ser escuchada, se tome cada cual la justicia por su propia mano. La vida de Juan del Diablo puede tener la brillantez de una novela de aventuras, ganar la admiración de las mujeres y exaltar la imaginación de los muchachos, y por ello mismo es tan peligrosa, y es más fuerte nuéstro deber como hombres, como jefes de familia, como clase directora de una sociedad civilizada, de dar otro rumbo a la justicia, otros procedimientos a la bondad humana, que puede coexistir con el respeto a las leyes y al derecho legal de los demás, aun cuando Juan del Diablo pretenda probamos lo contrario. Como el médico que se cura a sí mismo, descubriendo antes que las ajenas sus propias llagas, quiero hacer constar que no será extraño que una dama de mi propia familia, una dama de la que me considero defensor natural y obligado, tome partido

Librodot

a favor de Juan...

"Y esto puede ocurrirle a cualquiera de los cabezas de familia que me están escuchando. Si nuestras leyes son malas, debemos reformarlas; si nuestros tribunales no imparten verdadera justicia, debemos esforzamos por hacerlos mejores; si nuestras costumbres son vituperables, tratemos de modificar nuestras costumbres ... Pero que todo se haga con la anuencia de los mejores ciudadanos, con el respaldo de las leyes de la metrópoli, con la justicia, el derecho y el apoyo de las instituciones, no según el capricho, más o menos sentimental, del primer resentido que se alza en rebeldía, sólo porque la sociedad lo tuvo siempre al margen...

"Pido, señores del jurado, piedad para. Juan del Diablo, pero mayor piedad aún para la sociedad cuyos cimientos socava. Sus pecados pueden absolverlos el corazón, pero sus faltas deben ser castigadas, deben ser sancionadas, deben ser perseguidas y evitadas, en él y en cuantos pretendan seguir su ejemplo, como parecen querer seguirlo todos los hombres de su barco y hasta ese niño de doce años a quien bien pudiéramos llamar el ahijado del Diablo...

"Es absolutamente preciso hacerles comprender, al acusado y a todos, que ningún hombre es más fuerte que las leyes, que ningún ciudadano, por si solo, puede destruir lo que ha establecido la -voluntad de millones de ciudadanos, que no es la violencia privada el camino de reparar la injusticia, que él no puede imponer una sanción caprichosa como en el caso de la destrucción de las barricas de ron de los señores Lancaster, porque eso no se llama justicia, se llama venganza, y este tribunal no puede alentar esos procedimientos, sino, por el contrario, ponerles coto, terminar con ellos, cortar toda posibilidad de que cosas así vuelvan a repetirse, por medio de un castigo justo, enérgico y adecuado para el quebrantador de todas las normas, para el acusado, Juan del Diablo. Por lo tanto, pido a este tribunal, para el acusado...

-¡No! ¡No, Renato! -le interrumpe Mónica acercándose a él, completamente fuera de si-. [Que no seas tú... que no sea tu boca... que no sean tus labios los que pidan el castigo de Juan!

-¡Silencio... Silencio! -se enfurece el presidente-. ¡Basta! ¡Voy a hacer despejar la sala! Señora Molnar, en su calidad de testigo, usted ha permanecido indebidamente en esta sala. Pase en seguida al departamento de testigos, o será detenida por desacato a la autoridad.

-¡Eso no! -protesta Renato.

-Ni ella ni nadie puede interrumpir de ese modo el orden de un juicio. Hablará a su tiempo, cuando sea interrogada. Y si tiene que decir algo en favor del acusado...

-¡Es el hombre más generoso de la tierra! ¡Si ustedes representan a la justicia, no pueden condenarlo!

Un grito unánime ha escapado de las tribunas del pueblo. Magistrados y jurados se han puesto de pie; los guardias cruzan los fusiles deteniendo al público que pretende saltar al estrado. Incapaz de contenerse por más tiempo, Mónica está frente al tribunal, se acerca a Juan, se vuelve hacia Renato... A una enérgica seña del presidente, un ujier va acercársele, pero no se atreve a tocarla. Se detiene frente a ella, inmóvil como todos, y se apagan los murmullos y las voces con el repentino y violento interés de escuchar sus palabras:

"¡Señores magistrados, señores jurados, ustedes no pueden condenar a Juan! Es preciso que los que van a juzgarle no cometan contra él una nueva crueldad... Por el amor de Dios, escuchadme. ¿Vais a castigarlo por ser generoso? ¿Por sentir piedad? ¿Por defender a los que nada tienen? ¿Por ser el apoyo de los desamparados? ¡No! La justicia no puede castigarle por luchar, defendiendo su propia vida y la de otros desgraciados, por ayudar a burlar conciencias inhumanas, por dar amparo a un niño fugitivo, por herir a u^ malvado en legítima defensa, que ése es el caso de Benjamín Duval"...

-Señora Molnar, basta... Basta! -desaprueba el presidente-. Ha tomado usted el papel del abogado defensor, y en ningún casa podemos oiría en ese tono. No es para escuchar argumentos, sino hechos, para lo que este tribunal le concede el derecho de hablar.

-En seguida llegaré a los hechos, señor presidente. Soló quería suplicar a los señores del jurado que fuesen menos crueles con Juan de lo que el destino fue con él desde niño. Por lo demás, sus faltas, sus delitos, los cargos de que se le acusa han ocurrido en su mayor parte en otros países y bajo otras leyes...

Librodot

-La testigo olvida que los principales cargos son: aparte de su riña con Benjamín Duval, el incumplimiento de su promesa de seguirle pagando una indemnización mediante la cual retiró él su demanda -recuerda el presidente-. El abuso de confianza que significa sacar del puerto un barco embargado antes de satisfacer la deuda que lo detenía a la disposición del que hoy lo acusa: el señor Renato D'Autremont y Valois...-

-Justamente iba a llegar a ese asunto, señor presidente -interrumpe Mónica-. La forma en que Juan fue detenido, la severa incomunicación en que hasta ahora ha estado, me han impedido cruzar con él una sola palabra, participarle algo que su desinterés, su verdadero desprecio al dinero le hizo ignorar: la mujer con quien se casó en Campo Real cuenta aún con algunos bienes de fortuna. Una dote modesta. Con ella garantizo a este tribunal el pago de esa deuda. Hago promesa solemne, a los acreedores aquí presentes, de abonar hasta el último centavo, y espero que con ello sea bastante para dejar sin lugar el cargo de abuso de confianza.

-¿Puedo hacer una pregunta a la testigo? -inquiere Renato.

-Sólo quería preguntar a la testigo, recordándole antes que declara bajo juramento, si fue también a causa de la bondad de Juan del Diablo que rogó al doctor Faber escribiese a su madre pidiendo ayuda, apoyo, auxilio para escapar de la goleta Luzbel, en donde era retenida contra prescripción facultativa, a pesar de estar gravemente enferma.

-Jamás pedí al doctor Faber que escribiera en esa forma, ni a mi madre ni a nadie -rebate Mónica con energía-. Sólo quise hacerle saber que aún vivía. Juro que ésa,-y sólo ésa, fue mi súplica para el doctor Faber.

-Admitamos que el médico obró por iniciativa propia, que el dolor y el abandono de una compatriota, llevada a pesar suyo en aquel barquichuelo miserable, le conmovió al extremo de ir más allá de lo que se le rogara.'¿No son acaso hechos lo bastante' claros para desmentir la pretendida bondad de Juan del Diablo?

-Sólo guardo gratitud para él durante ese viaje. A sabiendas acepté su pobreza. Y ningún tribunal puede acusarlo si yo no lo acuso, nadie puede sostener contra él una demanda que yo rechazo. Me considero deudora de una profunda gratitud para el acusado, y en nombre de esa profunda gratitud...

Ha callado, sintiendo que las fuerzas le faltan, pero una firme mano varonil la sostiene. Junto a ella está Renato que, aprovechando el instante, se vuelve al tribunal:

-Es profundamente doloroso para mí obligar a la testigo a tocar asuntos íntimos; es lamentable ventilar ante un tribunal público lo que sólo atañe al honor y a la dignidad de los que son ya miembros de mi familia; pero cuando se llega a un extremo tal, hay que apurar hasta la última gota del trago más amargo. Públicamente, y asumiendo de nuevo el cargo de fiscal en el que fui interrumpido, pido a los señores del jurado un veredicto de culpabilidad para que él presidente de este tribunal aplique la sanción más severa que marque la ley para los cargos probados y confesados por el propio acusado, y corroborados por los testigos que acaban de declarar. Pido la mayor pena que el código prevenga, para protección de esta sociedad a quien él maldice y ataca, para ejemplo de los que quieran seguir sus huellas, y en provecho de la mujer a quien, por desgracia, yo mismo puse legalmente en sus manos. Si ella, en su infinita nobleza, insiste en ser una esposa leal, yo pido a los señores jurados y a los señores magistrados que me ayuden a reparar mi gran faifa, para poder seguir sintiéndome un hombre honrado.

Un silencio solemne ha seguido a las palabras de Renato. Sin fuerzas para detenerle por segunda vez, Mónica se ha alejado unos pasos. Ahora está muy cerca de Juan, pero apenas puede mirarlo; hay un torbellino que parece girar ante sus ojos, un golpear de martillos que atormentan su cabeza. Otra vez, como en aquel terrible viaje hasta la costa, cree vivir una pesadilla infernal, y para ella, las voces, más que sonar, estallan, penetrándola con cien dardos da angustia restallando como latigazos...

-El acusado puede hablar en su defensa o aceptar al defensor de oficio que este tribunal le ha deparado -manifiesta el presidente.

-Doy las gracias al defensor y al tribunal -desprecia irónico Juan-. Mi única defensa sería negar la verdad, y no he de negarla. Poco valen las razones que pude tener para hacer lo que hice, según ha afirmado la elocuencia del señor acusador privado. Yo desprecio el dinero, lo desprecio y lo odio con toda mi alma, o al menos lo he despreciado hasta ahora. Tal vez por asco de ver que es el precio de todo, tal vez a causa de la repugnancia de mirar aferrarse a él a los que lo tienen, y volverse más insaciables cuanto más oro se amontona en sus arcas. No pregunté por su dote al que me dio por esposa a Mónica de Molnar. Los hombres de mi clase no nos casamos con las dotes, sino con las mujeres. Y si todo este proceso, tal como acaba de declarar Renato D'Autremont, no tiene más objeto ni finalidad que arrebatarme a la mujer que legalmente me pertenece, yo le respondo que no lo logrará jamás, a menos que pague a un asesino para matarme!

-¡Silencio... Silencio! -grita el presidente por encima del vocerío que se ha desencadenado ante las palabras de Juan-. Se suspende la vista. Veinte minutos de receso antes de oír a los testigos de descargo. ¡Despejen la sala!

Juan se ha vuelto en vano hacia Mónica. Dos gendarmes le han cerrado el paso, otros dos le empujan por el largo pasillo. En sus manos está aún el doblado papel que Charles Britton le diera al declarar. Mientras marcha entre cuatro fusiles, lo abre y lo lee con ansia. Son sólo unas palabras, locas y apasionadas palabras de amor, que le estremecen haciéndole dudar. Es una letra de mujer, de largos y nerviosos caracteres desiguales. No hay un signo, no hay una firma, no puede recordar si ha visto antes esa letra, pero el sutil aroma de nardos que exhala el papel es como un relámpago repentino en su memoria, y lo estruja con rabia, lo deja caer y, como un sonámbulo, se deja llevar...

Mónica ha seguido los pasos de Juan. Ha escapado a las manos de Renato, ha esquivado al ujier qué intenta detenerla. Corre ansiosa, con el anhelo de alcanzarlo, de cruzar con él aunque sea una palabra, una sola palabra... Pero ha llegado tarde. La puerta claveteada se ha cerrado tras el último gendarme, y ella se vuelve vacilante, como si despertara, ahogada por el tumulto de sentimientos que la envuelven... Muy cerca de la puerta hay estrujado un pequeño trozo de papel, que recoge con ansia. Sí, ahora recuerda, ahora está segura: vio caer ese papel de las manos de Juan, mientras corría en vano por alcanzarlo, y tiembla pensando que pueda ser un mensaje, una palabra... ¿Para ella -acaso?

Lo ha leído, una y otra vez... y casi no comprende, Al fin, su mente se aclara. Recuerda aquella letra, conoce demasiado bien aquel perfume de nardos que ,se le clava en la garganta, y murmura en un gemido de infinita desolación:

-De Aimée para Juan... ¡Para Juan.. .!

Poco a poco, todos van regresando... más grave y ceñudo el presidente del tribunal, más aburrido y despreocupado el viejo secretario, más nerviosos e inquietos los doce hombres, escogidos entre todas las clases sociales, que forman el jurado...

-El tribunal... Se reanuda la audiencia -anuncia el secretario.

Mónica ha llegado también, trémula y pálida, y clavando en ella una mirada de profundo y doloroso reproche, cruza Renato hasta llegar al centro del estrado. Hay una fiera determinación en toda su actitud, como una brusca reacción exterior a la desolación de su alma, y es como un acicate, que se clavara torturándole, aquel viejo orgullo de los D'Autremont y de los Valois que corre mezclado en su sangre...

En silencio, llega Juan. También, como Renato, parece más sereno y más pálido; hay en él un gesto de determinación desesperada. .. gesto que, en los rostros distintos, marca, como un sello indestructible, su innegable parecido de hermanos...

-Antes de dar paso a los testigos de descargo -advierte el presidente-, pregunto por segunda y última vez al acusado Juan del Diablo: ¿Desea ser asistido por el defensor de oficio que le otorga este tribunal?

-No, señor presidente...

-Bien... Que pasen los testigos de descargo...

-Testigos de descargo: Segundo Duclós Panart... -llama el secretario.

-Por una cuestión de orden, señor presidente -objeta Renato-. Segundo Duelos formaba parte de la tripulación del Luzbel. Puede considerársele como un empleado de Juan del Diablo...

Librodot

-Se trata de un ciudadano libre, señor D'Autremont -rechaza el presidente-, que declarará bajo juramento y será reo de perjurio si sus declaraciones son falsas. -Y dirigiéndose a Segundo, advierte-: Acerqúese a la barra de los testigos... ¿Se da usted cuenta de la responsabilidad en que incurre faltando a la verdad en sus declaraciones, testigo?

-Sí, señor... claro... Pero no necesito mentir para defender a Juan del Diablo...

-Bueno... ¿Jura decir la verdad, toda la verdad, y sólo la verdad, en cuanto le fuese preguntado? Conteste: "Sí, juro". Y levante la mano para jurar...

-Sí, juro...

-Baje la mano y diga cuanto sepa del acusado Juan del Diablo. .. Cuanto pueda Servirle para negar los cargos o atenuar la responsabilidad de ellos. ¿Estaba usted presente cuando la riña en la taberna de "Dos Hermanos", donde resultó herido Benjamín Duval?

-No, señor presidente, nunca estaba con Juan cuando llegábamos a puerto. Yo cuidaba de la goleta anclada, él entraba y salía, contrataba las cargas, hacía todos los arreglos. Luego nos pagaba, unas veces por sueldo, otras por una parte de la ganancia. .. Era generoso y considerado con todos... Jamás nos engañaba...

-¿Puedo hacer unas preguntas al testigo, señor presidente? -solicita Renato. Y al concedérsele la autorización, se dirige a Segundo-: ¿Sabía usted que la mayor parte de las cargas que trasladaba el Luzbel eran robadas? Recuerde que está declarando bajo juramento...

-Pues bien, yo nunca le pregunté al patrón de dónde salían las cargas. No creo que haya ningún tripulante de barcos de cabotaje que lo haga, ni ningún patrón que soporte tales preguntas. ..

-¿Ha terminado, señor D'Autremont?

-Un momento, señor presidente. El testigo estaba presente en Jamaica cuándo fue secuestrado Colibrí. El le vio golpear a los empleados de los Lancaster, le vio disparar contra las barricas de ron, le vio también esconder al muchacho en la goleta, tomándolo para provecho propio, y hacer levar las anclas para huir. ¿Le vio, o no le vio?

-Sí le vi. Pero lo de provecho propio no es verdad... Colibrí no hacía nada en el barco, no hacía nada en ninguna parte. Pasaba la vida de niño bonito, acompañando al patrón, y no me lo quiso dar para grumete, aunque varias veces se lo pedí porque lo necesitaba...

-¿Qué pretextos le expuso para no otorgar esa ayuda?

-Pretexto, ninguno... Sólo-dijo que no quería grumetes en su barco... Que los grumetes sufrían demasiado...

-Sí, señor presidente -tercia Juan-. Viví como grumete durante tres años. Sé bien lo que es la suerte de un muchacho al que todos, desde el capitán hasta el último marinero, pueden mandar, reprender y castigar. No saqué a Colibrí de Jamaica para que siguiera siendo un esclavo... Lo era en casa de los Lancaster... Cien veces puedo asegurarlo, y Segundo Duelos, que ha jurado decir verdad, puede afirmarlo... ¿Cuándo viste por primera vez a Colibrí, Segundo? ¡Responde la verdad... la verdad!

-Arrastraba una carga de leña más grande que él mismo... Un capataz le tiraba piedras desde lejos, y le gritaba estimulándolo...

-He terminado con mis preguntas -ataja Renato con la intención de cortar los crecientes murmullos-. Considero inútil, señor presidente, la repetición de un relato tan profundamente desagradable, y repito lo que ya dije ante este tribunal: ¿Por qué Juan del Diablo, o cualquiera de sus hombres, no denunció el hecho a las autoridades? ¿Por qué él, los que con él andan, se consideran autorizados para hacer la justicia por su propia mano? En esta desdichada historia de Colibrí...

-¡Están de más todas las palabras, señor presidente!

Otra vez Mónica se ha levantado, como impulsada por una fuerza incontrolable; otra vez se enfrenta al tribunal, esquivando el ademán de Renato, que intenta detenerla, desoyendo toda voz que no sea aquella que en su conciencia parece gritar...

"Están de más todas las palabras... ¡Ven aquí. Colibrí, acércate! Señores magistrados, señores jurados, .no son palabras, sino hechos los que quiero mostrar. En la carne de este niño están impresas las huellas de la barbarie de los Lancaster, y ninguna palabra dice más que estas cicatrices. -Bruscamente ha despojado a Colibrí de su camisa blanca, mostrando a todos

Librodot

aquellas horribles huellas de crueldad que un día le hicieron estremecerse llevando a sus ojos las lágrimas-. ¡Esta es la prueba más clara! Este es el cargo más grave contra Juan, y desafío a cualquier hombre honrado a que siga sosteniéndolo tras mirar lo que todos han mirado...

Mónica ha hecho a un lado al asustado muchacho, ha recorrido con la mirada relampagueante a- aquel tribunal que calla, sorprendido y emocionado, y sin mirar a Juan, se vuelve hacia Renato: "Ya dije antes ante este tribunal, que Juan ignoraba la existencia de mi dote, una dote modesta pero intacta... Con ella garantizo el pago de esa deuda por la que se acusa a Juan de abuso de confianza. Hago promesa solemne, a los acreedores aquí presentes, de abonar hasta el último centavo, y confio en que la justicia no sea para ustedes, señores jurados, la letra muerta que castiga a ciegas, sino la comprensión humana que aplica esa ley a cada hombre, a cada corazón, a cada caso... El no se defiende, no quiere defenderse; pero yo pido justicia... ¡Justicia humana para el acusado!”

-¡Silencio! ¡Basta! -clama el presidente-. Ujier, obligue al público a guardar orden y silencio, o tendré que hacer despegar la sala... Y en cuanto a usted, señora Molnar, hágame el favor de abandonar la sala. El juicio debe continuar sin más interrupciones...

Como una sonámbula, ha abandonado Mónica la ancha sala del tribunal, no sin volverse desde la puerta para mirar a Juan un instante... pero aparta los ojos estremecida, quemada por el fuego luminoso que asoma a las pupilas de aquel hombre extraño... Aquellos ojos que ella nunca viera sino fríos y desdeñosos, amargos o burlones, aquellos ojos que parecen haber mirado todos los dolores y toda la tristeza del mundo, y que ahora brillan con un fulgor cálido de gratitud, acaso de admiración ...

-¡Tú... aquí...!

Moviendo la cabeza, Mónica ha dado un paso atrás. Nada en el mundo hubiera podido dar a su alma un golpe tan brutal como la presencia de Aimée allí, junto a las ventanas que dan a la sala de los tribunales...

-Ya te oí defendiendo a Juan. Lo hiciste a las mil maravillas. Y ya vi también cómo él te miraba... Sabes arreglártelas perfectamente... Has cambiado de un modo extraordinario, y ya no podrá llamarte Santa Mónica...

-¡Calla! ¡Basta! ¡Si eres que voy a soportar.. .! -se revela Mónica a impulsos de la ira.

-Supongo que habrás tenido que soportarlo todo. Conozco a Juan. No es ningún caballero de la Tabla Redonda. Al contrario ... No ha nacido la mujer que se burle de él...

-¿Quieres callarte de una vez? ¡Maldita... Malvada...!

-¡Basta! ¡No eres tú quién pueda insultarme!

-Ni hay insulto que te llegue, Aimée. Has caído demasiado bajo... ¿Qué haces en el tribunal? ¿Qué es lo que has venido a hacer aquí, olvidándolo todo: tus deberes, tu nombre, tus juramentos... esos juramentos que pisoteaste por completo, los que hiciste al pie del altar, los que me hiciste a mí por la vida de nuestra madre?

-¿Pero con qué derecho... ?

-Mira este papel. Lo reconoces, ¿verdad? Lo escribiste tú,.. Tiene tu letra, tu perfume, tu modo vergonzoso de expresarte.

-¿Quién te dio ese papel? ¿De dónde lo has sacado? No •dudo que desearás con toda el alma cualquier cosa para perderme -expone Aimée con fiera burla.

-Perdida estás por tus propias obras, por tus propios actos. ¿Qué has venido a hacer a este tribunal? ¿Por qué escribes de este modo a Juan, cuando el precio de mi sacrificio fue justamente que borrarías hasta el recuerdo del pasado?

-¿El precio de tu sacrificio? ¡Ay, hermana, me parece que el sacrificio no fue tan grande! Si no, ¿por qué defiendes a Juan?

-Lo defiendo porque fue noble y sincero, porque tuvo piedad de mi desgracia, porque, de cualquier modo, soy su esposa. .. Porque, para salvarte entonces, no vacilaste en hundirme en lo que pudo haber sido mi muerte... Y ahora me echas en cara no haber muerto, ahora lamentas que el hombre en cuyos brazos me arrojaste, como se arroja una víctima a la jaula de las fieras, haya tenido sentimientos humanos...

-¿Sólo sentimientos humanos?

Librodot

-¿Pues qué pensaste?

Aimée ha respirado, ha sentido que bruscamente se le ensancha el alma, se ha estremecido presa de una alegría egoísta, instintiva y carnal... Ha sentido aflojarse en su garganta el nudo amargo de los celos, que la ahogaba, y casi sonríe viendo retroceder a Mónica, temblorosa y pálida, ardiente sólo en ella como una chispa de curiosidad...

-Entonces, ¿quieres decirme por qué está ese. papel en tus manos?

-No quiero decirte nada. ¡Ni eso ni nada! -rechaza Mónica airada-. ;No te importa! ¿Entiendes? ¡No te importa ni tiene que importarte! Piensa sólo que pudo costarte la vida, y que, sin embargo, te lo devuelvo.

-¿Quieres que te dé las gracias por no delatarme? -se burla Aimée con cínico sarcasmo-. No soy tan candida para creer que sólo por mí callaste... ¡Callaste por él, por Renato, por tu adorado Renato! ¡Todavía te importa más que nada, más que nadie!

-¡Imbécil! ¡Imbécil! -repudia Mónica fuera de sí.

-¡Oh... Calla... Calla! -se asusta Aimée de pronto. Y con repentina angustia, suplica-: ¡Cuidado, Mónica... cuidado, que.. .!

-¿Qué? -se sorprende Mónica. Y con voz ahogada por la sorpresa murmura-: Renato...

Ha quedado inmóvil, ahogado el grito de indignación en su garganta, mientras Renato D'Autremont se acerca, sorprendido y rápido, al tiempo que indaga:

-¿Qué haces aquí, Aimée?

-Renato de mi vida, me volvía loca en aquella casa -intenta justificarse Aimée, en tono doliente e hipócrita-. Sola, como quien dice sola... con doña Sofía no hay que contar. Desde que por la hora comprendimos que había empezado el juicio, se encerró en su cuarto a llorar y a desmayarse. Dice que este escándalo va a matarla, y no le falta razón, Renato. A sus años, con sus pergaminos, con su orgullo... A mi me da una pena horrible que por un asunto nuestro. Quiero decir, que por un asunto de la familia Molnar, hayas trecho algo semejante... Tu madre opina que no debías haberte metido en nada de esto...

-Y yo comparto la opinión de doña Sofía... Bruscamente se ha serenado Mónica, ha vuelto a tener el gesto reservado y altivo de cuando vestía los ásperos hábitos de novicia, y esquiva, como si no la viese, la ardiente mirada de Renato, que explica en un intento de justificarse:

-Demasiado sabes que sólo cumplimos un deber tratando de deshacer el mal que te causamos.

-Es justamente lo que yo le estaba diciendo -intercede Aimée con falsa ingenuidad-. Aunque, al fin y al cabo, me parecía que el daño no había sido tan grande, ya que, mal o bien, Mónica está queriendo a Juan... Precisamente llegué a tiempo de asomarme por esa ventana en el momento en que ella lo defendía con tanto calor, dejándote a tí en una situación bastante desairada, Renato...

-Mónica también entiende que el deber es preciso cumplirlo por encima de todo, y considera que su deber es estar de parte de Juan, ya que consintió en casarse con él...

-¿Lo entiendes tú así? Menos mal... Tenía miedo de que te disgustaras, de que te enojaras con ella... Pero ya veo que no hay nada de eso. Por fortuna, los enemigos públicos se siguen llevando como buenos parientes en la intimidad...

-¿Qué quieres decir, Aimée? -indaga Renato sorprendido.

-No sé... No le des mucha importancia. Estoy tan nerviosa, que no sé ni lo que digo.

Un nervioso agitar de campanilla, ordenando silencio a los fuertes murmullos que llenan el espado, ha hecho que Renato se dirija a la ventana que da a la sala del tribunal, sacudido por una extraña agitación, y es el instante que aprovecha Aimée para acercarse a su hermana, sujetando su braza mientras le habla al oído con la furia desesperada de quien pone en una intriga su alma entera:

"Juan va a salir absuelto. Todos los jurados con los que he podido hablar, están de su parte, y ese papel que tanto te molesta se lo mandé sólo para darle ánimos, contestando a otro que él me había enviado pidiéndome ayuda y amparo en nombre de aquel amor nuestro que no puede olvidar... Yo no tengo la culpa de que Juan no me olvide, de que siga considerándome como el único amor verdadero de su vida. Tuve que escribirle diciéndole que le amaba todavía, porque sin mi amor no le interesan ni la vida ni la libertad. Esa es la

Librodot

verdad... Ya la sabes... ¡Ahora, si quieres, dícelo a Renato!

Sin dar tiempo a responder a Mónica, corre Aimée hacia Renato tras derramar el veneno en el torturado corazón de su hermana... Todo es ahora distinto en ella: el gesto ingenuo, la palabra tímida y dulce, la actitud suave y enamorada con que se apoya en el brazo de Renato, al preguntar:

-Renato mío, ¿qué es lo que pasa?

-¡Es el colmo... el colmo! Pedro Noel está entre los testigos de descargo...

-Notario Noel, ¿qué tiene usted que declarar? Una vez más, a la voz y a la autoridad del presidente, se han acallado los fuertes rumores, los comentarios violentos, el batir de los pensamientos y las voluntades, cada vez más prendidos y dominados por el interés de aquel proceso que pone frente a frente a dos hermanos... Un asombro indignado hace mirarse, unos a otros, a los altos personajes de la tribuna de los influyentes. Un ansia de desquite, una curiosidad violenta, y en algunos malsana, sacude las apretadas filas del departamento en el que el público común se amontona. Y absolutamente sereno, como si por una vez en su vida se decidiera jugarse el todo por el todo, Pedro Noel da vueltas entre las manos al deslucido sombrero de copa, compañero inseparable de su gastado levitón, antes de hacer uso de la palabra;

-Casi, casi, señor presidente, mi declaración está de más...

-¿Entonces, ¿por qué insistió en ser llamado como testigo?

-Hubo un momento en que pensé que haría falta, pero la elocuencia de los argumentos de la señora Molnar ha hecho inútil toda intervención posterior. Ella tiene razón: las palabras están de más. Nos ha presentado los hechos en toda su cruda realidad... El martirio de Colibrí, escrito, no en actas, sino en la propia carne del muchacho, y su sabio ruego a los señores del jurado pidiéndoles mirar este caso con un sentido realmente humano de la justicia, creo que -sean lo bastante para conseguir un fallo absolutorio, que es lo que la mayoría estamos deseando. ¿Verdad? -

-Señor Noel, en su calidad de testigo, no es discurso de defensa lo que puede usted pronunciar -le recuerda el presidente-. Si el acusado ha renunciado voluntariamente a las ventajas de la defensa...

-Es porque tiene la conciencia de no haber procedido mal -interrumpe Noel como prosiguiendo los conceptos del presidente-, Porque piensa que sus intenciones están demasiado claras, que se transparentan de los hechos, y es además, señor presidente, señores magistrados, señores jurados, por la condición especial de la mentalidad del acusado. Y eso es precisamente lo que vine a decir ante este tribunal. Como existen hipócritas del mal, existen también hipócritas del bien, y el caso típico lo tienen ustedes delante, en el banquillo de los acusados. He aquí un hombre noble, generoso y humano; un corazón que destila piedad y amor al prójimo, demasiado herido, demasiado humillado para ser capaz de demostrar estos sentimientos. Le han tratado demasiado mal para que él pueda decir, sin rubores, que sigue siendo bueno y generoso, y que sigue amando a la humanidad ...

"El señor presidente dijo al testigo, Segundo Duclos, que dijera cuanto sabía de Juan del Diablo, cuanto pudiera servirle para disculparse, para negar o suavizar los cargos... Pues bien, nada puede disculpar tanto los pecados de un hombre como el conocimiento de los dolores de su infancia. Segundo Duclos no los conoce. Tampoco creo que haya llegado a conocerlos a fondo la señora Molnar, aunque con su maravillosa intuición de mujer los haya adivinado. Yo sí, porque conocí al acusado desde niño, y puedo decir que es bueno, que es fundamentalmente bueno, señores jurados, a pesar de sus disparates, que siempre fui el primero en censurar...

-•¿Puedo hacer una pregunta al improvisado testigo, señor presidente?

Todos los ojos se han vuelto hacia Renato. Este ha llegado trémulo, tembloroso de cólera, contenido sólo por el dominio admirable que le dan su educación y su voluntad, y avanza, clavando una mirada terrible en el rostro surcado de arrugas del viejo notario.

-Las preguntas que quiera, señor D'Autremont -concede el presidente.

-Más-que testigo, panegirista de Juan, doctor Noel -apunta Renato destilando amargo sarcasmo-, ¿ha faltado o no ha faltado Juan del Diablo a las leyes y ordenanzas?

-Naturalmente que ha faltado, pero...

Librodot

-¿Es o no lesivo para una sociedad, el que un hombre se .crea superior a sus leyes y pase por encima de todo y de todos para proceder a su antojo, en- forma arbitraria y dictatorial, distribuyendo premios y castigos como si tuviese los poderes de Dios en su mano? ¿Es o no lesivo, señor notario Noel?

-Bueno, desde luego... No es el sistema ideal de gobernarse, pero...

-¿Está o no está en este caso el acusado Juan del Diablo?

-No puedo negar que está en este caso ..

-Entonces, los señores jurados no tienen más que dar un veredicto, en razón y en justicia, no es más que uno: ¡Sí... El acusado sí es culpable!

-Pero el acusado no es una fiera, es un hombre de carne y hueso -se rebela Noel con cierta violencia-. Y los señores jurados son hombres también, como somos hombres los notarios, los magistrados y los gendarmes. Y existe un momento en el que hay que hablar a la razón de los hombres, y por eso le pregunto yo a este tribunal: ¿Qué ganará la sociedad con castigar a Juan del Diablo, si siguiendo las leyes, por su letra muerta, se le echa encima una pena excesiva y desproporcionada?

-La sociedad se librará de él y dará un ejemplo saludable a los que quieran imitar sus desplantes -remacha Renato con altivez-. Además, hará un acto de justicia, de verdadera justicia, no de justicia sentimental...

-Yo digo una cosa... Juan es como una fuerza ciega... Rechazándole e hiriéndole más, la sociedad le hace su enemigo, le convierte en una fuerza para el mal. Comprendiéndole ahora, absolviéndole, dándole una oportunidad de reparar sus faltas y de enmendar sus errores, la sociedad gana para sí una tuerza generosa y benéfica...

-Tal vez... Pero no por los medios legales. Usted es un hombre de leyes, notario Noel. Por eso son más sorprendentes, más absurdas, más descabelladas sus palabras, y me ha dado usted la más amarga sorpresa de mi vida. Pero no importa... Está en el fiel la balanza: de un lado, la sociedad y la ley; del otro, Juan del Diablo. ¿Por quién se decide usted, doctor Noel?

-Yo... Yo... -balbucea el viejo notario-. Yo estoy de parteado Juan...

,

-¡Silencio! ¡Silencio! -clama el presidente agitando con violencia la campanilla, en un intento más de acallar los fuertes murmullos-. Ha sido agotado el tiempo de los debates, han sido escuchados todos los testigos. Este tribunal cierra las actas. Los señores jurados pueden retirarse a deliberar. ¡Se suspende la audiencia!

El público invade ya la sala de audiencia aguardando el Veredicto de aquellos jurados que ya vuelven lentamente, llenando el estrado... También los magistrados van dirigiéndose a sus puestos, y el presidente alza la mano, imponiendo silencio, al ordenar:

-Secretario, recoja el veredicto del presidente del jurado, y léalo en voz alta. Y usted, acusado, levántese..,

-Aquí está el veredicto, señor presidente -mulita el secretario-. El presidente del jurado dice: "Por mi honor y mi conciencia, ante Dios y ante los hombres... No... ¡El acusado no es culpable!

Una oleada de alegría frenética ha sacudido los bancos en los que se agolpa el pueblo. Un rumor extraño, aprobación en unos, protestas en otros, estremece la- amplia tribuna destinada a las personalidades importantes, a los invitados de honor de la sala de audiencia. Un vendaval de las más diversas emociones recorre, de uno a otro el extremo, la gran sala, mientras de pie, crispadas las manos que se apoyan en la baranda, Juan busca, con los suyos, los ojos de Mónica. La ha visto alzar la cabeza, levantar las manos temblando como si diera gradas a Dios, retroceder tambaleante de emoción hasta hallar el -apoyo que le presta el respaldo de una butaca, para quedar luego inmóvil junto a Renato, mientras al otro lado de aquel hermano, convertido ahora en su peor enemigo, ha aparecido aquella otra mujer que un día encendiera su corazón y su carne, y que con falsa solicitud se vuelve a Renato, brindándole una vez más el espectáculo de su farsa:

'-Renato mío, no vayas a preocuparte demasiado. Estas cosas pasan todos los días, y nadie les da verdadera importancia...

Librodot

-¡Silencio! -solicita el presidente-. En virtud del anterior veredicto, este tribunal absuelve al llamado Juan del Diablo, reservándose el derecho de amonestarle aconsejándole más cor- ' dura de ahora en adelante. Pero en cumplimiento de la voluntad popular, expresada por el veredicto del jurado, ordena sea puesto en libertad inmediatamente, a no estar detenido por otro motivo... ¡Ah... ¡ Las costas del juicio quedan a cargo del señor acusador privado...

Todo el mundo se ha puesto en movimiento... Segundo Duclos, Colibrí, los otros tripulantes del Luzbel, el teniente Britton y algunos marineros del Galión, han corrido hada Juan, rodeándole con entusiasmo. Descienden los magistrados de sus tribunas, se apartan los gendarmes, el presidente del tribunal se acerca a estrechar la mano de Renato, y le dice:

-Lo siento en el alma, señor D'Autremont, pero era de esperarse. También lamento haber tenido que condenarle al pago de costas, pero la ley es la ley, y nosotros no podemos resolver las cosas a nuestro gusto, como los señores del jurado.

-Le estoy altamente agradecido, señor presidente, y no me sorprenden los resultados. Emprendí el asunto a todo riesgo...

-Y con el enemigo dentro de la propia casa... El presidente ha lanzado una mirada significativa al notario Noel, que desaparece entre la muchedumbre. Luego se vuelve a Momea, pero ella no parece ver ni escuchar cuanto a su alrededor pasa. Aguarda inmóvil, tensa, pálida, las manos crispadas aferradas al respaldo de aquella butaca, y al fin echa a andar como una sonámbula...

-¡ Mónica.. .!

Las anchas galerías se han vaciado, y a la voz de Juan, Mónica se detiene tambaleándose, como si no pudiese más, como si fuese a desplomarse. El se ha librado de las manos tendidas, de los abrazos que le detuvieron, y ha corrido tras ella, pero algo se paraliza en su alma al mirarla, y las palabras tiemblan al salir de sus labios:

"Mónica... Creí que te marchabas... Creo que tengo que darte las gracias y, sin embargo, no encuentro las palabras que quisiera emplear. Fuiste muy noble y muy generosa... Desde tu loca proposición de sacrificar tu dote, hasta tu forma de hablar en favor mío... •

-Creo que todos, o casi todos, hablaron a favor tuyo, Juan. No tienes nada que agradecerme, pues no dije nada que no fuera verdad...

-Pero el solo hecho de que esa verdad esté en tu corazón, ya significa mucho para mi. El solo hecho de que recordaras tan claramente aquella tarde, cuando te hablé del martirio de Colibrí, y tú...

-No he olvidado-ninguna de las horas que pasé a tu lado, Juan -confiesa Mónica. Y cambiando de pronto, exclama casi' violenta-: No creo que debas perder el tiempo en inútiles cortesías. Sabes, mejor que yo, que hay alguien a quien tienes mucho más que agradecer. Guarda para ella tu gratitud y dale las gracias como se merece. Ella lo está esperando...

-r¿Eh... ? No sé a quién puedes referirte, Mónica... Te juro que no enriendo... .
'

-Entiendes demasiado. Claro que lo menos que puedes hacer es disimular, pero conmigo el disimulo es vano, absolutamente innecesario. Tengo la obligación de ser discreta... He sabido callar y seguiré callando...

-¿Callar? ¿En qué vas a callar?

-No me preguntes demasiado, pues hasta mi voluntad y mi paciencia pueden tener un límite, porque yo también puedo enloquecer y gritar como se grita de dolor, sin que nos sea humanamente posible soportar más...

-Te juro que.. .

Bruscamente Ha callado, Juan... Muy cerca de Mónica, a sus espaldas, se yergue la figura altanera de Renato, pálido de ira, apretadas las mandíbulas, relampagueantes las pupilas. Al gesto de Juan, Mónica se vuelve, para retroceder espantada... Como dos espadas han chocado en el aire las miradas de aquellos dos hombres, pero no brota de ninguno de los labios el insulto que parece temblar en las pupilas de ambos. Es como si dos mundos distintos estuvieran frente a frente, multiplicando su veneno al calor de aquella sangre traidoramente

fraternal, hasta que al fin Renato parece hallar el arma más cruel con que pueda herir al hermano sin nombre: el desprecio. Y vuelve la cabeza, ignorándole, para hablarle a Mónica:

-Supongo que es inútil pedirte que vuelvas con nosotros a casa...

-¡Totalmente inútil! -salta Juan sin poder contener la ira que lo embarga-. Perdóname que responda por ti, Mónica, pero todavía estamos casados y no hay pena infamante, no hay falta en mí, que te autorice a pedir ese divorcio que tanto anhela Renato. Es lo que más aprecio de esta libertad que tú misma has hecho que yo alcance, y por la que te estoy dando las gracias...

-Hoy todos tienen razón contra mí, pero no por eso voy a desalentarme -confiesa Renato con amargura incontenible-. Ya veo, Mónica, que quieres cumplir hasta el fin tu papel de esposa ejemplar. Por desgracia, no tengo el poder de estorbarlo... Siempre a tus pies, Mónica. Por si no lo sabes, quiero decirte que tu madre sigue aguardándote en tu vieja casa, y que en la mía, pase lo que pase, están abiertas de par en par las puertas para cuando quieras regresar. Buenas tardes... - y con paso rápido y gesto altivo, Renato se aleja dejando solos a los esposos.

-Déjame ahora, Juan -ruega Mónica con desaliento-. Ya me diste las gracias... gracias que no merecía, puesto que no hice sino cumplir con mi deber...

-¿Que te deje? -se sorprende dolorosamente Juan-.Entonces, ¿cuanto dijiste en el tribunal fue sólo porque consideraste tu deber reparar una injusticia? Entonces, ¿tu actitud poniéndote de mi parte y en contra de Renato, era tu conciencia, no tu corazón quien la dictaba?

-Supongo que para tí es igual.

,-No es igual, puesto que te lo pregunto de este modo. No es igual, cuando te exijo... Sí, te exijo que me digas la verdad de tu alma...

-No creo que tengas derecho a exigirle nada a mi alma. Nuestra deuda está pagada... Supongo que hoy, tu orgullo y tu amor propio están bien' satisfechos. Hoy no puedes dudar de lo que siente por ti la mujer que un día te traicionó. Por tí ha engañado, ha mentido, ha comprado voluntades... Por ti se ha expuesto a todo, bajando hasta tu calabozo para que la tuvieras en los brazos...

-¿Quién te ha dicho, Mónica...? ¿Quién...? ¿Acaso...?

-Acaso yo misma le he visto, pero eso no tiene ya ninguna importancia, porque eso es cosa mía, ¿y qué importo yo? ¿Qué puedo yo importarte?

-¿Y si me importaras más que nadie, más que nada en el mundo?

-¿Como qué? ¿Como botín? ¿Como arma contra Renato?

-¿Por qué no te olvidas de Renato? ¿Es que no puedes decir dos palabras sin nombrarle?

-Fue a él a quien desafiaste. Por odio, ;no por amor, hablaste de retenerme a tu lado... Pero, ¿qué sabes tú lo que es amor?

-¿Y por qué he de saberlo menos que Renato? ¡Tu Renato!

-¡NO es mi Renato ni lo será nunca!

-Tal vez lo sea ya, tal vez ahora haya aprendido a amarte, y tal vez tú suspires por él todavía. ¡Pero tú no vas a ser suya! ¡No vas a serlo nunca! ¡Jamás!

Furiosamente, ciego de ira, como en los días tormentosos en que tras su forzada boda la llevase a través de los campos hasta el Luzbel, habla Juan, oprimiendo entre sus anchas manos las frágiles muñecas de Mónica,, y ésta echa hacia atrás la cabeza, entornando los párpados. Siente las ilusiones muertas, el alma rebosante de amargura, pero al contacto de aquellas manos, a la vez imperativo y tierno, rudo y cálido, la invade un placer que no sintió jamás, un como derrumbamiento de su voluntad, un anhelo de no pensar nada, de no decidir nada, de ser como fuera en aquellas horas terribles del pasado: un botín en sus manos. De pertenecerle, aun cuando fuera a la triste manera de una esclava, aun cuando sangre en su corazón el desengaño por pensar que otra es la dueña del corazón de Juan.

¡Antes de permitirlo, Mónica, creo que soy capaz de matarte!

-Están de más tus amenazas. Respeto el juramento que hice al pie del altar, y acabo de demostrarlo. También, aunque para ella nada valga, respeto el sacramento que lo hace esposo de mi hermana...

-Aun por encima de tus sentimientos, que todavía son de amor por él, ¿verdad? Las mujeres como tú no cambian...

-¿Y para qué vamos a cambiar? No puede extrañarte, puesto que tú tampoco cambias. La traición más rotunda, la burla más sangrienta, fue la boda de Aimee con otro, mientras tú luchabas contra la tierra y contra el mar para conquistar algo que ofrecerle... La perfidia más negra, fue la de ser a la vez tu amante y novia de Renato.. Y sin embargo, todo lo ha perdonado tu corazón...

-¡Tengo que perdonárselo todo ya que ella, al menos, me sigue amando!

-¿Y estás muy satisfecho de ese amor?

-¿Te importa como yo me sienta? ¿Te importa de verdad?

-En realidad, creo que no me importa nada... con lo que supongo te correspondo ampliamente. En realidad, ¿qué pueden interesarte mis sentimientos? ¿Cuándo te importaron?

-Nunca... nunca me importaron nada -comenta Juan en tono sarcástico-. Te felicito por tu maravillosa intuición... Cuando a un hombre como yo le importa mucho una mujer, está perdido, es el momento de debilidad en el que se pierde la batalla. Para los hombres como yo, las mujeres no pueden representar más que una hora de placer... Tú, ni eso... No te preocupes, porque tú eres mi legítima esposa, lo único legítimo que hay en mi vida desdichada. No tengo ni la más remota idea e cómo debe un hombre hablarle a su legítima esposa... Supongo que con muchísimo respeto y con muchísima frialdad... Debo inclinarme, cederte el paso y preguntarte con exquisita cortesía: ¿A dónde quieres que te lleve, querida, cuando salgamos del tribunal? ¿Es eso lo que esperas de mí? ¿Son esos los modales que debo usar?

Mónica siente que sus mejillas enrojecen, pero su cabeza se alza venciendo su dolor a fuerza de orgullo. No quiere que él la vea temblar, ni llorar; no quiere dejar escapar frente a él el triste secreto -de aquel amor, que es como, un crimen en los sombríos pasillos del palacio de justicia... Herida en su dignidad, quemada de despecho y de celos, aprieta los labios y calla, calla, mientras él vuelve a preguntar con voz que rezuma amargura, la cruel y burlona amargura de su desencanto:

"Pues comienzo con toda cortesía: ¿A dónde debo llevarte, Mónica? ¿A nuestro cuchitril flotante, que espero nos sea devuelto, o preferirás el elegante hospedaje que nos brindan las tabernas del puerto? Nada de ello es digno de una dama, pero...

-¡Llévame al Convento de las Hermanas del Verbo Encarnado!

16

HERMANA TORNERA, HAGA la caridad de anunciarme inmediatamente al Padre Vivier y a la Madre Superiora. Dígales que Mónica de Molnar ha regresado. Pronto, hermana, por favor... creo que no podría esperar demasiado. -

Con voz en la que tiemblan juntos el dolor y el apremio, Mónica ha hablado a la vieja tornera, que no puede apartar de ella los ojos sorprendidos. Una puertecilla disimulada se ha abierto en la alta reja, y al ademán de la tornera, cruza Mónica bajo aquel pequeño dintel que separa al mundo del claustro. Ha sentido el anhelo casi irrefrenable de volver la cabeza, de comprobar, mirándole cara a cara, que aún está allí Juan del Diablo, cruzados los brazos, clavada en ella la mirada... Pero no cede a la tentación, sólo respira con la angustia de aquel a quien le falta el aire, y echa a andar, casi tambaleándose, como si también la tierra le faltara, mientras Juan se muerde los labios y ve cerrar, tras ella, la pequeña puerta de barrotes labrados, símbolo frágil del muro que entre los dos se alza.

-Juan... Juan, ¿acabarás de explicarme?

-No creo que haya nada que explicar. Noel. Es hora de retirarnos...

-¿Sin ella? ¿Dejando a tu esposa en el convento?

-Puesto que ella así lo desea, sin ella será.

-Bueno, bueno... entendámonos. Al terminar el juicio, cuando me acerqué a felicitarte, me dijiste que todo se lo debías a Mónica. Tal vez hablaste con un poquito de ingratitud, pero al

amor todo se le perdona, y no puede negarse que estuvo soberbia en el tribunal...

-Cumplió con su deber, pagó su deuda, considera que estamos en paz... Y como estamos en paz, no tiene obligación ni deseo de permanecer a mi lado. Esa es la verdad, la verdad que probablemente usted también sabe.

-Yo sólo sé que esa pobre niña sufría como una condenada. .. yo sólo sé que fue tu nombre lo primero que sus labios pronunciaron al pisar la tierra de la Martinica; que corrió a mí enloquecida, llenos los ojos de lágrimas, para pedirme que le ayudara a conseguir su único anhelo: verte esa misma noche, hablarte, Juan. No le asustaron las dificultades. Contra toda lógica, y contra toda la voluntad de Renato, logré que pudiéramos escurrirnos a través de la vigilancia del Fuerte. Usando del dinero y de las buenas amistades, le arreglé la forma de llegar hasta tu celda la víspera del primer día del juicio...

-Pero no llegó... no fue-refuta Juan, vivamente interesado-. Todo quedó en una buena intención, en un propósito vano...

-No llegó hasta tu celda, porque su lugar estaba ocupado. Había otra mujer. Por sus propios ojos la vio Mónica.

-¡No puede ser! -exclama Juan, desconcertado.

-Fue. Yo estaba cerca y la vi llegar a la reja, mirar hacia dentro y alejarse temblando. A Renato le dijo que se trataba de un abogado, pero después, a solas conmigo... No nombró a nadie, a nadie, ni tampoco hizo falta. Conozco bien el mundo, y sé hasta dónde son capaces de llegar las mujeres de la pasta de Aimée.

-¡NO puede ser...!

-Pues sí es. De un solo golpe se destrozaron sus ilusiones, sus recuerdos... y demasiado noble ha sido declarando a tu favor y poniéndose de tu parte mientras llevaba la muerte en el alma...

-Me temo que sea usted muy candido. Noel -augura Juan, incrédulo-. Mónica es una mujer admirable... no soy yo quien vaya a regatearle los méritos, ni el valor, ni la entereza, ni la lealtad... Pero no quiere, ni me querrá nunca. ¿O le dijo ella que me amaba?

-Bueno, decírmelo, decírmelo así de claro, con palabras, no me lo dijo... Pero hay que tener en cuenta su humillación y su despecho... Ella, como esposa...

-¿Como esposa? No, Noel, Mónica no ha sido mi esposa jamás. La mujer que legalmente me entregaron en Campo Real, a que llevé a la fuerza sobre el arzón de mi caballo, como conquista de vándalo, continúa siendo la señorita de Molnar.

Un gesto amargo ha plegado los labios de Juan. El viejo notario le mira confuso, desorientado, pero Juan reacciona bruscamente, clavando en su hombro la mano ancha y dura como una zarpa, al amenazar:

-¡Pero piense que se lo he dicho a usted, a usted solamente, y que repetirlo podría costarle demasiado caro, porque soy capaz...!

-Quítame la mano del hombro, que me estás derrengando, y déjate ya de decir sandeces -le interrumpe Noel con falso malhumor-. Ni yo voy a repetir a nadie lo que no le importa, ni me dan miedo tus tontas amenazas. ¿De modo que esa fue tu conducta con ella?

-Estaba enferma, casi moribunda. La fiebre la aturdió durante días enteros. Durante varias semanas no supo de si misma. Cuando volvió a la vida, ya mi borrachera de odia había pasado, y ella no era más que una pobre mujer dulce y frágil como una flor... como una golondrina con las alas rotas, que hubiera caído sobre la cubierta de mi barco...

E1 viejo notario ha bajado la cabeza. Hay un extraño nudo de emoción en su garganta, que no le deja hablar, y algo como un velo de llanto en sus ojos cansados, al comentar:

-Resultas un tipo bastante extraño, Juan.

-¿Por qué? -refuta Juan con simulada indiferencia-. No es mérito de ninguna clase. ¿Qué importa una mujer más? Y una mujer que quiere a otro...

-¿Que quiere a otro? Muy seguro pareces estar.

-Lo oí de sus labios muchas veces. Luché por ayudarla a salir de ese amor malsano. Hace

una hora, pude comprobar que aún continuaba. Es un amor que le causa horror, que le espanta, que la humilla, pero del que no se puede librar.

-Yo hubiera jurado que era a ti a quien amaba, que era por u por quien lloraba cuando la hallé llorando sola en los acantilados que están junto a su vieja casa. Claro que ella me dijo que no, pero.;. -Duda un momento, y luego lentamente, murmura-: ¿Quieres decir que Mónica ama a Renato?

-Sí, Noel, eso he dicho sin quererlo decir; pero ya está dicho y es inútil volver atrás las palabras. No es por el pobre diablo de Juan, es por el caballero D'Autremont por quien Mónica del Molnar quiere enterrar su juventud entre estas paredes y ocultar su belleza en las sombras del claustro.

-Gracias por haberme recibido en seguida. Madre...

-Naturalmente. Este humilde convento es tu casa... Pero la hermana tornera me dijo que venías acompañada de tu esposo y de un notario... ¿Dónde están? ¿Por qué no pasaron?

-Vinieron sólo acompañándome. Pedro Noel, el notario, como amigo. Le pedí a mi esposo que me trajese aquí, y él complació mi súplica. Podía no haberlo hecho... Podía haber-me dejado en mitad de la calle, o haberme arrastrado con él adonde dice que va a hospedarse: las tabernas del puerto. Pero, para eso, hubiera sido necesario que realmente me considerara su mujer, que me amara... Creo que le importo muy poco... Esa es la verdad... Creo que no es capaz de hacerme ningún daño, porque no es malo... Creo que es capaz de sentir compasión por mí, porque su corazón se compadece de todos los •que sufren, aun cuando no quiera él mismo confesarlo... Creo que cortésmente me trajo hasta esta puerta, porque hay en su alma un instinto de nobleza y de dignidad... Pero nada más, Madre, absolutamente nada más...

Mónica se ha cubierto el rostro con las manos, ha caído, como si se desplomase, en el ancho taburete monacal puesto junto al limpio escritorio de la madre abadesa, y ésta, tras mirarla con sorpresa dolorida, pasa en una caricia su pálida mano sobre los rubios y sedosos cabellos de la afligida, e intenta consolarla:

-Hija... Hija, cálmate... Estás fuera de tí, como si hubieras enloquecido...

-¡Soy la criatura más desgraciada de la tierra. Madre!

-No digas eso. Es pecado exagerar nuestros dolores. Miles, millones de criaturas, sufren infinitamente más de lo que puedas tú sufrir en estos momentos...

-Tal vez, pero yo no puedo más. Si usted supiera...

-Sé, hija, sé. Me han contado... Hasta el fondo de este retiro llegó la resaca, y, desde que me hablaron de tu extraña boda, cada día he estado esperando verte llegar y saber la verdad de tus labios... Acabas de decir que tu esposo no es malo...

-No lo es. Madre... ¡El, que parecía mi enemigo, es quizás el único amigo que he tenido sobre la tierra!

-Pues, entonces, hija, ¿cuáles son tus males?

-El es un hombre bueno, generoso... Por mí sintió primero odio y desprecio; compasión más tarde, al verme desdichada. Ahora... ahora no siente nada... Si acaso, un poco de gratitud... nada más que un poco, y quizás la compasión despectiva a que nos mueven los dolores que no comprendemos...

-Bueno... Pero esos sentimientos no pueden herirte ni dañarte...

-¡Me hieren y me dañan, me destrozan el alma, porque él quiere a otra! La quiere locamente, con una pasión sin freno, con una locura de pecado; la quiere sin importarle nada ni nadie; la quiere por encima de sus traiciones y de sus infamias; la quiere sabiendo que nunca le pertenecerá por entero; la quiere sabiendo que no tiene corazón, y busca sus labios aunque beba veneno en cada beso...

-Pero... pero eso es horrible -se desconcierta la abadesa-. Eso... eso no es amor, hija de mi

Librodot

alma... Eso no es sino una trampa del infierno... Pasará... pasará...

-No, Madre, no pasará... Es más fuerte que él, y le llena la vida. Quiere a la más falsa, a la más hipócrita, a la más cobarde y traidora de las mujeres, y la quiere para siempre;.. la quiere con toda su alma...

-¿Y tú...?

-¡Yo lo quiero a él del mismo modo. Madre! ¡Lo quiero loca, ciegamente, con ese mismo amor de locura y pecado... pero me moriré mil veces antes de confesárselo!

Cubriéndose el rostro con las manos, solloza Mónica, roto por fin el dique de su llanto tan largamente contenido. .Llora, mientras la abadesa calla un momento permitiendo el desahogo de las lágrimas, antes de replicar:

-¿Y por qué ha de ser amor de locura, hija mía? ¿Acaso no se trata de tu esposo? ¿Acaso no lo aceptaste ante el altar, no juraste seguirlo, amarlo y respetarlo? ¿No cumples un juramento sagrado al ofrecerle ese sentimiento?

-Pero él no me ama. Madre. Usted no sabe en qué horrible circunstancia se ha celebrado nuestra boda. Nos arrastró un torrente de pasiones desbordadas, y no fue él el más culpable. Yo también le acepté, yo también permití que el sacramento se profanara tomándolo por esposo cuando no sentía por él sino horror, miedo, casi odio... Sí, creo que era odio el sentimiento que me inspiraba. Después, todo cambió...

-¿Qué té hizo cambiar?

-Yo misma no podría decírselo. Madre. Acaso la bondad y la piedad de Juan.. .No sé por qué le amé, no sé cómo ni cuándo... acaso porque hay en él todas las cosas que pueden cautivar el corazón de una mujer: porque es fuerte, hermoso, varonil y sano; porque su alma está llena de nobleza; porque su vida está llena de dolor; porque las cualidades de su alma me hicieron mirarlo como a una piedra preciosa caída en el fango de la calle; porque, aunque jamás le oí rezar, su bondad para con los desgraciados le acerca a Dios...

-Entonces, en tu amor no hay más que un pecado: la soberbia. Esa soberbia con que prefieres morir mil veces antes de confesarlo.

-El se reiría de mi amor...

-Si es como tú dices que es, no creo que lo haga. Y en último caso, ofrece la humillación a Dios en el fondo de tu alma.

-Eso no es posible. Madre. En el mundo no es posible. Usted, bajo el escudo de sus hábitos, en la sombra del claustro, mira las cosas de otro modo...

-En todas partes se puede servir a Dios, hija mía, y ofrecerle el sacrificio de nuestros pecados. Y tu pecado de orgullo..,

-No es sólo orgullo. Madre, es pudor, dignidad... No sé, Madre, es algo superior a mis tuerzas, como si mi suerte estuviera decidida de antemano, como si mi destino lo marcara. En mi corazón, los amores no nacen sino para secarse a solas, para crecer con el riego amargo de mis lágrimas... El no me quiere, Madre... Cuando me habló de acompañarle, lo hizo en términos de que yo no aceptara; cuando le hablé de traerme aquí, ni siquiera me preguntó si era por unos días o por toda la vida que pensaba acogerme a los muros de esta santa casa. No quería sino deshacerse de mí; parecía impaciente, irritado, ansiosa por recobrar la poca libertad que mi presencia puede restarle.

-De todos modos, eres su esposa, y tu deber es estar a su lado. Debes esperarle en un lugar donde pueda regresar a ti, no en el claustro, sino en tu casa...

-No es sólo mía. Antes .que a nadie, pertenece a mi madre, y también a mi hermana. En ella entran y salen gentes a las que no quiero volver a ver, a las que no puedo volver a ver, Madre. En aquella casa me vuelvo loca, acabaría hasta por olvidar que soy cristiana...

-Calma, cálmate... Esta es siempre tu casa, pero ya no como antes. Estás casada, tienes un deber ineludible en el mundo...

-No puedo volver junto a los míos. Mi madre odia a Juan... ha sido la primera aliada de Renato, la que más le ha animado, la que, con lágrimas en los ojos, le ha pedido que haga todo lo humanamente posible para librarme de ese matrimonio que le causa horror. Y mi hermana... mi hermana... ¡No, Madre, no puedo volver a ver a mi hermana!

-Escucha, hija mía. Prescindiendo de tu gente y de tu casa, tienes modo de vivir sola y honestamente. Tu dote fue depositada en este convento por tu propio padre. Cuando me

Librodot

dijeron que llegabas con tu esposo y un notario, pensé que venías a retirarla. Es perfectamente legal, ese dinero te pertenece...

-En efecto, tendré que hacerlo retirar; pero, en realidad, ya no es mío. Sirve de garantía a una deuda, una deuda que quiero pagar pase lo que pase. Madre, tengo su promesa, su promesa y la del Padre Vivier. Cundo hace algún tiempo salí de esta casa para probar mi vocación, ustedes me dijeron que si algún día volvía herida, destrozada, sin fuerzas para luchar ni para sufrir más, se abrirían las puertas de esta casa... Si ustedes no me acogen, si ustedes me rechazan...

-No te rechazaremos. Si es realmente así como te sientes, quédate y que la paz de Dios llegue a tu alma...

-Juan, antes de beberte ese vaso de veneno, quiero que me digas qué te ocurre para estar en ese lamentable estado de ánimo...

La mano decidida del viejo notario ha detenido el ancho vaso lleno de ron hasta los bordes, impidiendo que Juan lo lleve a sus labios, y los ojuelos vivaces parpadean muy de prisa, como si quisiera penetrar hasta el fondo los pensamientos que se ocultan tras aquella cabellera encrespada, a través ere los grandes ojos italianos, desdeñosos y magníficos, cargados de dolor y de sombra...

-¿Todavía quiere usted que le diga lo que me ocurre? ¿Lo que me ocurrió siempre?

-De lo que te ocurrió siempre no vamos a hablar, sino de lo que te ocurre ahora. ¿No has salido con bien de ese proceso, de ese proceso de todos los diablos? ¿No te han dicho en el Juzgado que la goleta está a tu disposición desde mañana, sin que tengas por ello que pagar un solo centavo, porque los señores jurados, al declararte "no culpable", desvían de ti toda acción de la justicia, anulan el embargo de tu propiedad y te dejan limpio de toda mancha?

-Sí. ¿Y qué?

-Cuando llegaste de un misterioso viaje, que desde luego ya no es tan misterioso, ¿no me dijiste que traías dinero bastante para cambiar de vida? ¿No me hablaste de una empresa de pesca? ¿No me confiaste tu proyecto de levantar una casa en el Peñón del Diablo?

-¡Bah! Más vale no hablar de estas cosas. Ya lo que siento no es rencor, no es odio, sino asco...

-Calma, el asco, deja el ron y escúchame. Ibas a casarte;
ahora ya estás casado. ¿No te parece "que tu proyecto viene de perlas a tu nuevo estado civil?

-Soy casado con una mujer que no me quiere, que nunca me querrá... ¡Por favor, basta ya! He entrado aquí para olvidarme de todo eso, para ahogar en ron hasta el. último rastro de lo que ha pasado...

-¿Por qué no te acercas al alma de Mónica? O, si lo prefieres, al corazón...

-Está ocupado. Lo llena totalmente la imagen de otro hombre, y el remordimiento de amarlo, que para ella es un pecado mortal. Sufre como una condenada, se retuerce como entre las llamas de un infierno, y yo no soy lo bastante abnegado para soportar ese sufrimiento por el amor de otro.

-¿Quieres decirme que reconoces que M´pnica te interesa de un modo extraordinario?

-¡No reconozco nada! ¡Déjeme en paz! Le convidé a tomarse una copa, no a colocarme sermones que ni me hacen falta ni quiero escucharlos -rechaza Juan con violencia; pero en seguida se reprime y en tono de suave amargura, se disculpa-Le agradezco su buena voluntad. Noel, pero no insista, no me haga remover el fondo de este pozo amargo que es mi alma, no insista en sacar a flor de labios la verdad...

-¿Y por qué no, hijo mío? . ^

-¿Piensa usted que yo no he querido acercarme al alma de Mónica? ¿Piensa que no he tenido lástima de su tortura, que no he llegado a sentir la ilusión de que por fin se rompían las cadenas de su amor maldito, y de que eran mis manos, mis palabras, mi devoción silenciosa las que hablan hecho el milagro?

-¿Has hecho todo eso?

-Sí, Noel, he hecho todo eso, y he fracasado. ¿Y sabe usted por qué? Porque Mónica de Molnar no puede amar a Juan del Diablo. Puede casarse con él, en un torbellino de locura; puede hasta morir por él, si hace falta, pagando una deuda que su orgullo no le permite conservar. Pero amarlo para la vida, compartir con él la vida, sentirlo a su lado como a un igual... no. Noel...

-Creo que estás totalmente equivocado con respecto a esa muchacha. Ella no tiene prejuicios. Y si los tiene, rómpelos tú, que fuerza tienes para ello y para mucho más. Rompe su amor imposible, sácala del infierno en que se agita, levántala en tus brazos, y sálvala... sálvala contra ella misma... Tú puedes hacerlo, Juan, es tu esposa y....

-No, Noel, ella puede gritarlo frente a un tribunal, pero no sentirlo dentro de sí. No soy más que un proscrito, un excluido de todas partes. No tengo derecho a usar ni siquiera el nombre de mi madre. ¿Con quién se casó Mónica de Molnar? Con nadie. Noel, con nadie...

Repentinamente exaltado, chispeantes las pupilas, ha hablado Juan como si por fin dejara asomar a flor de labios su amarga verdad... Pero la mirada del notario, honda, comprensiva, cargada de simpatía y amistad, le mueve a abandonarse, dejando correr, rotos los diques, el enorme torrente:

"Accedí a casarme con Mónica porque la odiaba, porque aborrecía en ella todo cuanto desde niño me había ofendido, infamado... ¿Comprende usted? Era como una venganza... Odiándola, hubiera podido mantenerla a mi lado; aborreciéndola, habría sentido el placer, la necesidad de hacer más fuerte el nudo que nos ata... arrastrarla a mi abismo, mancharla con mi fango, engendrar en ella hijos que, como yo, no hubieran tenido nombre legal con que empadronarse... Pero no odiándola, ¿cómo puedo hacerle tanto daño? Ella ha nacido para otro mundo, para otra cosa. Por ella, y sólo para ella, creo que debe existir ése mundo al que detesto, al que quisiera destruir y destrozar: el mundo de las gentes limpias, sin una mancha, sin una sombra...

-En eso te equivocas, Juan. También hay sombras y manchas, aun en el corazón de esa criatura admirable. Tu Toco amor la eleva demasiado. Ella también es de barro, puesto que ama a quien no debe amar.,.

-¡Y con cuántos dolores no ha expiado ese amor que su conciencia le dice culpable! ¿Acaso, por él, no ha renunciado casi desde niña a todos los placeres de la vida? Venga usted, asómese. Vea esas paredes que tenemos delante. No son menos sombrías que los muros de un cárcel...

Ha arrastrado al notario hasta la puerta de aquella taberna, como escondida entre la vuelta de dos callejuelas, pero desde donde puede abarcarse de una sola mirada el macizo edificio, convento de las monjas del Verbo Encarnado. Es como un bloque de piedra, con ventanas protegidas por doble reja, tapiadas con maderas que nunca se abren, con muros centenarios, anchos y sordos como los de una fortaleza...

Es peor que una cárcel; es como una tumba. Noel. Y sin embargo, quiso volver a ella, quiso encerrarse tras esas paredes después de haber visto a mi lado el sol, el mar, el ciélo azul y libre...

-Pero tú no le hablaste del sol ni del ciélo. Le hablaste de llevarla a las tabernas del puerto...

-Son mi mundo, como aquél es el mundo de ella. Nacimos en los extremos de la vida... El azar nos juntó un momento...

-Y tu voluntad puede juntarlos para siempre. ¿Por qué no pruebas?

-¿A qué? ¿Arrastrarme a sus pies? ¿Reclamar derechos que, por la forma en que me fueron otorgados, es peor que mendigarlos? No, Noel. Puedo ser un bandido, un pirata, un paria, pero no un pordiosero...

-¿Me autorizas para ser yo quien hable a Mónica?

-¡No! Ni usted ni nadie hablará en mi nombre con ella. Ni a ella ni a nadie dirá nada de cuanto acabo de decirle, porque haría traición a la confianza que acabo de poner en usted y sería bien amargo que me fallara el único hombre en quien he confiado en mi vida entera.

Librodot

-Juan de mi alma, óyeme, entiéndeme -se enternece Noel-, Soy viejo y conozco la vida sin romanticismos, sin pamplinas... En el mundo triunfan los fuertes, los audaces, y tú lo eres. ¿No te lo han demostrado ya los hechos? Si quisieras luchar...

-Triunfaría de todos, menos de ella. Se vencen las tempestades, se doman los mares, se hacen polvo las montañas, se batalla contra los hombres hasta vencerlos, pero no se gana el corazón de una mujer por la fuerza...

-Por fuerte ama la mujer al hombre, como el hombre ama a la mujer por su dulzura y su belleza. ¿Dices que está muy alta? ¿Por qué no subir entonces? Tú vales lo bastante para ponerte entre los primeros, si te lo propones.

-Ya... Gobernador... Juan del Diablo... -se mofa Juan con sarcasmo.

-¿Y por qué no? Otros lo han hecho. Los árboles que crecen más altos son los que nacen en el fondo del bosque más espeso. Hasta ahora probaste tu valor despreciando al mundo. Pruébalo, conquistándolo y poniéndolo a sus pies...

-¿Mientras ella toma los hábitos? No, Noel, déjala en su convento. Yo tomaré mi barco mañana y me iré para siempre... [Ancho es el mar para los marinos sin rumbo!

-Como quieras. Esto es lo que se llama ganar para perder. Pero, ¿quieres que te diga una cosa? No valía la pena de enfrentarte a Renato para esto. Al fín y al cabo, vas a darle gusto en todo. ¿Sabes cual era la peor condena que podía salirte? El destierro. .. Era la pena máxima que reclamaba para tí Renato, y no me extrañaría nada que, a estas horas, doña Sofía D'Autremont esté intrigando con el Gobernador para que firme un decreto mandándote salir de la isla, aun después de haber sido absuelto.

-¿Los cree usted capaces?

-Bueno..'. no tendrán que molestarse... Tan pronto como sepan que te destierras voluntariamente y que abandonas a tu esposa...

-¡No la abandono! La dejo en libertad de hacer lo que quiera. Es lo que ella desea. Por nobleza, por lealtad, por deber se puso de mi parte... Pues bien, yo cedo...

-Dijiste públicamente que tendrían que matarte para separarte de ella...

-Me engañó su actitud ante el tribunal..'. -Se detiene un momento, y con repentina ira, se engalla-: Pero sólo de oírle decir a usted que los D'Autremont intrigan para mi destierro... Axites de irme, buscaré a Renato, y cara a cara le diré...

-Que ahí queda Mónica...

-¿Pretende usted enloquecerme? -se enfurece Juan.

-Pretendo que tomes el timón, como lo tomaste para sacar adelante el guardacostas a punto de naufragar. No te importó estar cien millas afuera del rumbo, no te importó que no funcionaran las máquinas, no te importó que te soplara un ciclón, empujándote al lugar más peligroso. Tomaste el mando, improvisaste velas, hallaste el rumbo, esquivaste los malos vientos... y no iba en el barco la mujer a quien amabas.

--Es cierto, todo eso es cierto. Pero quería llegar, queria volver a verla, quería saber si la luz que yo había visto en sus ojos era verdad o mentira.

-Y ahora, ¿no quieres saberlo? Juan, una vez te pregunté si no te importaría llamarte Noel...

-Y rechacé el honor, pero no crea que no supe agradecerlo.

-En aquel momento, me dolió. Hoy pienso que tuviste razón al rechazarlo. Poca cosa es mi nombre para un hombretón de tu temple. Hay dos clases de hombres, Juan: los que hacen los nombres y los que los heredan. ¿Por qué no hacer el tuyo? Ya casi está hecho. Llamarse del Diablo es lo mismo que llamarse de Valle, o del Mar, o de la Montaña, y si buscamos los orígenes de esos apellidos, llegaremos a que los dio un pedazo de tierra, como a tí te dio el tuyo tu Peñón del Diablo...

-Tal vez tenga razón...

Juan se ha puesto de pie, ha apartado la botella y el vaso, ha llegado otra vez a la puerta, para observar con una intensa mirada las oscuras paredes del convento. Luego, echa a andar calle abajo, y, con una esperanza en las pupilas, Pedro Noel marcha en su seguimiento...

Librodot

17

-¡RENATO... RENATO... ABREME! ¿No? me-oyes? ¡Renato.. .!

Al alzar la falleba, ha cedido la puerta que Aimée supuso cerrada, y su rápida mirada recorre vividamente la vasta biblioteca hasta hallar en el extremo opuesto la elegante figura de Renato. Está de espaldas a la habitación, apoyado en el marco de la ventana que da al patio interior, mirando, sin ver, a través de las rejas de madera. Parece abstraído en-un pensamiento demasiado amargó, hosco y ausente, pero sus cejas se alzan con disgusto al sentir acercarse a la mujer que llega.

"¿Puedo hablarte un momento? Supongo que no te interrumpo en la tarea de no hacer nada...

-Deseo estar solo, Aimée. ¿No lo comprendes?

-En cambio, yo estoy harta de encontrarme siempre sola, y creo que "tú también podrías comprenderlo. Ya sé que estás furioso, que no quieres oírme ni verme, que en el fondo de tu corazón me echas toda la culpa de lo que ha pasado.

-¡Oh!, ¿te has propuesto desesperarme?

-¡Me destrozas el corazón con tu indiferencia, me torturas con tu desamor y tu frialdad... ¡ Y yo no quiero sino conquistar tu amor dará vez... i Vuélveme a querer, mi Renato, vuélveme a querer!

Aimée ha echado los brazos al cuello de Renato, poniendo un beso de fuego sobre sus labios. Es la batalla que comienza, el combate que necesita ganar para sentirse firme, para poder erguirse altanera bajo el techo de los D'Autremont. Aquel hijo ofrecido en vano, que necesita poner realmente en manos de Renato... Aquel hijo a cuya sola espera se doblega la razón y el orgullo de Sofía... Aquel hijo que indispensablemente tiene que llegar, y que aún no late en sus entrañas... Aquel hijo sin el que todo estará, perdido para ella. Para lograrlo, es preciso que venza el desamor de Renato, que rompa el muro de hielo en que se envuelve, que reconquiste su pasión aunque sólo sea por una hora... una hora de sentirlo otra vez esclavo entre sus brazos... Pero Renato, suave y frío, la rechaza:

-Mi pobre Aimée, por favor... Cálmate...

-No me quieres ya... Me olvidas, me abandonas, sólo piensas en ese asunto desdichado... . -En ese asunto desdichado están mi honor y mi prestigio... Y la vida entera de Mónica...

-¿Por qué te empeñas en hacerte responsable? Bastante has luchado y has expiado ya esa culpa, caso de que la hubiera...

-No fue bastante, puesto que no he logrado nada. Necesito no dar paz a la mente, torturarme el pensamiento, atormentar la imaginación hasta que surja de ella el nuevo plan de combate, la conducta que debemos seguir, los recursos de que podemos valemos... ¡Déjame, Aimée, te lo ruego! Necesito pensar, y para pensar... perdóname, pero me estorbas...

-¡Oh! Eso es tanto como llamarme... -se hace la ofendida Aimée. '

,

-No es llamarte nada. Simplemente, es hablarte claro. Creo que, por una vez en la vida, puedes comprenderme... Y en- este momento, piensa que se trata de tu propia hermana.

-|Se trata de una odiosa rival, de la que te ocupas más de lo que debieras! -se engalla Aimée con auténtica ira-. ¡Harás que la aborrezca!

-¡Calla! Si alguien te oyera expresarte de ese modo...

-No necesitan oírme a mí para decirlo y pensarlo. Si realmente no quieres dar un escándalo, no sigas por ese camino. Tu propia madre opina que vas muy mal. ¡Ya veo que contigo no se llega a ninguna parte! Es inicua la forma en que me tratan todos en esta casa. Todos, si, todos.... Porque no eres tú solo. Y ya no puedo más, ¿entiendes? ¡No puedo más! Estoy cansada de tu injusticia, de tu abandono, de tu frialdad... Deberlas tener más cuidado.

¡No se abandona asi a una mujer de mis años!

-No te he abandonado. Te pido que me dejes pensar. .. ¡No estoy para soportar tus niñerías y tus celos! No eres sino una consentida, una malcriada, una criatura a quien su madre echó a perder a fuerza de mimos. Si pensaras como una mujer hecha y derecha, que no eres ya...

-¡Si pensara como una mujer, te cobraría muy caro este desaire! -amenaza voladamente Aimée.

-¿Qué desaire? Te he suplicado unos días, unas horas de tranquilidad..¿Dónde está la ofensa y el desaire? ¿Por que no sales a dar un paseo? Las tiendas están llenas de adornos, de perfumes, de trapos... Entretente con eso, ya que supongo que es lo que echas de menos en el campo.

-Perfectamente. Tú lo has querido... ¿Quieres que te deje en paz? ¡Pues voy a dejarte! ¡Pero no te quejes si, de ahora en adelante, no acudo cuando tú me llames! -Y alejándose rápidamente, sale Aimée, dando un fuerte portazo.

-¡Aimée! ¡Aimée! -llama Renato, abriendo la puerta-, ¿No me oyes? ¡Ven aca! ¡Aimée!

-No es la señora, mi amo. Ella cruzó el patío y ya va por la escalera, echando chispas, lo mismito que un rayo. Como cohete prendido va...

Renato D'Autremont ha vacilado. A través de la baranda de la escalera, bajo los arcos de piedra de aquel viejo palio, divisa un jirón del lujoso traje claro que viste Aimée, pero el primer impulso de correr tras ella se ha enfriado. Le parece pueril, caprichosa, estúpida, y el recuerdo de Mónica vuelve a apoderarse de su alma, mientras Ana se acerca zalamera y solícita:

-¿Quiere que llame a la señora, señor Renato? ¿Quiere que le diga que usted la manda llamar? ¿Quiere que venga?

-No, Ana, no te hará caso. Más vale aprovechar la tregua de sosiego que me da su rabieta. Dile a Cirilo que me traiga coñac a la biblioteca. O mejor, tráelo tú misma. Tráelo tú sin decírselo a nadie, y después mira a ver cómo te las arreglas para distraer a tu ama. Anda...

-¡Vaya! ¡Hasta que apareciste! Llevo una hora llamándote, Ana...

-Es que primero el señor, y luego, cuando fui al comedor, al pasar por la puerta de atrás.

-¡No quiero oir cuentos! ¿Tienes algún vestido nuevo? Una blusa, una falda, un pañuelo, un chal ¡Tráemelos en el acto! Voy a vestirme con tu ropa. Tráemela pronto, y prepárate a acompañarme.

-¿En el coche?

-No iremos en el coche. Saldremos sin, que nos vea nadie, ni nadie pueda contar luego por dónde estuvimos. Tráeme la ropa... Apúrate... Ánda...

-Pero, señora, déjeme decirle primero lo que pasa... Es que...

-¡Anda, estúpida!

Con una furia ciega e incontenible ha despedido Aimée a la mestiza sirvienta, y ahora espera impaciente su regreso, que no se hace esperar cuando advierte, llegando sofocada:

-Aquí está, señora Aimée... Pero el hombre sigue esperando...

-¿El hombre? ¿Qué hombre? ¡Pronto, dame la falda!

-Aquí está. Le traje también mi blusa nueva, pero si me la suda mucho me la va a estropear.

-¡Te compraré cien blusas, estúpida! ¡Ayúdame a vestir! Abróchame... Dame el pañuelo mientras voy cambiando de peinado.

-Está bien... Y el hombre en la calle, vuelta y vuelta... Y como buen mozo, es buen mozo. Más que el señor Renato...

-¿Qué idioteces estás diciendo?

-Nada. Usted no quiere oírme... Digo que el hombre, vuelta y vuelta para arriba y para abajo, pasea y pasea, y con tanto rato esperando va a desempedrar la calle. Hay que ver cómo se le alegraron los ojos al verme asomar... y va y me dice: "Yo la vi junto a ella. Seguramente,

Librodot

usted es su criada de confianza". .. Hasta por encima de la ropa se me conoce, mi ama, que soy su criada de confianza. El hombre es más listo...

-¿De quién estás hablando?

-¿De quién va a ser? Del que está vuelta y vuelta, para arriba y para abajo, en la calle, de esquina a esquina, y mirando hada acá. Se come con los ojos la puerta y la ventana... Y al fin fue y me dijo: "Si quisiera usted tener la bondad de avisarle a su ama que yo sería el más feliz de los mortales si pudiera hablarle a solas dos palabras"...

-Pero... pero, ¿de dónde sacas todo eso?

-Me lo dijo él. De pronto, así de pronto, no lo conocí, porque no viene de uniforme, sino de paisano. Pero, asi y todo, está de lo más buen mozo... Creo que se llama el teniente Botton...

-¿El teniente Britton? -rectifica y pregunta Aimée-. ¿Le has visto?. '

-¿Pues no le estoy contando? Si se asoma a la ventana, lo verá desde aquí arriba. No sé desde cuándo está rondando la casa, y con unos OJOS de enamorado... Hay que ver qué fino... Hasta el sombrero se quitó para hablarme...

-¿El teniente Britton ronda mi casa? Entonces, sabe quién soy, puesto que ha venido hasta esta casa.

-Seguro que sabe-... ¿No va usted a hablar con él, señora? Está esperando que yo le diga algo... Para eso me dio veinte francos...

-¿Y tu los tomaste? ¡Debería echarte a puntapiés! ¡Este tenientillo es un fresco! Hay que ver... tratar dé sobornarte.,.

-Está bien, no se ponga brava. Le diré que se vaya...

-Aguarda.,. Déjame pensar... El teniente Britton... El teniente Britton...

-Si le hago dar lá vuelta y lo meto por la puertecita del corral, y se van a hablar allá al fondo, donde están las matas de mango, no los ve nadie -asegura Ana con entusiasmo-. ¿Le va a hablar, señora?

-¡No, no y no! ¡Espérate... ¡ Se me está ocurriendo algo... Se me está ocurriendo una cosa que... Sí, na... .Sal por la puerta del corral, hazlo pasar. Que me espere justamente en ese lugar donde no va a vernos nadie, y tú vuelve a ayudarme para que me cambie de ropa...

-¿Otra vez?

-Puesto que sabe que soy la señora DAutremont, no voy a presentarme con el traje de una criada, sino todo lo contrario, precisamente todo lo contrario. El teniente Britton, ¿eh? Creo que ha llegado a tiempo... Este es el hombre que yo necesitaba. .. Dame el traje blanco... No... el rojo, el de seda. Sácalo antes de irte. Quiero parecerle muy hermosa, quiero gustarle todavía más de lo que le he gustado. ¡Anda... anda... ¡ ¡Ay, Renato, qué pronto me las vas a pagar!

-¿Cómo? ¿Por aquí?

-Pues claro. ¿Pensó que iba a poder entrar por la puerta grande? Por este lado, y calladito... Calladito para que no lo oigan de la cocina o de la cochera y empiecen a hablar, esos chismosos. Calladito, y de prisa. Vamos... Vamos...

Aún más sorprendido que halagado, mirando a todas partes con la inquietud de un soldado bisoño y la audacia ingenua de sus veinte años, el oficial inglés cruza por la puertecilla de la huerta, detrás de Ana, y se interna con paso rápido y silencioso a través del enorme patio que, con todos los honores de huerta, remata sobre una callejuela solitaria la vetusta mansión de los D'Autremont, en Saint-Pierre...

-Espere a la señora. Con calma, ¿eh? Con mucha calma... Mire, ahí hay un banco. Lo mejor es que la espere sentado...

-¿Está usted segura de que va a venir?

-Pues, claro. ¿Para qué si no me iba a mandar meterlo por esta puerta? La señora está muy aburrida del señor Renato... Ya verá... Ya verá...

Charles Britton calla, cada instante más desconcertado. Aquella mujer de ojos maliciosos y sonrisa bobalicona llega a hacerle dudar de lo que por sí mismo mira y oye. Un instante le ha

Librodot

parecido que se burlaba de él.'.. Luego, incapaz de seguir el consejo de sentarse, aguarda a pie firme, frenando apenas su impaciencia...

-Buenas tardes, señor oficial -saluda Aimée con irónica coquetería-. Confío en no haberle hecho esperar demasiado...

-Toda la vida puede esperarse con tal de verla llegar. Charles Britton se ha detenido, deslumbrado ante la radiante belleza de Aimée de Molnar. Aquel traje de seda carmesí, que tan maravillosamente resalta sus formas estatuarias, da -también a su rostro un encendido color de vida. Los negros ojos brillan, a la vez malévolos, burlones y audaces, y es la fina y doble hilera de sus dientes blancos como un collar de perlas que se asomara entre los corales de los labios sensuales y golosos...

-Comienzo por devolverle a usted su propina, en nombre de Ana. Aquí tiene sus veinte francos... Si, como supongo, tiene algo realmente importante que decirme, no necesita pagar para que le anuncien.

-Yo no intentaba pagar nada. Sólo trataba de corresponder a la buena voluntad de la muchacha -se disculpa el oficial, sintiéndose embarazado.

-La pobre Ana es tonta de capirote. ¿No lo ha notado? Su falta de seso me pone a cada momento en situaciones verdaderamente lamentables. Pero es demasiado leal y demasiado adicta a mi persona para no perdonárselo.

-Comprendo -asiente el oficial con desencanto-. Trata usted de decirme que si está aquí, si me ha recibido de esta manera, como yo no me atrevía a soñarlo, sólo se debe a un error de su doncella...

-Más o menos.... Pero no ponga esa cara, no se entristezca de esa manera. Usted no tiene la culpa si ella no supo explicarme. ..

-Aguarda usted a otro, ¿verdad?

-Le confieso que sí. Pero no se atormente más. . Le aclaré el punto por miedo a que me tomara usted por lo que no soy...

-Yo no puedo tomarla sino por la mujer más bella que he visto...

-¿Exagerado, o galante, señor Britton? Pero, ¿para qué vamos a discutir? Sea por lo que sea, el caso es que aquí estoy, y si realmente tiene que decirme algo, algo de interés, algo de importancia...

-Me temo que para usted no lo sea, señora. Creo que es preferible hablar con absoluta sinceridad. Tomé a su doncella por una de esas sirvientas más listas que tontas, con capacidad suficiente para, sin molestar a nadie, permitirme realizar el deseo de verla un instante y de decirle adiós antes de partir... Mi misión terminó con el juicio, y debo volver a la Dominica aprovechando la fragata que se halla en puerto, y que zarpa en las primeras horas de la madrugada.

-¿Tan pronto se va? ¡Qué lástima!

-¿Le parece a usted demasiado pronto? ¿Lo siente de verdad?

-Franqueza por franqueza, no voy a negárselo. Me fue usted extraordinariamente simpático, y me alegro muchísimo de que la casualidad me haya puesto en condiciones de hacerle una pregunta. ¿Cómo fue que habiendo usted puesto el papel qué le confíe, en las manos de Juan, otra persona tuviera ese' papel en su poder una hora más tarde? Por desgracia, fue a parar a manos de alguien que tiene mucho interés en perjudicarme...

-¿Cómo? ¿Es posible? ¿'Entonces... ? ¿Pero cómo pudo ser...? Le doy mi palabra de honor, le juro que lo puse en las propias manos de Juan.

-Sí. Casi le vi ponerlo en sus manos. Pero, para que vea que no miento, aquí lo tiene usted, aquí está. ¿Lo reconoce?

-¡Oh, sí! ¡Es increíblel Estoy realmente desolado, señora. ¿Dice usted que este papel la ha perjudicado?

-¡Oh, no! Dije que pudo haberme perjudicado, leído por una persona que seguramente lo habría interpretado mal...

Librodot

-No creo que nadie pueda interpretarlo de otro modo. Juan del Diablo es el hombre más afortunado que conozco, ya que usted lo ama... Recuerdo sus palabras: "Dígale que este papel se lo envía una mujer que da la vida para salvar a Juan del Diablo"...

-La vida puede darse también por gratitud, por deber o por lástima. Si usted supiera. Cuando una mujer se siente sola, triste, desamparada... Cuando el hombre que es su esposo le vuelve la espalda; cuando se siente una intrusa, una extraña en su propio hogar,.. Pero no hablemos de mí, sino de usted.. ¿Quería verme para decirme adiós, nada más?

-Quería verla para decirle que desde el momento en que la vi no he podido olvidarla, como tampoco podré olvidar a Juan del Diablo mientras viva. Considero que le debo la vida a ese hombre. Sin embargo, apenas he podido hacer nada para corresponderle, y pensé que la admirable mujer que le ama de un modo tan apasionado podría indicarme la forma de ayudarlo ...

-¿De veras? Es usted demasiado noble, oficial. Yo pensé que venia usted a buscarme, pensando que el servicio que me hizo declarando a favor de Juan y entregando mi carta, merecía un premio... Y estaba bien dispuesta a otorgárselo. Usted dirá que soy una mujer muy extraña, pero me gusta pagar mis deudas.

-Me ofende usted, señora.

-No creo que pueda ofenderle -observa Aimée echando mano de su estudiada coquetería-. Mi premio era simbólico. Pensé que se sentía usted muy solo en Saint-Pierre, que acaso le gustaría pasear un poco, conocer los pintorescos alrededores de la ciudad. Por desgracia, yo sólo podría acompañarlo dentro del más estricto anónimo: esto es, disfrazada. Y como da la casualidad que estamos en carnaval...

-Me deja usted atónito, señora; sorprendido y encantado. Casi no me atrevo a hablarle por temor a ser indiscreto. ¿Es usted realmente la esposa de Renato DAutremont?

-Si... pero le agradecería que no le nombrásemos. ¿A qué hora tiene usted que estar en su barco?

-Pasan lista a las cinco en punto. Media hora después, zarparemos. He de estar a las cinco de la madrugada.

-¿Podría entonces esperarme esta noche a las diez, en esa puertecita por la que ha entrado?

-Desde luego... Claro... -balbucead teniente, sorprendido y deslumbrado-. Quiero decir que estoy a sus órdenes... Pero...

-Alquile un disfraz y no olvide que hacer esperar a una dama es un pecado imperdonable... Áimée es mi nombre... Eme se dice en Francia. Aquí, en las islas, lo pronunciamos mal. Quiere decir amada. Me gusta llevarlo con toda razón. ¿No cree que lo merezco?

-¡Usted lo merece todo!

Charles Britton se ha inclinado, ahogado de emoción, de sorpresa, de asombro, casi de espanto, para besar aquella mano suave, blanca y perfumada, mientras una sonrisa diabólica ilumina el rostro de la esposa de Renato, cuando insinúa:

-Su segundo deber es olvidar mañana lo que pase esta noche, y salir en seguida de Sáint-Pierre, como los justos de una ciudad maldita: sin volver la cabeza atrás... ¡Sin preguntar nada!

--Padre Vivier, ¿me ha mandado llamar?

-Precisamente, hija de mi alma...

-He esperado con ansia esta llamada. Su permiso es lo único que me falta para poder vestir de nuevo mis hábitos de novicia... Sor María de la Concepción me prometió hablarle... Tengo su promesa, la promesa de ambos... Usted no va a cerrarme la única puerta por la que me es posible escapar.

-Nadie escapa de si mismo, hija mía. En este caso, de tus propios sentimientos. Pero, además, hay impedimentos legales... Estás casada, te ata un sacramento que no puede romperse a la ligera y sólo por tu voluntad...

Librodot

-A mi esposo no le importa lo que yo haga.

-De cualquier modo, no podemos hacer nada sin su consentimiento legal, y sospecho que no va a otorgarlo. Hay en el locutorio una visita para tí...

-¡Juan! ¿Ha venido Juan a buscarme?

Mónica se ha puesto vivamente de pie, iluminadas sus pupilas. Un insospechado estremecimiento de alegría la recorre de pies a cabeza, como si despertara de un letargo, y los labios del padre Vivier sonríen con dulce tristeza, al negar:

-No, hija, no es él. Pero tu gesto y tu mirada han sido lo bastante elocuentes para indicarme hasta qué punto está en tu corazón ese esposo a quien pretendes abandonar...

-¡No... no... no es él, no podía ser él! -se queja Mónica con infinita amargura-. No sé cómo pensé semejante disparate. El estará en su Luzbel, o en las tabernas del puerto, o en los rincones de la playa, donde se le brinda fácil el único amor. que le interesa. De mí no se acuerda, en mí no piensa para nada. Me dejó en mi convento, y en paz. No va a oponerse a nada, porque nada de lo que yo haga le importa...

-Pues mucho temen que sea él el obstáculo, los que anhelan verte profesar...

-¿Quiénes son ésos?

-Por el momento, tu propia madre. Ella es la que te aguarda en el locutorio, en compañía de la señora D"Autremont. Esperan convencerte de que firmes cierto poder, que no quisiste firmar, para gestionar con ello; la anulación de tu matrimonio. Quieren hacerlo todo rápidamente y en secreto, antes que el estado de ánimo que ha hecho a tu esposo dejarte volver al convento, cambie. Sin embargo, yo quisiera pedirte que no te precipitaras, que no dejaras así, en manos de otros, un asunto tan intimo, tan personal... Y más aún, después de haberte visto temblar de alegría sólo con imaginarte que era él quien te aguardaba ;.. Ese hombre, a quien Dios trajo a tu vida por caminos extraños, te interesa demasiado. ~

-No, Padre, está usted equivocado totalmente. Por una vez estoy de acuerdo con la señora D'Autremont, que es sin duda la que trae a mi madrea Firmaré lo que sea con tal de devolver a Juan su libertad. Ya sé que para él es igual, que en nada puede estorbar a su vida aventurera el insignificante detalle de tener una esposa. Yo soy para él menos que una sombra, menos que un fantasma, pero aun ese fantasma quiero borrarlo. Con su permiso, Padre, voy al locutorio donde me aguardan... voy a terminar cuanto antes...

Con pasos leves se aleja Mónica en dirección al locutorio, v de pronto, alguien la llama:

-¡Eh, mi ama... ¡

Paralizada de sorpresa; se ha detenido Mónica al cruzar muy cerca de las tapias que separan el huerto del convento, del mundo exterior... Apenas puede dar crédito a sus ojos, porque la menuda figura morena, que ha descendido con sorprendente agilidad para acercarse a ella con su paso silencioso y furtivo, es alguien cuya sola presencia remueve hasta él fondo las fibras de su angustia...

-¡Colibrí! Pero, ¿cómo puede ser esto? ¿Cómo estás aquí? ¿Por dónde has entrado? ¿Has saltado las tapias desde la calle?

-Sí, mi ama, tenía que verla, tenía que hablarle... por la puerta grande fui tres veces, y no me dejaron entrar... Me subí por arriba de un coche que está ahí parado, me agarré a las ramas de ese árbol, y luego me agaché tapándome con las hojas, porque había aquí unas señoritas vestidas de blanco que paseaban de dos en dos... Me estuve esperando, esperando, hasta que de pronto vi que venia, y entonces me bajé corriendo. ¿Hice mal, mi ama? Yo quería vería a usted...

-No, Colibrí, no has hecho mal...

La mano suave, con frágil blancura de nácar, se ha apoyado sobre la redonda cabeza oscura, acariciando los cortos cabellos lanosos; luego, tomando a Colibrí de la barbilla, lo obliga a mirarla frente a frente para leer en el fondo de las oscuras pupilas la respuesta real a la pregunta que balbucean sus labios:

-¿Con quién estabas. Colibrí? _ .

-Con nadie, mi ama. Digo, Segundo me llevó para el Luzbel, pero allí no está usted, ni

Librodot

está el amo. El no quería que yo viniera a tierra, pero me bajé por la cadena del ancla, me metí en un lanchon que estaba al fado cargando sacos, y cuando el lanchón arrimó al muelle me solté a correr. Cuando yo corro, mi ama, no hay quien me alcance. Corrí bastante, y cuando ya no me podía ver nadie desde el barco, tumbé para acá...

-No está bien entrar de esa manera en un convento. Esta no es mi casa, es un lugar que se rige por reglas estrictas. Lo que has hecho está prohibido, y hasta penado por la ley. Menos mal que no te ha visto nadie...

-¿Y me puedo quedar con usted?

-No. Debes volver junto a tu amo... Colibrí, tú eres lo único que me queda de los días mas felices de mi vida, de la dicha a la que es preciso renunciar... Y en este instante voy a poner los medios. Crucé por aquí, justamente para llegar más de prisa al locutorio, donde mi madre y otra persona me esperan para arrancarme la firma en un documento por el que para siempre quedaré separada de Juan...

-¿Del patrón? Entonces, ¿no va a volver al barco? ¿Me quedaré sin ama?

-Tendrás otras amas, habrá otras mujeres en la cabina del Luzbel, y las manos de Juan se posarán sobre otras manos, guiando la rueda del timón hacia las islas maravillosas donde la vida parece dormida, donde no hay odios ni lágrimas: las islas en las que el amor es como un sueño, donde ni pecar parece pecado... Vete, Colibrí, vete... Vuelve con tu amo...

Nerviosamente, temblando de angustia, luchando contra aquella oleada de sentimientos qué crece más fuerte en el fondo de su alma cuando más pretende ahogarla en ella. Mónica ha desprendido de su falda las pequeñas manos oscuras do Colibrí, empujándole hacia la alta tapia de donde el muchacho descendiera. Un momento vacila Colibrí como si fuese a obedecerla; luego, corre hacia ella otra vez, con una queja que es súplica brotando quejumbrosa de su garganta:

-No... No, mi ama... Yo no quiero que vaya nadie al Luzbel... Yo la quiero a usted, a usted nada más... Y el amo tampoco quiere...

-¡Tú qué sabes! No puedes saber nada...

-El amo siempre piensa en usted. Con la otra, con la que iba a ser el ama, con la que-fue a vernos la otra noche a la cárcel, el patrón no hace más que pelear...

-Tal vez. Pero, al fin y al cabo, terminan siempre por hacer las paces. Es como si hubieran nacido el uno para el otro, como si se hubiesen vaciado en el mismo molde sus formas de amar... Se aman ofendiéndose, despreciándose, tendiéndose trampas, vengándose cada uno de los dolores que el otro le causa, pero aferrándose a esa pasión que les llena la vida...

Ha vuelto con inquietud la cabeza, escuchando el leve ruido de unos pasos bajo los anchos arcos de la galería que limita el cerrado huerto conventual. A lo lejos, como dos sombras blancas, cruzan dos novicias. Respira más tranquila viéndolas alejarse, pero Colibrí aun está junto a ella,..

-¿La esperan para firmar ese papel contra el amo?

-No es contra él, Colibrí. "Al contrario... estoy segura de que en el fondo de su alma me agradecerá que sea yo la que rompa este lazo que nos ata, y que lo rompa como voy a hacerlo: dándole la absoluta seguridad de que mi vida se acabará entre estas paredes....

-Pero al amo no le gusta que esté aquí encerrada...

-¿Te dijo él que no le gustaba? No mientas nunca. Colibrí, no mientas ni siquiera por piedad... Y aflora, vete... que yo te vea salir. Quiero tener la seguridad de que nadie te ve ni te ocurre ningún contratiempo... ¡Vete, que vienen!

Ha empujado al pequeño negrito a tiempo que llega la voz del padre Vivier que, al descubrirla, señala acercándose:

-Pero si está aquí... Mónica, hija, estas damas estaban muy inquietas...

-El Padre nos dijo que hacía un buen rato habías salido para el locutorio -comenta Catalina de Molnar-. Tienes cara de sentirte mal, mi Mónica...

-Tal vez Mónica no deseaba vemos -tercia Sofía D'Autremont-. Nos estaba usted esquivando, ¿verdad?

-No, señora -niega Mónica haciendo esfuerzos por serenarse-. Al contrario... Tomé por este lado para llegar cuanto antes al locutorio. Iba a firmar ese papel que ustedes pretende? .

Librodot

Iba a complacerlas inmediatamente...

-Deseo hacer constar que es contra mi opinión y mi consejo -advierte el padre Vivier-. Es mi deber prestarle a Mónica el apoyo necesario para que vea claro en el fondo de su conciencia. ..

-¿Qué más claro quiere que vea, Padre? Mi pobre hija está unida a un canalla, a un malvado...

-¡O sabes nada, mamá! -protesta Mónica.

-Estamos en familia, no delante del tribunal que le juzgó, hija. Comprendo que le defendieras allí por tu propia dignidad. Aquí puedes ser franca, no empeñarte en que creamos-lo que no ponemos creer...

-No creo que debamos perder el tiempo en discusiones que no van a ninguna parte-interviene Sofía-. Y perdóneme, Mónica, que me tome la libertad de inmiscuirme en sus asuntos privados. Lo hice solo en respaldo y ayuda de su pobre madre, que sufre demasiado, que sufre por las dos, aunque ni usted ni su hermana parezcan comprenderlo así...

-¡Le ruego que tratemos mis asuntos separadamente de los de mi hermana, doña Sofía! -se encrespa Mónica con visible enojo-. Si Renato entendiera que es indispensable que olvide mis asuntos...

- En este caso, no es Renato. Justamente de eso queríamos hablarle a solas, y para eso la esperábamos...

-Pueden quedar a solas -indica el sacerdote-. Bastará con que yo me retire, y es precisamente lo que iba a hacer...

-¡No, padre, aguarde.. .! -suplica Mónica-. Creo que no hay ninguna cosa, ni en mi corazón, ni en mi alma, que usted no conozca. No hay nada mío que no pueda tratarse en su presencia; al contrario...

-Entonces, escucha a la señora D'Autremont, hija mía.-

-Quería decirle que en el último proyecto nuestro no ha intervenido para nada Renato -explica Sofía-. Es más, sospechamos que no será de su agrado. Pero no importa... Catalina y yo hemos tratado de solucionar las cosas sin él, evitando posibles habladurías al verle intervenir en cosas que no le conciernen.

-¿Quiere que firme para usted aquel poder general que Renato había preparado?

.-Mucho menos. Sólo una solicitud para el Santo Padre... Solicitud de anulación de matrimonio por razones que no ofenden a nadie, ni siquiera a Juan del Diablo: Salud delicada, incompatibilidad de caracteres y una vocación religiosa que ataremos como causa principal de su resolución. En realidad, no es descabellado. Era usted casi una niña cuando se empeñó en ser religiosa, ¿verdad? Y las circunstancias que le impulsaron a ello, creo que no han cambiado...

Sofía D'Autremont ha clavado en los ojos de Mónica su mirada profunda, imperiosa, penetrante... Es como si quisiera vaciar dé un golpe su corazón y, al mismo tiempo, penetrar hasta el último de sus pensamientos. Pero Mónica entorna los párpados, apartando las suyas de aquellas pupilas fieras e indiscretas.

-Para gentes de nuestra clase -expresa Sofía-, nada es más mortificante que andar en lenguas de todo él mundo. En la puerta del claustro se detienen las habladurías, se apaga el escándalo...

-Y eso, para usted, es lo principal, ¿verdad? -observa Mónica con leve ironía.

Yo sólo quiero quitar a ese hombre todo derecho que pueda tener sobre ti -interviene Catalina de Molnar-. Me espanta la idea de que pueda otra vez llevarte con él, arrastrarte quién sabe a qué peligros, a qué enfermedades... Era para mí un gran dolor verte en el claustro, pero lo prefiero... Al menos, sé que aquí vives en paz...

Mónica ha vacilado, ha alzado al cabeza para mirar en lo alto de la tapia el lugar por el que viera trepar a Colibrí. Querría no haberlo visto, no sentir lo que siente en su alma, apartar de su pensamiento la bocanada de recuerdos que su presencia le trajo. La voz del sacerdote

Librodot

llega hasta ella, suave y confortante:

-En realidad, no creas que con eso hacemos algo más que comenzar. El Santo Padre suele dar muchas vueltas a una cosa de éstas. Pasarán largos meses antes de que el caso se resuelva, aun suponiendo que sea una resolución favorable...

.-Por eso queremos apurar las cosas. Mónica -manifiesta Sofía, Hacerlo todo sin ruido, evitar, a costa de lo que sea, que mi. hijo vuelva a enfrentarse a ese Juan...

-Si -confirma Mónica-. Es doloroso ver el odio entre hermanos...

-¡No era necesario mencionar ese detalle, esa leyenda que bien puede ser una patraña! -se revuelve airada Sofía.

-Para mí, sí era necesario recordarlo. Firmaré, doña Sofía... Déme ese papel... ¡Lo firmaré en el acto!

(Esta obra continúa, y finaliza, en la novela titulada:
"JUAN DEL DIABLO")

Librodot